

De la agricultura a la especialización

Debates y estudios de caso en México

PATRICIA ARIAS / KATIA MAGDALENA LOZANO UVARIO
COORDINADORAS



Universidad de Guadalajara



De la agricultura
a la especialización

Debates y estudios de caso en México

De la agricultura
a la especialización

Debates y estudios de caso en México

PATRICIA ARIAS / KATIA MAGDALENA LOZANO UVARIO
COORDINADORAS

Universidad de Guadalajara

2021

Esta publicación fue sometida a dictamen a doble ciego por pares académicos y financiada con el fondo federal PROINPEP 2020 Programa de Incorporación y Permanencia de los Posgrados en el PNPFC.

Primera edición, 2021

D.R. © Universidad de Guadalajara
Centro Universitario
de Ciencias Sociales y Humanidades
Coordinación Editorial
Guanajuato 1045
Col. Alcalde Barranquitas, CP 44260
Guadalajara, Jalisco, México

ISBN 978-607-571-076-1

Editado y hecho en México
Edited and made in Mexico

Índice

Introducción. Diversificación, especialización y espacialización PATRICIA ARIAS	9
El desarrollo local. Una revisión conceptual KATIA MAGDALENA LOZANO UVARIO	35
I	
La especialización manufacturera	
Nueva ruralidad, turismo y especialización territorial: el deshilado en Calvillo, Aguascalientes JORGE ALBERTO RODRÍGUEZ HERRERA	65
Sujetos de mezclilla. Especialización y precariedad tóxica en el suroeste de Tlaxcala PAOLA VELASCO SANTOS	103
El desmantelamiento de los oficios artesanos. La alfarería de Tlayacapan, Morelos PATRICIA MOCTEZUMA YANO	143
Especialización sectorial y desarrollo local: la industria mueblera en Ocotlán, Jalisco KATIA MAGDALENA LOZANO UVARIO LUIS HÉCTOR QUINTERO HERNÁNDEZ	163

De la industria al comercio. La moda en Zapotlanejo, Jalisco
ROSARIO COTA YÁÑEZ 187

Trabajo y producción especializada. Los tacos de canasta
de San Vicente Xiloxochitla, Tlaxcala
HERNÁN SALAS QUINTANAL
HÉCTOR DANIEL HERNÁNDEZ FLORES 205

II

La especialización pecuaria

La producción de queso en los Altos de Jalisco y sur de
Zacatecas. Una especialización dispersa
MARTHA MUÑOZ DURÁN 229

La producción porcina en La Piedad, Michoacán y los Altos
de Jalisco. Especialización y espacialización
IMELDA SÁNCHEZ GARCÍA 255

La avicultura en Tepatitlán, México. Un ejemplo de
especialización flexible
CÁNDIDO GONZÁLEZ PÉREZ
SALVADOR MARTÍN BARBA 275

III

La especialización manufacturera en la investigación social. Una
revisión bibliográfica
ALONDRA RODRÍGUEZ LÓPEZ 287

Sobre los autores 311

Introducción. Diversificación, especialización y espacialización

PATRICIA ARIAS

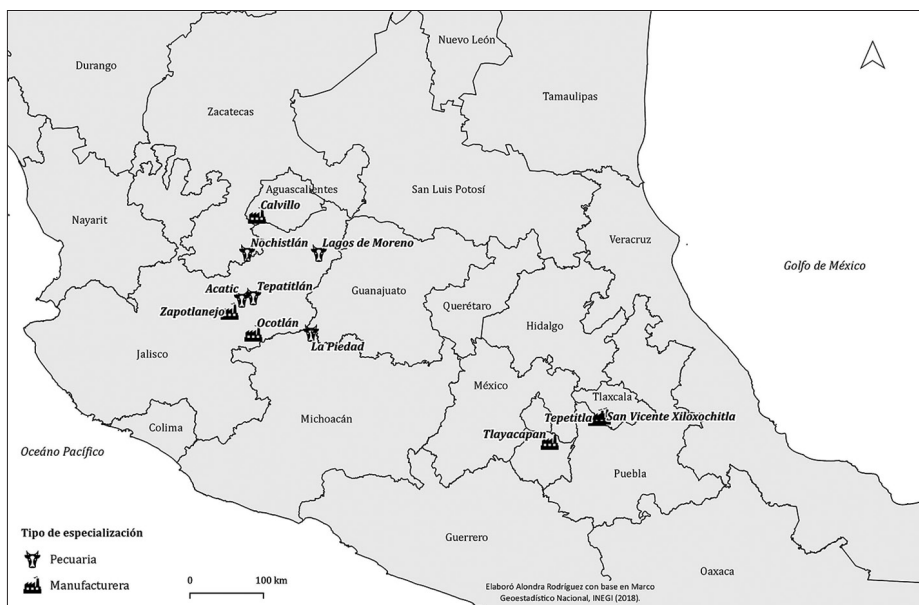
El objetivo de este libro colectivo ha sido describir y analizar, mediante nueve estudios de caso, un fenómeno socioespacial que ha sido detectado en muchas localidades rurales y ciudades medias y pequeñas de muchas geografías: la especialización económica. Entendemos como especialización el predominio de alguna actividad económica que define, organiza o tiene un papel significativo en las dinámicas socioeconómica, laboral, ambiental, organizativa y espacial de las localidades. Tradicionalmente, la especialización ha estado referida a actividades manufactureras. Nuestra propuesta, a partir de las investigaciones que se presentan en este libro, es ampliar la franja de quehaceres que pueden ser entendidos como fenómenos de especialización endógena. Los artículos dan cuenta de las fuerzas que han modificado viejas especializaciones y detonado otras.

De acuerdo con esa propuesta, hemos organizado los estudios de caso en dos grandes apartados: en primer lugar, la especialización manufacturera, que es, sin duda, la más antigua, documentada y estudiada en México y otras partes del mundo. Los ejemplos incluyen nuevas, pero también viejas, especializaciones que se han adaptado a los cambios económicos, sociales y culturales que se han acelerado desde la puesta en marcha del TLCAN (figura 1). Esa sección está conformada por cinco artículos.

En segundo lugar, incluimos investigaciones acerca de la actividad pecuaria. Esa especialización se ha potenciado, pero también transformado,

en espacios rurales históricamente dedicados a quehaceres ganaderos. Esa sección está integrada por tres capítulos.

Figura 1
Localidades y especialidades



Fuente: elaboró Alondra Rodríguez con base en Marco Geoestadístico Nacional, INEGI, 2018.

Hemos incluido, además, un capítulo que revisa la trayectoria de la perspectiva del desarrollo local por su cercanía con los elementos que definen el desarrollo endógeno. Finalmente, se incluye un capítulo de revisión de la bibliografía, en especial de los estudios antropológicos acerca de la especialización productiva en México, en la que se identifican tanto los periodos de estudio como las localidades, actividades y trayectorias de actividades manufactureras que han sido las más estudiadas.

La especialización de localidades en alguna actividad u oficio es un fenómeno muy antiguo que ha estado presente desde la época prehispánica y persistió a lo largo del tiempo colonial (Rubín de la Borbolla, 1974).

Diversas etnografías dieron cuenta de la persistencia de especializaciones productivas que habían dado lugar a complejos sistemas de mercados dominicales donde se realizaba el intercambio de productos entre personas, grupos domésticos y comunidades que fabricaban productos particulares (Marroquín, 1957). A lo largo del siglo xx el tema ha sido trabajado, en diversos momentos y con distintas perspectivas, en las ciencias sociales y económicas. La densidad del tema hace necesaria una revisión de la literatura para establecer las diferencias con el planteamiento de este libro. En general, se pueden distinguir dos grandes modalidades: la especialización exógena y la especialización endógena.

La especialización exógena

El enclave

Las empresas mineras de origen extranjero que proliferaron en América Latina fueron un buen ejemplo de especialización exógena. Se trataba de actividades económicas que llegaron a las comunidades rurales y tuvieron un enorme impacto en ellas y en sus microrregiones. Aunque el fenómeno se remontaba a principios del siglo xx, fue en las décadas de 1960-1970 cuando se suscitaron investigaciones y debates en torno a ese modelo de empresa que se definió como *enclave*. Los *enclaves* se habían establecido —«enclavado»— en espacios específicos que no eran intercambiables porque dependían de recursos naturales que solo en ellos se encontraban. El ejemplo más conocido fue el de la minería (Bonilla, 1974; Zapata, 1977).

Por lo regular, se trataba de grandes empresas extranjeras que se establecieron en espacios que formaban parte de territorios y patrimonios de sociedades rurales, en muchos casos indígenas (Bonilla, 1974; Martínez Alier, 1973). La economía de *enclave* se vinculó a la teoría de la dependencia, que planteaba que el subdesarrollo de los países latinoamericanos era consecuencia de la desigualdad y subordinación en sus relaciones con los países capitalistas centrales (Gunder Frank, 1967). Los países latinoamericanos ofrecían recursos naturales y mano de obra de bajo costo a las empresas extranjeras que exportaban los productos, por lo regular materias

primas con enormes beneficios, a sus países de origen en Europa o Estados Unidos. La desigualdad económica y la subordinación social impedían el desarrollo de los países y, desde luego, de las comunidades y regiones que quedaban involucradas y afectadas por las economías de *enclave*.

Los *enclaves* mineros compartían varias características en relación con las localidades: la extracción estaba destinada a la exportación; la actividad dejaba escasos beneficios a las comunidades, más allá del empleo, muchas veces precario, que generaba; afectaban de manera negativa las prácticas económicas tradicionales; deterioraban el ambiente y los recursos naturales de las comunidades; las condiciones de vida y salud en los poblados eran deplorables; y existía una marcada segregación espacial entre los trabajadores, los empleados y funcionarios de las compañías (Bonilla, 1974; Martínez Alier, 1973).

Una crítica recurrente a los *enclaves* fue, por una parte, su escasa articulación con las economías locales, más allá del empleo y los salarios y, por otra, la imposibilidad de que la población local aprendiera, se capacitara y reprodujera la actividad (Martínez Alier, 1973). Más tarde, se incorporaron a la agenda los riesgos laborales y de salud, así como el deterioro, a corto y largo plazo, del territorio y del medio ambiente de las comunidades.

En síntesis, la especialización exógena, en este caso el *enclave*, dejaba pocos beneficios económicos y deterioraba los tejidos sociales y ambientales de las comunidades y microrregiones donde se ubicaban. Y finalmente, un día, cuando la materia prima se acababa o dejaba de ser rentable, las empresas se marchaban para siempre.

Las maquiladoras de exportación

Otro modelo de especialización productiva exógena con impacto local y regional es el de las maquiladoras de exportación. En 1964, como es sabido, se puso en marcha en México un programa gubernamental que buscó contrarrestar los impactos sociales y laborales, en especial el desempleo, que había suscitado la cancelación de los contratos braceros en la frontera norte: la instalación de empresas maquiladoras de exportación. Para incentivar la llegada y operación de las fábricas, las compañías extranje-

ras recibieron generosas exenciones de impuestos por la oferta de empleos que generarían en las hasta entonces pequeñas ciudades de la frontera norte (Arriola Woog, 1980).

El programa de maquiladoras coincidió con un cambio en el modelo de industrialización que se intensificó con la firma del TLCAN: el posfordismo que dio pie a la fragmentación de los procesos productivos y permitió el traslado de algunas etapas hacia países y regiones donde los salarios eran menores, mucho menores que en los países centrales del capitalismo (Arriola Woog, 1980). De esa manera, las fases intensivas en mano de obra se realizaban en las maquiladoras de la frontera y los productos ahí maquilados regresaban a los países de origen o a sus destinos comerciales. México ha resultado especialmente competitivo en la industria maquiladora de automóviles, autopartes, motores y televisores (Mendoza, 2010).

La puesta en marcha del modelo maquilador dio lugar a un intenso flujo migratorio hacia la frontera norte, en especial hacia Ciudad Juárez, Matamoros y Tijuana, ciudades surgidas en las postrimerías del siglo XIX que vivían, hasta ese momento, del comercio y los servicios que ofrecían a las poblaciones de paso, tanto de Estados Unidos, en busca de diversión, como de México, en busca de empleo con la esperanza, más o menos fundada, de cruzar a Estados Unidos. Se trataba de poblaciones pequeñas poco preparadas para recibir y convertir en trabajadores y residentes a los inmigrantes que empezaron a llegar de manera incesante y masiva. Con la instalación de las maquiladoras, las ciudades fronterizas se convirtieron en ejemplos destacados de crecimiento demográfico, empleo manufacturero y cambio urbano de las últimas décadas del siglo XX.

Las maquiladoras han sido profusamente analizadas y han cambiado mucho a través del tiempo (Carrillo, 2001). Una constatación persistente ha sido su impacto positivo en el crecimiento del empleo industrial a lo largo de la frontera norte (Mendoza, 2010). La oferta de empleo y los salarios, superiores a los del resto del país, detonaron la migración de mujeres a la frontera norte. A pesar de la crisis de fines de 2000 y la tendencia al decremento del empleo femenino, se estima que más de la mitad de las operarias de la maquila son mujeres (Quintero y Dragustinovis, 2006).

Junto a la expansión del empleo se gestaron una serie de efectos económicos y sociales problemáticos: crecimiento incontrolado de la economía informal; urbanización acelerada que dio lugar a espacios residenciales alejados y de muy mala calidad para los trabajadores; y escasez de servicios e inmigración de mujeres —jóvenes solas— necesitadas de trabajo que fueron atraídas por el empleo y los salarios de las maquiladoras. Eso llevó a la exacerbación de las conductas machistas y la violencia contra las mujeres. Aunque quizá comenzó antes, fue en la década de 1990 cuando detonó uno de los fenómenos más escalofriantes asociados a las poblaciones fronterizas donde prosperaba la maquila: el feminicidio. Las asesinadas compartían un perfil: jóvenes, migrantes de lugares muy distintos, sin redes sociales de apoyo, trabajadoras de la maquila y, en menor medida, trabajadoras de restaurantes y bares, al igual que sexoservidoras (Monárrez Fragoso, 2000).

En síntesis, de los *enclaves*, y más tarde de las maquiladoras, se ha destacado como su principal aportación a las economías regional y local, donde se ubican, su capacidad para generar empleo formal. Pero, en ambos casos, se han advertido también los efectos inesperados y con frecuencia perturbadores que se han desencadenado en las localidades y microrregiones donde se inserta la especialización exógena: bajos salarios y malas condiciones de trabajo; falta de articulación con las actividades económicas locales; incremento de las actividades informales; precarias condiciones de vida para los trabajadores; y, en el caso de las maquiladoras de la frontera norte, agresiones, delitos y asesinatos de mujeres.

Hay que señalar la existencia de un tercer fenómeno de especialización exógena que adquirió relevancia en ciertos espacios del interior del país a fines de la década de 1970, es decir, en los últimos años de vigencia del modelo de sustitución de importaciones. Como una respuesta a los primeros impactos de la apertura comercial, se produjo la instalación o el desplazamiento de la producción a poblaciones y espacios rurales. Lo hicieron empresas, medianas y pequeñas, dedicadas a la producción de bienes de consumo —confección de todo tipo de prendas de vestir, tejido de punto, artículos para el hogar, calzado, mochilas, artículos de piel y esfe-

ras de vidrio soplado— que movieron parte de su producción a fábricas, talleres y trabajo a domicilio a localidades y microrregiones rurales donde, por lo regular, tenían contactos.

Como muestra el artículo de revisión bibliográfica, el fenómeno fue advertido especialmente en microrregiones donde existían tradiciones femeninas de confección, tejido y bordado, como Aguascalientes, los Altos de Jalisco, el norte y el sur de Guanajuato y Yucatán (Arias, 1988; Arias, Sánchez García y Muñoz Durán, 2015; Arias y Wilson, 1997; Cota, 2012; Crummett, 1998; Peña Saint Martin, 1988; Treviño, 1988; Vangstrup, 1995; Wilson, 1990).

En lo inmediato, el principal impacto de ese fenómeno fue también la expansión del empleo, formal e informal (en especial el femenino), en las poblaciones rurales y en las pequeñas ciudades donde se insertaron. Pero hay que decir que, en muchos casos, sí hubo un proceso de aprendizaje del *know how* de los negocios que hizo posible la aparición de establecimientos en manos de actores locales, principalmente de mujeres que se convirtieron en empresarias en sus respectivos giros, sobre todo en el tejido y la confección de prendas y artículos para el hogar (Arias, Sánchez García y Muñoz Durán, 2015). Sin embargo, la apertura comercial destruyó buena parte de esos emprendimientos: las empresas quebraron o las propietarias decidieron cerrarlas (Arias, 2009).

Especialización endógena

Los distritos industriales

Estudios realizados en diferentes momentos y países han documentado la existencia de una variedad de comunidades que son ampliamente reconocidas por alguna actividad económica, tanto que en el imaginario colectivo se funden la localidad y el quehacer que allí se realiza. Hay muchos ejemplos, antiguos y recientes. Desde hace décadas, las mujeres de Ubrique, en la sierra de Cádiz, en España, han cosido bolsos de piel para las marcas más reconocidas de accesorios de moda (Cañas, 2018). En el Estado de México, Chiconcuac es reconocido desde la década de 1960

como el lugar para comprar suéteres invernales (Creel, 1977) y, en fechas más recientes, desde la década de 1980, la pequeña localidad de Xonacatlán se ha hecho famosa por la fabricación de muñecos de peluche que se venden en la localidad, pero que se distribuyen también a todo el país (*Excélsior*, 2019).

En la década de 1990, con el fin del paradigma fordista, economistas y geógrafos empezaron a interesarse por las especializaciones manufactureras como fenómeno económico-espacial que existía y persistía en diversas microrregiones de Italia, Inglaterra, España e India. Entonces fueron retomadas las ideas de un economista inglés de la segunda mitad del siglo XIX, Alfred Marshall, que fue el primero que llamó la atención acerca de la existencia de «concentraciones de sectores especializados en una localidad específica», situación que definió como *distritos industriales* (Marshall, 1890 en Venancio, 2007). El *distrito industrial* aparecía como una modalidad de producción alternativa, pero viable, del modelo industrial hegemónico de ese tiempo, basado en grandes empresas integradas de manera vertical (Marshall, en Becattini, 2002).

Para Marshall, un *distrito industrial* es el resultado, en buena medida histórico y fortuito, de la concentración territorial de alguna actividad productiva de un mismo giro en determinadas comunidades, en el que participan diferentes empresas, por lo regular pequeñas, y donde se inserta, también de diversas maneras, la población de la localidad o localidades de las que se trate.

La especialización, flexible y dispersa, había demostrado ser eficaz y competitiva en tres grandes sectores: en la producción, en primer lugar, de bienes de consumo como prendas de vestir, calzado, artículos de piel, joyas y regalos; en segundo lugar, de objetos de decoración como muebles, pisos y cerámica; y, en tercer lugar, de productos mecánicos no automotrices (Venancio, 2006).

Todos los casos de especialización compartían la proximidad territorial y las relaciones sociales cercanas —parentesco y paisanaje— entre los actores sociales, y el resultado era una serie de beneficios a distintos niveles (Venancio, 2007). La aglomeración industrial conllevaba una serie de

ventajas: difusión del conocimiento empresarial; división del trabajo entre las empresas; capacitación y movilidad de los trabajadores entre los establecimientos, lo que garantizaba una demanda y oferta de trabajo constante; acceso a proveedores; y reconocimiento del lugar por parte de los clientes y consumidores.

La viabilidad del *distrito industrial* dependía no solo de factores económicos, sino además de lo que Marshall llamó *atmósfera industrial*. La proximidad territorial y la similitud de los giros, sugería, recuperaban un conjunto de elementos intangibles que formaban parte de la cultura, la vida y la organización social de los actores sociales locales: trabajadores arraigados en la comunidad y población estable que se conocía y compartía densos tejidos de relaciones sociales, que incluían valores, cultura, religión, tradiciones, normas, confianza, cooperación y reciprocidad que operaban a diferentes niveles a través de los cuales transitaban sanciones formales e informales (Venancio, 2006).

La descripción hace referencia a lo que hoy se define como *capital social*, es decir, la trama de relaciones sociales que cada individuo o colectivo comparte y que da acceso a información, redes, recursos, aprendizajes y capacitaciones que les permiten a las personas de determinados colectivos (pueblos, migrantes, mujeres) incorporarse, de diferentes maneras, momentos y niveles, a una determinada actividad económica (Arias, 2017; Portes, 2000). Una de las consecuencias de la especialización endógena es la mitigación de la migración, ya que los vecinos tienen acceso preferencial a los mercados de trabajo locales.

La especialización y espacialización de ciertas manufacturas han dado lugar a una serie de conceptualizaciones que se desgajan de la noción de *distritos industriales*. Así, se ha hablado de aglomeraciones productivas, clústeres y sistemas productivos locales (SPL) que, aunque con matices, aluden a la especialización productiva exitosa en territorios específicos y valoran los factores no económicos, es decir, la *atmósfera industrial* que existe en las localidades (Becattini, 2002).

Pero existen dos problemas con la literatura acerca de los *distritos industriales* en sus diversas conceptualizaciones. Aunque todas las obras al

respecto aluden al papel que juega la *atmósfera industrial*, es decir, insisten en el valor del territorio y los factores culturales y sociales locales en la viabilidad del modelo, en la práctica son escasos los acercamientos empíricos que documentan de manera contundente la incidencia de esos factores y relaciones.

En general, las conceptualizaciones han tendido a privilegiar las relaciones de los actores e instancias locales con las agencias y actores institucionales externos, especialmente, los organismos públicos y las disposiciones legales. El propósito ha sido, en muchos casos, descubrir las relaciones y potenciar las sinergias de modo que permitan a los *distritos industriales* incorporarse a redes extralocales no solo para persistir, sino para insertarse en mercados que han sido drásticamente transformados por las transiciones que ha impuesto la globalización (Venancio, 2007).

Las discusiones sobre la especialización productiva se han cruzado con otra propuesta: el desarrollo local, enfoque que reivindica la persistencia y el valor de las actividades arraigadas en los territorios, lo que se define como «desarrollo desde abajo». La idea, de nueva cuenta, es que la concentración de actividades específicas de los territorios debe ser apoyada y, para eso, es preciso que sea acompañada y fortalecida por políticas institucionales pertinentes a diferentes niveles.

El artículo de Katia Lozano hace una revisión de ese enfoque, y nos ha parecido muy necesario incluirlo en este volumen. A partir de una amplia y bien informada revisión cronológica y conceptual, la autora propone que la perspectiva del desarrollo local representa un avance respecto a las propuestas del desarrollo económico convencional y el desarrollo endógeno.

El enfoque del desarrollo local, señala la autora, resulta adecuado para dos propósitos principales: proporciona elementos para entender y evaluar situaciones concretas de especialización productiva (en especial donde, a nivel local, interactúan empresas de diferente nivel) y propone una modalidad de intervención pública que tome en cuenta las realidades y peculiaridades de los territorios y de su gente para detonar desarrollos locales viables. Para lograr el desarrollo local hay que redefinir la actividad, la relación y la articulación entre actores locales y agencias gubernamen-

tales que identifiquen y apoyen las actividades, dinámicas y procesos específicos de las localidades. En el enfoque del desarrollo local resulta clave la intervención institucional, es decir, de las agencias gubernamentales a diferentes niveles.

En general, los artículos de este libro han retomado asuntos poco explorados en el estudio de actividades económicas geográficamente localizadas: la relación entre la actividad agropecuaria tradicional de las sociedades rurales y los fenómenos de diversificación-especialización; la historicidad y los factores locales y extralocales que dieron lugar a las especializaciones y las bases sociales que siguen existiendo pero que también se han transformado para adecuarse a las características y exigencias de fenómenos inéditos y mercados muy cambiantes; y los nuevos factores que impulsan las especializaciones, tales como el papel de las migraciones.

Aunque se toma en cuenta la incidencia de actores y propuestas externas, el hincapié de los trabajos está puesto en los procesos históricos y las dinámicas internas de las comunidades. Los autores comparten esa perspectiva, pero se ha procurado que cada artículo desarrolle las discusiones que ellos quieran proponer y destacar los aspectos de la especialización que les parezcan más pertinentes.

Diversificación y especialización

La mirada desde los estudios de caso

Los nueve estudios de caso presentados en este volumen dan cuenta de elementos comunes, pero también de diferencias en el origen, características y trayectoria de las especializaciones. En principio, se advierte que los orígenes y motivaciones de la especialización de las comunidades estudiadas son muy diferentes a los ejemplos de especialización exógena. En los *enclaves* la ubicación especializada dependía de la existencia de materias primas, por lo regular minerales, que se encontraban en espacios rurales determinados, que era lo que detonaba la puesta en marcha de las empresas en las comunidades.

Los estudios de este libro muestran que la especialización a partir de las localidades no tiene que ver con recursos naturales, sino sobre todo con microhistorias culturales del trabajo, es decir, con actividades que formaban parte de saberes y prácticas laborales antiguas y profundamente enraizadas en la vida económica, social y ritual de las comunidades. Los casos donde la especialización está relacionada, en alguna medida, con recursos locales son la porcicultura, la avicultura y la producción de quesos, actividades que se originaron en quehaceres domésticos de traspatio como la ganadería lechera y la engorda de puercos, gallinas y pollos, que se practicaban desde tiempos remotos en los Altos de Jalisco y el espacio que Martha Muñoz denominó JalZac.

Las demás especializaciones se originaron en tradiciones locales de trabajo. La especialización en el deshilado y la confección de prendas de vestir corresponde a tradiciones laborales de costura y bordado que desde el siglo XIX han estado muy presentes en las comunidades de los Altos de Jalisco y Aguascalientes, como se advierte en Calvillo y Zapotlanejo. Pero sin duda la tradición laboral más antigua y compleja es la alfarería de Tlayacapan, pueblo de Morelos, actividad artesanal basada en un esquema de producción indígena mesoamericano. El caso más atípico de los que aparecen en este libro es el de la especialización mueblera de Ocotlán, Jalisco. Allí la actividad manufacturera se inició a raíz de la demanda de muebles generada por la compañía Nestlé, que se instaló en la localidad con el fin de explotar la oferta lechera de la región. Pero, como señalaba Marshall, la fabricación de muebles se propagó de manera fortuita y se convirtió en la principal actividad manufacturera endógena de toda la microrregión.

Es decir, la especialización se ha basado, en muchos casos, en la continuidad transformada de quehaceres que existían en las comunidades, pero que jugaban un papel menor o, más bien dicho, estaban subsumidos y subordinados a lo que se consideraba la actividad central de la vida rural: la agricultura. En la medida en que la agricultura perdió la capacidad de garantizar la sobrevivencia económica de los hogares, esas otras actividades sirvieron de matriz y guía para la especialización económica. Aunque la literatura solía conceptualizar los quehaceres no agrícolas como «com-

plementarios», se trataba de productos, saberes y maneras de hacer las cosas que habían modelado intercambios económicos y relaciones sociales específicas entre actores y espacios. Como muestran los artículos de este libro, la gente del campo buscó, desde hace muchas décadas, opciones de trabajo e ingresos no agrícolas en sus comunidades.

En ese sentido, la especialización ha sido el resultado de procesos de diversificación económica y laboral en sociedades rurales, pueblos y pequeñas ciudades dedicadas tradicionalmente a actividades agropecuarias para el autoabasto de los grupos domésticos. Eso en lo general. Pero los ejemplos de este libro muestran que los procesos de diversificación y especialización se suscitaron en momentos, espacios y condiciones diferentes de la geografía rural del siglo xx. En sociedades rancheras de los Altos de Jalisco y Aguascalientes, en el occidente del país, la diversificación en busca de ingresos no agrícolas se hizo evidente desde la década de 1920. La crisis ecológica en la región —crecimiento demográfico, deterioro de la calidad de la tierra y empleo precario— detonó en una confrontación político-religiosa: la Guerra Cristera (1926-1929) (Díaz y Rodríguez, 1979). La región fue el epicentro de un conflicto religioso-militar que, se ha señalado, actuó como válvula de escape a las tensiones económica y social (Díaz y Rodríguez, 1979).

El fin de la Guerra Cristera tuvo una consecuencia adicional: la intensificación de la migración masculina a Estados Unidos y distintos lugares en México (Arias, 2017). En ese sentido, la migración internacional e interna se convirtió en una salida frente a las tensiones religioso-políticas, pero también en una opción de trabajo e ingresos frente a la precariedad de las condiciones agropecuarias en las comunidades.

En esas comunidades del occidente mexicano, la búsqueda de actividades económicas que mitigaran el deterioro de las actividades agroganaderas dio lugar a especializaciones tempranas que complementaron e incluso modificaron el perfil agropecuario de las comunidades y sus entornos rurales: fue el caso de los deshilados en Calvillo, Aguascalientes; la avicultura y porcicultura en Tepatitlán, Jalisco; y la fabricación de prendas de vestir en Zapotlanejo, Jalisco.

Los casos presentados sugieren que hubo un segundo momento que se suscitó sobre todo en regiones de raigambre indígena de México. La alfarería en Tlayacapan, Morelos, la producción de pantalones de mezclilla en San Mateo Ayecac y la producción y venta de tacos de canasta en San Vicente Xiloxochitla, en el sur de Tlaxcala, son ejemplos de diversificación-especialización más tardías, de las décadas de 1950-1970, cuando las crisis de la condición agraria y la producción agrícola se habían generalizado (Hewitt de Alcántara, 1988; Warman, 1980). Los campesinos de raigambre indígena de Tlayacapan, Morelos, San Mateo Ayecac y San Vicente Xiloxochitla buscaron, por diferentes vías, otras maneras de vivir en el campo, aunque ya no del campo.

Como se advierte en el caso de San Vicente Xiloxochitla, la crisis en el mundo rural arrasó no solo con las actividades agrícolas, sino también con otros quehaceres tradicionales, por ejemplo, la fabricación de recipientes hechos con tule y pencas de maguey, que comenzaron a ser sustituidos por productos industriales. Por su parte, la producción de cazuelas de barro en Tlayacapan dependía de prácticas de consumo que resultaron afectadas no solo por la llegada de nuevos productos y materiales, sino también por los cambios en las tradiciones rituales y culturales de las comunidades que los demandaban. Como es sabido, los productos artesanales, basados en recursos, saberes, usos y tradiciones cívico-religiosas, eran consumidos, intercambiados y vendidos en las localidades, pero también circulaban a través de sistemas de tianguis y mercados periódicos (Marroquín, 1957). La coincidencia de la crisis agraria, la agrícola y la destrucción de viejas actividades artesanales resultó letal para la economía campesina-indígena (Arias, 2009). En ese sentido, se puede ampliar la idea de que la diversificación-especialización fue una respuesta, en distintos momentos del siglo xx, de las sociedades rurales frente a la crisis de las actividades agropecuarias, pero también de otros quehaceres, en especial los artesanales, que existían en las comunidades.

La perspectiva campesinista, predominante en las décadas de 1970-1990, insistía en la capacidad de la agricultura tradicional —productos básicos de la dieta que se cultivaban en parcelas familiares— para garantizar

la sobrevivencia de los hogares en el campo (Warman, 1980). Los casos presentados en este libro reiteran la existencia de otras actividades económicas que contribuían a la economía de los grupos domésticos, tanto para el consumo como para la obtención de ingresos en efectivo que, del modo en que se señaló antes, sirvieron de base para las especializaciones que finalmente prosperaron.

Los ejemplos presentados dan cuenta también de que la especialización actual forma parte de procesos previos de búsqueda de diversificación que no prosperaron. Los estudios constatan que la búsqueda de opciones que llevó a la especialización con que hoy conocemos a las comunidades no fue la primera ni la única. De hecho, podría hacerse un largo inventario de los distintos esfuerzos de las comunidades por ampliar el repertorio de quehaceres económicos viables. En Calvillo, por ejemplo, hubo una primera especialización en la producción y transformación de la guayaba que concluyó en la década de 1990; en San Vicente Xiloxochitla los vecinos incluso intentaron un giro muy distinto a sus tradiciones: la venta de botanas y paletas fuera de la comunidad.

Una cualidad que siempre se ponderó de la especialización maquiladora fue la generación de empleos en las localidades donde se insertaban, en especial respecto a las mujeres, independientemente de las discutibles condiciones de trabajo que les ofrecían y los riesgos que corrían, como se señaló antes. Una peculiaridad de los casos presentados en este libro es que las protagonistas de varios de los quehaceres que se convirtieron en las especializaciones fueron mujeres. Ellas eran las que, en sus casas y traspatios, elaboraban deshilados en Calvillo, confeccionaban prendas de vestir en Zapotlanejo, elaboraban quesos en los ranchos de Jalzac, criaban gallinas para obtener huevo y pollos, y engordaban puercos. En general, se trataba de quehaceres que cumplían con un doble propósito: la elaboración de artículos para hogares y, sobre todo, su venta, es decir, obtener dinero en efectivo (Arias, Muñoz y Sánchez, 2020). Mediante esos quehaceres ellas obtenían lo que escaseaba en el campo, pero que era cada día más necesario: dinero en efectivo para comprar productos industriales, que se volvían imprescindibles y, especialmente, sufragar los gastos de la

educación de los hijos, algo que la producción agrícola no contemplaba y los proveedores masculinos eran reacios a incorporar en los presupuestos de los hogares. Las mujeres sabían producir, pero también habían tejido redes sociales y espaciales, conocían y estaban atentas a las singularidades y cambios de sus respectivos mercados, factores que sin duda fueron claves para que esos quehaceres se convirtieran en especializaciones.

En los casos presentados en el libro, el único ejemplo de diversificación que siguió la vía de una actividad artesanal antigua y predominantemente masculina fue la alfarería de Tlayacapan. Con todo, se advierte que las mujeres de los hogares artesanos han participado desde siempre en tareas de apoyo y en la elaboración de piezas específicas de cerámica. De cualquier manera, la incorporación de mujeres al trabajo alfarero en calidad de asalariadas ha sido reciente. Aunque en los talleres de fabricación de prendas de mezclilla y en los hogares donde se preparan los tacos de canasta no se explora de manera específica la participación de las mujeres, los artículos ofrecen alguna evidencia etnográfica de que los talleres y hogares cuentan con trabajo femenino.

En general, se advierte que la relación con las ciudades, en especial con las grandes ciudades, ha sido clave para el éxito de una especialización, aunque de diferente manera. En primer lugar, como mercado. La confección de prendas de vestir en Zapotlanejo prosperó gracias a su cercanía con Guadalajara, la capital del estado de Jalisco, que fue, en un principio, el principal destino para la producción de los talleres. Pero el ejemplo más dramático de la importancia del mercado urbano que da cuenta, al mismo tiempo, de la destrucción de los tejidos económicos local y regional es el de San Vicente Xiloxochitla. Los vecinos de ese pueblo de Tlaxcala, después de intentar la venta de botanas fuera de la comunidad, desarrollaron una especialización peculiar: la elaboración de tacos de canasta que cada día llevan a vender a la Ciudad de México. Los vicentinos recorren alrededor de 500 kilómetros diarios para ir a vender los tacos que se elaboran en San Vicente, pero que carecen de mercado en las cercanías.

En segundo lugar, la ciudad ha sido el ámbito de capacitación y establecimiento de relaciones sociales. Este fue el caso de los vecinos de San

Mateo Ayecac, que en la Ciudad de México se convirtieron en sastres y costureros y establecieron relaciones con los fabricantes del centro de la ciudad. Después del terremoto de 1985, ellos aprovecharon la crisis de la industria de la confección en la capital del país para trasladarse y trasladar la hechura de pantalones de mezclilla a su comunidad de origen en Tlaxcala, de modo que, en poco tiempo, se convirtió en la principal actividad de esa población. Por su parte, los migrantes de Zapotlanejo en Los Ángeles, California, gran epicentro de la industria de la confección, aprendieron allí la actividad que les permitió regresar, con habilidades y recursos, a su comunidad, donde se convirtieron en los pioneros de la industria local.

Esos dos ejemplos muestran el papel que han jugado los migrantes, internos e internacionales, en los procesos de especialización locales. Los recursos, aprendizajes y relaciones obtenidos en Los Ángeles, California, y en la Ciudad de México fueron claves para que pudieran emprender el retorno y se convirtieran en los pioneros de las especializaciones en la industria de la confección en sus comunidades. Los ahorros de los migrantes en Estados Unidos contribuyeron al desarrollo de la especialización por-cícola en La Piedad, Michoacán, y fueron la vía para el retorno y la reincorporación de esos migrantes en el tejido económico regional.

La cercanía de las ciudades ha sido, sin duda, un factor de peso en las especializaciones. Pero también lo han sido los cambios en las comunicaciones. Los deshilados de Calvillo, Aguascalientes, y las producciones de huevo en los Altos de Jalisco resultaron favorecidas, desde fines del siglo XIX, por la llegada del ferrocarril que permitió enviar los productos al gran mercado de la Ciudad de México. De esa manera, las productoras y compradores establecieron relaciones con intermediarios y comerciantes de la capital y aprendieron las particularidades de la demanda urbana. La relación con los mercados urbanos resultó crucial cuando los tejidos económicos regionales y microrregionales entraron en crisis, como sucedió en los Altos de Jalisco, JalZac y más tarde en San Vicente Xiloxochitla, Tlaxcala.

Los estudios constatan algo que ha sido enfatizado en la literatura sobre la especialización endógena: la importancia y alcance de lo que hoy se conceptualiza como *capital social* aplicado a los negocios, es decir, la po-

sibilidad de iniciar actividades con escaso capital económico y bajos costos iniciales, pero donde existen tramas de relaciones sociales, tradiciones y prácticas culturales capaces de activarse para facilitar la puesta en marcha de actividades de pequeña escala en las que los vecinos pueden incorporarse y participar de diferentes maneras. Se define como *capital social*: empresarios dispuestos a autoexplotarse en el giro de la especialización u otros relacionados; trabajadores asalariados en fábricas y talleres, por cuenta propia; trabajo a domicilio; colaboración familiar sin retribución en efectivo; y acceso a recursos naturales, créditos y servicios sin costo basados en relaciones de confianza y solidaridad fincadas en el hecho de compartir y reconocerse en un territorio, sus especificidades y relaciones (Portes, 1998). La especialización de las comunidades se asemeja a la franquicia social, en el sentido en que se trata de actividades y saberes a los que pueden dedicarse los miembros de una comunidad por el hecho de pertenecer a ella, es decir, la posibilidad de incursionar en la actividad de que se trate es un derecho social de la comunidad, no solo de los individuos (Arias, 2017).

En los ejemplos de este libro el *capital social* aparece como un elemento central de la especialización en las comunidades; en algunos casos, desde el principio. La producción avícola de Tepatitlán y la actividad porcícola que se desarrolló en La Piedad, Michoacán, y más tarde en los Altos de Jalisco son tres excelentes ejemplos de cómo las relaciones de confianza basadas en el paisanaje les permitieron iniciar y consolidar una sucesión de proyectos industriales relacionados con esas actividades pecuarias que los colocaron en la posición inmejorable que hoy ocupan en los mercados nacional e internacional de sus respectivos giros. En los casos de los fabricantes de ropa en Zapotlanejo y de muebles en Ocotlán, en cambio, la organización de los productores ha sido posterior y más reactiva, es decir, ha surgido cuando el poder de los empresarios locales se ha visto amenazado por la incursión de actores externos en las actividades donde ellos tenían el control. Pero los casos presentados en este libro dan cuenta de fenómenos y procesos que han modificado la trayectoria, dinámica

y tendencias de las especializaciones actuales que no aparecen reportados en la literatura todavía.

En primer lugar, la eventualidad de que haya cambios en la especialización de una comunidad ha sido el caso de Zapotlanejo, que, como advierte Rosario Cota, ha transitado de la manufactura al comercio. Los esfuerzos de muchos años de los productores de prendas de vestir por organizar la producción y generar mercados han sido aprovechados y redimensionados por grandes consorcios comerciales nacionales. Su llegada a Zapotlanejo ha modificado las formas de relación entre los productores y ha dado lugar a esquemas de comercialización y usos del espacio urbano que resultan desventajosos para los productores y comercializadores locales. Es posible pensar que el cambio en la especialización lleve a la pérdida de control de los actores locales sobre la dinámica económica y laboral de sus comunidades.

En segundo lugar, la especialización puede experimentar desplazamientos espaciales. Eso se advierte en el estudio de Imelda Sánchez sobre la porcicultura, actividad que se practicó con intensidad en los municipios alrededor de La Piedad, Michoacán, pero que desde la década de 1990 se desplazó y cobró dinamismo en los Altos de Jalisco, en especial en Tepatitlán. A la especialización porcícola temprana de La Piedad le tocó enfrentar el TLCAN y una serie de crisis que afectaron de manera muy severa su sistema de producción descentralizado y disperso. La porcicultura alteña, en cambio, como muestra el artículo de Imelda Sánchez, se desarrolló después de esas crisis y se basaba en un sistema de producción centralizado en granjas. Los empresarios de los Altos, además, han tenido y mantenido un esquema de diversificación agropecuaria que les permite sortear las crisis, epidemias y cambios que afectan en diferentes momentos las actividades lecheras, porcícolas, avícolas y tequileras.

En tercer lugar, está el surgimiento de nuevos consumidores. El artículo de Martha Muñoz da cuenta de dos procesos que han revitalizado una vieja práctica laboral femenina: la producción de quesos artesanales no pasteurizados. La migración y el establecimiento de los vecinos de JalZac en Estados Unidos y muchos lugares de México han estimulado

el «mercado de la la nostalgia», lo que ha dado lugar a la aparición de comerciantes y circuitos comerciales que surten a los consumidores de esos quesos tan apreciados en sus lugares de destino. Aunque se supone que los quesos deben ser pasteurizados, los consumidores prefieren los productos artesanales ligados a sabores y usos ancestrales. Por más que las autoridades presionan a las productoras tradicionales a cambiar la manera de elaborarlos, los consumidores no solo les permiten, sino que les garantizan su permanencia como queseras artesanales.

Aunque también, como constata el artículo de Imelda Sánchez, los cambios en el consumo pueden afectar de manera negativa una especialización. La drástica disminución del consumo de carne de puerco afectó la producción de las granjas en La Piedad y ha obligado a los porcuicultores de los Altos a implementar sistemas y procesos que les permitan permanecer en el mercado.

En cuarto lugar, se encuentra el impacto nocivo de la especialización en el medio ambiente y la salud. Desde la investigación de los *enclaves* se mencionaron el deterioro ambiental en los territorios de las comunidades y la asociación que podía existir con ciertos padecimientos de salud de las poblaciones locales. Sin embargo, la correlación entre actividades, medio ambiente y salud forma parte de una agenda de investigación más reciente. El artículo de Imelda Sánchez documenta cómo los problemas de la salud animal en relación con el deterioro ambiental afectaron la actividad porcícola que se había desarrollado con tanto éxito en la región de La Piedad, Michoacán. El artículo de Paola Velasco explora de manera muy explícita la relación entre el teñido de las prendas de mezclilla y el deterioro del río Atoyac, y desde ahí los problemas de salud de los vecinos que han visto aparecer enfermedades que no existían, o al menos no en la proporción con que se presentan en la actualidad.

Las especializaciones, el medio ambiente y la salud deben ser no solo ámbitos de investigación, sino elementos a ser tomados en cuenta al apoyar el desarrollo de determinadas actividades en el campo. Hoy en día, a comunidades rurales del Estado de México y Jalisco se han desplazado actividades no deseadas en la ciudad, como la limpieza manual de plás-

ticos y la separación de basura, que se realizan en casas, calles, baldíos y espacios públicos de las comunidades, a cielo abierto y sin la menor protección para los trabajadores.

En quinto lugar, se aborda el cambio en la estrategia del Estado respecto al desarrollo rural. Como se advierte en el artículo de Katia Lozano y Héctor Quintero, el Estado apoyó la descentralización industrial como el principal mecanismo para reactivar las economías rurales en crisis mediante leyes, programas, incentivos a las industrias y creación de parques industriales. Se trataba, como señalan los autores para el caso de la industria mueblera de Ocotlán, de ofrecer apoyos al capital industrial para que instalaran plantas en las comunidades y dieran trabajo a los pobladores. Esto ha cambiado.

Los artículos de Jorge Alberto Rodríguez y Patricia Moctezuma muestran que ya no se trata de llevar actividades al campo, sino de desarrollar actividades que potencien los recursos, habilidades, saberes, productos y gastronomías locales con el propósito de que la gente permanezca y tenga trabajo en sus comunidades. Uno de los programas estrella de los últimos años ha sido el de Pueblos Mágicos, que busca apoyar a comunidades rurales, aunque no únicamente, que cuenten con atractivos naturales y culturales más o menos exclusivos donde se pueda desarrollar el turismo. Para que no quepa duda, el Programa de Pueblos Mágicos es operado a través de la Secretaría de Turismo. Esto ha llevado a las comunidades a especializarse en el turismo, es decir, a especializarse en ofrecer actividades, productos y servicios de recreación para visitantes en busca de experiencias originales.

En Calvillo, señala Jorge Alberto Rodríguez, las autoridades de Aguascalientes y el Gobierno federal han apoyado de manera decidida la especialización en la producción de deshilados, lo que ha revitalizado esa práctica económico-cultural femenina, ha modernizado los productos y ha dado lugar a nuevas relaciones entre actores sociales a diferentes niveles. En el caso de Calvillo, el turismo ha contribuido a mantener y mejorar una antigua especialización productiva.

El ejemplo de la alfarería de Tlayacapan, Morelos, también apoyado por el programa gubernamental de Pueblos Mágicos, presenta mayores claroscuros. La fabricación de recipientes utilitarios destinados y adaptados al consumo doméstico, festivo y ceremonial de comunidades de rai-gambre indígena ha sido reemplazada por la confección de objetos ornamentales destinados al mercado turístico nacional que visita Tlayacapan en busca de experiencias y «recuerdos». No se trata solo de modificaciones en los productos. El cambio ha afectado, señala Patricia Moctezuma, la organización de la producción basada en el trabajo en talleres domésticos, donde existían jerarquías laborales rígidas. La producción de objetos decorativos y la intensificación del comercio han generado nuevas formas de inserción laboral asalariadas, en especial para las mujeres, que han afectado la dinámica tradicional de la producción y el trabajo en los talleres domésticos.

El turismo, en este caso apoyado por el Estado mediante el programa Pueblos Mágicos, se ha convertido en un factor clave para la especialización de comunidades que reorientan sus recursos naturales y culturales —tradiciones artesanales y gastronomía—, hospedaje y todo tipo de servicios para atender al turismo en busca de lugares que ofrezcan lo que propone el programa: comunidades con «singularidad y autenticidad de su patrimonio».

En síntesis, en este libro hemos procurado ofrecer información etnográfica y entablar discusiones acerca de las especializaciones locales más conocidas, como es la especialización manufacturera. Pero hemos buscado incluir otros ejemplos de especialización —como las actividades pecuarias y el turismo— y dar cuenta de las transiciones que pueden experimentar las especializaciones, algo no trabajado en la literatura sobre el tema. En general, todos los artículos nos han permitido, creemos, dar cuenta de las razones, anteriores y actuales, de las permanencias, así como de las fuerzas que impulsan y modelan las especializaciones de hoy.

Referencias

- Arias, Patricia, Sánchez García, Imelda y Muñoz Durán, Martha. (2019). Debajo del radar. Los trabajos femeninos en los Altos de Jalisco. *Carta Económica Regional*, año 31, núm. 123, pp. 5-34.
- Arias, Patricia. (2017). Introducción. En Arias, Patricia (coordinadora), *Migrantes exitosos. La franquicia social como modelo de negocios* (pp. 7-29). México: Universidad de Guadalajara.
- Arias, Patricia, Sánchez García, Imelda y Muñoz Durán, Martha. (2015). *Quehaceres y obras. El trabajo femenino en los Altos de Jalisco*. Guadalajara: Secretaría de Cultura del Estado de Jalisco.
- Arias, Patricia y Wilson, Fiona. (1997). *La aguja y el surco. Cambio regional, consumo y relaciones de género en la industria de la ropa en México*. México: Universidad de Guadalajara, Centre for Development Research.
- Arias, Patricia. (1988). Maquila, pequeña industria y trabajo a domicilio en los Altos de Jalisco. *Estudios Sociológicos*, vol. 6, núm. 17, pp. 405-436.
- Arriola Woog, Mario. (1980). *El programa mexicano de maquiladoras. Una respuesta a las necesidades de la industria norteamericana*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara, Instituto de Estudios Sociales.
- Bonilla, Heraclio. (1974). *El minero de los Andes. Una aproximación a su estudio*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Becattini, Giacomo. (2002). Del distrito industrial marshalliano a la “teoría del distrito” contemporánea. Una breve reconstrucción crítica. *Investigaciones Regionales*, vol. 1, pp. 9-32.
- Cañas, Jesús. (2018). Bolsos de lujo como sustento en la provincia del paro. *El país*. Recuperado de <https://elpais.com/politica/2018/11/26/actualidad/1543263173_103026.html>.
- Carrillo, Jorge. (2001). *Mercados de trabajo en la industria maquiladora*. Tijuana: El Colegio de la Frontera Norte, Plaza y Valdés.
- Cota Yáñez, Rosario. (2012). *Reestructuración productiva y las redes en la industria de la confección: el caso de Zapotlanejo, Jalisco*. Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales. Guadalajara: Universidad de Guadalajara, CUCSH.

- Crummett, María. (1998). Clase, género en los procesos de cambio en una década de austeridad. Hogares rurales del municipio de Calvillo, Aguascalientes. En Peña Saint Martin, Florencia (editora), *Estrategias femeninas frente a la pobreza. El trabajo domiciliario en la elaboración de prendas de vestir* (pp. 153-172). México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Díaz, José y Rodríguez, Román. (1979). *El movimiento cristero. Sociedad y conflicto en los Altos de Jalisco*. Ciudad de México: Editorial Nueva Imagen.
- Excélsior*. (2019). Xonacatlán, el pueblo del Edomex que vive de fabricar peluches. *Excélsior*. Recuperado de <<https://www.excelsior.com.mx/comunidad/xonacatlan-el-pueblo-del-edomex-que-vive-de-fabricar-peluches/1296300>>.
- Gunter Frank, André. (1967). *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*. México: Siglo XXI.
- Hewitt de Alcántara, Cynthia. (1978). *La modernización de la agricultura mexicana, 1940-1970*. Guadalajara: Siglo XXI.
- Marroquín, Alejandro. (1957). *La ciudad mercado (Tlaxiaco)*. Ciudad de México: Imprenta Universitaria, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Martínez Alier, Juan. (1973). *Los huacilleros del Perú. Dos estudios de formaciones sociales agrarias*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Mendoza, Jorge Eduardo. (2010). El mercado laboral en la frontera norte de México: estructuras y políticas de empleo. *Estudios Fronterizos*, vol. 11, núm. 21, pp. 9-42.
- Monárrez Fragoso, Julia Estela. (2000). La cultura del feminicidio en Ciudad Juárez, 1993-1999. *Frontera Norte*, vol. 12, núm. 23, pp. 87-117.
- Peña Saint Martin, Florencia. (1998). Bordando en la ciudad. Mujeres mayas en el sector informal de la industria del vestido en Yucatán. En Peña Saint Martin, Florencia y Alonso Herrero, José Antonio (editores), *Estrategias femeninas ante la pobreza. El trabajo domiciliario en la elaboración de prendas de vestir* (pp. 173-188). Ciudad de México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.

- Portes, Alejandro. (2000). The Two Meanings of Social Capital. *Sociological Forum*, vol. 15, núm. 1, pp. 1-12.
- Quintero, Cirila y Dragustinovis, Javier. (2006). *Soy más que mis manos. Los diferentes mundos de la mujer en la maquila*. Ciudad de México: Fundación Friedrich Ebert.
- Rubín de la Borbolla, Daniel. (1974). *Arte popular mexicano*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Treviño, Sandra. (1988). Reflexiones sobre el trabajo a domicilio en la zona noreste de Guanajuato. *Estudios Sociológicos*, vol. 6, núm. 18, pp. 583-601.
- Vangstrup, Ulrik. (1995). Moroleón: la pequeña ciudad de la gran industria. *Espiral. Estudios sobre Estado y Sociedad*, vol. 2, núm. 4, pp. 101-134.
- Venancio, Leandro. (2007). *Globalización, desarrollo local y sociedad civil*. Tesis de Maestría. Bolonia: Universit à Degli Studi Di Bologna.
- Warman, Arturo. (1980). *Los campesinos. Hijos predilectos del régimen*. Ciudad de México: Editorial Nuestro Tiempo.
- Wilson, Fiona. (1990). *De la casa al taller*. Zamora: El Colegio de Michoacán.
- Zapata, Francisco. (1977). Enclaves y sistemas de relaciones industriales en América Latina. *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 39, núm. 2, pp. 719-731.

El desarrollo local. Una revisión conceptual

KATIA MAGDALENA LOZANO UVARIO

El objetivo de este artículo es hacer un recuento de los orígenes del enfoque del desarrollo local a partir de una revisión bibliográfica. La revisión se presenta en siete apartados: el *territorio*, los actores locales, la endogeneidad, el proceso de descentralización y sus perspectivas territorial, sistémica y acción o política.

El término *desarrollo local* apareció por primera vez en 1965 en los *territorios* marginados de Francia, que se consideraron excluidos de las políticas nacionales que apoyaban el crecimiento y el ordenamiento del *territorio* (Dalla Rosa, 2001; Gontcharoff, 2002: 5).

Sin embargo, el enfoque se gesta en los últimos años de la década de 1970 y principios de 1980, a partir de una perspectiva empírico-analítica en el campo de la investigación económico-social (Sforzi, 2007: 28), centrada en las iniciativas de desarrollo económico local para la creación de empleo, y bajo una lógica de regulación horizontal, dados los procesos de descentralización de los Estados nacionales, que dieron cabida a la participación de Gobiernos subnacionales, empresas y la sociedad civil, en la gestión y el aprovechamiento de los recursos en *territorios* específicos. Por ello se consideró al desarrollo local dentro de las propuestas de desarrollo alternativo ante la crisis macroeconómica en los países europeos, así como a las emergentes dinámicas globales de la época (Boisier, 1999a: 8-9).

Este enfoque en construcción (Rosales Ortega y Chauca Malásquez, 2010) ha sido cuestionado precisamente porque «no pertenece a ninguna disciplina en específico» (Sforzi, 2007: 28). En su inicio planteó una «práctica sin teoría» (Boisier, 1999a: 8), «investida de discurso político»

(Sánchez Parga, 2006: 83), limitada para evaluar sus componentes y las experiencias prácticas en general (Cuervo González, 1999), lo que resultaba una noción del desarrollo vaga e imprecisa (García Docampo, 2007).

Aunado a lo anterior, también se ha debatido la asociación del enfoque con una polisemia de acepciones del desarrollo como: ecodesarrollo, desarrollo integrado, a escala humana, territorial, endógeno, descentralizado y de abajo hacia arriba (Troitiño Vinuesa, 2013), que involucran significados o se relacionan con propuestas que no esclarecen sus similitudes o diferencias con el desarrollo local.

No obstante, el enfoque de desarrollo local ha resarcido esos cuestionamientos y debilidades, en la medida en que su perspectiva de análisis, interpretación y gestión se ha nutrido de elementos teórico-metodológicos provenientes, por una parte, de teorías económicas heterodoxas como la del desarrollo endógeno, el neoestructuralismo, la economía evolutiva y el institucionalismo y, por otra parte, de perspectivas políticas, antropológicas y sobre todo territoriales en las ciencias sociales que priorizan de manera conjunta al ser humano y sus capacidades, al igual que a los recursos y procesos territoriales. De ahí que el desarrollo local se caracterice por «reintroducir lo humano en la lógica del desarrollo» (Vachon y Coallier, 2001), diferenciándose a su vez de otras perspectivas al considerar un enfoque sistémico, integral, multidisciplinario, territorial y multidimensional (Rosales Ortega y Chauca Malásquez, 2010; Alburquerque, 2015).

A la par del fortalecimiento teórico-metodológico del desarrollo local, los planteamientos neoliberales en la aplicación de la política económica, en la agenda de las reformas políticas y sociales, en los procesos de globalización y en las recientes formas de internacionalización de la producción y del capital han dado lugar a nuevas realidades en los *territorios* nacionales y subnacionales, lo que ha propiciado que la perspectiva del desarrollo local adquiera mayor relevancia en el entendimiento de la dialéctica global-local, así como en la participación de diferentes actores en la transformación de la sociedad, con una visión «más concreta y contextualizada del análisis y de las políticas de desarrollo desde cada ámbito local» (Alburquerque, 2015: 50).

Por ello es importante conocer la conformación y trayectoria del enfoque del desarrollo local que incorpora el *territorio*, la sociedad local, el aprovechamiento de los recursos y el desarrollo de las capacidades humanas para el mejoramiento de la calidad de vida y el bienestar de la población, considerando los ámbitos y temáticas de análisis acordes con la realidad del siglo XXI.

Los orígenes del enfoque del desarrollo local

Después de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945) las estrategias de desarrollo se centraron en la planeación del desarrollo, la distribución de los recursos a escala nacional, el crecimiento del producto interno bruto (PIB) y la acumulación de capital mediante políticas deliberadas de industrialización. Las fallas del mercado serían corregidas por la acción gubernamental (Meier, 2002).

Sin embargo, la crisis económica de la década de 1970 puso en evidencia las limitaciones de ese modelo y los efectos adversos derivados del agotamiento de la industrialización por sustitución de importaciones, como los problemas de empleo y el déficit en balanzas de pagos. De ahí que las políticas de desarrollo de corte neoliberal, emergentes desde finales de 1970, se apoyaran en los principios de la economía neoclásica, orientada a la liberalización del comercio internacional, la privatización de las empresas paraestatales, la estabilización y los lineamientos establecidos por el sistema de precios de mercado (ILPES, 1998; Meier, 2002). No obstante, el cambio de paradigma del desarrollo siguió centrado en el crecimiento macroeconómico, en el cual el factor humano, como agente productivo, se asociaba con mejoras en salud y nutrición a partir de la productividad.

En ese mismo período emergieron reflexiones sobre el desarrollo desde corrientes humanistas, comunitarias e incluso contestatarias (Dalla Rosa, 2001) que señalaban que este debía involucrar la reducción de la pobreza, la equidad distributiva, la protección ambiental, el ensanchamiento en las capacidades humanas, las dotaciones materiales, económicas y sociales, e inclusive la libertad (Coraggio, 2005: 210). Esas propuestas fueron retomadas por Amartya Sen en la década de 1990 (Meier, 2002).

Uno de esos planteamientos fue el desarrollo local impulsado por organismos internacionales como la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) (1982), el Programa para el Desarrollo Económico y del Empleo (LEED) (Carrillo Benito, 2002; Vázquez Barquero, 2005) y la Delegación para la Planificación Territorial y la Acción Regional (DATAR), quienes plantearon una visión tecnócrata y administrativa (Dalla Rosa, 2001), al relacionar el desarrollo local con propuestas de solución a las crisis de empleo, inflación y recesión en los países desarrollados.

Sin embargo, lo que dio lugar a un cambio sustancial en la concepción del desarrollo local fue la aparición de visiones teóricas que coincidían en su rechazo al supuesto de que solo el crecimiento económico conducía al desarrollo y proponían una concepción integral centrada en el desarrollo humano (Albuquerque, 2015), la participación de los actores locales y la revaloración del potencial endógeno y el territorio, considerado como el espacio donde suceden los hechos y se forman las relaciones entre «las fuerzas vivas del territorio» (Dalla Rosa, 2001: 35) para la solución de conflictos y su evolución armónica (ILPES, 1998).

En ese contexto, se produjo una amplia literatura cuya revisión permite identificar una primera etapa a fines de la década de 1980, en la que se generaron las conceptualizaciones teóricas, principios y alcances centrales del enfoque. Entre los autores destacan Vázquez Barquero (1988, 1993, 1999, 2005); Arocena (1995, 2002); Boisier (1998, 1999); Coraggio (2007); Vachon y Coallier (2001); Sforzi (2001); y Albuquerque (1995). En general, se reconocen dos corrientes de origen del desarrollo local —europea y latinoamericana— que posteriormente se mezclaron para conformar un solo enfoque:

a) La corriente europea del desarrollo local, que se relaciona con la teoría del desarrollo endógeno, lo utiliza incluso como sinónimo. Sus premisas y su marco de referencia derivaron principalmente de la teoría del crecimiento endógeno integrada por los planteamientos pioneros de Romer (1986) y Lucas (1988), la propuesta de desarrollo desde abajo de Stöhr y Taylor (1981) y las explicaciones a los procesos de industrialización difu-

sa —de base territorial (endógena)—, asociados a la aglomeración de pequeñas y medianas empresas, a partir del concepto de *distrito industrial*, propuesto por Becattini (1979) al retomar las ideas de Alfred Marshall (1890) (Vázquez Barquero, 2002: 98).

La teoría del crecimiento endógeno resaltó la importancia del conocimiento y el aprendizaje en la práctica (*learning by doing*) en el proceso de acumulación y el mejoramiento del capital humano. Se suponía que la inversión en esos factores promovería la generación de externalidades, rendimientos crecientes, maximización de beneficios y la posibilidad de obtener ganancias monopólicas mediante el fomento a la innovación (I+D), revalorizando también la importancia de la educación formal (Mattos, 1999; Vázquez Barquero, 2002).

Desde este punto de vista, la teoría del desarrollo endógeno considera a los sistemas de empresas locales y sus entornos económicos como protagonistas de los procesos de acumulación. De esa manera, el crecimiento a largo plazo depende de las decisiones endógenas de ahorro e inversión, al igual que de la capacidad innovadora y eficiencia en la gestión, que posibilita un efectivo desarrollo de los *territorios* a partir de sus recursos potenciales (naturales, económicos, humanos, institucionales y culturales) con modelos flexibles de organización (Mattos, 1999; Vázquez Barquero, 2002).

Cabe precisar que, si bien esta corriente analiza el desarrollo desde una perspectiva económica, también integra elementos socioculturales a partir de los valores e instituciones locales: leyes, reglas, normas, códigos y costumbres.

b) La corriente latinoamericana, por su parte, propone planteamientos teóricos específicos para analizar las dinámicas de América Latina, que estaban relacionadas con la afirmación democrática de las sociedades, la descentralización y el desarrollo local a manera de vías para consolidar la participación en el *territorio* (Arocena y Marsiglia, 2017). A raíz de ello surgieron propuestas como la de José Arocena (1995) y el grupo de investigación del Centro Latinoamericano de Economía Humana (CLAEH), quienes consideraron el desarrollo local como «una nueva forma de mi-

rar y de actuar desde lo local, en el nuevo contexto de la globalización» (Gallicchio, 2003: 2).

Así, a partir de estudios específicos de tipo cualitativo en áreas locales que buscaban generar un conocimiento integral de la realidad local, Arocena y el grupo de CLAEH definieron una pauta de análisis de los procesos de desarrollo local en un horizonte temporal de largo plazo (más de 30 años), mediante tres variables: 1) el modo de desarrollo, que contempla la estructura socioeconómica local; 2) el sistema de actores, a partir de lo cual se identifican los protagonistas del quehacer local, sus formas de articulación en el área de estudio, así como las relaciones sociales y de poder; y 3) la identidad, en la cual se reconoce la historia colectiva que permite que los actores se reconozcan a sí mismos como capaces de aportar algo a su comunidad (Arocena, 1995, 1998; Gallicchio, 2003).

La identificación de ambas vertientes teóricas del desarrollo local, aunque se distinguen por sus orígenes disciplinarios distintos y métodos diversos, se asemejan en su propuesta de romper con la visión estrictamente económica del desarrollo, es decir, lineal, cuantitativa, basada en una rígida división internacional del trabajo, en el que «la economía se orientaba de forma unilateral hacia los factores y recursos extrarregionales, aumentando su dependencia de los centros de decisión políticos y económicos exógenos» (ILPES, 1998: 9). Por contraste, ellos proponen una visión multidisciplinaria que incluye lo económico, lo político, lo social y lo territorial, en la que los actores locales son los ejecutores de las acciones del desarrollo, de la gestión de iniciativas locales y de la movilización de los recursos endógenos y exógenos en beneficio de la colectividad local (Klein, 2005, 2006: 304).

Territorio y desarrollo local

El desarrollo local se caracteriza por una fundamentación territorial. La consideración del *territorio* como un factor activo del desarrollo se basa en los aportes de la geografía humana aplicada y la económica, las visiones heterodoxas de la economía, el neoestructuralismo y el desarrollo endógeno (Arocena, 1995; Storper, 1997; Vázquez Barquero, 1999; Méndez, 1997).

El concepto de *territorio* es entendido como una expresión histórica del espacio, «producto de un modelado social cuya organización y dinámica está marcada fundamentalmente por las actuales relaciones económico-sociales, pero donde perviven las huellas de otras formaciones sociales o sistemas de producción» (Troitiño Vinuesa, 1992: 63). En ese sentido, el *territorio* se configura a partir de las relaciones y las interacciones entre los seres humanos y entre estos y el resto de los componentes biofísicos del planeta, basadas en la proximidad (Troitiño Vinuesa, 1992: 62; Morales Barragán, 2017: 31; Storper, 1997: 28).

Tratándose de una formación social en un espacio delimitado, los actores locales se vuelven constructores de sus lugares al apropiarse de ellos, usarlos, controlarlos y transformarlos (Ramírez Velázquez y López Leví, 2015). En la medida en que los actores conforman un proyecto común para organizar y usar su *territorio* mediante múltiples estrategias sociales, productivas e institucionales, estos se constituyen en agentes de desarrollo de la economía y la sociedad (Vázquez Barquero, 1999: 29; Troitiño Vinuesa, 2013: 31).

El *territorio* modela al menos tres áreas del enfoque del desarrollo local: primero, al constituirse como «el elemento vertebrador de todos aquellos procesos que tienen incidencia sobre un cierto espacio en el que actúa una determinada sociedad» (Moltó Mantero y Hernández Hernández, 2002: 178). El *territorio* define las especificidades de las sociedades; sus actores e identidades; las actividades económicas; los procesos sociales; y la transformación local del espacio que lo distingue y con el que se conforma la «sociedad local» (Arocena, 1995; 2002). En consecuencia, «el análisis de la estructura territorial, sus componentes y su funcionamiento es uno de los elementos fundamentales de toda actuación vinculada al desarrollo local y la revaloración de su potencial endógeno» (Esparcia, 1999, citado en Moltó Mantero y Hernández Hernández, 2002: 178).

La visión del *territorio* como un agente activo y dinámico permite valorar las potencialidades de cualquier lugar y abre la posibilidad de que las especificidades de los espacios locales sean aprovechadas para el desarrollo. De ahí que el desarrollo local se defina a partir de la identificación,

valoración y activación de los recursos locales o endógenos referidos no solo a elementos tangibles (naturales, ambientales y paisajísticos) y económicos, sino también a aquellos cualitativos (intangibles) vinculados al *territorio*, la identidad, la cultura, el proceso histórico, los factores sociales y los etnológicos-antropológicos (Troitiño Vinuesa, 2013).

Segundo, el hecho de que el *territorio* sea ante todo «un bien de espacio-tiempo y no solamente espacio» (Troitiño Vinuesa, 2013: 31) implica que no es estático ni permanece anclado en el tiempo, por lo que el desarrollo se considera, como propone el neoestructuralismo, un sistema abierto a partir de lo cual se analiza el comportamiento de los agentes, sus estructuras económicas y sociales y sus interrelaciones en un contexto histórico y evolutivo, es decir, dinámico y cambiante en el tiempo y las circunstancias (Pérez Caldentey, 2015).

La idea de un tiempo histórico irreversible, donde las decisiones de los agentes son casi imposibles o muy costosas de revertir, implica que los procesos de desarrollo no son lineales en el tiempo, ni sucesiones de etapas, estadios o políticas (Pérez Caldentey, 2015). En vez de eso, el desarrollo local plantea la posibilidad de múltiples caminos (Sforzi, 2007) y diversas trayectorias que no corresponden necesariamente a formas de organización social y política similares a las de los países desarrollados. De ahí la necesidad de tomar en cuenta la especificidad del lugar y el tiempo en el concepto de desarrollo.

Tercero, aun cuando el desarrollo local se focaliza en el tratamiento de los procesos locales, el planteamiento territorial le otorga una perspectiva multiescala y multinivel. Esto significa que el *territorio*, a modo de construcción social, incluye más de una escala¹ espacial y diferentes niveles de

¹ Mientras la escala es definida por Cash *et al.* (2006) como «la dimensión espacial, temporal, cuantitativa y analítica usada para medir y estudiar cualquier fenómeno», misma que puede ser dividida en diferentes niveles», Rosales Ortega y Bernal Paniagua (2010: 56) aclaran que la escala es considerada una construcción social, es decir, «una expresión teórico-metodológica de las interrelaciones de los procesos económico-espaciales más que como una representación proporcional de un recorte territorial».

análisis, dependiendo de la posición en que se localicen las unidades de estudio (Cash *et al.*, 2006), debido a que las interrelaciones de los procesos económico-espaciales se expresan en «variadas formas de vinculación que los territorios pueden tener en diferentes etapas del tiempo» (Rosales Ortega y Bernal Paniagua, 2010: 56).

Carpio Benalcázar explica el desarrollo local «como un proceso que conjuga una dialéctica de niveles tanto horizontales (dimensiones del desarrollo local) cuanto político-espaciales (local-nacional-global) como condición para su viabilidad y sostenibilidad» (2006: 8).

La consideración multiescala se encuentra en los planteamientos latinoamericanos del desarrollo local en la manera en que se interpreta «lo local». Boisier (1999a: 10) expone que «en realidad, lo local sólo hace sentido cuando se le mira, por así decirlo, “desde afuera y desde arriba” y así las regiones constituyen espacios locales miradas desde el país así como la provincia es local desde la región y la comuna lo es desde la provincia»; mientras que Arocena (1995: 19) establece que «nunca se puede analizar un proceso de desarrollo local sin referirlo a la sociedad global en que está inscrito; al mismo tiempo, la afirmación de carácter relativo de la noción “local” permite reconocer la inscripción de lo “global” en cada proceso de desarrollo».

Esas referencias hacen una interpretación de lo local desde el punto de vista territorial al caracterizar unidades territoriales con escalas diferentes, es decir, en referencia a una geometría variable, que puede ser una localidad, ciudad, municipio, pueblo, barrio, colonia o comunidad, independientemente de la población o el tamaño que tenga (Ramírez Velázquez, 2007). Asimismo, clarifican, desde un punto de vista económico, que el desarrollo local no es un enfoque opuesto a la globalización; más bien se trata de una postura que analiza e interpreta la incidencia de la globalización en las localidades, sus efectos territoriales, la movilización de los recursos y la coordinación de actividades desde lo global, promoviendo sobre todo una posición proactiva de los actores locales, en la cual se aprovechan los recursos endógenos y se fortalecen las capacidades locales (Vachon y Coallier, 2001).

La endogeneidad

Una de las características reiteradas en los enfoques de desarrollo local es la capacidad endógena. El neoestructuralismo «desde dentro» planteaba que se trataba de «un esfuerzo creativo interno por configurar una estructura productiva que sea funcional a las carencias y potencialidades específicas» (Fajnzylber, 1983, en Sunkel, 1995: 64), que permitiera «lograr una creciente eficacia en la manipulación creadora de su medio ambiente natural, tecnológico, cultural y social, así como de sus relaciones con otras unidades políticas y geográficas» (Sunkel y Paz, 1999: 37).

La teoría del desarrollo endógeno² considera la endogeneidad como «la capacidad de liderar el propio proceso de desarrollo, unido a la movilización de su potencial de desarrollo» (Vázquez Barquero, 1999: 30). Lo central es la conducción y el control creciente por parte de la comunidad local del proceso de crecimiento y la transformación de su sistema productivo, que se reflejaría tanto en el plano económico como político, debido a la capacidad de optar por estilos propios de desarrollo, negociación, diseño y ejecución de políticas (Boisier, 1999b, 2004, 2005).

En lo económico, la endogeneidad está asociada con la apropiación y reinversión *in situ* de los excedentes de capital, a fin de valorizar y aprovechar los recursos y patrimonios³ existentes en los *territorios*, al igual que diversificar las actividades económicas (López Trigal, 2015: 515). Incluye la formación de entornos institucionales, como los relacionados con la for-

² Para Vázquez Barquero (1999, 2007) no hay diferencias entre los enfoques de desarrollo endógeno y desarrollo local, de hecho, los utiliza como sinónimos, incluso al referirse a otros autores como Arocena (1995).

³ Con relación al patrimonio, se reconocen tres tipos: 1) el sociocultural, integrado por la población, sus características demográficas, tradiciones, valores, niveles educativos, capacidades científico-tecnológicas, organización institucional, corrientes ideológicas, sistemas y regímenes políticos; 2) el natural, es decir, las características ecosistémicas y la disponibilidad actual y potencial de recursos naturales renovables y no renovables; y 3) el de capital fijo, es decir, la capacidad productiva y la infraestructura instalada y acumulada o el medio ambiente construido (Sunkel, 1995).

mación de sistemas regionales de innovación, a partir de los cuales se instrumentan las capacidades del *territorio* para generar sus propios procesos de innovación y desarrollo científico (Boisier, 2004).

La endogeneidad alude también a importancia de las capacidades, individuales y colectivas, en los procesos de desarrollo. Las capacidades son «la habilidad que tienen los individuos, grupos, instituciones y sistemas en general para identificar y resolver sus problemas; para desarrollar e implementar estrategias que les permitan conseguir sus objetivos, dirigidas a dar respuesta a las necesidades y responsabilidades de desarrollo de una manera sostenible» (Costamagna, 2015: 48-49).

Al respecto, Costamagna y Larrea (2017) argumentan que la formación de capacidades para el desarrollo es una construcción social, es decir, es preciso llegar a acuerdos mediante el diálogo, la negociación, la colaboración entre los individuos y las colectividades, frente a los conflictos del *territorio*. Por ende, uno de los desafíos centrales del desarrollo territorial es la formación y fortalecimiento de capacidades de acción de los actores locales, dado que estas no se aprenden *per se*, requieren de proactividad, interacción social y la articulación de relaciones, a fin de aplicar los recursos disponibles con efectividad y eficiencia, con el objetivo de lograr las metas de forma sostenible y eficaz (Cummings, 2015).

La descentralización

La descentralización se explica a partir de los procesos de reconfiguración del Estado y transferencia de poder político, fiscal y administrativo del Gobierno central a los niveles subnacionales (Montecinos, 2005). Ese proceso redefine y brinda nuevos roles a los Gobiernos subnacionales, y abre paso a la participación ciudadana en las decisiones públicas, así como al fortalecimiento de la democracia, lo cual otorga mayor poder y control a la sociedad local sobre sus propios recursos (Arocena, 1995, 2002; Montecinos, 2005).

Es un proceso que se establece como uno de los elementos centrales del desarrollo local debido a que hace hincapié en la organización de distintos niveles territoriales, la cesión de competencias, recursos y respon-

sabilidades a las administraciones subnacionales (regionales, provinciales y municipales) y la participación de otros actores, como la sociedad civil —«el nuevo y multitudinario agente conductor del proceso permanente de cambio» (Boisier, 2004: 31-32)—, para promover iniciativas locales, fomentar la creación de empresas y apoyar el empleo (Arocena y Marsigli, 2017).

La descentralización supone tomar posición sobre la organización del *territorio*, por tanto, «obliga a definir una estrategia de desarrollo, a plantear una forma de articulación Estado-sociedad civil y a abordar la cuestión de las formas de la democracia» (Arocena, 1995: 68).

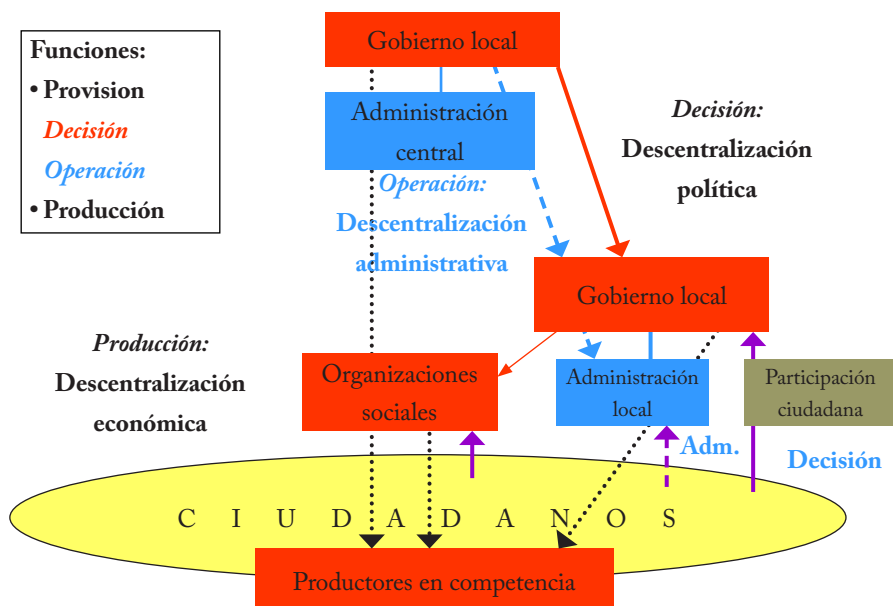
Se reconoce también que la descentralización modifica la lógica de funcionamiento de las políticas públicas y las estrategias locales de desarrollo, las cuales «deben dotarse de mayor grado de horizontalidad, selectividad, territorialidad y capacidad de concertación con los actores sociales [...] orientadas a crear oportunidades y entornos favorables a los emprendimientos innovadores en cada territorio» (Albuquerque, 2005: 73-74). Con ello se afirma la capacidad del *territorio* para apropiarse de una parte creciente del excedente económico o capitalizar las oportunidades externas a través del sector público, privado, o una combinación de ambos (Boisier, 2004; Albuquerque, 2004), con el fin de que los actores locales ejerzan su capacidad para decidir y liderar sus procesos de desarrollo.

En América Latina, hubo cuatro fuerzas que promovieron la descentralización en la década de 1990: 1) la revolución científico-tecnológica de las telecomunicaciones que facilitó la producción flexible y multilocalizada de la era de la globalización; 2) las reformas política y administrativa de los Estados nacionales y los regímenes democráticos; 3) la creciente demanda autónoma por parte de organizaciones de la sociedad civil, especialmente de organizaciones de base territorial; y 4) la privatización de la economía que convirtió a los actores empresariales en sujetos decisores independientes en el sistema (Boisier, 2004).

La figura 1 ejemplifica la descentralización política y administrativa generada desde el Gobierno y la administración central hacia los Gobiernos locales (subnacionales), fenómeno que alienta la participación ciuda-

dana y la de las organizaciones sociales en la toma de decisión y operación de bienes públicos; en tanto, la descentralización económica se traduce en la formación de diversos espacios de producción competitivos.

Figura 1
El proceso de la descentralización: funciones y actores



Fuente: Finot (2001: 79).

Los actores locales y sus capacidades

Uno de los principios básicos del desarrollo local es que «la persona constituye la fuerza motriz del desarrollo» (Vachon y Coallier, 2001: 96). El enfoque considera a los grupos sociales como «sujetos» cuyas aspiraciones y necesidades deben formar parte de las propuestas de desarrollo (Sunkel y Paz, 1999). La participación social, política y cultural debe estar presente en la formulación de los objetivos de la sociedad, al igual que en la tarea de alcanzarlos.

Los actores locales se definen como «sujetos (individuales o colectivos) cuyo comportamiento se determina en función de una lógica local y/o su comportamiento determina los procesos locales» (Arocena y Marsiglia, 2017: 115). Según su aportación al desarrollo, los actores pueden estar ligados a la toma de decisiones (político-institucionales), a las técnicas particulares (expertos-profesionales) o a cualquier ámbito que tenga acción sobre el terreno (Barreiro, 1988: 145, citado en Arocena y Marsiglia, 2017: 220).

La acción de los actores implica la articulación de sus intereses particulares, así como la confluencia de racionalidades, intereses, emociones y posicionamientos ideológicos de colectivos y personas que toman decisiones de acuerdo a sus lógicas y razones, aunque haya otros que «no entienden, o simplemente, las consideran irracionales» (Costamagna y Larrrea, 2017: 45).

Con su acción, los actores locales ponen en juego sus capacidades para constituir relaciones y entablar negociaciones en la búsqueda de beneficios para la sociedad local, a partir de fortalecer el control local, alejándose de «la lógica del subsidio y de la pasiva espera de que los poderes públicos, la inversión extranjera y las grandes empresas, el sistema de protección social o la cooperación internacional, aporten soluciones» (Alburquerque, 1996: 45, en Choconi, 2003: 24).

En la construcción de capacidades locales, los actores involucran sus valores, actitudes y cultura local en un proceso que incluye aprendizaje, interacciones sociales y relaciones de poder (Madoery, 2001). Entre las capacidades locales se distinguen las siguientes: innovación, creatividad, emprendurismo, organizativa, negociación, acción colectiva, relacionamiento y articulación, liderazgo, gestión política, generación de diálogos y gestión técnica-operativa (Cumplings, 2015; Madoery, 2001).

La perspectiva sistémica

La discusión conceptual sobre el desarrollo local remite a una perspectiva sistémica y multidimensional. Sforzi (2007: 31) lo define como «resultado del sistema de actores que llevan a cabo la estrategia de desarro-

llo, interrelacionándose unos con otros». Boisier (2003), por su parte, lo entiende como un proceso de activación y canalización de fuerzas sociales, de avances en la capacidad asociativa y de ejercicio de la iniciativa y la inventiva, que implican «un tema complejo, con un cambio constante» (Boisier, 2003: 49).

El desarrollo a modo de sistema se explica como una «construcción producida para representar a los actores principales y a las actividades más significativas de un determinado complejo empírico» (García, 2006: 140). Complejo no es sinónimo de complicado, sino de una realidad que requiere conceptualizarse en forma de totalidad organizada, a partir del conjunto de relaciones entre sus elementos —que componen su estructura y no deben de ser separables y estudiados de manera aislada—, al igual que con la interacción entre sistemas simples, sea la complejidad emergente, las recurrencias, la variedad del sistema, la sinapsis o la sinergia (García, 2006; Boisier, 2003).

Al respecto, Arocena (1995: 54) precisa que:

El desarrollo es un proceso complejo, cuya comprensión exige la consideración de los tres niveles de análisis. Para que haya desarrollo es necesario al mismo tiempo una búsqueda de lo específico en la historia local, una acción lúcida dentro de una determinada lógica sistémica y una acción sobre los sistemas de representaciones colectivos [...] La interpretación que acá se propone trata de tomar la integridad del hecho local como la única forma de consolidar ese proceso que se llama desarrollo.

Entender el desarrollo local como un sistema implica conceptualizarlo como «un conjunto de partes coordinadas y en interacción para alcanzar un conjunto de objetivos» (Johansen Bertoglio, 2000: 54) referidos a la construcción de una visión común, es decir, a proyectos concertados por la sociedad (Vázquez Barquero, 1999; Boisier, 1999b; Arocena, 1995; Troitiño, 2013).

Existe consenso sobre los subsistemas o sistemas simples que deben abordarse en el estudio del desarrollo local: económico, socio-territorial

o socio-cultural, político-administrativo o institucional, en una dimensión territorial, y recientemente también desde la ambiental-sostenible, como integradoras de todos los elementos y acciones de cada una de las partes (Albuquerque, 2015; Arocena, 1995; Cuervo González, 1999; Vázquez Barquero, 2002).

Cada subsistema funciona como subtotalidad que, en conjunto, constituye la estructura de ese nivel particular del sistema (García, 2006: 184), en el cual los actores actúan bajo lógicas específicas, es decir, producen «zonas de intercambio, bloqueos y articulaciones de distinta naturaleza» (Arocena, 1995: 75).

La tabla 1 presenta las características de los subsistemas del desarrollo local, según los actores y, sobre todo, las lógicas de acción mediante las cuales se entiende su forma de intervenir y/o funcionar en el *territorio*.

Tabla 1
Las lógicas de los subsistemas del desarrollo local

Subsistema	Actores principales	Lógica de acción de los actores
Sistema de acción político-administrativo	Municipios, organismos locales que dependen de la administración central y agencias locales de empresas nacionales.	Lógica sectorial-vertical que caracteriza al sistema político administrativo centralizado, que tiende a generar redes deslocalizadas desde una estructura tecnocrática. Lógica territorial-horizontal que impulsa instancias de concertación institucional y tiende a constituir redes donde la acción moviliza de manera horizontal a actores locales en torno a un problema considerado crucial para la comunidad. Alianzas público-público y público-privadas.

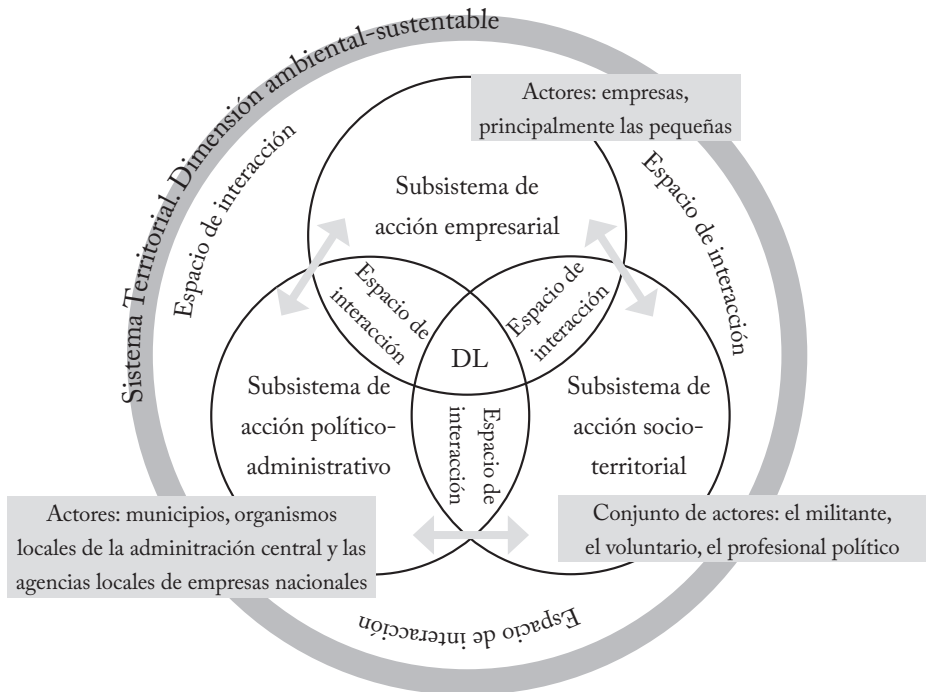
Subsistema	Actores principales	Lógica de acción de los actores
Sistema de acción empresarial	Empresas, principalmente de tamaño pequeño.	<p>Generación y reinversión local de excedentes, creación de empleo y formación de redes de empresas. Las empresas locales tienen modos de acumulación que buscan la calidad, mayor flexibilidad organizacional, recursos humanos más calificados, articulación entre producción y equilibrios naturales y nuevas formas de relación productor-consumidor, en suma, una mejor articulación de la empresa con su entorno.</p>
Sistema de acción socioterritorial	Se compone por un conjunto de actores: militantes, voluntarios, profesionales y políticos.	<p>Mantienen una lógica de acción en torno al mejoramiento de las condiciones de vida de los habitantes y de un territorio más adecuado a las necesidades de las comunidades locales. Sus interacciones suponen relaciones de poder y procesos constitutivos de identidad. Entre sus lógicas están las siguientes:</p> <p>La militante, a partir de las comisiones barriales o las uniones vecinales que buscan la defensa de la calidad de vida en un territorio.</p> <p>El voluntariado, mediante las organizaciones filantrópicas, quienes prestan servicios de naturaleza social a la comunidad, gestionando recursos humanos y financieros, sin buscar tener contrapartes de ellos.</p> <p>La profesional, con la inclusión de profesionales que intervienen en las sociedades locales en virtud de su competencia técnica en un área determinada del quehacer social. Aportan consejos, asistencia y asesoramiento.</p> <p>La política, relacionada con los dirigentes y los partidos políticos, que canalizan y tienden a controlar las demandas sociales.</p>

Fuente: elaboración propia a partir de Arocena (1995) y Arocena y Marsiglia (2017).

Una característica adicional de los sistemas es la sinergia, es decir, su configuración como un todo organizado que toma en cuenta la interrelación de las partes para entender el efecto conjunto (Johansen Bertoglio, 2000). La metodología para analizar experiencias de desarrollo local implica revisar la interacción de los subsistemas o dimensiones para detectar la lógica de los actores, sus articulaciones y conflictos, al igual que la sinergia en el sistema para generar objetivos, acciones y una visión común para la solución de los problemas.

La figura 2 esquematiza la perspectiva sistémica e integral del desarrollo local con los subsistemas y dimensiones mencionados, la participación de los actores locales y la formación de espacios de interacción.

Figura 2
Ámbitos e interrelaciones de los subsistemas de acción del desarrollo local



Fuente: elaboración propia.

La perspectiva política o de acción

En el enfoque del desarrollo local destaca su visión política y práctica (Polése, 1998; Vázquez Barquero, 1999). Sforzi especifica que en sus inicios, al plantearse como un proyecto interdisciplinario desde cualquier inclinación política, resultaba de interés más por las buenas prácticas que por su fundamentación teórica, por lo que se consideraba «una estrategia de política territorial» (2007: 29).

Sin embargo, las políticas van de la mano con las estrategias de desarrollo local para los *territorios* y con los proyectos políticos definidos por los actores locales (Madoery, 2001): «teoría y práctica forman un todo indisoluble en un planteamiento de desarrollo: la teoría garantiza un marco de referencia indispensable para la definición, la planificación y la evaluación de las acciones que se llevan a la práctica» (Vachon y Coallier, 2001: 125).

Por ello, el desarrollo local se considera tanto una propuesta basada en la acción como una invitación al análisis que aporta elementos para la adecuada gestión de los *territorios* y la mejora de las políticas públicas en pro del desarrollo (Polése, 1998; Lozano Uvario, 2007). Aunque, de la forma en que precisa Gallicchio (2010: 13), «no es una tecnología a aplicar en cualquier circunstancia. Es, ante todo una estrategia sociopolítica de cambio».

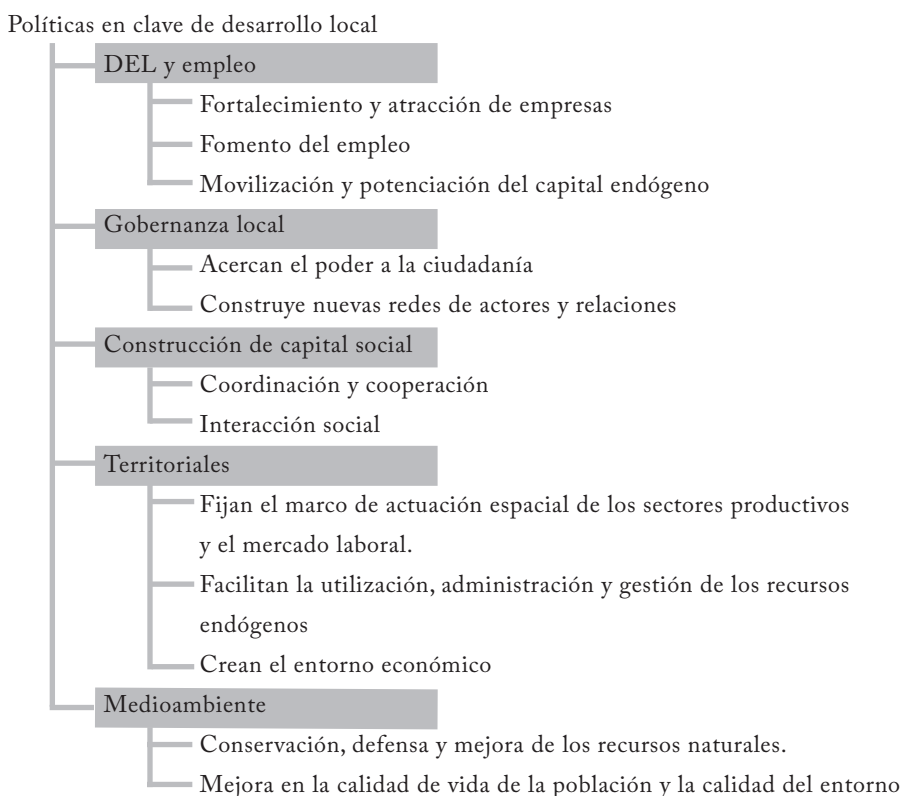
Para el desarrollo endógeno, la inclusión de empresas y organizaciones como actores del desarrollo implica que las políticas de desarrollo local aumenten la competitividad y productividad del sistema económico y mejoren la capacidad empresarial y organizativa, la calidad de los factores, la difusión de las innovaciones en el tejido productivo y los *territorios*, la calidad del capital humano y la flexibilidad del sistema productivo (Vázquez Barquero, 2001: 47-55).

Por contraste, la visión del desarrollo local centrada en las políticas reconoce a la administración gubernamental local como el actor principal; sin embargo, su gestión supone la descentralización hacia las organizaciones intermedias que prestan servicios a las empresas y a las organizaciones con el fin de promover la competitividad de los sistemas productivos y la calidad de vida de la sociedad (Pérez Ramírez y Carrillo Benito,

2000; Vázquez Barquero, 2000). De ahí que las políticas de desarrollo local impliquen una gobernanza multinivel, es decir, la articulación de los diferentes niveles de gobierno territoriales con los agentes locales, públicos y privados que por su cercanía con la ciudadanía pueden sensibilizar y concertar con la sociedad local (Gallicchio, 2010; Madoery, 2001; Pérez Ramírez y Carrillo Benito, 2000).

Las políticas de desarrollo local deben integrar, al menos: la gobernanza multinivel, el empleo y el desarrollo económico local (DEL), la cons-

Figura 3
Políticas en clave de desarrollo local



Fuente: elaboración propia a partir de Gallicchio (2010) y Pérez Ramírez y Carrillo Benito (2000).

trucción de *capital social*, la dimensión territorial y el medio ambiente (Gallicchio, 2010; Pérez Ramírez y Carrillo Benito, 2000) (figura 3).

Conclusiones

El enfoque del desarrollo local se originó a finales de la década de 1970 para entender las distintas respuestas de las sociedades locales a las crisis económicas asociadas a la globalización, el desmantelamiento de los estados nacionales y la naciente descentralización. En la actualidad, se le reconoce como un enfoque teórico-metodológico que promueve una visión sistémica e integral de los procesos de desarrollo centrados en el *territorio*, con la participación de actores de múltiples ámbitos y dimensiones —no exclusivamente el gubernamental—, y que aprovecha los recursos y las capacidades endógenas locales en la búsqueda del bienestar de la sociedad de que se trate.

En un principio, el enfoque del desarrollo local se consideró sin suficiente sustento teórico. Esto cambió en la medida en que se incorporaron teorías que esclarecieron los diversos elementos que deben ser tomados en cuenta para interpretar el *territorio* y la participación de los actores en las dimensiones económicas, sociales, político-administrativas y ambientales, elementos que en conjunto permiten entender de manera integral los problemas del desarrollo.

Analizar los procesos de desarrollo desde el enfoque del desarrollo local permite identificar las dinámicas endógenas basadas no solo en el crecimiento y el empleo en las comunidades, sino también en la valorización de los recursos locales y en la consideración de las particularidades sociales, culturales e identitarias de los lugares. Al tomar en cuenta el origen local del desarrollo se valora la emergencia de iniciativas locales y el empoderamiento de los actores locales para actuar e, incluso, ser una alternativa frente a las dinámicas exógenas que se presentan en los *territorios*.

El enfoque del desarrollo local no es solo teórico, sino también de acción o práctico. Ese enfoque permite accionar y gestionar los lugares, con base en sus recursos potenciales, así como las capacidades individuales y

colectivas de la sociedad para generar y acumular riqueza según la visión que esta defina para sí. De ahí que se mantenga como un enfoque vigente para el análisis de las problemáticas del desarrollo del siglo XXI.

Referencias

- Albuquerque, Francisco. (2004). Desarrollo económico local y descentralización en América Latina. *Revista de la CEPAL*, vol. 82, pp. 157-71.
- Albuquerque, Francisco. (2005). Las iniciativas locales de desarrollo y el ajuste estructural. En Solari Vicente, Andrés y Martínez, Jorge (editores), *Desarrollo local, textos cardinales* (pp. 69-89). Morelia: Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.
- Albuquerque, Francisco. (2015). Apuntes sobre la Economía del Desarrollo y el Desarrollo Territorial ¿Dónde situar el enfoque del Desarrollo Territorial dentro de los Estudios sobre el Desarrollo Económico? Recuperado de <<https://www.delalbuquerque.es/images/subidas/EaDesarrollo-y-Desarrollo-Territorial-2015.pdf>>.
- Arocena, José. (1995). *El desarrollo local: un desafío contemporáneo*. Caracas: Nueva Sociedad.
- Arocena, José. (1998). *Propuesta metodológica para el estudio de procesos de desarrollo local*. Montevideo: Centro Latinoamericano de Economía Humana.
- Arocena, José. (2002). *El desarrollo local: un desafío contemporáneo*. Montevideo: Universidad Católica del Uruguay, Taurus.
- Arocena, José y Marsiglia, Javier. (2017). *La escena territorial del desarrollo*. Montevideo: Taurus.
- Boisier, Sergio. (1999a). *Desarrollo (Local): ¿De qué estamos hablando?* Recuperado de <https://www.researchgate.net/profile/Sergio_Boisier/publication/240633118_Desarrollo_local_de_que_estamos_hablando/links/551abc0f0cf2bb754077270c.pdf>.
- Boisier, Sergio. (1999b). *Teorías y metáforas sobre desarrollo territorial*. Santiago de Chile: CEPAL.
- Boisier, Sergio. (2003). ¿Y si el desarrollo fuese una emergencia sistémica? *Cuadernos de Administración*, vol. 29, pp. 48-79.

- Boisier, Sergio. (2004). Desarrollo territorial y descentralización. (El desarrollo en el lugar y en las manos de la gente). *Revista Eure*, vol. 30, núm. 90, pp. 27-40.
- Boisier, Sergio. (2005). ¿Hay espacio para el desarrollo local en la globalización? *Revista de la CEPAL*, vol. 86, pp. 47-62.
- Carpio Benalcázar, Patricio. (2006). La perspectiva latinoamericana del desarrollo local. En Benalcázar, Carpio (editor), *Retos del desarrollo local* (pp. 3-53). Quito: OFIS, ILDIS, Abya-Yala.
- Carrillo Benito, Emilio. (2002). *Desarrollo Local: Nuevas Perspectivas*. Sevilla: Consejería de Gobernación, Junta de Andalucía.
- Cash, David, Adger, Neil, Berkes, Fikret, Garden, Po, Lebel, Louis, Olsson, Per, Pritchard, Lowell y Young, Oran. (2006). Scale and Cross-Scale Dynamics: Governance and Information in a Multilevel World. *Ecology and Society*, vol. 11, núm. 2, p. 8.
- Choconi, Silvia Alicia. (2003). Algunas ideas críticas sobre el desarrollo local: el caso de los consorcios productivos en la provincia de Buenos Aires, Argentina. *Problemas del Desarrollo*, vol. 34, núm. 135, pp. 9-27.
- Coletis, Gabriel y Bernard, Pecqueur. (1995). Dinámica territorial y factores de la competencia espacial. En Vázquez Barquero, Antonio y Garofoli, Gioacchino (editores), *Desarrollo Económico Local en Europa* (pp. 73-90). Madrid: Editorial ILTRE, Colegio de Economistas de Madrid.
- Coraggio, José Luis. (2005). La agenda del desarrollo local. En Solari Vicente, Andrés y Martínez Aparicio, Jorge (coordinadores), *Desarrollo local, textos cardinales* (pp. 209-221). Morelia: Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.
- Costamagna, Pablo. (2015). *Política y formación en el desarrollo territorial. Aportes al enfoque pedagógico y a la investigación acción con casos de estudio en Argentina, Perú y País Vasco*. Bilbao: Orkestra-Instituto Vasco de Competitividad, Fundación Deusto, Donostia-San Sebastián.
- Costamagna, Pablo y Larrea, Miren. (2017). *Actores facilitadores del desarrollo territorial. Una aproximación desde la construcción social*. Bilbao:

- Orkestra-Instituto Vasco de Competitividad, Fundación Deusto, Donostia-San Sebastián.
- Cuervo González, Luis Mauricio. (1999). Desarrollo económico local: leyendas y realidades. *Territorios*, vol. 1, pp. 9-24.
- Cummings, Andrew. (2015). Capacidades para la construcción de rutas de desarrollo en territorios rurales de Centroamérica. En Bastiaensen, Johan, Merlet, Pierre y Flores, Selmiraa (editores), *Rutas de desarrollo en territorios humanos: las dinámicas de la vía láctea en Nicaragua* (pp. 21-64). Managua: UCA Publicaciones.
- Dalla Rosa, Gilbert. (2001). Algunas reflexiones sobre la metodología del desarrollo local a partir del ejemplo francés. En Rodríguez Gutiérrez, Fermín (editor), *Manual de Desarrollo Local* (pp. 33-41). Gijón: Ediciones Trea.
- Finot, Iván. (2001). *Descentralización en América Latina: teoría y práctica*. Santiago de Chile: ILPES, CEPAL.
- Gallicchio, Enrique. (2003). *El desarrollo económico local. Estrategia económica y de construcción de capital social*. Montevideo: Centro Latinoamericano de Economía Humana.
- Gallicchio, Enrique. (2010). El desarrollo local: ¿territorializar políticas o generar políticas territoriales? Reflexiones desde la práctica. *Eutopía*, vol. 1, pp. 11-23.
- García Docampo, Manuel. (2007). El desarrollo local en el marco de los procesos de globalización. En García Docampo, Manuel (editor), *Perspectivas teóricas en Desarrollo Local* (pp. 1-38). La Coruña: Netbiblo.
- García, Rolando. (2006). *Sistemas complejos. Conceptos, método y fundamentación epistemológica de la investigación interdisciplinaria*. Barcelona: Gedisa editorial.
- Gontcharoff, Georges. (2002). Développement local: petite généalogie historique et conceptuelle. *Territoires*, vol. 431, pp. 5-9.
- Guimarães, Roberto. (2003). *Tierra de sombras: desafíos de la sustentabilidad y del desarrollo territorial y local ante la globalización corporativa*. Medio ambiente y desarrollo. Santiago de Chile: CEPAL, Naciones Unidas.

- Instituto Latinoamericano y del Caribe de Planificación Económica y Social. (1998). *Manual de Desarrollo Local*. Santiago de Chile: CEPAL.
- Johansen Bertoglio, Oscar. (2000). *Introducción a la teoría general de sistemas*. Guadalajara: Limusa, Noriega.
- Klein, Juan-Luis. (2005). Iniciativa local y desarrollo: respuesta social a la globalización neoliberal. *Revista Eure*, vol. 31, núm. 94, pp. 25-39.
- Klein, Juan-Luis. (2006). Geografía y desarrollo local. En Hiernaux, Daniel y Lindón, Alicia (editores), *Tratado de Geografía Humana* (pp. 303-319). Barcelona: Anthropos, Universidad Autónoma Metropolitana.
- López Trigal, Lorenzo. (2015). *Diccionario de Geografía Aplicada y Profesional. Terminología de análisis, planificación y gestión del territorio*. España: Universidad de León.
- Lozano Uvario, Katia Magdalena. (2007). El desarrollo local como método de análisis: los claroscuros de su complejidad. En Rosales Ortega, Rocío (editora), *Desarrollo local: Teoría y prácticas socio territoriales* (pp. 99-122). Ciudad de México: UAM-Iztapalapa, Miguel Ángel Porrúa.
- Lucas, Robert. (1988). On the mechanics of economic development. *Journal of Monetary Economics*, vol. 22, núm. 1, pp. 3-42.
- Madoery, Oscar. (2001). El valor de la política de desarrollo local. En Vázquez Barquero, Antonio y Madoery, Oscar (editores), *Transformaciones globales, instituciones y políticas de desarrollo global*. Buenos Aires: Homo Sapiens, pp. 1-31.
- De Mattos, Carlos. (1999). Teorías del crecimiento endógeno: lectura desde los territorios de la periferia. *Estudios Avanzados*, vol. 13, núm. 36, pp. 183-208.
- Meier, Gerald. (2002). La vieja generación de economistas del desarrollo y la nueva. En Meier, Gerald y Stiglitz, Joseph (editores), *Fronteras de la economía del desarrollo. El futuro en perspectiva* (pp. 1-38). Bogotá: Banco Mundial, Alfaomega Colombiana.
- Méndez, Ricardo. (1997). *Geografía económica*. Barcelona: Editorial Ariel.
- Moltó Mantero, Enrique y Hernández Hernández, María. (2002). Desarrollo Local, geografía y análisis territorial integrado: algunos ejemplos aplicados. *Investigaciones Geográficas*, núm. 27, pp. 175-90.

- Montecinos, Egon. (2005). Los estudios de descentralización en América Latina: una revisión sobre el estado actual de la temática. *Eure*, vol. 31, núm. 93, pp. 77-88.
- Morales Barragán, Federico. (2017). El territorio, sus escalas y niveles. *Encuentros 2050*, vol. 1, núm. 9, pp. 30-32.
- Pérez Caldentey, Esteban. (2015). Una coyuntura propicia para reflexionar sobre los espacios para el debate y el diálogo entre el (neo)estructuralismo y las corrientes heterodoxas. En Bárcena, Alicia y Prado, Antonio (editores), *Neoestructuralismo y corrientes heterodoxas en América Latina y el Caribe a inicios del siglo XXI* (pp. 33-91). Santiago de Chile: Comisión Económica para América Latina y el Caribe.
- Pérez Ramírez, Bartolomé y Carrillo Benito, Emilio. (2000). El modelo teórico del desarrollo local. En Pérez Ramírez, Bartolomé y Carrillo Benito, Emilio (editores), *Desarrollo local: manual de uso* (pp. 39-58). Madrid: ESIC-FAMP.
- Polése, Mario. (1998). *Economía urbana y regional. Introducción a la relación entre territorio y desarrollo*. Costa Rica: Libro Universitario Regional, EULAC/GTZ.
- Ramírez Velázquez, Blanca Rebeca. (2007). Escala y desarrollo: significado y perspectivas metodológicas. En Rosales Ortega, Rocío (editora), *Desarrollo local: Teoría y prácticas socioterritoriales* (pp. 51-71). Ciudad de México: Miguel Ángel Porrúa, UAM.
- Ramírez Velázquez, Blanca Rebeca y López Leví, Liliana. (2015). *Espacio, paisaje, territorio y lugar: la diversidad en el pensamiento contemporáneo*. Ciudad de México: UNAM, Instituto de Geografía, UAM Xochimilco.
- Romer, Paul. (1986). Increasing Returns and Long-Run Growth. *Journal of Political Economy*, vol. 94, núm. 5, pp. 1002-1037.
- Rosales Ortega, Rocío y Bernal Paniagua, Marlem. (2010). Escalas geográficas y procesos: las interrelaciones campo y ciudad. En Rosales Ortega, Rocío y Chauca Malásquez, Pablo (editores), *Desarrollo local. Teorías, políticas y experiencias* (pp. 49-70). Ciudad de México: UAM-Iztapalapa, UMSNH, Plaza y Valdés.

- Rosales Ortega, Rocío, y Chauca Malásquez, Pablo. (2010). Desarrollo local: ¿una realidad en busca de teoría? En Rosales Ortega, Rocío y Chauca Malásquez, Pablo (editores), *Desarrollo local. Teorías, políticas y experiencias* (pp. 9-19). Ciudad de México: UAM-Iztapalapa, UMSNH, Plaza y Valdés.
- Sánchez Parga, José. (2006). Desarrollo local: teoría, crítica y cuestionamientos. *Universitas, Revista de Ciencias Sociales y Humanas*, núm. 8, pp. 81-113.
- Sforzi, Fabio. (2001). La teoría marshalliana para explicar el Desarrollo Local. En Rodríguez Gutiérrez, Fermín (editor), *Manual de Desarrollo Local* (pp. 13-32). Gijón: Ediciones Trea.
- Sforzi, Fabio. (2007). Del distrito industrial al desarrollo local. En Rosales Ortega, Rocío (editora), *Desarrollo local: teoría y prácticas socioterritoriales* (pp. 27-50). Ciudad de México: UAM-Azcapotzalco, Miguel Ángel Porrúa.
- Stöhr, Walter y Taylor, Fraser. (1981). *Development from above or below? The dialectics of regional planning in developing countries*. Viena: University of Economics and Business.
- Storper, Michael. (1997). *The Regional World: Territorial Development in a Global Economy*. Nueva York: The Guilford Press.
- Sunkel, Osvaldo. (1995). Del desarrollo hacia adentro al desarrollo desde dentro. En Sunkel, Osvaldo (editor), *El desarrollo desde dentro. Un enfoque neoestructuralista para la América Latina* (pp. 35-80). Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica.
- Sunkel, Osvaldo y Paz, Pedro. (1999). *El subdesarrollo latinoamericano y la teoría del desarrollo*. México: Siglo XXI editores.
- Troitiño Vinuesa, Miguel Ángel. (1992). Dimensión aplicada y utilidad social de la Geografía Humana. *Ería*, núm. 27, pp. 57-73.
- Troitiño Vinuesa, Miguel Ángel. (2013). Elementos y metodología de análisis territorial. En Lozano Uvario, Katia Magdalena y Ruiz Velazco Castañeda, Abel Hugo (editores), *Análisis Espacial, Territorio y Desarrollo Local* (pp. 19-43). Guadalajara: Universidad de Guadalajara.

- Vachon, Bernard y Coallier, Francine. (2001). *Desarrollo Local. Teoría y práctica. Reintroducir lo humano en la lógica del desarrollo*. Mieres: Cecodet, Universidad de Oviedo, Ediciones Trea, S.L.
- Vázquez Barquero, Antonio. (1988). *Desarrollo local. Una estrategia de creación de empleo*. Madrid: Ediciones Pirámide.
- Vázquez Barquero, Antonio. (1993). *Política Económica Local. La Respuesta de las Ciudades a los Desafíos del Ajuste Productivo*. Madrid: Ediciones Pirámide.
- Vázquez Barquero, Antonio. (1999). *Desarrollo, redes e innovación. Lecciones sobre desarrollo endógeno*. Madrid: Ediciones Pirámide.
- Vázquez Barquero, Antonio. (2000). Desarrollo local y territorio. En Pérez Ramírez, Bartolomé y Carrillo Benito, Emilio (coordinadores), *Desarrollo local: manual de uso* (pp. 93-107). Madrid: ESIC, FAMP.
- Vázquez Barquero, Antonio. (2001). La política de desarrollo económico local en Europa. En Rodríguez Gutiérrez, Fermín (coordinador), *Manual de Desarrollo Local* (pp. 42-60). Gijón: Ediciones Trea.
- Vázquez Barquero, Antonio. (2002). ¿Crecimiento endógeno o desarrollo endógeno? En Becattini, Giacomo, Costa, María Teresa y Trullén, Joan (coordinadores), *Desarrollo local. Teorías y estrategias* (pp. 83-106). Madrid: Civitas, Diputación de Barcelona.
- Vázquez Barquero, Antonio. (2005). *Las nuevas fuerzas del desarrollo*. Barcelona: Antoni Bosch Editor.
- Vázquez Barquero, Antonio. (2007). Desarrollo endógeno. Teorías y políticas de desarrollo territorial. *Investigaciones Regionales*, núm. 11, pp. 183-210.
- Vázquez Barquero, Antonio. (2015). Cambio de modelo de desarrollo en los territorios innovadores: La complejidad del proceso. *Revista Mexicana sobre Desarrollo Local*, núm. 1, pp. 15-26.

I

La especialización manufacturera

Nueva ruralidad, turismo y especialización territorial: el deshilado en Calvillo, Aguascalientes

JORGE ALBERTO RODRÍGUEZ HERRERA

Introducción

El objetivo de este capítulo es explicar la reconfiguración del modelo de manufactura del deshilado en Calvillo, Aguascalientes, a partir de la década del 2000. En ese momento, las administraciones locales pusieron en marcha nuevas estrategias de promoción turística y especialización territorial influenciadas por el paradigma de la *nueva ruralidad*.

Desde su origen a finales del siglo XIX hasta fines de la década de 1980, en Calvillo predominó una manufactura impulsada principalmente por mujeres, que dio forma a un modelo de especialización con características similares a las reportadas en estudios de micro y pequeñas industrias de la confección de prendas de vestir en el centro-occidente de México (Arias, 1986, 1988; Díaz y Gutiérrez, 2014; Vangstrup, 1995). Se trataba de una industria basada en pequeños talleres familiares en las viviendas de las empresarias en la capital del estado, que contaban con fuerza de trabajo familiar y ocupaban mano de obra femenina bajo un esquema de fragmentación de los procesos productivos a través de la maquila y el empleo a domicilio en localidades urbanas y rurales.

En el deshilado de Calvillo se distinguen dos variantes del modelo de manufactura: la concentración de la elaboración de prendas en una sola mujer o la fragmentación de la confección entre distintas mujeres que pueden localizarse en diferentes comunidades.

En la década de 1970, hubo intervenciones del estado para apoyar esa actividad que no fructificaron. Más tarde, en las décadas 1970-1980, las iniciativas gubernamentales se enfocaron en la capacitación de pequeños grupos de artesanas, y en la década de 1990, en el apoyo a la comercialización.

A lo largo de la década de 1990 se advierte un estancamiento de la actividad manufacturera. Pero a partir de la década del 2000 comenzaron una serie de intervenciones públicas con la participación de distintas instituciones del estado en sus tres niveles de gobierno con la finalidad de revitalizar la manufactura del deshilado.

En el marco de una estrategia más amplia de diversificación productiva, ahora con el turismo como eje, se ha buscado impulsar especializaciones territoriales de productos como el deshilado, a manera de artesanía tradicional y centenaria propia de Aguascalientes. Esas intervenciones han llevado a una reconfiguración de la manera en que los actores operaron el modelo de manufactura entre las décadas 1930-1980, cuando estuvieron motivados básicamente por la demanda urbana. El interés público por detonar el desarrollo local a partir de reestructuraciones productivas alternativas a las actividades primarias está en sintonía con el paradigma de la *nueva ruralidad* que ha influido en el diseño de políticas de desarrollo rural en Latinoamérica.

La *nueva ruralidad* hace referencia a «una nueva relación *campo-ciudad* en donde los límites entre ambos ámbitos de la sociedad se desdibujan, sus interconexiones se multiplican, se confunden y se complejizan» (Grammont, 2008: 25-26). Desde mediados de la década de 1990, comenzó a utilizarse en América Latina el concepto de *nueva ruralidad* y su uso se extendió entre los círculos académicos para, poco después, brincar al arsenal de conceptos adoptados para diseñar políticas de desarrollo rural promovidas por organismos multilaterales como el Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura (IICA), EL Banco Interamericano de Desarrollo (BID) (Kay, 2009) e instituciones internacionales como la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación (FAO) y el Banco Mundial (BM) (Noriero, Torres, Almanza y Ramírez, 2009).

En la vasta literatura sobre el tema se identifican dos tendencias en la manera de acercarse al objeto de conocimiento: una, académica, que valora los aspectos analíticos sobre las transformaciones de las sociedades rurales y otra, aplicada, que se centra en los aspectos prácticos del desarrollo a partir de la definición de nuevas políticas que buscan la conservación del medio ambiente y un desarrollo equitativo (Grammont, 2008; Gómez, 2015). En este trabajo privilegiamos el análisis de las *nuevas ruralidades* a partir del impacto de las políticas públicas en la reconfiguración de un modelo de especialización manufacturera en una región.

En su vertiente aplicada, las iniciativas de desarrollo ligadas a la *nueva ruralidad* pueden ser impulsadas por los propios actores locales, lo que se ha denominado la *nueva ruralidad* comunitaria (Kay, 2009). Puede darse también en contextos altamente institucionalizados, lo que Palafox, Martínez y González (2018) llaman *nueva ruralidad institucional*, donde a través de la aplicación de políticas públicas se intenta «lograr un desarrollo rural sostenible y el reconocimiento del papel de los actores sociales y de sus identidades colectivas» (Gómez, 2015: 1). En ese sentido, la *nueva ruralidad* es concebida como:

el paradigma que actualmente proponen los organismos financieros y técnicos internacionales para reorientar, desde el punto de vista del capital, las demandas de desarrollo que presentan los pobladores rurales de los países latinoamericanos (Monterroso, 2010: 84).

Ahora bien, en la vertiente aplicada al desarrollo hay una corriente de especialistas en estudios rurales que han analizado los vínculos de la *nueva ruralidad* y el territorio, dando lugar al desarrollo rural territorial con una orientación a las políticas públicas dirigidas a reducir la pobreza, a la promoción de la pluriactividad y al desarrollo de asociaciones y de cadenas productivas agroindustriales, con el propósito de integrar a los pequeños productores rurales al mercado mundial (Kay, 2009). Dentro de esa corriente, una de las estrategias de desarrollo más extendidas es el turismo.

Picón y Hernández (2014), al examinar estudios de caso sobre estrategias de desarrollo apoyadas en el paradigma de la *nueva ruralidad*, mostraron la existencia de iniciativas que se habían replicado en la región latinoamericana (Ecuador, Guatemala, Nicaragua, Costa Rica, México, Chile, Perú y Brasil), sobre todo mediante el turismo en cuatro modalidades: rural, ecoturismo, agroturismo y de aventura. Los organismos multilaterales habían sido los principales promotores de estrategias que buscaban «convertir en productos turísticos los recursos naturales y culturales» de las comunidades rurales (Palafox y Martínez, 2015: 153).

En el plano global, esa posibilidad obedecía a una transformación en las preferencias del turismo, que había pasado de ser «una actividad masiva, inflexible y centrada en los atractivos de sol y playa» a un turismo más exigente, para quienes «buscan experiencias distintas a los entornos urbanos, y que reclaman y valoran los paisajes rurales, las bellezas paisajísticas y las manifestaciones culturales autóctonas» (Palafox y Martínez, 2015: 149). En ese sentido, el turismo como estrategia de desarrollo encaja con la perspectiva de:

una industria productora de espacios, significados y experiencias. Una fuerza de mercantilización de los lugares y la cultura que articula empresas globales, instituciones, estados, intermediarios, viajeros, trabajadores y residentes locales en procesos diversos de imaginación social, formas de representación cultural y prácticas de consumo, que influyen de manera trascendente en las transformaciones de nuestro entorno, de la vida social y de las concepciones que tenemos del mundo (López y Marín, 2010: 222).

El turismo rural como estrategia de desarrollo pretende la integración de distintas actividades económicas que, gracias a la diversificación productiva del territorio rural, reactiven el comercio e impulsen el sector artesanal y las industrias agroalimentarias con énfasis en la utilización de los recursos endógenos (Pérez, 2010). La médula de la estrategia está conformada por la identidad territorial, la revalorización de los recursos endógenos y la apuesta por la diversidad cultural, en fin, se trata de hacer

visible lo auténtico de un pueblo como factor diferenciador para competir en el mercado de productos con identidad territorial (Carenzo, 2007; Pérez, 2010). Es aquí donde el turismo rural como estrategia de desarrollo converge con la estrategia de especialización territorial de calidad, que hace referencia a «productos que contienen elementos distintivos y por tanto un valor añadido en cuanto a su vinculación territorial» (López y Aguilar, 2013: 15).

La vinculación de productos con los territorios específicos donde se elaboran es la que les permite a las pequeñas explotaciones diferenciarse y competir en los mercados globales (López y Aguilar, 2013). Los países europeos tienen una larga trayectoria en la práctica de vincular productos con el territorio a través de las denominaciones de origen. Gómez y Caldentey (1999) ubican la primera acción sobre protección jurídica de la denominación de origen en la Convención de París de 1883 sobre protección de la propiedad industrial. En Europa ha sido tal la proliferación de estrategias de vinculación producto-territorio que, de acuerdo con Arias (2006), se ha llegado a una especie de «fatiga de etiquetas» territoriales debida al aumento de esquemas de calidad, etiquetas y logotipos que compiten entre sí.

La vinculación producto-territorio ha sido cuestionada por Carenzo (2007) con el término *marca de identidad*, que involucra todo un esquema de *ficcionalización* en relación con la manufactura de artesanías en la que intervienen agencias de desarrollo para vincular los objetos producidos con la cultura y el territorio. Se ha señalado que las políticas de desarrollo rural en Europa han incidido en la creación de la marca «*producto rural*, cuyo valor añadido reside [...] en el poder que le confieren elementos como la tradición, la historia o la naturaleza» (Aguilar, Sacco dos Anjos y Velleda, 2011: 191). Ambos términos aluden a una vinculación producto-territorio que ha impulsado especializaciones territoriales tanto en Europa como en América Latina. Se trata, en muchos casos, de especializaciones que ya existían, pero que se han renovado con el fin de cumplir con las expectativas de calidad requeridas para insertar los productos en los mercados globales.

En México, las estrategias de desarrollo centradas en el turismo han sido adoptadas por el Gobierno mediante distintas acciones, entre las que destaca el Programa de Pueblos Mágicos. Dicho programa es uno de los instrumentos de la *nueva ruralidad* utilizados por el Estado mexicano «para inducir a las poblaciones rurales a la prestación de servicios e insertarlas en el sistema dominante mediante la mercantilización de los recursos naturales, culturales y humanos que poseen» (Palafox, Martínez y Anaya, 2016: 69). Con el acompañamiento de instituciones como Fonart (Fondo Nacional para el Fomento de las Artesanías), se han movilizad recursos endógenos vinculados a territorios específicos que potencian la imagen de productos mediante la creación de marcas y etiquetas que contienen, al igual que en casos de Europa y Latinoamérica, «referencias e información del lugar donde se elaboran y sus principales características» (Aguilar *et al.*, 2011: 201). La finalidad de la estrategia ha sido captar la atención de los visitantes y convertir los productos en embajadores de sus lugares de origen (Aguilar *et al.*, 2011).

El caso del deshilado de Calvillo es un excelente ejemplo del modo en el que el turismo y la especialización territorial se han aterrizado como estrategias de desarrollo local impregnadas del paradigma de la *nueva ruralidad*. Por un lado, permite exponer empíricamente la forma en la cual, en consonancia con las directrices apoyadas en la *nueva ruralidad institucional*, se revaloriza y potencializa una especialización centenaria que, después de medio siglo (1930-1980) de prosperidad, alimentada por la demanda urbana, había entrado en crisis.

Por otro lado, ayuda a entender la manera en que, bajo ese paradigma, se ha reconfigurado un modelo de manufactura que hasta la década de 1990 estaba organizado por mujeres empresarias de la capital e intermediarias de Calvillo, mediante la fragmentación de los procesos de producción en los que el trabajo artesanal se llevaba a cabo en localidades rurales dispersas y la confección de las prendas en talleres localizados en la ciudad de Aguascalientes. En contraste, actualmente predomina la confección de deshilados en pequeños talleres liderados por las propias mujeres deshiladoras de Calvillo, cuya producción está orientada a satisfacer las necesi-

dades y gustos de turistas nacionales y extranjeros. Todo el proceso artesanal y de confección de prendas ahora se lleva a cabo en el municipio de Calvillo y una buena parte de la producción se comercializa en ese lugar.

La aplicación de políticas influenciadas por el paradigma de la *nueva ruralidad* en Calvillo forma parte, se ha dicho, de una estrategia de desarrollo basada en el turismo y desplegada a través del Programa de Pueblos Mágicos como parte de una política para penetrar los espacios rurales e insertarlos en el modo de producción capitalista (Palafox *et al.*, 2016; Palafox *et al.*, 2018). Se ha recurrido también al análisis de redes para mostrar que la gestión turística en Calvillo, ligada al Programa de Pueblos Mágicos, se caracteriza por una amplia red de actores involucrados, pero poco cohesionados, donde falta colaboración entre los sectores público y privado para consolidar ese destino turístico (Vargas y Rodríguez, 2014).

En este artículo se hace hincapié en la reconfiguración de la especialización manufacturera del deshilado a partir de las estrategias sustentadas en el paradigma de la *nueva ruralidad*. Se pretende explicar cómo a través de una serie de acciones y programas públicos se ha revitalizado un modelo de manufactura que se caracteriza por una nueva fragmentación de los procesos de trabajo en una lógica de producción y consumo de lo cultural ligada al turismo.

Estrategia metodológica

El capítulo se basa en la información recabada en el trabajo de campo realizado entre los meses de septiembre de 2018 y enero de 2019, así como en la revisión y análisis de fuentes de información primaria y secundaria. Las técnicas utilizadas fueron la observación, las entrevistas a profundidad a informantes clave y el registro en diarios de campo. Se realizaron recorridos por los espacios donde se comercializa el deshilado en Calvillo y se visitaron cuatro talleres familiares en los que se organiza la manufactura de las prendas y viviendas de mujeres deshiladoras.

Para trazar la geografía actual del modelo de manufactura del deshilado se recurrió a la elaboración de mapas alimentados con la información del trabajo de campo. Para abordar los orígenes del deshilado se revisaron

estudios históricos acerca de la industria textil aguascalentense y se entrevistó a mujeres de hasta cuatro generaciones de una misma familia. Esto permitió datar a fines del siglo XIX el origen de la transmisión de técnicas de deshilado entre mujeres emparentadas. Fue preciso también mantener en todo momento una perspectiva rural-urbana. Para reconstruir la producción industrial textil de las décadas 1930-1980 se revisaron trabajos históricos sobre esa actividad en la ciudad de Aguascalientes, que impulsó y sostuvo la manufactura de deshilados desde la década de 1930. Se realizaron entrevistas sucesivas a cuatro propietarias de talleres, cuyas edades fluctuaban entre 44 y 67 años, que habían aprendido y trabajado el deshilado desde niñas y que continuaban hasta la actualidad. Además, las cuatro habían sido beneficiadas, desde el 2000, por distintas acciones del Estado y habían participado en las organizaciones impulsadas para fortalecer la actividad turística en Calvillo. Una de ellas fue representante de las artesanas ante el Comité Pro Pueblo Mágico en 2007, otra es secretaria de la Asociación de Artesanas Deshiladoras de Aguascalientes, impulsada por el Fonart y los talleres de tres de ellas forman parte del corredor turístico artesanal promovido por esa dependencia. Para proteger la identidad de las entrevistadas se utilizan solo las iniciales de sus nombres y apellidos.

El municipio de Calvillo

El municipio de Calvillo se ubica en el suroeste del estado de Aguascalientes, con un territorio de 91.267 hectáreas que representan 17% de la superficie estatal. Como otras regiones con tradición migratoria internacional, entre los años 2000 y 2005 el municipio perdió población. Pero a partir de 2010 se advirtió una tendencia de crecimiento positiva (tabla 1). En 2015, había 56 048 habitantes en el municipio, que representaban 4.2 % de la población estatal (INEGI, 2015). Las principales localidades son la cabecera municipal, Ojo Caliente, El Cuervero, el fraccionamiento Valle de Huejúcar o Popular, Malpaso, La Labor, San Tadeo y El Chiquihuitero.

Las principales actividades económicas han sido la producción de guayaba, la elaboración de quesos y la fabricación de prendas de deshilado. El cultivo de la guayaba se extendió en la década de 1950. Con el mejo-

ramiento de los sistemas de riego, el área de cultivo pasó de 50 ha a 750 ha en 1960; y de 4 500 en 1970 a 7 000 en 1980 (Gómez y Delgado, 2010). Sin embargo, a partir de 1980 el cultivo decreció y en la década de 1990 fue afectado por la crisis agropecuaria, de tal manera que en «1992 se perdieran en el municipio de Calvillo 11. 500 toneladas de la fruta» (Gómez y Delgado, 2010: 290). La crisis trajo consigo la necesidad de diversificar la economía local, una de cuyas modalidades fue el impulso y promoción de las artesanías, destacando la costura del deshilado y agroindustrias.

Tabla 1
Población municipal 2000-2015

Año	2000	2005	2010	2015
Población	51 291	50 183	54 136	56 048

Fuente: Censo de Población y Vivienda 2000 y 2010; Censo de Población y Vivienda 2005; y Encuesta Intercensal 2015, INEGI.

Surgimiento, *boom* y estancamiento del deshilado

Aunque existen varios estudios sobre origen del deshilado en Calvillo, no llegan a precisar cómo fue que las técnicas de costura, de procedencia europea, se comenzaron a transmitir y diseminar entre las familias urbanas y rurales del municipio. García (2016) sostiene que el deshilado llegó desde la península ibérica al puerto de Veracruz en el siglo XVI y después al Bajío. Los testimonios de mujeres calvillenses de familias rurales con una tradición en la manufactura del deshilado sugieren que desde fines del siglo XIX esa práctica ya se había diseminado en las comunidades de Calvillo. Cuatro entrevistadas dijeron que fueron sus abuelas, nacidas en la década de 1880, quienes les transmitieron a sus madres y a ellas mismas las técnicas del deshilado y las que lo complementan: filigrana, calado y presilla. Las cuatro entrevistadas son originarias de comunidades rurales del municipio de Calvillo (Colomos, Los Patos, La Presa y Los Adobes). Sus abuelas les contaban que en un principio las prendas con deshilado

eran elaboradas para satisfacer las necesidades de vestido de sus propias familias, pero también recurrían a la venta para aliviar el gasto familiar, aunque esta era intermitente y generalmente se trataba de encargos por parte de familias pudientes del municipio. A fines del siglo XIX y principios del XX, las blusas con deshilado y bordado eran utilizadas habitualmente por las mujeres del municipio, por lo que proliferaron en los barrios de la cabecera los talleres familiares de costura donde se mandaban a confeccionar esas prendas (Hernández, 2017).

La llegada del ferrocarril a Aguascalientes en 1884 detonó un cambio en el deshilado, que pasó de la manufactura hogareña al taller familiar organizado (Topete del Valle, citado por el Instituto Nacional para la Educación de los Adultos, 1992). Los primeros establecimientos de venta de deshilados estaban en el centro de la ciudad, y se ofrecían también en el Hotel Washington. Doña María Espinoza estableció uno de los primeros talleres de deshilados en su casa de la ciudad. Gracias al ferrocarril, el estado quedó en una ubicación privilegiada que hizo posible los intercambios comerciales regulares con los centros de producción y consumo más importantes del país: Ciudad de México, Guadalajara y Monterrey (Gómez y Delgado, 2010).

Hasta la década de 1920, los pequeños talleres y comercios dedicados a la distribución de prendas de deshilado se basaban en la intensificación del trabajo y requerían de inversiones mínimas. En 1925 existían cuatro establecimientos donde se confeccionaban prendas de deshilado, pero en 1930 surgió una gran cantidad de pequeños talleres dedicados a los hilados, tejidos, confección y deshilado. Algunos fueron abiertos por artesanos migrantes provenientes de Jalisco, Michoacán y Zacatecas, quienes llegaron al estado atraídos por las mejores condiciones económicas y mayor estabilidad social en Aguascalientes después de la Revolución (Salmerón, 1998). Una de las pioneras mencionó que había llegado a la ciudad en 1934 y encontró que allí se trabajaba mucho deshilado y bordado. Como ella se dedicaba a esa actividad en su lugar de origen, reclutó a algunas mujeres para que le deshilaran. Al igual que otras pioneras, arrancó su taller en su vivienda, con pocos recursos y el apoyo familiar (Romo, 2004).

En la década de 1930, hombres de Calvillo comenzaron a viajar en tren a la Ciudad de México para ofrecer prendas de deshilado, tejido y bordado (Hernández, 2017). En la década de 1940, la producción se basaba en el trabajo de mujeres dispersas que en sus viviendas rurales deshilaban las telas que posteriormente se armaban en la cabecera municipal o en pequeños talleres de la ciudad de Aguascalientes. J. P., que se ha dedicado desde niña a la costura del deshilado, recuerda que en la década de 1940 existía una demanda de manos de mujeres rurales para satisfacer las «modas urbanas», pues se confeccionaban prendas de ropa que la «gente de Calvillo no usaba» y resultaban exageradas y extravagantes para las deshiladoras. Las deshiladoras, como J. P., desconocían el destino final de las prendas que se confeccionaban con las telas que ellas deshilaban. En Calvillo había mujeres que concentraban el deshilado que se elaboraba en distintas localidades rurales y lo entregaban a las dueñas de los talleres de confección o a las casas comerciales de la ciudad de Aguascalientes.

Un informe oficial de la década de 1960 indicaba la existencia de 28 establecimientos que fabricaban textiles, sin embargo, se señalaba que esa cifra era muy inferior a la real, pues «la actividad de bordados y deshilados se caracterizaba por su elevado grado de dispersión por lo que se consideraba que cada hogar era prácticamente un taller» (Gómez y Delgado, 2010: 256).

Las entrevistas de Smith (INEA, 1992) permiten conocer la organización de la producción en uno de los talleres de la capital. Primero, la dueña del taller cortaba las piezas de tela con el tamaño suficiente para confeccionar la prenda y ella misma dibujaba el patrón para las bordadoras o deshiladoras. Después, le entregaba a una intermediaria los cortes de tela (100) para que los repartiera a mujeres de los pueblos, a veces a través de uno o varios intermediarios. Había pueblos enteros especializados en bordado o deshilado. La misma mujer recogía las telas deshiladas y bordadas y las entregaba al taller de Aguascalientes, donde entraban al proceso de limpieza. Una vez limpias, entraban al proceso de confección. La dueña de un taller las llamaba «blusas viajeras» porque antes de llegar a la tienda habían recorrido más de cien kilómetros.

Para la confección había talleres caseros en la ciudad. Las trabajadoras laboraban desde las ocho de la mañana hasta muy tarde, en ocasiones hasta las dos o tres de la mañana. En un taller llegaron a confeccionar 2 000 blusas en un día (INEA, 1992). T. S., de San Antonio de los Horcones, en el municipio de Jesús María, trabajó como bordadora en las décadas 1960-1970. Soltera entró a trabajar a un taller de costura en una vieja casona en la calle Libertad, muy cerca del templo de Guadalupe en pleno centro de la ciudad de Aguascalientes. En ese taller trabajaban alrededor de veinte muchachas solteras que se repartían las fases de confección de blancos: sábana, almohadón y camisita de bebé. Algunas dibujaban los diseños que otras bordaban o deshilaban a mano. Terminada esa fase, otras jóvenes confeccionaban las prendas a máquina y, finalmente, se lavaban, almidonaban y planchaban. Cuando T. S. se casó, le pidió a la dueña trabajo de bordado para llevar a casa, porque cuando empezó a tener hijos ya no pudo acudir al taller. Cada semana, un señor le entregaba en su casa un chiquihuite con siete aros, la tela con los dibujos que tenía que bordar y los hilos. A la siguiente semana, el señor regresaba por las telas bordadas y le entregaba nuevo material. Las telas bordadas eran llevadas a otras trabajadoras a domicilio que confeccionaban las prendas en sus máquinas de coser. Al final, regresaban al taller de Aguascalientes, donde les daban el acabado.

Muchos talleres y casas comerciales de la capital del estado demandaban manos de deshiladoras y bordadoras de las comunidades rurales. En la década de 1970, en Calvillo proliferaron los talleres que confeccionaban prendas de deshilado, propiedad de señoras de las comunidades que abastecían a empresarias de Aguascalientes, como las dueñas de Casa Lamas y Bordados Maty. Ese fue el caso del taller de M. L. en San Tadeo. Ella, cada domingo, distribuía en localidades cercanas los cortes de tela que las mujeres deshilaban y entregaban al siguiente domingo. En ranchos como El Terrero «todas las mujeres le trabajaban a la señora». En una sola casa podía haber tres mujeres que deshilaban para confeccionar entre 50 y 60 blusas a la semana. Los cortes de M. L. se destinaban a las dos em-

presas antes referidas y a establecimientos comerciales de San Juan de los Lagos, Jalisco.

Hasta la década de 1980, la manufactura del deshilado en Aguascalientes tenía las características que Arias (1986 y 1988) registró en la pequeña industria de la confección de ropa en el centro-occidente de México: la participación de la mano de obra femenina en las fábricas y talleres y la expansión del trabajo a domicilio que estimuló la especialización por microrregiones y localidades. En ese tiempo la industria textil y del vestido continuaba siendo la principal actividad en Aguascalientes, tanto por el número de establecimientos como por el personal ocupado. En la confección de prendas de vestir había 120 establecimientos que ocupaban a 6 828 trabajadores (Gutiérrez, 1992).

En Calvillo había talleres que mandaban a deshilar y bordar, y confeccionaban prendas para los establecimientos de las ciudades de Aguascalientes y San Juan de los Lagos, en Jalisco. En Las Tinajas había un taller, operado por madre e hija, que involucraba a trabajadoras de localidades rurales de Calvillo y de Jalpa, Zacatecas. En la década de 1980, en localidades que trabajaban de manera similar, la actividad se contrajo y las mujeres tuvieron que cambiar de actividad: algunas se dedicaron al bordado con máquina y otras al corte de guayaba.

La actividad manufacturera del deshilado enfrentó la contracción debido a la proliferación de talleres, la saturación del mercado y la falta de innovación en el diseño de las prendas. En esa misma década, se agudizó la crisis de la producción de guayaba, que era la principal fuente de trabajo e ingresos para los hogares del municipio.

Con la crisis, se intensificó la participación de los hombres en los flujos migratorios laborales hacia Estados Unidos y surgió una actividad que permitió a las mujeres aminorar el deterioro de los ingresos de los hogares: la maquila o industria domiciliaria en el bordado a máquina (Crummett, 1998). J. M. recordó que a mediados de la década de 1980 un árabe proveniente de la Ciudad de México comenzó a dar maquila de cuellos bordados que se utilizaban como aplicaciones en vestidos y blusas que estaban de moda. El árabe les prestaba las máquinas a las mujeres que tra-

bajaban en sus viviendas. Cada semana recogía la producción y entregaba nuevos materiales. Entre las comunidades donde mujeres trabajaban los cuellos se destacaba Ojo Caliente.

El estudio de Crummett (1998) sobre la incorporación de mujeres al trabajo de maquila a domicilio en Calvillo refuerza la información aportada por J. M. De acuerdo con Crummett, entre 1982 y 1991 se incrementó la participación de las mujeres en la modalidad de maquila a domicilio. A partir de la aplicación de una encuesta a 221 hogares rurales en 1982, replicada en 1991 a 56 de los mismos hogares, encontró que el empleo en la maquila doméstica se incrementó en los distintos tipos de hogares que aparecen en la tabla 2.

Tabla 2
Participación de mujeres en trabajo de maquila a domicilio 1982-1991

Tipo de hogar	Porcentaje de mujeres trabajando en maquila doméstica en 1982	Porcentaje de mujeres trabajando en maquila doméstica en 1991
Hogares dedicados a actividades comerciales	0%	16.6%
Hogares con actividades de subsistencia	60%	73.7%
Hogares sin tierra	55.5%	63.6%

Fuente: Crummett, 1998.

La autora señala que, pese al incremento en la participación de las mujeres en la maquila a domicilio entre 1982 y 1991, cuando aplicó el segundo cuestionario, la maquila a domicilio había disminuido y cada vez llegaba menos costura industrial. Incluso el deshilado, la tarea «más fatigante y peor pagada», volvió a ser una opción para el 53% de los hogares encuestados (Crummett, 1998: 168).

La disminución de la maquila a domicilio en Calvillo estaba relacionada con la aplicación de políticas de corte neoliberal. A fines de la dé-

cada de 1980, con la apertura comercial como política de Estado, desaparecieron la mayoría de las unidades locales de producción textil en Aguascalientes. El proceso fue muy rápido. A principios de la década de 1980 existían 600 pequeñas empresas textiles y del vestido, por lo general dirigidas por las familias propietarias. A fines de la década de 1990, solamente había 241 empresas. La mayoría no había podido resistir la apertura de la economía (Gómez y Delgado, 2010). Una desventaja de la industria local era que se encontraba en la fase de actividad manual, mientras que en países como Japón y Estados Unidos estaban en la fase computarizada o robótica (Vivanco, 2006). La participación de la industria textil y de prendas de vestir decreció: en el PIB pasó de 32.2% en 1985 a 15.7% en 2001 y a 6.4% en 2014.

El deshilado en la nueva ruralidad institucional

En la década del 2000, Calvillo se sumó a la tendencia global de la *nueva ruralidad institucional*, que apuesta por el turismo como detonante del desarrollo local, para lo cual se promueven nuevas actividades productivas que compensen el declive de la producción agropecuaria en crisis. La opción ha sido potenciar la prestación de servicios turísticos mediante diversos programas públicos: creación de infraestructura turística, nuevas empresas, formación de grupos de artesanos, asociaciones civiles y mercantiles y el impulso a las especializaciones territoriales artesanales y agroindustriales. Entre estas últimas, destacan las prendas deshiladas, el queso ranchero, el dulce de guayaba y el pan típico.

Calvillo era un destino turístico tradicional para los habitantes de la ciudad de Aguascalientes (Vargas y Rodríguez, 2014), pero las administraciones no habían prestado atención a esa actividad, más bien se habían centrado en la promoción de la guayaba. La manufactura de deshilado no había sido reconocida como estrategia de desarrollo. Las primeras intervenciones del Estado para impulsar el deshilado fueron la creación de la Unión de Crédito Artesanal en 1971 y la del Instituto para la Promoción y Fomento de las Artesanías del Deshilado, Bordado y Vestido de Aguascalientes en 1974.

En 1984, el Instituto Nacional para la Educación de los Adultos impulsó un taller de deshilados en Jáltiche de Arriba, en el municipio de Calvillo. En 1986, las mujeres recibieron capacitación en corte y confección, contabilidad y organización (Bencomo, 1986). Además, las integrantes del taller que trabajaban con deshiladoras formaron la Unidad Productiva Autogestiva Deshilados Jáltiche de Arriba y comenzaron a vender sus prendas en los comercios de la ciudad de Aguascalientes y en Tijuana, Baja California Norte. Hay que decir que esa intervención buscaba la capacitación de las deshiladoras para evitar el intermediarismo. Esa iniciativa estatal desapareció y Jáltiche, que era líder en la manufactura de prendas deshiladas, actualmente no figura entre las localidades donde las distribuidoras han instalado talleres.

En la década de 1990, se renovaron los esfuerzos de la administración pública, a cargo del Fondo Nacional de Apoyo a las Empresas en Solidaridad (Fonaes), por impulsar la manufactura del deshilado. En Calvillo se apoyó a las intermediarias que reunían el deshilado de las artesanas en las localidades rurales para entregarlo en las casas comerciales de la ciudad de Aguascalientes. Las intermediarias armaban las prendas en sus viviendas con la ayuda de hijas y familiares. Desde 1992, se organizaron ventas de deshilado en distintos estados del país. Para ello, una funcionaria municipal del área de desarrollo económico recolectaba prendas en los talleres. Le pidió mercancía, mucha mercancía, a M. L., que tenía un taller en Calvillo, para enviarla a una feria, donde se vendió muy bien. Al año siguiente la volvieron a invitar, pero le pidieron menos cantidad. Después dejaron de invitarla y no supo cuándo terminó ese apoyo.

El interés por ligar el deshilado artesanal con la actividad turística comenzó, de manera decidida, en las administraciones municipales de Jesús Ortiz (2002-2004) y Humberto Gallegos (2005-2007). El primero fomentó la formación de grupos de mujeres reconocidas como artesanas, para impulsar la comercialización del deshilado. La primera acción de Ortiz fue la instalación de puestos atendidos por las artesanas en la plaza principal de Calvillo, con la finalidad de que los visitantes adquirieran las prendas con las creadoras.

En la siguiente administración se conjuntaron esfuerzos y Humberto Gallegos, con el respaldo de la Secretaría de Turismo de Aguascalientes y del Fonart, impulsó la formación de grupos de artesanas: en San Tadeo, El Cuervero, Malpaso, en la cabecera municipal, Colomos, El Terrero y El Sauz de los Vallín. Se les apoyó con capacitaciones en el DIF y con personal de la UNAM para comercialización, costos y diseño. Concluidas las capacitaciones, se les apoyó con máquinas de coser.

Se montaron talleres en las casas de las líderes, que serían intermediarias entre las deshiladoras y los clientes que eran llevados a los talleres por un funcionario municipal del área de desarrollo económico. Las líderes, además de intermediarias, se encargaban de dos etapas: en sus talleres cortaban y marcaban los lotes que se entregaban a las deshiladoras y, al final, armaban y les daban el acabado a las prendas. Fonart apoyó a los grupos con materia prima y comenzó a organizar un concurso anual de prendas de deshilado con estímulos económicos a las ganadoras. Además, promovió la asistencia de los grupos a expo-ferias en distintos lugares del país. La Dirección de Desarrollo Económico Municipal apoyaba con el transporte, la alimentación y el hospedaje de las asistentes que, por lo regular, eran las líderes.

También se buscó comercializar el deshilado en un local en el centro de Calvillo, que fue donado por el presidente municipal a las artesanas. Treinta mujeres se comenzaron a organizar para vender en el local. En grupos de hasta tres mujeres, se repartían los días para ocupar el local. Al final, por diferencias, solamente quedaron dos. Al término de esa administración, los grupos se separaron. Las líderes mantuvieron sus talleres y comenzaron a trabajar por su cuenta. Gracias a la promoción que habían tenido, varias contactaron a clientes mayoristas a los que siguieron abasteciendo.

En el último año de la administración de Humberto Gallegos, los empresarios, comerciantes y otros sectores locales solicitaron la inclusión de Calvillo en el Programa de Pueblos Mágicos. De acuerdo a la definición oficial, un Pueblo Mágico es «una localidad que tiene atributos simbólicos, leyendas, historia, hechos trascendentes y cotidianidad, en fin, magia

que te emanan en cada una de sus manifestaciones socio-culturales, y que significan hoy día una gran oportunidad para el aprovechamiento turístico» (Secretaría de Turismo, 2018).

M. J. M., una de las dos representantes de las artesanas ante el Comité Pro Pueblo Mágico, participó en las discusiones para elegir el ícono. Algunos propusieron que fuera la guayaba, pero se argumentó que era un cultivo en crisis. Otra opción fue la imagen de la Parroquia del Señor del Salitre, pero los representantes federales insistieron en que el ícono tenía que corresponder a algún producto tradicional que el turismo pudiera adquirir, y entonces se propuso el deshilado. Así, el deshilado se convirtió en la especialización territorial ligada a la estrategia de desarrollo centrada en el turismo.

Después de las evaluaciones del Comité Interinstitucional de Evaluación y Selección, integrado por el titular de la Secretaría de Turismo y funcionarios del sector, así como de dependencias federales (Secretaría de Economía, Secretaría de Desarrollo Social, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes e Instituto Nacional de Antropología e Historia), en 2012 Calvillo fue declarado Pueblo Mágico.

Desde entonces se conjuntaron una serie de apoyos federales para impulsar agroindustrias dedicadas a la elaboración de productos considerados tradicionales: quesos, guayaba, pan y artesanías. En el caso de las deshiladoras, Fonart ha sido la dependencia que les ha dado mayor atención y apoyo, a través de la promoción de sus productos en ferias y exposiciones artesanales, compra de insumos y prendas para la venta en sus tiendas de todo el país. Los apoyos han beneficiado de manera regular a las líderes de los grupos impulsados por las administraciones municipales. En cambio, las deshiladoras de las localidades rurales han sido beneficiadas solo algún año y otras, que trabajan para las distribuidoras, no han recibido apoyos.

Como parte de las estrategias fundamentadas en la *nueva ruralidad institucional*, se ha promovido el desarrollo institucional y la formación de asociaciones. Palafox *et al.* (2016 y 2018) identifican la creación del Departamento de Turismo y del Instituto de Cultura de Calvillo y la apertura del área de Fomento Artesanal en la Secretaría de Economía y de distin-

tas asociaciones, por ejemplo, el Comité del Pueblo Mágico, la sociedad mercantil Integradora Turística Explora Calvillo, la Unión de Productores, Artesanos y Comerciantes de Calvillo y varias sociedades familiares agrupadas en sociedades cooperativas y de producción rural que facilitan el acceso a los apoyos públicos.

En el caso del deshilado, Fonart ha estimulado la formación de sociedades mercantiles para facilitar el acceso a apoyos económicos y la comercialización de los productos. Así, se constituyó la Asociación de Artesanas Deshiladoras de Aguascalientes, A. C., y se registró, ante el Instituto Mexicano de la Propiedad Industrial, la marca colectiva Flor de Guayabo, Textiles Deshilados de Aguascalientes. Además, se ha impulsado la especialización territorial a través de una estrategia de vinculación producto-territorio que incluye el uso de etiquetas y marcas colectivas e individuales.

Un apoyo importante de Fonart es la inclusión de siete talleres de deshilado a los corredores turísticos artesanales que se difunden en la página de Fonart. Por su parte, la revista México Desconocido editó un número especial sobre los corredores turísticos artesanales mexicanos donde aparece el de Calvillo. Además, la Secretaría de Turismo de Aguascalientes, así como la administración municipal de Calvillo, han elaborado una serie de folletos para promoción turística en los que se resalta el deshilado.

Como parte del esfuerzo del Fonart por impulsar el corredor turístico artesanal de Calvillo, en 2016 se dio un apoyo, que consistió en el otorgamiento de hasta 70 000 pesos al año a un grupo de artesanas a través de:

un proyecto integral de intervención que comprende la realización de acciones de formación y desarrollo (capacitación), remodelación del área de sanitario, de producción y de servicios, así como la creación de espacios para exhibición y venta de la obra artesanal, señalización de los talleres y material promocional, necesarias para su inserción en el mercado de la promoción turística que realiza el Gobierno de la República (Fonart, 2018).

Esas intervenciones públicas dirigidas a la reestructuración de las actividades productivas han influido en la manera en que se ha reconfigurado el modelo de manufactura del deshilado.

Reconfiguración del modelo de manufactura

No obstante, la baja en la demanda de prendas con deshilado, que supuso el estancamiento de la manufactura, hubo quienes continuaron confeccionando prendas por encargo, solo que eran prendas elaboradas, de principio a fin, por una sola persona. A partir de 2005, cuando el municipio promovió la visita de compradores a los talleres, se incrementó la demanda y las artesanas vieron rebasada su capacidad de producción. Entonces comenzaron a reestructurar su forma de trabajo mediante la instalación de talleres en sus casas y la fragmentación del proceso de elaboración, lo que volvió a dinamizar la especialización de las localidades rurales bajo un modelo distinto al de las décadas anteriores a la crisis.

La reconfiguración de la producción de deshilado se advierte en cuatro elementos: la especialización territorial y geografía del deshilado; el proceso de manufactura; la diversificación de mercados; y la formación de asociaciones y grupos de artesanas.

Especialización territorial y geografía del deshilado

Como se señaló, una de las estrategias del turismo rural es vincular territorios y productos que se identifiquen como tradicionales o típicos de un lugar. Una parte importante de esa vinculación es la construcción de marcadores de identidad mediante criterios que permitan evidenciar la vinculación del producto con la cultura y el territorio específico (Carenzo, 2007). Dicho proceso puede llevar a la construcción de vínculos mediante la *ficcionalización* de las identidades territoriales con el fin de ajustarlas a las exigencias de los mercados globales (Carenzo, 2007). Este parecería ser el caso de Calvillo.

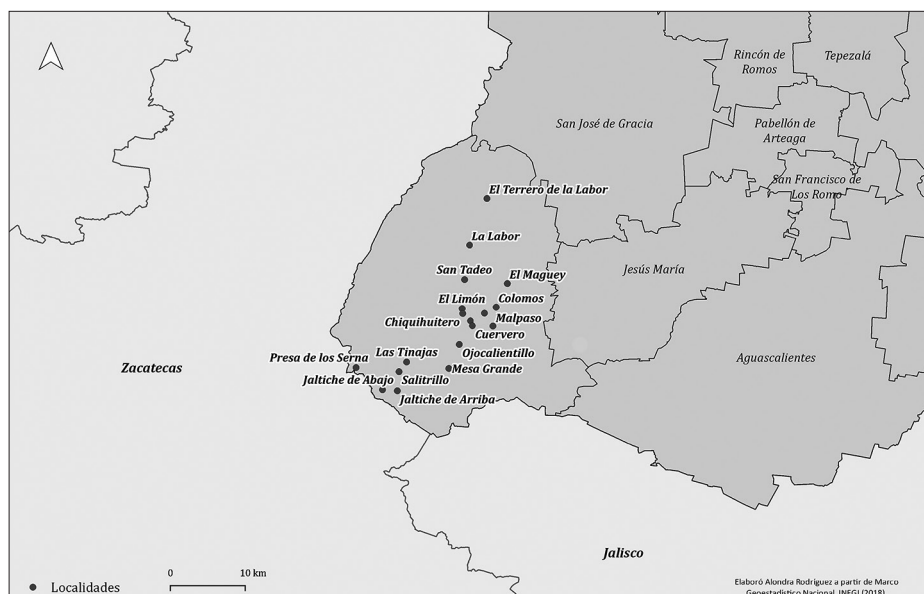
Actualmente, los habitantes del municipio defienden que la costura del deshilado es una creación original de su terruño. Esto ha sido fomentado, en gran medida, por el proyecto institucional de los Pueblos Mágicos.

cos, que implica que los Gobiernos locales declaren alguna artesanía como patrimonio cultural e inmaterial. En 2015, el grupo parlamentario del PAN expuso un punto de acuerdo ante la LXII Legislatura del Estado de Aguascalientes, para exhortar al Ejecutivo del estado a declarar los trabajos artesanales del deshilado, bordado y confección de prendas como patrimonio cultural e inmaterial del estado. Ese acuerdo formaría parte de distintas acciones públicas dirigidas a potenciar y arraigar la manufactura del deshilado como propia de Aguascalientes.

Como es sabido, el deshilado está diseminado en varios estados del país, no es exclusivo de Calvillo ni del estado de Aguascalientes. Aunque hay deshiladoras en todas las localidades rurales de Calvillo y en la cabecera (figura 1), también las hay en tres municipios zacatecanos vecinos: Jalpa, Tabasco y Huanusco; y en dos municipios de Jalisco: Encarnación

Figura 1

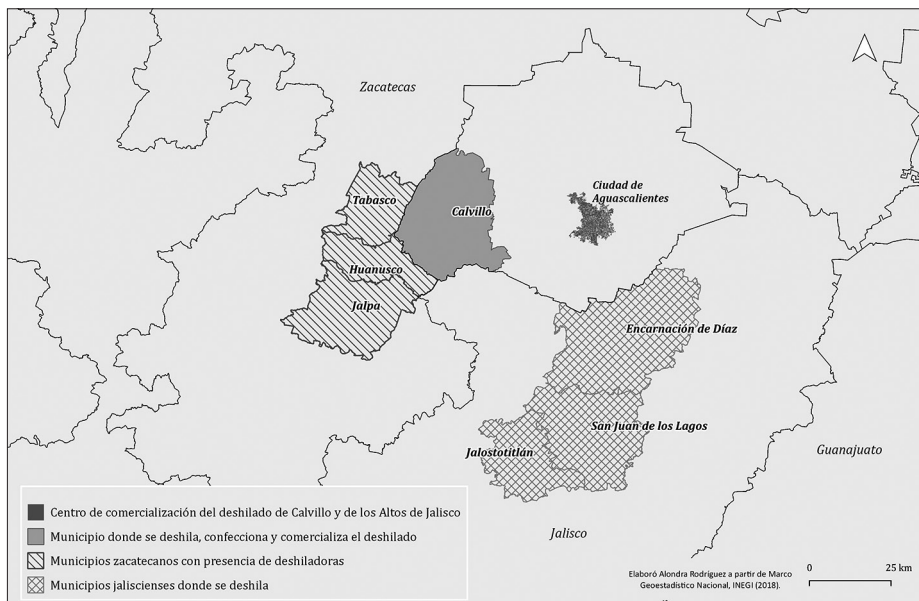
Localidades de Calvillo, Aguascalientes, con presencia de mujeres deshiladoras



Fuente: Elaboró Alondra Rodríguez a partir de Marco Geoestadístico Nacional, INEGI, 2018.

de Díaz y Jalostotitlán (figura 2). Allí se trabajan prendas que se concentran en los establecimientos comerciales de San Juan de Los Lagos, Jalisco, donde los adquieren las comerciantes de Calvillo.

Figura 2
Geografía de la manufactura



Fuente: elaboró Alondra Rodríguez a partir de Marco Geoestadístico Nacional, INEGI, 2018.

E. H., señala que:

el deshilado es muy regional. De hecho, mucho de lo que se vende aquí, lo hacen allá (en Zacatecas). Hablar de Zacatecas para mí es hablar de los municipios vecinos. Por ejemplo, una distribuidora de aquí de Calvillo tiene una señora para el lado de Jalpa que viene y se lleva la tela para deshilar y regresa a los 15 días ya con material para 50 blusas, o sea, ella tiene una cadena de producción muy amplia [...] en Tabasco hay también una comunidad donde no deshilan, pero hacen el tejido fino, ese de crochet. Una sola comunidad hace

todo lo que se vende de crochet aquí en Calvillo [...] se llama Huiscolco la comunidad. De allá vienen a vender sus prendas acá con las distribuidoras.

Las prendas, independientemente de su origen, se venden como artesanías producidas por mujeres aguascalentenses. En el deshilado de Calvillo se observa un proceso de descontextualización y desterritorialización de los productos artesanales, ya señalado para el caso de los huipiles de Juchitán, Oaxaca, que se bordan en ranchos y ciudades de los Altos de Jalisco (Arias, 2016). Lo anterior ha originado tensiones entre mujeres calvillenses que no mezclan prendas manufacturadas en los Altos de Jalisco y las que recurren a prendas deshiladas a bajo precio en el mercado de San Juan de los Lagos, Jalisco. También se omite la participación de deshiladoras zacatecanas. Dado que la calidad de las técnicas de deshilado y otras (filigrana, calado, empavonado) son prácticamente iguales entre Calvillo y Zacatecas, es difícil advertir una diferencia, no así con la de los Altos de Jalisco, cuyo acabado, dicen, «es más burdo».

La vinculación producto-territorio ha ido acompañada de la creación de marcas territoriales mediante la promoción de los productos a través de folletos, páginas web, etcétera. Las marcas contienen elementos identificadores del territorio. La marca colectiva Flor de Guayabo, impulsada por Fonart, corresponde a un diseño de deshilado y al cultivo de la guayaba. La marca El Guayequito, alude a la icónica canción del cronista Eligio Hernández, que resalta a la guayaba y se ha convertido en el himno de Calvillo. El vínculo producto-territorio «se convierte en el eje estructurante de la producción de discursos» (Carenzo, 2007: 138) mediante los cuales las artesanas y distribuidoras elaboran sus estrategias de comercialización mediante la evocación de la antigua tradición del deshilado en su terruño, aunque hayan sido modificadas por la demanda turística. Así, se han incorporado diseños modernos y la inclusión de prendas, como el rebozo deshilado, que antes no se elaboraba ni usaba en la región. Esta parece ser una tendencia generalizada. En las artesanías Chané de Campo Durán en Argentina, se detectó la introducción de «criterios no tradicionales en el proceso productivo, vinculados a los estándares de cali-

dad que deben alcanzar las piezas para insertarse en mercados globales» (Carenzo, 2007: 137).

Reconfiguración del proceso de manufactura

Se advierten dos grandes cambios: 1) El deshilado ya no se arma en talleres de la capital del estado. La manufactura actual se basa en un esquema de dispersión rural donde mujeres de diversas comunidades se encargan del trabajo artesanal del deshilado y la confección de las prendas se lleva a cabo en talleres familiares en Calvillo y algunas localidades como Ojo Caliente, Chiquihuitero, El Sauz de los Vallín, El Cuervero y San Tadeo; y 2) La diversidad y la aparición de nuevas prendas que se producen. Las más solicitadas son la servilleta, el pañuelo, la blusa tradicional, la blusa moderna y el rebozo.

La servilleta

La servilleta sigue siendo una de las prendas elaboradas por una sola mujer o, máximo, dos. La servilleta lleva cuatro trabajos: deshilado, empavonado, filigrana y repulgo, y requiere una o dos semanas de trabajo a razón de cuatro horas diarias. La producción es baja y una servilleta se puede vender en 170 pesos.

El pañuelo

El pañuelo económico es una de las prendas más demandadas por los comerciantes de San Juan de los Lagos. Aunque es de manufactura sencilla, la alta demanda ha hecho que se fragmente. Las mujeres de El Cuervero son reconocidas por su capacidad para elaborar grandes cantidades de pañuelo. Hasta cuatro mujeres trabajan en el pañuelo. Las tareas son corte, perfilado, filigrana, calado o deshilado, rococó o adornos con listón. La manufactura del pañuelo se hace en una sola localidad.

La blusa tradicional

Debido a la alta demanda, su producción está muy fragmentada. Las primeras fases son similares a las de la servilleta y el pañuelo. La diferencia la hace la confección de la prenda en máquina de coser. El taller El Guayequito, por ejemplo, entrega el deshilado a dos mujeres, una de El Salitre y otra de Ojocalientillo. Cuando tiene pedidos grandes recurre a artesanas de El Maguey y El Sauz. La propietaria ha llegado a requerir hasta quince mujeres para cubrir pedidos grandes. Una vez que la tela ha sido trabajada, la propietaria hace el corte de la blusa y lo pasa a una cuñada o sobrina que la confecciona a máquina. El precio fluctúa entre los 60 pesos, la de los Altos de Jalisco, y 140 pesos, la que se produce en Aguascalientes.

La blusa moderna

La blusa moderna es un producto que se ha posicionado debido al mercado turístico y ha renovado al deshilado. La propietaria de La Guayequita ha enfocado la producción a esa prenda. Una vez definido el modelo de la blusa, una modista la confecciona; de ahí pasa a una deshiladora que trabaja el perfilado, la filigrana o el deshilado. Las mujeres que hacen esos trabajos son de El Salitrillo y Tepehue, municipio de Huanusco, Zacatecas. La propietaria se encarga de darle el terminado final a la prenda: lavado, planchado y etiquetado. La confección de la blusa moderna requiere de una modista, lo que aumenta los costos y el precio, por lo que la venta es más lenta. Se producen alrededor de doce blusas por mes y el precio promedio de cada una es de 700 pesos.

El rebozo

Es una de las prendas que involucra a más trabajadoras. Las que elaboran piezas de concurso trabajan solas, pero la confección se puede prolongar varios meses. En general, para atender la demanda de rebozos la producción se ha fragmentado hasta en ocho pasos, en los que la prenda pasa por las manos de especialistas en distintas técnicas que viven en diferentes localidades.

En el taller de M. J. M., en El Sauz de los Vallín, el proceso comienza con la adquisición de la tela de acuerdo con la muestra de deshilado que se va a trabajar. Las telas más utilizadas son el opal y la muselina. El corte corre a cargo de la propietaria del taller, que además marca el diseño del deshilado. La tela se deshila en la localidad, pero si el diseño es complejo se recurre a especialistas de varias localidades del municipio. Un deshilado complejo puede requerir un mes de trabajo dedicándole cuatro horas diarias. El siguiente paso es dar la tela deshilada a una especialista en filigrana o en perfilado. La prenda deshilada pasa o a otra mujer para el empavonado o pintado y de ahí a otras que hacen las puntas de repasejo. Para el taller trabajan diez mujeres, cuyas edades fluctúan entre los 18 y 70 años, que pueden confeccionar hasta veinte rebozos de manufactura sencilla en un mes. El precio de estos rebozos oscila entre los 600 y 700 pesos, pero los rebozos de concurso, cuyo proceso de manufactura puede requerir de hasta seis meses, llegan a venderse en entre 5 000 y 6 000 pesos.

La fragmentación y especialización de la costura son similares a lo que ha sucedido en los Altos de Jalisco, donde una prenda puede pasar por las manos de dos a siete mujeres que trabajan en su propio domicilio, en ranchos y colonias urbanas (Arias, Sánchez y Durán, 2019).

Otra de las características de la manufactura actual en Calvillo es la flexibilidad. Los talleres familiares tienen una capacidad limitada ante pedidos grandes: 80 blusas tradicionales en temporada alta, 20 rebozos y pedidos de una sola prenda. Pero cuando hay demandas de cantidades fuertes, los talleres recurren a otros para aumentar su capacidad de producción. Para cubrir un pedido con tiempo de entrega de un mes de 80 manteles individuales y 40 caminos de mesa con trabajo de deshilado para un restaurante de Guadalajara, la dueña del taller del Sauz pidió apoyo a dos talleres y se repartieron las ganancias.

Un aspecto de esta manufactura que se mantiene invariable es el predominio de la mano de obra femenina, tanto en los talleres como en el trabajo a domicilio (Arias, 1988). En Calvillo se mantiene la presencia femenina en todos los niveles de la manufactura, incluso en el trabajo infantil. M. I. L. decía:

yo empecé cuando nos llevaban hasta 50 o 60 blusas, yo tenía como 14 años. Pero a los 11 años yo le tejía a una señora bolas de hilo, le hacía las falditas para pegárselos a los caminos de mesa que les ponían unas monitas de cruceta. A mis 11 años.

Las mujeres manifiestan una gran satisfacción por haber aprendido de sus madres, abuelas o tías las técnicas del deshilado, sin embargo, reconocen que es un trabajo laborioso y mal pagado. En Calvillo se replica lo que ha sido detectado en otros estudios de la pequeña industria de la confección respecto a las condiciones de trabajo: falta de contratos, ingresos bajos e irregulares, irregularidad del trabajo e inexistencia de prestaciones sociales y derechos laborales (Arias, Sánchez y García, 2019; Díaz y Gutiérrez, 2014). Estas son las condiciones de trabajo de alrededor de 1500 mujeres registradas en la costura del deshilado por el área de desarrollo económico municipal.

La diversificación de mercados

Un resultado de la promoción del deshilado como patrimonio cultural de Aguascalientes ha sido la segmentación de los mercados. El segmento más importante es el turismo, que ha influido en el incremento del número de establecimientos comerciales. El número de locales comerciales dedicados al giro del deshilado en la cabecera municipal ha crecido. El Directorio Estadístico Nacional de Unidades Económicas (DENUE) registra solo diecisiete unidades dedicadas a la confección y comercialización de prendas con deshilado, que se concentran en Calvillo y la localidad de Ojo Caliente. Pero un recorrido por la cabecera muestra que el número de puntos donde se comercializa el deshilado es mayor. Tan solo en el mercado nuevo hay cinco puestos y en la plaza principal cada fin de semana se instalan alrededor de una decena de puestos donde aproximadamente cincuenta mujeres que se dedican al deshilado se alternan los lugares quincenalmente. También hay tiendas en distintos puntos del centro de la ciudad.

Si se amplía la búsqueda al estado de Aguascalientes, aparecen noventa y ocho unidades del giro, la mayoría en la capital. Las comerciantes de la ciudad de Aguascalientes piden el deshilado de Calvillo, aunque varias distribuidoras han dejado de abastecerlas debido a que pagan mal la costura. Otro canal de comercialización son las tiendas de artesanías en lugares turísticos que ofrecen productos de distintas regiones del país. Las distribuidoras de Calvillo envían deshilado a tiendas de Cancún, Campeche y ciudades de la frontera como Tijuana.

Otro nicho de mercado son los migrantes que gustan de llevarse prendas tradicionales cuando regresan a Estados Unidos y Canadá, aunque este mercado se ha contraído con el cambio en el patrón migratorio. Con el cambio del patrón migratorio, de circular a definitivo, las comerciantes de deshilado solo se benefician con esas compras al menudeo en los meses de diciembre y enero, cuando las familias de migrantes vacacionan y visitan a sus familiares (Arias, 2009). También hay restaurantes y hoteles que hacen pedidos de mantelería directamente a los talleres establecidos en Calvillo. Los comerciantes del santuario de San Juan de los Lagos, un destino religioso de primer orden, demandan una gran cantidad de prendas económicas, en especial, pañuelos.

Las diseñadoras que han incursionado en el uso de técnicas tradicionales de costura con diseños modernos en blusas, faldas y vestidos se han convertido en clientes de los talleres de manufactura calvillenses. Comerciantes de las delegaciones de la ciudad de México, como Texcoco, demandan grandes cantidades de vestidos para niño Dios. Finalmente, están los canales de comercialización impulsados por las instituciones públicas: cada año Fonart hace compras a las artesanas y promueve las ventas en distintos lugares de la república, a donde son invitadas las distribuidoras de Calvillo. En 2015 se abrió la Casa del artesano en la calle Rayón de la cabecera municipal, donde las mujeres que no tienen acceso a los puestos de la plaza principal pueden dejar su costura a consignación.

La diversificación de mercados va aparejada con la promoción del deshilado como artesanía centenaria del municipio de Calvillo para llamar la atención de los turistas. Además, se ha incrementado la demanda de cos-

tura elaborada en los Altos de Jalisco. Tal es el caso de Jalostotitlán, Jalisco, donde mujeres de Calvillo adquieren caminos de mesa, blusas, manteles, pañuelos y camisitas de bebé que comercializan como si fueran elaboradas en su terruño (Arias, Sánchez y Muñoz, 2015).

Asociaciones y grupos de artesanas

Las comerciantes y artesanas aceptan y agradecen el impulso a sus actividades a través de los apoyos de las instituciones públicas de los tres niveles. Sin embargo, los esfuerzos por reconfigurar las actividades productivas a través de la organización de las artesanas no han tenido éxito. A continuación, ejemplifico el bajo impacto que han tenido las formas de organización para potenciar el Pueblo Mágico de Calvillo con la experiencia de la líder de un taller que forma parte del corredor turístico artesanal de Calvillo.

La señora M. I. L. trabajó desde su niñez como costurera con una señora que concentraba deshilados para las casas comerciales de la ciudad de Aguascalientes. Cuando esa actividad se estancó se dedicó a otras actividades, como el corte de guayaba, pero nunca dejó de trabajar el deshilado por encargo. Cuando se casó, cambió su residencia a la cabecera municipal y a principios de la década del 2000 fue una de las artesanas que comenzó a ser apoyada por las administraciones municipales. Cuando se nombró a Calvillo Pueblo Mágico, M. I. L. se integró como secretaria en la asociación Textiles Deshilados de Aguascalientes, y en 2016 su taller domiciliar fue incorporado por Fonart al corredor turístico artesanal. Dice M. I. L.:

la de Flor de Guayabo es una asociación, mi compañera E. viene siendo la presidenta y supuestamente yo soy la secretaria. Surgió con lo del Pueblo Mágico, lo que queríamos es que no nos ganara otro estado como la patente o cómo se dice... registrarlo como que fuera de aquí el deshilado, eso es lo que queríamos. Nosotros queríamos ponerle: Textiles Deshilados Flor de Guayabo de Calvillo, pero el Gobierno del Estado no quiso, dijo: ¡no! Se va a llamar Textiles Deshilados de Aguascalientes para que abarque todo el es-

tado. Así se hizo, pero a mí no me gustó. No sé cuántas artesanas son en total, pero de las que de veras trabajamos el deshilado hemos de ser como unas 80. Pero ya cuando se dice que va a haber apoyos o algo, surgen hasta 500, salen muchísimas [...] lo del proyecto que se hizo aquí en mi casa del taller es por parte de Fonart y se nos apoyó hace dos años, como en diciembre de 2016. Es un taller, pero por decir funciona más como un local para venta. Sí, es que cada quien es independiente. Por ejemplo, A., una de las integrantes, trae lo que quiere vender. Es como la Casa de las artesanías, cada quien trae su costura. Supuestamente es la idea, que traigan, pero no vienen. Y en cada uno de los once talleres del municipio somos siete mujeres. Las del taller una es de allá del Salitre y todas las demás son de aquí de Calvillo. Pero como te digo, casi no vienen, no funciona, y es que no nos mandan gente. Yo de hecho, como mi taller se llama A. y T., y yo tengo mi página que se llama deshilados I., que es un proyecto que yo metí de INAES, y claro, cuando a mí me buscan, yo te soy sincera, yo meto como que soy deshilados I., porque a mis compañeras, cuando a ellas también les preguntan, o les piden tarjeta, ellas nunca dan la de A. y T., ellas dan su tarjeta de ellas. Si ellas son así, pos yo hago lo mismo. Entonces a los clientes yo sí les digo: Deshilados I., A. y T. y Flor de Guayabo es lo mismo. Sí, porque yo estoy involucrada con tres proyectos, entonces pos qué hago, me defiendo. Y así está (M. I. L.).

La experiencia de M. I. L. constata, en primer lugar, una característica de la gestión turística en el Pueblo Mágico de Calvillo: «los resultados muestran una red amplia pero poco cohesionada donde los actores representantes del turismo municipal y estatal, así como el Consejo figuran como los que tienen legitimidad y poder» (Vargas y Rodríguez, 2014: 158). La narración de M. I. L. permite destacar cuatro puntos que coinciden con estos resultados: 1) las diferencias entre las concepciones de las artesanas deshiladoras y las de los funcionarios de las dependencias de gobierno, quienes impusieron el nombre de la asociación, pese a lo cual, las artesanas continúan nombrando a la asociación con el nombre que ellas deseaban; 2) el consejo directivo de la asociación es una representación accesoría y los funcionarios son quienes asumen el control de los padrones de

artesanas para distribuir apoyos económicos y en especie; 3) la creación de organizaciones sociales ha servido a las artesanas para acceder a recursos públicos y es el motivo por el que continúan participando, a pesar de su desacuerdo con la manera en que operan; y 4) finalmente, se aclara la importancia que tiene la organización de la manufactura a partir del taller familiar y las redes de parentesco y amistad, más allá de las intenciones gubernamentales por introducir nuevas formas de organización.

Por último, hay que decir que otras organizaciones de mujeres impulsadas desde la década del 2000 se desintegraron. Las mujeres que participaron en ellas aprovecharon los recursos públicos, las capacitaciones y la clientela para fortalecer su actividad independiente apoyada en sus redes familiares. Lo que ha surgido, a fin de cuentas, es la manufactura del pequeño taller familiar, que funciona como articulador de un modelo de especialización rural dispersa, ligado a una concentración comercial urbana orientada al consumo turístico.

Conclusiones

Recapitulando lo ya expuesto, se puede concluir en dos sentidos. Primero, desde sus orígenes la manufactura del deshilado ha estado caracterizada por los vaivenes entre la concentración y fragmentación. A partir de los cambios abordados se pueden establecer cuatro periodos:

1. Autoabasto. De finales del siglo XIX a la década de 1920 las prendas eran trabajadas de principio a fin por una sola mujer y se destinaban al autoconsumo y venta, esporádica, de encargos en las localidades. Se producían blusas de mujer y ropa para bebé, como sabanitas, camisitas y ropones para bautizo; también se confeccionaban blancos como sábanas, almohadones, servilletas, manteles y pañuelos que eran utilizados en los hogares u obsequiados a parientes y amistades.
2. Hacia el mercado. En las décadas 1930-1980 se produjo la fragmentación del proceso de manufactura para atender la demanda de talleres de confección aguascalentenses que surtían a comercios de la Ciudad

de México. Se producían grandes cantidades de blusas, ropa de bebé y blancos (sábanas, almohadones, servilletas y manteles).

3. El estancamiento. De fines de la década de 1980 a fines de la década de 1990 fue un periodo crítico para las prendas con deshilado. En Calvillo se organizaron algunos talleres caseros que surtían semanalmente cantidades pequeñas de prendas a los comercios de la ciudad de Aguascalientes (calle Nieto y plaza del Vestir). Se producían blusas, blancos y ropa de bebé. Por otro lado, algunas mujeres volvieron a la elaboración de prendas únicas, encargadas por familiares, amistades o vecinas de su misma localidad.
4. El turismo. Del 2000 en adelante se ligó la manufactura del deshilado con una estrategia de diversificación productiva basada en el turismo. Se reestructuró el modelo de manufactura y se volvió a fragmentar el proceso de elaboración de prendas, pero ahora coordinado por las propias mujeres deshiladoras que habían trabajado durante su niñez y juventud para las empresarias aguascalentenses que tenían sus talleres y comercios en la capital del estado. Hay una diferencia notable en cuanto a las dimensiones de los talleres empresariales con gran capacidad, que aglutinaban el trabajo de cientos de deshiladoras y bordadoras, y los nuevos talleres de las mujeres de Calvillo, que coordinan el trabajo de un máximo de doce mujeres. Además, se diversificaron los mercados y la orientación al consumo turístico. Se introdujeron nuevos diseños y prendas de ropa, como el rebozo.

Segundo, el caso del deshilado de Calvillo, donde se han implementado iniciativas de desarrollo impregnadas del paradigma de la *nueva ruralidad*, permitió explicar la manera en que se conformó el modelo actual de especialización rural dispersa ligado al consumo turístico. Con el fin de vincular el deshilado con el territorio de Calvillo se han implementado acciones que promueven la imagen de una artesanía de carácter centenario. Sin embargo, se trata de una manufactura basada en la fragmentación del proceso de producción de la prenda en la que participan varias mujeres, así como en la introducción de nuevas técnicas y diseños para

responder a la demanda de una diversidad de mercados. A pesar de todo un esfuerzo de reestructuración de la actividad por parte del Estado introduciendo nuevas formas de organización con el fin de cumplir con los requisitos del Programa de Pueblos Mágicos y detonar el desarrollo local potenciando el turismo, las mujeres que se dedican al deshilado han dado más peso a su actividad a partir de la organización familiar del taller desde donde coordinan el proceso de manufactura de las prendas y se vinculan con una diversidad de clientes mayoristas y menudistas de distintos estados del país y otros países.

Finalmente, hay que señalar que al tratarse de un caso altamente institucionalizado se ha creado un vínculo de dependencia entre la localidad y el Estado, que será puesto a prueba con los ajustes de la nueva administración federal al Programa de Pueblos Mágicos y los cambios anunciados para Fonart, institución que ha impulsado el deshilado y ha pasado a formar parte de la Secretaría de Cultura con un futuro incierto (Aguilar Sosa, 2019).

Referencias

- Aguilar, Encarnación, Sacco dos Anjos, Flávio y Velleda, Nádia. (2011). Productos locales, calidad y diversificación: nuevas estrategias de desarrollo en el mundo rural de España y Brasil. *Estudios Sociológicos*, vol. 29, núm. 85, pp. 189-214.
- Aguilar Sosa, Yanet. (2019) Cambio de sector no garantiza beneficio a Fonart. *El Universal*. Recuperado de <<https://www.eluniversal.com.mx/cultura/futuro-incierto-del-fonart>>.
- Arias, Eliézer. (2006). Reflexión crítica de la Nueva Ruralidad en América Latina. *ALASRU, Nueva época, Análisis latinoamericano del medio rural*, vol. 1, núm. 3, pp. 139-168.
- Arias, Patricia. (1986). Maquila, pequeña industria y trabajo a domicilio en los Altos de Jalisco. *Relaciones*, vol. 7, núm. 28, pp. 33-60.
- Arias, Patricia. (1988). El empleo a domicilio en el medio rural: la nueva manufactura. *Estudios Sociológicos*, vol. 6, núm. 18, pp. 535-552.

- Arias, Patricia. (2009). *Del arraigo a la diáspora. Dilemas de la familia rural*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara, Miguel Ángel Porrúa, H. Cámara de Diputados LX Legislatura.
- Arias, Patricia. (2016). El viaje de los huipiles. De Juchitán a los Altos de Jalisco. *Nueva Antropología*, vol. 29, núm. 85, pp. 11-30.
- Arias, Patricia, Sánchez, Imelda y Muñoz, Martha. (2015). *Quehaceres y obras. El trabajo femenino en los Altos de Jalisco*. Guadalajara: Secretaría de Cultura del Gobierno de Jalisco.
- Arias, Patricia, Sánchez, Imelda y Muñoz, Martha. (2019). Debajo del radar. Los trabajos femeninos en los Altos de Jalisco. *Carta Económica Regional*, vol. 131, núm. 123, pp. 5-34.
- Bencomo, Ramona. (1986). *Historia oral en Jáltiche de Arriba, comunidad rural del municipio de Calvillo, Ags.* Tesis de licenciatura. Aguascalientes: Departamento de Sociología y Antropología, Universidad Autónoma de Aguascalientes.
- Carenzo, Sebastián. (2007). Territorio, identidades y consumo: reflexiones en torno a la construcción de nuevos paradigmas de desarrollo. *Cuadernos de Antropología Social*, núm. 26, pp. 125-143.
- Crummett, María. (1998). Clase, género en los procesos de cambio en una década de austeridad. Hogares rurales del municipio de Calvillo, Aguascalientes. En Peña Saint Martin, Florencia (coord.), *Estrategias femeninas frente a la pobreza. El trabajo domiciliario en la elaboración de prendas de vestir* (pp. 153-172). Ciudad de México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Díaz, Octavio y Gutiérrez, Edgar. (2014). La industria de la confección en tres localidades. Producción a la mexicana. *Compendium*, vol. 17, núm. 32, pp. 5-26.
- Fondo Nacional para el Fomento de las Artesanías. (2018). Corredores Turísticos Artesanales. Recuperado de <<https://www.gob.mx/fonart/acciones-y-programas/acciones-para-el-desarrollo-de-espacios-artesanales-en-destinos-turisticos>>. Consultado el 7 de diciembre de 2018.
- García, Jorge. (2016). El deshilado: arte popular mexicano. En Gutiérrez de Lara, J. A. (coord.), *Hilos y sabores de Calvillo* (pp. 33-39). Ciudad de

- México: Conaculta, Instituto de Promoción y Fomento Cultural de Calvillo, Cámara de Diputados LXII Legislatura, Ayuntamiento de Calvillo 2014-2016.
- Gómez, Ana y Caldentey, Pedro. (1999). Signos distintivos en productos agroalimentarios. *Distribución y Consumo*, año 9, núm. 45.
- Gómez, Eloy. (2015). Aspectos teóricos de las nuevas ruralidades latinoamericanas. *Gazeta de Antropología*, vol. 31, núm. 1, pp. 1-15.
- Gómez, Jesús y Delgado, Francisco. (2010). *Aguascalientes. Historia Breve*. Ciudad de México: El Colegio de México, Fideicomiso de Historia de las Américas, Fondo de Cultura Económica.
- De Grammont, Hubert C. (2008). El concepto de nueva ruralidad. En Pérez, Edelmira, Farah, María Adelaida y de Grammont, Hubert C. (editores), *La nueva ruralidad en América Latina* (pp. 23-43). Bogotá: Universidad Javeriana.
- Gutiérrez, Angelina. (1992). *Capital transnacional y regionalización. El caso de Aguascalientes*. Ciudad de México: Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM.
- Hernández, Eligio. (2017). *Recuerdos y vivencias, biografía personal y costumbrista de Calvillo*. Calvillo: Autor.
- Instituto Nacional para la Educación de los Adultos. (1992). *El deshilado en Aguascalientes. Encrucijada de sueños*. Aguascalientes: Gobierno del Estado de Aguascalientes, Instituto Nacional para la Educación de los Adultos, Secretaría de Educación Pública.
- Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática. (2015). *Encuesta Intercensal 2015*. Ciudad de México: Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática.
- Kay, Cristóbal. (2009). Estudios rurales en América Latina en el período de la globalización neoliberal: ¿una nueva ruralidad? *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 71, núm. 4, pp. 607-645.
- López, Ignacio y Aguilar, Encarnación. (2013). La nueva economía rural europea. Especialización territorial de calidad en la Isla de Texel y la Sierra de Cádiz. *Gazeta de Antropología*, vol. 29, núm. 2, pp. 1-19.

- López, Ángeles y Marín, Gustavo. (2010). Turismo, capitalismo y producción de lo exótico: una perspectiva crítica para el estudio de la mercantilización del espacio y la cultura. *Relaciones*, vol. 31, núm. 123, pp. 219-258.
- Monterroso, Neptalí. (2010). La nueva ruralidad: un paradigma para la domesticación del turismo rural en América Latina. En Monterroso, Neptalí y Zizumbo, Lilia (coords.), *Contra la domesticación del turismo* (pp. 75-105). Ciudad de México: Miguel Ángel Porrúa.
- Noriero, Lucio, Torres, G., Almanza, M. y Ramírez, C. (2009). Nueva ruralidad: enfoques y sinergias. Emergencia de un modelo alternativo de desarrollo. *Textual. Análisis del medio rural latinoamericano*, núm. 53, pp. 77-102.
- Palafox, Alejandro y Martínez, María. (2015). Turismo y nueva ruralidad: camino a la sustentabilidad social. *Letras Verdes. Revista Latinoamericana de Estudios Socioambientales*, núm. 18, pp. 137-158.
- Palafox, Alejandro, Martínez, María y Anaya, Julia. (2016). Nueva ruralidad y sustentabilidad social en el pueblo mágico de Calvillo, Aguascalientes. *Revista Iberoamericana de Turismo, RITUR*, vol. 6, pp. 64-81.
- Palafox, Alejandro, Martínez, María y González, Alfonso. (2018). La nueva ruralidad y el turismo en México: entre la hegemonía y la comunidad. En Espinoza Sánchez, Rodrigo, Chávez Dagostino, Rosa y Andrade Romo, Edmundo (coords.), *Población local y Pueblos Mágicos de México. Una mirada crítica de la realidad* (pp. 49-70). Guadalajara: Universidad de Guadalajara, Eón.
- Pérez, Samuel. (2010). El valor estratégico del turismo rural como alternativa sostenible de desarrollo territorial rural. *Agronomía Colombiana*, vol. 28, núm. 3, pp. 507-513.
- Picón, Juan y Hernández, Aurora. (2014). *El turismo rural comunitario en los procesos de la nueva ruralidad: la experiencia latinoamericana*. Ponencia presentada en el XVIII Congreso de la Asociación Española de Expertos Científicos en Turismo. Recuperada de <<http://www.aecit.org/el-turismo-rural-comunitario-en-los-procesos-de-la-nueva-ruralidad-la/congress-papers/28/>>.

- Romo, Marcela. (2004). *La cultura empresarial en México*. Aguascalientes: Universidad Autónoma de Aguascalientes, Miguel Ángel Porrúa.
- Salmerón, Fernando. (1998). *Intermediarios del progreso. Política y crecimiento económico en Aguascalientes*. Aguascalientes: Instituto Cultural de Aguascalientes, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.
- Secretaría de Turismo. (2018). *Programa Pueblos Mágicos*. Recuperado de <<https://www.gob.mx/sectur/acciones-y-programas/programa-pueblos-magicos>>. Consultada 14 de diciembre de 2018.
- Vangstrup, Ulrik. (1995). Moroleón: la pequeña ciudad de la gran industria. *Espiral. Estudios sobre Estado y Sociedad*, vol. 2, núm. 4, pp. 101-134.
- Vargas, Astrid y Rodríguez, Ismael. (2014). Dinámica relacional de la gestión turística en el pueblo mágico de Calvillo, Aguascalientes, México. *Teoría y Praxis*, número especial, pp. 137-159.
- Vivanco, Jesús. (2006). *Orientación de la cultura organizacional y permanencia en el mercado de las Mype's del sector de la confección en Aguascalientes*. Tesis de Doctorado en Administración. San Luis Potosí: Universidad Autónoma de San Luis Potosí.

Sujetos de mezclilla. Especialización y precariedad tóxica en el suroeste de Tlaxcala¹

PAOLA VELASCO SANTOS

Martes de tianguis

La primera vez que llegué a San Mateo Ayecac, una localidad del suroeste de Tlaxcala fue un martes de noviembre de 2014. Una colega y yo nos dirigiáramos a la presidencia de comunidad a informar sobre nuestra intención de hacer una investigación y pedir el apoyo de las autoridades locales. La calle principal parecía la de un pueblo abandonado: las calles vacías y las múltiples cortinas de comercios cerradas. El único movimiento de personas era el de los niños de la escuela primaria a dos cuadras de la carretera federal. La ausencia de movimiento en las calles y las muchas cortinas de fierro cerradas nos llevó a pensar que el negocio de la mezclilla se había acabado. Con esa idea entramos a la calle de la presidencia. De no ser por la presencia esporádica de grandes trozos de pavimento, parecía de terracería. En medio de un solar grande, a un lado de la presidencia, se erguía una construcción que parecía una iglesia a medio terminar, un cascarón de ladrillo, sin techo y vacía por dentro. El edificio de la presidencia estaba pintado por fuera, pero por

¹ La investigación fue financiada por el Programa de Apoyos a Proyectos de Investigación e Innovación Tecnológica (PAPIIT), por la Academia Mexicana de Ciencias y por el Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM, y es resultado del proyecto «Aguas azul mezclilla. Deterioro socioambiental y precariedad en el suroeste de Tlaxcala» (PAPIIT-1A3003016).

dentro parecía estar en obra gris. Después nos enteramos que se había edificado en 1990. El presidente de la comunidad nos recibió en su oficina y nos comentó que habíamos tenido suerte de encontrarlo, porque normalmente el martes no estaba allí. ¿Qué tenía de especial el martes? ¿Por qué no había nadie y todo estaba cerrado?

Entonces nos explicó que el martes era día de «descanso» en la comunidad, porque es cuando los «pantaloneros», como se les llama en la región, van a vender al mercado del municipio vecino de San Martín Texmelucan, Puebla. Los pantaloneros salen en la madrugada a vender al mayoreo y menudeo; los propietarios de los talleres de costura, lavado, planchado, bordado y otros se surten de materia prima; y los trabajadores de los talleres o en el trabajo a domicilio se preparan para reiniciar, en la tarde-noche, un nuevo ciclo de producción.

El objetivo de este capítulo es dar cuenta de cómo la especialización productiva ha dado lugar a procesos de transformación en la vida cotidiana de las personas, en su entorno físico, en su economía y en sus cuerpos. Un eje central del capítulo es la vinculación de la manufactura de mezclilla con la precariedad y la toxicidad que forma parte de la vida diaria de los habitantes de San Mateo Ayecac. Aunque se reconoce que la toxicidad es causada, en alguna medida,² por los talleres y lavanderías donde se producen los *jeans*, los «pantaloneros» no cuestionan o ponen en duda la actividad que les da el sustento e incluso su identidad grupal actual.

² El grueso de la contaminación del río Atoyac proviene de los cientos de empresas ubicadas en parques y desarrollos industriales en el municipio de San Martín Texmelucan, Puebla y sus alrededores. Destacan las descargas sin tratamiento de la petroquímica de Pemex, industrias químicas, automotrices, metalmecánicas, siderúrgicas, papeleras y refresqueras, entre otras (para más información sobre la contaminación y sus efectos en la salud ver Velasco (2017a) y la Recomendación Núm. 10/2017 de la CNDH, disponible en <https://www.cndh.org.mx/sites/default/files/doc/Recomendaciones/2017/Rec_2017_010.pdf>).

La desolación en las calles que describo en la viñeta inicial muestra, de manera paradójica, la vitalidad de la economía de San Mateo y el involucramiento de la población en la actividad económica de la mezclilla. El martes es el día que marca el inicio y fin del ciclo semanal de la producción de mezclilla. El resto de la semana, el ritmo del pueblo con el ir y venir de las prendas de mezclilla se asemeja al de una gran fábrica a cielo abierto (Velasco, 2017b: 95).

San Mateo, una localidad como muchas otras del valle Puebla-Tlaxcala, se ha especializado en la manufactura textil, específicamente de pantalones y otras prendas de mezclilla de bajo costo para un mercado regional. Esa especialización comenzó a finales de la década de 1970 y, pese a algunos altibajos, se ha convertido en el oficio principal del pueblo, que es transmitido de generación en generación. La producción de pantalones de bajo costo como resultado de la llamada «moda rápida» o *fast-fashion*,³ en paralelo con el consumismo (entendido en términos de Bauman, 2007), han requerido la reducción del valor de múltiples «otros»: la naturaleza, el trabajo, la vida, las relaciones personales, la salud y el futuro. Lo que se advierte en San Mateo da cuenta de las formas, complejas y perniciosas, en las que se expresa el capitalismo, así como del papel activo de los sujetos rurales en ese proceso.

Con base en información etnográfica obtenida entre 2015 y 2018, este capítulo explora cómo el complejo entramado sacionatural urdido a partir

³ El *fast fashion* es un término acuñado en 1989 por Anne-Marie Schiro, columnista del *New York Times*, que se refiere al giro en la producción, diseño, accesibilidad y precio de la moda, impulsado por la marca de ropa Zara. Esta estrategia se centra en producir ropa a muy bajo costo y sacarla a la venta rápidamente. Para mantener la atención de los consumidores, se comercializan tres o cuatro colecciones de ropa al mes. Los costos bajos solo pueden ser sostenidos a través de la explotación de la mano de obra de las maquilas o talleres que producen la ropa, de materia prima barata y de poco o nulo control ambiental. Cabe mencionar que este formato productivo no es exclusivo de las grandes marcas, sino que se reproduce en los circuitos de manufactura de ropa y zapatos que se comercializan en tianguis y mercados regionales.

de la especialización de los habitantes de San Mateo ha configurado un sujeto rural particular —el sujeto de mezclilla—, al igual que las condiciones sociales y materiales a partir de las cuales ese sujeto reproduce lo que llamo precariedad tóxica. Esta condición va más allá de las condiciones laborales, la precariedad tóxica se caracteriza por una forma de vida frágil, incierta y peligrosa que convierte a los hogares en talleres de maquila, a la familia en trabajadores sin salario fijo, a la comunidad en un piso fabril y al medio ambiente en una amenaza tóxica y potencialmente dañina.

El objetivo es doble: en primer lugar, a partir de discusiones contemporáneas sobre la especialización rural, la precariedad y la toxicidad, se argumenta que los sujetos sociales que se producen en el capitalismo tardío desafían el nicho tradicional y simple del sujeto rural y el de la víctima pasiva de la degradación ambiental. En segundo lugar, el caso de San Mateo devela de manera clara que el «desarrollo desde abajo» o paraestatal deviene en éxitos ambiguos o contradictorios en tanto que el empleo no se traduce en bienestar o en emprendimientos exitosos.

Para discutir sobre la precariedad tóxica en la especialización, exploro tres categorías: la precariedad, entendida como una regla, y no como una excepción; la toxicidad, como un residuo necesario del capitalismo; y cómo lo anterior se relaciona con las narrativas del emprendimiento en el capitalismo tardío.

Mezclilla y capitalismo

En el mundo se producen millones de prendas de mezclilla cada año. En 2010, Estados Unidos importó 604.9 millones de pantalones de mezclilla, gran parte de los cuales fueron manufacturados en México (Cotton Incorporated, 2011). México, además de ser maquilador y exportador de prendas de mezclilla, es de los principales consumidores de esas mercancías, cualquiera que sea su origen. En 2008, los mexicanos (del área metropolitana) poseían el mayor número de prendas de mezclilla en su guardarropa (17 en promedio), superior al promedio de los consumidores estadounidenses y tailandeses (empatados con 16 prendas) y los colombianos (15) (Cotton Inc., 2008). Para 2019 el número de prendas disminuyó

considerablemente a nivel mundial, pero México siguió en los primeros lugares, con un promedio de 7.5 pares de *jeans*. La inmensa mayoría de la población (98%) dijo que tenía dos pares (Cotton Inc., 2019). Según esas mediciones internacionales, México es el país con mayor «afinidad» con la mezclilla, más que China y Estados Unidos, por lo que los *jeans* fueron y siguen siendo una oportunidad de negocio altamente redituable (Cotton Inc., 2017).

No es casualidad, entonces, que los habitantes de San Mateo se hayan especializado en la mezclilla, sobre todo en la confección de *jeans*. Como señala Salazar (2010), los pantalones de mezclilla son al mismo tiempo la mercancía más ubicua o con mayor presencia en el mundo y el *locus* de una red que ayudó a la consolidación del capitalismo mundial y la encarnación del fetichismo de la mercancía. El inicio mismo de la historia de los pantalones de mezclilla ejemplifica lo anterior.

Aunque la tela de mezclilla y los pantalones hechos de esa variedad de algodón se remontan a la Europa del siglo xvii (Lloyd, 2005; Sullivan, 2006), el «nacimiento de los *blue jeans*» modernos se ubica en San Francisco, California, a partir de la patente emitida en 1873 de los primeros vaqueros Levi Strauss & Co (Sullivan, 2006). Sin embargo, el creador original de los *jeans* como los conocemos hoy en día fue Jacob Davis, un sastre de Reno, Nevada. Con el objetivo de hacer los pantalones de trabajo más resistentes, se le ocurrió reforzarlos con remaches de cobre. Esa innovación tuvo tal éxito que su sastrería no se daba abasto con los pedidos, por lo que buscó ayuda de su proveedor, Levi Strauss, un comerciante mayorista de San Francisco, quien tenía el capital y estaba interesado en el negocio. Davis le propuso patentar el diseño y que le ayudara a producir la prenda (Salazar, 2010). Aunque Levi Strauss & Co. (2013) reconoce que Davis fue parte de la historia de los *jeans* originales, la compañía sostiene que nacieron en 1873, cuando se patentaron, y no en 1870, cuando Davis creó el primer par de *jeans* remachados. Así, el «acto creativo» de la mercancía más común y ubicua del mundo personifica a la perfección el fetichismo de la mercancía y al capitalismo mismo al oscurecer las relaciones sociales detrás del objeto (Salazar, 2010).

Efectivamente, la complejidad de relaciones y conexiones políticas, económicas, sociales, geográficas y ambientales que están detrás de cada par de *jeans* son muchas veces opacadas por su relevancia en la cultura *pop*-ular. Como sugieren Miller y Woodward (2007), esta no es cualquier mercancía. Su materialidad, su ubicuidad global y su papel en el amalgamamiento de subculturas o movimientos sociales, e incluso de identidades, explican, en parte, la especialización en la producción de pantalones de mezclilla en la región de estudio. Es decir, es una prenda que puede ser usada en cualquier temporada del año en casi cualquier circunstancia, es la favorita de todos los géneros y edades y prácticamente de todas las clases sociales; además de que se puede acumular más de una en un guardarropa. En términos culturales, Miller y Woodward (2012: 6-8) proponen que los *jeans* son una manifestación global de lo ordinario, una prenda que permite a las personas ser parte de un fenómeno cultural «común y corriente» compartido por los ciudadanos del mundo, pero, al mismo tiempo, es una mercancía tan versátil que puede ser igualmente personal y extraordinaria.

La producción de una mercancía, en este caso las prendas de mezclilla, ha sido el resultado de relaciones económicas, políticas, sociales, culturales y de poder construidas alrededor de cadenas de producción y consumo que involucran tiempos, lugares y grupos muy distantes, cuyos significados culturales han variado en el tiempo y el espacio. El caso de la mezclilla es representativo: ha sido ropa útil y símbolo para obreros de diversas partes del mundo, ícono de la rebeldía y la juventud e incluso símbolo del imperialismo estadounidense o de la «cultura americana» (Little, 2007; Sullivan, 2006). Los pantalones de mezclilla han penetrado en el comportamiento social a nivel mundial y le han otorgado un significado particular, convirtiéndose en una prenda común, deseable y necesaria. Aunque este significado no es universal ni fijo, es importante tomar en cuenta su contingencia y el momento histórico, sociocultural, económico y político particular en el que se ubica. La producción de pantalones de mezclilla a la que hago referencia sería insostenible sin el carácter popular y

versátil de los *jeans*, o sin el contexto consumista del capitalismo tardío en el que nos ubicamos.

Esto último merece una pequeña digresión en torno a la categoría del consumismo. En su libro *Vida de Consumo*, Bauman (2007) considera que hemos transitado de una sociedad de productores a una de consumidores, de tal suerte que la membresía a las sociedades contemporáneas se da a través del consumo exacerbado y no de la producción, como décadas atrás. El consumismo, para este autor, es un acuerdo social donde los deseos y anhelos son el motor de impulso de la sociedad, el propósito de la existencia misma de una sociedad. Aunque es discutible que la llamada «revolución consumista» (Bauman, 2007) sea aplicable a todo el mundo, su propuesta es útil para entender y ubicar la producción y consumo masivo de prendas de ropa en la actualidad.

En la región de estudio, los *jeans* han adquirido un matiz particular de identidad productiva y de consumo por múltiples razones —bajo costo, materiales, diseños y tallas que se adecúan al gusto y fisionomía de la población—; pero, sobre todo, porque son manufacturados en la región y para una población en condiciones socioeconómicas e históricas parecidas a las de los pobladores de San Mateo. La especialización productiva de pueblos como San Mateo se debe entender dentro de la conformación histórica de los *jeans* como íconos culturales dentro del complejo entramado material, geográfico, político, económico y ambiental oculto detrás de la mercancía. Más importante aún es entenderla dentro de un circuito de subsidio mutuo de mercancías baratas que corresponden a las posibilidades económicas, a los gustos y medidas de amplios grupos sociales en el centro y sur del país. Las producciones locales de tenis, conjuntos deportivos, chamarras, pantalones de mezclilla y bolsos «clonados» o de marca propia de bajo costo conectan a gente de Guanajuato con la de Tlaxcala en un circuito de moda rápida y barata que produce modos de vida precarios y tóxicos. A continuación, reconstruyo el proceso de especialización en San Mateo y el contexto que dio cabida a la conformación de la precariedad tóxica.

Historia de la especialización

El valle Puebla-Tlaxcala, que abarca la porción centro-oeste de Puebla y el suroeste del estado de Tlaxcala, se ubica en el centro de México, y sus planicies están delineadas por los volcanes Iztaccíhuatl y Popocatepetl al oeste y la Malinche al este. Ese territorio es históricamente relevante debido al florecimiento de importantes centros urbanos precolombinos, el desarrollo temprano de la agricultura, acompañado del aprovechamiento del agua de lluvia y el manejo de terrenos pantanosos e inundables por medio de chinampas o camellones, y, por supuesto, una ocupación española temprana y la consecuente fundación de centros poblacionales urbanos y rurales españoles, así como haciendas trigueras y de cultivo mixto (trigo y maíz) (González, 1969; Heath, 1982; Rendón, 2005; Sempat, 1999). La riqueza hidrológica y edafológica fue aprovechada para la agricultura, pero desde el siglo xvii se instalaron obrajes de lana y otras industrias textiles que cobraron importancia en el valle y, en cierto sentido, marcaron su doble vocación: agrícola en un primer momento e industrial posteriormente, ambas sustentadas por la abundancia de agua (Luna, 1993; Trautmann, 1981).

Aunque con altibajos, desde los siglos xviii y xix la industria siempre ha sido un eje importante en la región del valle poblano tlaxcalteca. El impulso industrializador del último cuarto del siglo xx por parte del Estado mexicano posicionó a Puebla como un centro industrial destacado en el país, que históricamente ha disputado los primeros lugares en las aportaciones al PIB nacional en la industria textil y del vestido, al igual que en el sector automotriz. Según datos del INEGI y la Canaive, Puebla ocupa el tercer lugar nacional con mayor producción en la industria del vestido (INEGI, 2019: 21). Además, debido a la presencia de la Volkswagen, Puebla es uno de los principales productores de automóviles en el país (Forbes, 2018), lo que vitaliza la dinámica industrial en toda la región del valle.

Aunque las grandes industrias como Hylsa y Volkswagen, instaladas a inicios de 1970, ofrecieron trabajo a pobladores de la región, las actividades no se volcaron hacia el trabajo fabril. Desde 1940 las actividades de los pobladores de la región se habían diversificado al movilizarse a traba-

jar a la Ciudad de México, así como a Estados Unidos a través del programa bracero. La escasa rentabilidad de las actividades agrícolas, la falta de tierras para nuevas generaciones, el desinterés por trabajar la tierra y la movilidad laboral a la Ciudad de México y a Estados Unidos generaron escenarios locales fértiles para la reconfiguración de los modos de vida del valle, particularmente para la especialización en la maquila de ropa.

Es importante señalar que la maquila de ropa de San Mateo, a diferencia de lugares como Mazatecochco, Tlaxcala o Tehuacán, Puebla (Rothstein, 2007; Maquila Solidarity Network, 2003, 2009; Red de Solidaridad de la Maquila y Santiago, 2010; Barrios y Santiago, 2004), no ha estado relacionada o consolidada, ni en sus inicios ni en su operación actual, con las grandes industrias del ramo. La especialización de San Mateo y otras localidades cercanas se dio de manera autónoma y estuvo relacionada con la movilización laboral de los pobladores a la Ciudad de México y a la cercanía del mercado de San Martín Texmelucan, Puebla, con el que colinda (figura 1) y que les permitió vender sus pantalones y comprar insumos.

En 2015, el municipio contaba con una población de 21 060 personas, distribuidas en cuatro localidades principales: la cabecera, Villa Alta, San Mateo Ayecac y Guadalupe Victoria. San Mateo es de las más pequeñas y para el 2010 contaba con alrededor de 3 400 habitantes.⁴

El inicio

Aunque desde 1940 muchos varones se desplazaron a la Ciudad de México a emplearse como albañiles, estibadores, personal de intendencia y obreros, fue hasta la década de 1970 cuando algunos, no más de diez, originarios de la cabecera municipal de Tepetitla, comenzaron a trabajar en talleres de costura en el centro de la capital del país. En los talleres de comerciantes libaneses o judíos confeccionaban conjuntos de vestir (sacos con falda o pantalón) para dama y caballero que se vendían en las tiendas

⁴ No se tienen datos de la población por localidad para 2015 debido a que la Encuesta Intercensal del INEGI solo proporciona información de localidades de 50 000 o más habitantes

de esos comerciantes en el centro de la ciudad. Poco después, personas de San Mateo llegaron a trabajar a esos talleres, donde aprendieron el proceso completo de la confección de prendas: corte, costura y acabados. Conforme adquirieron experiencia, los comerciantes les dieron máquinas para que, con ayuda de sus familiares, trabajaran las prendas en sus lugares de origen. Cuando aumentó el trabajo, sobre todo para los de la cabecera municipal, ellos, a su vez, reclutaron a parientes y vecinos. Les pagaban por conjunto (falda o pantalón, saco y camisa). La maquila de prendas de vestir cobró cada vez más importancia en la cabecera y el número de talleres caseros aumentó.

En San Mateo hubo algunos que maquilaron para los libaneses o «árabes», como se les conoce en la localidad, pero más que conjuntos de ropa, comenzaron a confeccionar pantalones de vestir y pantalones de pana, aunque esto duró poco tiempo. A fines de la década de 1970, cuatro o cinco familias de San Mateo comenzaron a maquilar pantalones de mezclilla.

En un principio el trabajo era principalmente para varones. Los que aprendieron el oficio en la Ciudad de México fueron varones jóvenes que le enseñaron a otros, sobre todo a parientes. La introducción del pantalón fue controvertida en el municipio porque, aunque los producían, solo ellos los usaban y cuando las mujeres comenzaron a utilizarlos hubo discusiones en torno a lo que se consideraba la vestimenta apropiada por género y edad (Rojas, 2018).

La maquila de *jeans* para comerciantes del centro de la ciudad fue pasajera. Existen varias versiones, no necesariamente excluyentes, sobre cómo esos cinco talleres, que ya habían diseminado el proceso de producción de *jeans* a parientes, compadres y amigos de San Mateo, se independizaron. El punto de inflexión en el que todos coinciden es el sismo de 1985 ocurrido en la Ciudad de México. El movimiento telúrico derribó edificaciones en el centro de la ciudad, incluyendo los talleres y locales comerciales con los que habían establecido relación los maquileros de mezclilla. Después del temblor, la comunicación con los comerciantes libaneses se interrumpió y muchos trabajadores se quedaron con máquinas e insumos, pero sobre todo con el conocimiento del proceso completo de la manufac-

tura, desde dónde comprar la maquinaria y los insumos, hasta el diseño y acabado del producto. A partir de ese momento, cinco familias incursionaron en la producción independiente de *jeans*. La cercanía del mercado de San Martín Texmelucan permitió que los nuevos productores fueran a vender sus pantalones ahí. Desde entonces, San Mateo se convirtió en un pueblo «mezclillero».

Aunque existía el conocimiento para hacer pantalones y venderlos, no todos contaban con la posibilidad de comprar máquinas, montar un taller y comprar tela, aunque fuera a través de un crédito. El sector agropecuario jugó un papel crucial en la capitalización inicial para la producción de *jeans*. Los ejidatarios o dueños de tierras agrícolas vendieron parcelas, vacas, tractores y otros bienes. Otros migraron a la ciudad o a Estados Unidos para ahorrar lo suficiente para montar un taller. De hecho, esta última estrategia sigue vigente para jóvenes parejas que quieren emprender la producción de prendas de mezclilla de manera independiente.

El éxito de la venta en San Martín Texmelucan los llevó a otros mercados, como el de Tepeaca, en Puebla. La producción aumentó y se incrementó el número de personas que laboraban en los talleres de confección o hacían trabajo a domicilio. Poco a poco, muchos trabajadores se independizaron y montaron sus propios talleres. La especialización de la localidad tomó forma. Mujeres, niños y adultos mayores se incorporaron a la producción y las labores se diversificaron. Hubo personas que se especializaron en partes de la confección relacionadas con máquinas específicas: presilladora, traba, recta, *over (overlock)*, cerradora, o bien, en determinadas labores para optimizar el trabajo en el taller («formar», que se refiere a ordenar y organizar los pantalones, doblar bolsa, etcétera).

Junto con el creciente número de «pantaloneros», aumentaron los comercios y servicios en torno a la producción: mercerías con venta de hilos, cierres y otros accesorios, proveedoras de telas, bordadoras, talleres donde se hacen ojales, fondas o negocios de comida para llevar, para atender a los trabajadores, planchadurías y, como veremos, lavanderías y talleres de acabados que se encargan de la destrucción, desgaste, suavizado, retenido o desteñido de las prendas.

El auge. 1985-2000

La llamada «época de oro» para la producción de pantalones de mezclilla fueron los años 1985-2000. Los talleres eran grandes y su nivel de producción tan alto que, como mencionaron muchos entrevistados, «ni se daban abasto». Además de San Martín Texmelucan, los pantalones se vendían hasta Tamaulipas, Guadalajara y Chiapas. Los talleres llegaron a tener 30 o 40 trabajadores, todos con una máquina y empleo durante casi todo el año. La demanda de costureros estimuló la inmigración laboral de varones de Catemaco, Perote y Poza Rica en Veracruz, Tehuacán, Puebla y municipios serranos del estado de Puebla. Estos últimos eran migrantes temporales que desde hacía décadas acudían a las comunidades del suroeste de Tlaxcala a ocuparse como peones en la agricultura. Debido a la disminución de las actividades agrícolas en San Mateo por la producción de mezclilla y a que los salarios en los talleres eran superiores a los del campo, muchos migrantes optaron por trabajar en la maquila de mezclilla de manera permanente.

Desde entonces, los pobladores de San Mateo orientaron sus actividades a la mezclilla como trabajadores en algún taller o lavandería, con una máquina a domicilio, doblando tela para las bolsas del pantalón o trabajando en algún servicio para los trabajadores de la mezclilla. La tendencia hacia la manufactura y la disminución del trabajo agrícola en San Mateo es evidente etnográficamente, pero también lo constata la información censal. En 1990, a nivel municipal, alrededor del 37% de la PEA se ocupaba en el sector primario, 35% en el secundario y 27% en el sector terciario (INEGI, 1990). En el 2000, la PEA ocupada en el sector primario disminuyó al 22% y fue cayendo progresivamente al 17% en 2010 y al 13% en 2015 (INEGI, 2000, 2010 y 2015). En el 2000, la época de oro, el sector secundario ascendió al 44%, el comercio empleó al 9.8% de la población ocupada y el sector de servicios tuvo un leve decremento: 23.05% (INEGI, 2000). En 2004, 93.2% del valor bruto de la producción provenía de la industria manufacturera y solo 2.2% de la agricultura (Rodríguez y Morales, 2011: 149). Según la encuesta intercensal de 2015, 40% de la po-

blación económicamente activa se ubicaba en el sector de manufactura, 15 % en comercio y 32 % en los servicios (INEGI, 2015).

La producción de mezclilla en la actualidad

Hoy en día los talleres de confección en San Mateo difieren en tamaño, volumen de producción y en las fases del proceso que realizan; sin embargo, alrededor del 85 % de la población está involucrada en alguna etapa de la producción de prendas de mezclilla: venta de tela, diseño, corte, ensamblado, proceso o acabados, lavado, deshilado, planchado, etiquetado, comercialización del producto o venta de insumos. Existen múltiples tiendas donde se vende todo tipo de insumos: desde la tela y los hilos hasta incrustaciones, piedras y joyas de fantasía que se adhieren a los pantalones; talleres de bordado de bolsa trasera; y talleres de costura, planchado y de acabados como el potasio, la lija, el corrugado y el amarrado.

La producción de pantalones de mezclilla es independiente de las grandes marcas. Los pequeños y grandes talleres de confección recurren a la maquila de trabajo domiciliario de personas o familias. La gran diferencia con la dinámica de mediados de la década de 1970, que consistía en coser pantalones para comerciantes libaneses de la ciudad de México, es que ahora el proceso de producción sucede en la localidad, desde el diseño hasta su empaquetamiento, y en ocasiones la propia venta. En ese sentido, se maquila para un «patrón» local, o bien, para un «patrón» regional.

Los «patrones» o «cortadores» son personas que diseñan, cortan la tela y distribuyen el trabajo a los demás talleres de confección, lavado, acabados, planchado y empaquetado. Los patrones pueden ser locales —San Mateo, la cabecera municipal—, o bien, de la región Puebla-Tlaxcala: San Baltazar Temascalac, San Lucas Atoyatenco y Santa Ana Xalmimilulco, Puebla; Nativitas y San Damián Texoloc, Tlaxcala. En menor medida, hay patrones de la Ciudad de México.

Es común que una persona que cose en su casa desde hace treinta años no sea dueña de las máquinas con las que trabaja. La maquila de confección funciona de manera que el patrón, es decir, el que corta y diseña el pantalón, distribuye todo el trabajo, los insumos y en ocasiones la maqui-

naria. Un patrón puede prestar una o dos máquinas a una persona o núcleo familiar para que confeccione los pantalones en su casa. El trabajo se paga por pieza, menos una cantidad por la renta de las máquinas. El pago a destajo por pantalón varía de acuerdo con el diseño. El vaquero sencillo y recto suele pagarse en 90 centavos por pieza, mientras que un pantalón con más de dos bolsas, pliegues y otros detalles puede pagarse hasta en 1.10 pesos.

Los patrones cortan la tela en sus comunidades, luego llevan los cortes a confeccionar a San Mateo, de ahí pasan a los talleres de acabados, a la lavandería y finalmente regresan al taller de confección para ser terminados. Después, en otro taller, les hacen los ojales y les pegan botones, etiquetas y, finalmente, se realiza el planchado y empaquetado. En San Mateo cada fase de producción se lleva a cabo en un taller diferente. Por ello, todos los días, excepto los martes, hay un trajín incesante de pantalones de una casa a otra, o más bien, de un taller a otro. Debido a la competencia, algunos talleres de confección han incrementado los servicios y pueden darles un primer lavado a los pantalones y algunas lavanderías ofrecen el servicio de planchado.

En 1990, cuando la producción estaba en auge, hubo veinte o treinta productores importantes en San Mateo. Desde 2010, han disminuido. En 2015-2018 se documentaron solo cinco patrones grandes que producen alrededor de 4 000 pantalones a la semana. La producción de talleres pequeños y medianos oscila entre 500 y 1 500 prendas. Los ingresos son variados. Un trabajador de la confección que saca 500 pantalones semanales puede ganar 2 100 pesos. Los jóvenes se destacan en los trabajos especializados y son los que llegan a tener mejores ingresos, tanto en la confección como en las lavanderías. Los que preparan el tinte (químico) en las lavanderías pueden ganar hasta 4 000 pesos semanales y el que se encarga de una lavadora gana entre 1 000 y 1 500 pesos.

La producción en San Mateo no es menor: se producen alrededor de 40 000 piezas semanales de mezclilla. La proliferación de talleres y trabajo a domicilio ha generado una dura competencia tanto al interior de la localidad como en lugares cercanos; así, los ingresos han disminuido y

el trabajo en temporadas bajas (febrero-agosto) es cada vez más escaso. Los principales competidores son localidades de los municipios poblanos de Texmelucan, Huejotzingo, Tehuacán, Ajalpan y Tlalancaleca, y de los municipios tlaxcaltecas de Nativitas y San Damián Texoloc.

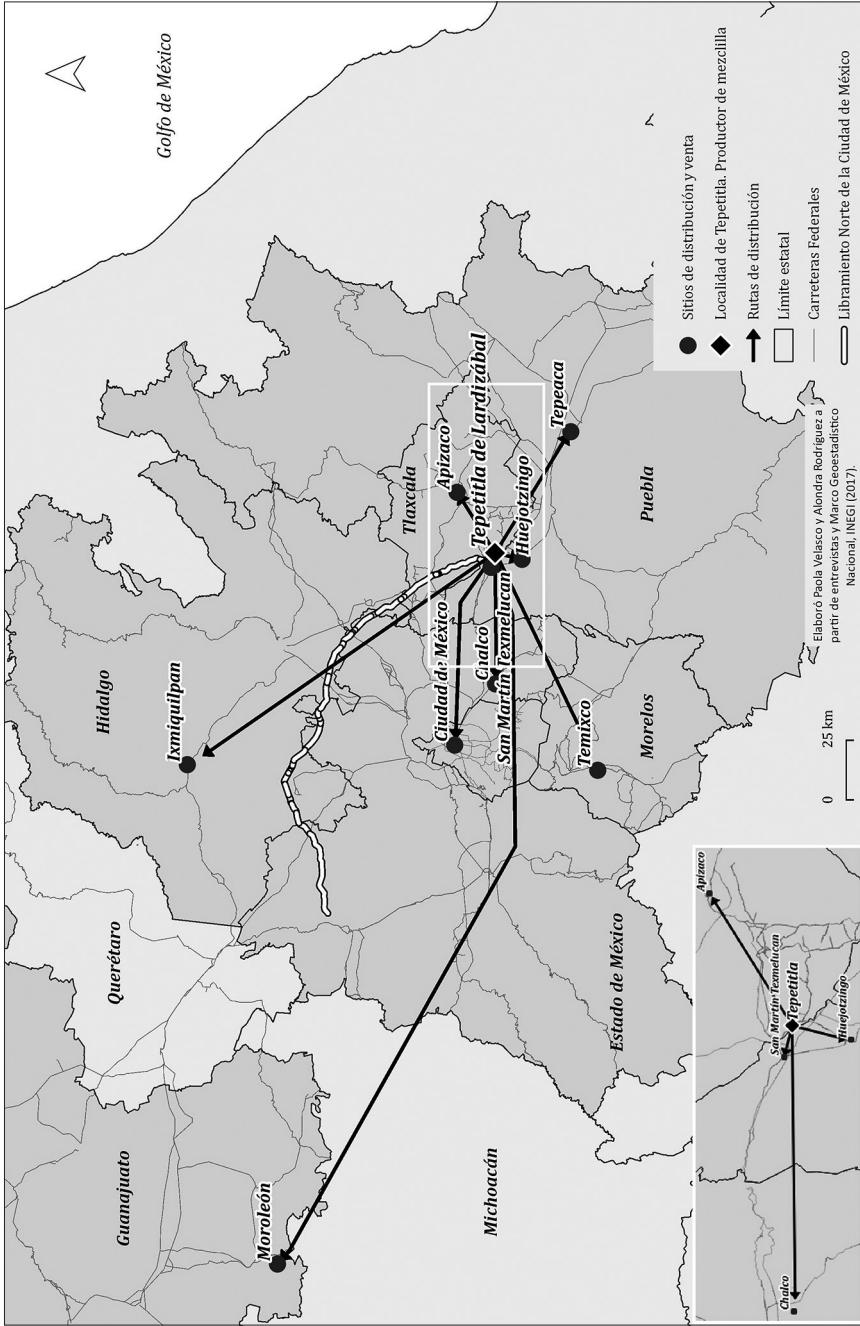
La competencia entre dueños de talleres y los que cortan el pantalón ha afectado las ganancias. Néstor, un pantalonero de 39 años, trabajó desde los ocho años con su madre en uno de los talleres más grandes de la localidad, ahora corta pantalón y confecciona en su taller, pero manda el acabado a talleres y lavanderías cercanas. Él se queja de la competencia interna y las magras ganancias para los dueños del pantalón: «A raíz de la competencia, nosotros mismos nos hemos acabado». Después de pagar la tela, a los costureros, las lavanderías y otros gastos, su ingreso semanal varía, afirma, entre 500-700 pesos por lote.

La especialización de San Mateo sigue vigente a pesar de los problemas de la competencia local y regional, la venta de prendas chinas de bajo costo y la venta de ropa usada de paca, que han disminuido las ganancias de todos, así como los posibles problemas de salud ocasionados por la producción de la mezclilla. Las personas de San Mateo celebran con orgullo su independencia, emprendimiento y su capacidad para hacer un trabajo digno.

Los pantalones que se producen en San Mateo tienen múltiples destinos. Los maquilados para gente de fuera se regresan a sus lugares, y la producción local se vende en el tianguis de San Martín Texmelucan. Los compradores al mayoreo revenden el pantalón en otros tianguis o plazas. El gran tianguis de Texmelucan es visitado por comerciantes de muchos estados del país, sobre todo de la región centro y revendedores de la Ciudad de México. También se lleva pantalón a Tepeaca y a la Ciudad de Puebla, Puebla; los viernes y sábados a Chalco, Estado de México; a Temixco, Morelos; Moroleón en Guanajuato; e Ixmiquilpan en Hidalgo (figura 2).

Los maquiladores también elaboran pedidos especiales que son recogidos en San Mateo o llevados a los lugares de los clientes. Los pedidos se gestionan a través del teléfono y, más recientemente, a través de

Figura 2
Puntos nodales donde se distribuyen los pantalones de Tepetitla



WhatsApp. Hay compradores de Oaxaca, Chiapas, Tabasco, Morelos y otros que reciben el pantalón en Tamaulipas o la Ciudad de México.

La ocupación en la producción de mezclilla ha generado procesos y dinámicas diversas a nivel social, ambiental, cultural y económico. Muchos adjudican la formación profesional de sus hijos o de ellos mismos a los ingresos obtenidos por su involucramiento en alguna fase de la producción de la mezclilla; así como la compra de terrenos, las construcciones, ampliaciones de casas, la adquisición de vehículos y ropa de «marca». Pero, al mismo tiempo, el empleo en los talleres ha alejado a los jóvenes de la educación, incluso la primaria.

El oficio de pantalonero se ha heredado de generación en generación y les ha permitido a por lo menos dos generaciones de jóvenes optar por estudios superiores. Si bien la educación es la opción deseada por los padres pantaloneros, los hijos, después de recibirse, continúan trabajando en el ámbito de la mezclilla. Por ejemplo, los hijos e hijas de don Alejandro, pionero de la producción independiente de pantalones en San Mateo, estudiaron administración, idiomas y sistemas. Todos se dedican a la producción de pantalón y han diversificado sus actividades: una hija tiene una bordadora, la otra una mercería, un hijo es dueño de una lavandería grande y otro se concentró en su taller y vende en Ixmiquilpan, Hidalgo y Moroleón, Guanajuato. Cortan y producen pantalones de tela mexicana y «china» (que puede provenir de Pakistán, Turquía, India o Corea).

La tela mexicana es más cara, pero de mejor calidad, por lo que los pantalones se venden entre 130-180 pesos al mayoreo, mientras que un pantalón de tela china se puede comerciar hasta en 70 pesos.

Aunque la producción independiente de mezclilla comenzó alrededor de 1980, la precariedad tóxica tiene que ver con las lavanderías, que desde 1995 se volvieron parte imprescindible de la producción de mezclilla local.

Lavanderías y toxicidad. 1995

Un parteaguas en el diseño de los pantalones de mezclilla a nivel mundial fue el acabado de la tela, lo que conllevó implicaciones ambientales importantes. La idea de comercializar pantalones que lucieran usados y

estuvieran suaves comenzó en la década de 1960 (Sullivan, 2006). El desgaste artificial, o previo, de los pantalones fue ampliamente aceptado, tanto que para finales de la década de 1980 alrededor del 60 % de las prendas de mezclilla producidas en Estados Unidos habían sido sometidas a algún proceso de lavado, proporción que en diez años se incrementó al 90 % de las prendas (Sullivan, 2006: 200). Con viejas y nuevas tecnologías se introdujeron métodos agresivos para acelerar el envejecimiento de las prendas y darles una apariencia aún más desgastada, como el *stone washing*, lavado con piedra pómez posterior al lavado; o el *sand blasting* o *hand blasting* (Card, Moore y Ankeny, 2006; Sullivan, 2006).

En San Mateo se tuvieron que poner al día con esos acabados, por lo que a mediados de 1990 se instalaron las primeras lavanderías y talleres dedicados a dar acabados químicos o físicos a los *jeans*. Algunos procesos son: lavado con piedra pómez (para suavizar y desgastar) en lavadoras industriales; lijado (para decolorar, suavizar y darle una apariencia usada) a mano en secciones seleccionadas del pantalón; aplicación de potasio (para decolorar y dar acabado blancuzco) con esponja o atomizador;⁵ destrucción (se corta o rompe el pantalón con lijas o mangueras de arena a presión); y aplicación de ceras o resinas para hacer los llamados «wiskas», entre otros procesos.⁶ Hoy en día existen alrededor de 25 lavanderías en San Mateo, la mayoría medianas y pequeñas, y alrededor de quince talleres de acabados.⁷ Una lavandería grande cuenta con quince máquinas de

⁵ En esos talleres se aplica el permanganato de potasio diluido en agua para decolorar o blanquear secciones particulares de los pantalones.

⁶ Las localmente llamadas *wiskas* son las líneas o rayas en la parte superior y frontal del pantalón que parecen bigotes (*whiskers* en inglés) de gato, que se usan para imitar el desgaste natural de los pantalones alrededor de la entrepierna.

⁷ El conteo de talleres y lavanderías no es exacto, porque hay lavanderías medianas o pequeñas que se encuentran al interior de domicilios particulares; además, durante el trabajo de campo algunos negocios cerraron o cambiaron de lugar. El número de talleres y lavanderías es aproximado, ya que se basa en la respuesta de los productores y el conteo hecho por la autora y su equipo en campo.

lavado, que se alimentan de un igual número de calderas, que contienen siete mil litros de agua y pueden procesar alrededor de veinte mil pantalones a la semana.

Los problemas con las lavanderías y los talleres de acabados son múltiples. Las técnicas de suavizado, desgastado y acabados mencionadas arriba se han asociado con problemas de salud y afectaciones al medio ambiente. Los trabajadores de las lavanderías y talleres están en contacto constante con blanqueadores de cloro, hidróxido de sodio, índigo y anilinas. Algunos de estos productos son considerados clastogénicos,⁸ mientras que la anilina está relacionada con la anemia hemolítica (Montero Montoya, Serrano, Araujo, Dávila, Ponce, Camacho, Morales y Méndez, 2006: 335). Además del cloro, se utilizan químicos para blanquear los *jeans*, como el permanganato de potasio. En los talleres llamados de «lija y potasio», jóvenes de entre 15 y 25 años son los encargados de hacer los acabados según los diseños del patrón. Sandra, una joven de 18 años, encargada de uno de esos talleres, se dedica a «rebajar» el potasio con agua de acuerdo con el teñido solicitado. Sandra comentó que hay cinco tipos de potasio, que requieren diferentes diluciones. En su taller, una vez rebajado, lo aplican con esponja directo al pantalón para que aparezca una mancha blancuzca o deslavada. Ella aseguró que usaba guantes para hacer el proceso, pero ninguno de los diez trabajadores del taller tenía guantes o cubrebocas.

Según la *Hoja de Seguridad de Sustancias Químicas* de la Facultad de Química de la UNAM, deben tenerse medidas de seguridad importantes para el uso del permanganato de potasio, como bata, lentes, guantes y respirador para polvos. Su inhalación puede causar irritación de nariz y tracto respiratorio, así como tos, laringitis, dolor de cabeza, náusea y vómito. El contacto con la piel puede causar irritación y, en casos severos, quemaduras químicas (Facultad de Química, 2017). La exposición constante a ese químico puede resultar en quemaduras químicas, anemia, cansancio y daño en los riñones, al igual que envenenamiento por manganeso (Red

⁸ Un agente clastogénico es aquel agente físico o químico capaz de inducir roturas cromosómicas, es decir, que puede interferir en la reparación de las cadenas de ADN.

de Solidaridad de la Maquila y Santiago, 2010; Barrios y Santiago, 2004). El potasio es un producto altamente corrosivo y se ha detectado que puede generar «disturbios ginecológicos en trabajadoras expuestas a ese compuesto, especialmente en mujeres jóvenes» (Facultad de Química, 2016). En México, se considera una sustancia mutagénica y teratogénica, lo que significa que puede alterar la información genética y causar mutaciones en el ADN de una célula, lo que puede provocar defectos congénitos durante la gestación. En consecuencia, según las normas mexicanas, se debe evitar que el potasio entre en contacto con fuentes de agua, drenajes y sistemas de alcantarillado, ya que se considera nocivo para el medio ambiente y está clasificado como «muy tóxico» para los organismos acuáticos, y como un posible bioacumulador. Esto significa que su presencia se puede acumular en los organismos y causar efectos adversos a largo plazo.

Las sustancias cloradas, el índigo químico y las anilinas para teñir, el permanganato de potasio y otros químicos utilizados en las lavanderías y talleres representan un riesgo para la salud de quienes trabajan con ellos diariamente y sin protección durante largas jornadas de trabajo. El riesgo se incrementa cuando esas sustancias se descargan directamente al drenaje municipal y este a su vez llega sin tratamiento alguno al río Atoyac, cuyo caudal viene previamente contaminado por las descargas industriales y urbanas de San Martín Texmelucan. La mezcla tóxica contenida en el río es una amenaza para la salud humana y ha matado lentamente al río, su flora y fauna.

Es preciso anotar que, aunque los desechos tóxicos de las lavanderías indudablemente contaminan al río Atoyac, la cantidad y nivel de toxicidad no se compara con los desechos vertidos por los conglomerados industriales, entre los que destaca una petroquímica de PEMEX, que ha violado flagrantemente las normas establecidas desde 1970 en torno a los vertidos tóxicos.⁹ Lo cierto es que la doble exposición de los habitan-

⁹ La relación entre la contaminación del río y los efectos en la salud humana y ambiental en la cuenca del Atoyac ha sido documentada por ecotoxicólogos, genotoxicólogos, biólogos, ingenieros y organizaciones de la sociedad civil desde hace más de 15 años. El

tes de San Mateo a las sustancias químicas utilizadas para el proceso de producción del pantalón de mezclilla y la mezcla tóxica contenida en las aguas del Atoyac —que cruzan la localidad en forma de río y canales de riego— está afectando la salud de sus habitantes.

Además del uso de sustancias tóxicas sin protección al interior de los establecimientos, las lavanderías suponen otro peligro para la población debido a que, para abaratar costos, las calderas se alimentan de desperdicios textiles y productos plásticos que emiten humos dañinos y contaminan el aire de la localidad y la región (Zamora, 2016). Las grandes calderas también representan un peligro porque pueden hacer explosión, algo que sucedió en Guadalupe Victoria, otra localidad del municipio, donde hubo dos muertos.

Los tintes y tóxicos de las lavanderías y talleres no solo representan riesgos para los trabajadores o quienes viven cerca de las descargas del río, sino para todos los vecinos de la localidad. Doña Margarita, una comerciante de verduras que durante algunos años trabajó en la costura, vive frente a una lavandería que se instaló en el año 2000. Ella y sus vecinos se quejaron muchas veces, debido a que la piedra pómez utilizada en el suavizado de la ropa en las lavadoras industriales se iba directamente al drenaje y lo tapaba, provocando inundaciones constantes en la calle y en las casas, que generaban malos olores («olor a químico») y que los pisos se tiñeran de azul. Don Julio, por su parte, contaba que, en una ocasión, en 2006, cuando vivían en otra casa en una de las calles principales del pueblo, esta se inundó y tardó aproximadamente dos días en quitarse el color azul del piso de tierra.

trabajo hecho por estos científicos y la organización Fray Julián Garcés Derechos Humanos y Desarrollo Local A.C. se ha cristalizado en la emisión de dos veredictos contundentes por parte del Tribunal Latinoamericano del Agua (2006, 2018) y una recomendación por parte de la CNDH (2017) por la violación a los derechos humanos a un medio ambiente sano, al saneamiento al agua y a la información en la cuenca del Alto Atoyac, que incluye a la localidad estudiada.

Pese a todo, Miguel, dueño de un taller de costura, comentaba que sin las lavanderías la producción de mezclilla no podría subsistir en San Mateo. «Si se van las lavanderías, no les convendría a los patrones coser en San Mateo. Por eso a nadie le conviene que las quiten». Graciela, dueña de un taller de costura, comentaba que desde el inicio de 2017 algunos talleres de costura estaban incursionando en hacer «mini lavanderías». Para dar un servicio más completo, el taller ofrecía el ensamblado y algunos acabados. Sus trabajos, ingresos y esperanzas hacia el futuro dependen, pues, de una fuente permanente de toxicidad y riesgos a la salud de la población actual y futura. Esa paradoja es consustancial a lo que he denominado precariedad tóxica.

La producción de la precariedad tóxica

La muerte de Guillermo

Un lunes de mayo de 2016 llegamos a la casa-taller de Graciela y Miguel, a la que recientemente se habían cambiado. Eran alrededor de las once de la mañana y era extraño que las máquinas del taller estuvieran paradas. Ellos estaban platicando en la cocina y sus caras dejaban ver consternación. Era la primera vez que veíamos el nuevo taller, queríamos conocerlo y que nos platicaran cómo había sido la mudanza y cómo había crecido el número de máquinas de coser. Sin embargo, la plática se concentró en la súbita e inesperada muerte de Guillermo, uno de los patrones más importantes del taller, porque de él provenía buena parte del trabajo. Guillermo era un joven pantaloneero de 35 años, padre de dos hijos pequeños, heredero de una corta tradición mezclillera en San Baltazar Temaxcalac («Sanba»), Puebla. Sus padres, originarios de «Sanba», se iniciaron como trabajadores en talleres de mezclilla en Xalmimilulco, Puebla. Posteriormente, al igual que muchos otros en la región, se independizaron y comenzaron su propio negocio. Ellos se dedicaban al corte de pantalón, lo que generalmente implica la distribución de la costura y los acabados a talleres externos. Como era costumbre, Guillermo salía, cada semana, a entregar los lotes de pantalón a Tampico, Tamaulipas. Desde hacía años, por seguridad, prefería viajar en autobuses comerciales, donde

acomodaba grandes maletas con la mercancía. Antes de llegar a su destino, el autobús se accidentó en la carretera y le arrebató la vida.

La muerte de Guillermo fue un duro golpe para Graciela y Miguel, él era joven y tenía una familia similar a la de ellos, su presencia constante en el taller los había hecho muy cercanos. Organizaban posadas juntos y se invitaban a sus mutuas celebraciones. Pese a que era temporada relativamente baja, Graciela y Miguel solo pudieron acudir, por turnos, un par de horas al velorio porque tenían que regresar a terminar y entregar un pedido de pantalones. Sentados en sus máquinas, tristes y afectados, continuaron trabajando. Guillermo fue velado de cuerpo presente durante dos días en su casa y en casa de su madre. Al tercer día, el miércoles, fue enterrado en el panteón. Por la tarde de ese mismo día tocaron a la puerta del taller-casa de Graciela y Miguel los padres de Guillermo, que iban a saldar cuentas, a pagarles los lotes de pantalón que su hijo ya no iba a poder pagar. Graciela me comentó que rechazaron el dinero en ese momento porque no les urgía, y preferían que ese dinero se fuera a sus hijos y esposa, que lo necesitaban más.

La muerte, el duelo y los rituales mortuorios son experimentados de manera particular en San Mateo, debido a la producción de la mezclilla. La manufactura demanda atención de tiempo completo y un nivel de autoexplotación alto para mantener los precios bajos, cumplir con las fechas de entrega, mantener la calidad exigida en la costura y atender, de igual forma, a todos los patronos de un taller. El temor a perder clientes implica trabajar las madrugadas, fines de semana, durante eventos familiares o comunitarios relevantes y, por supuesto, involucrar la mayor cantidad de mano de obra posible al menor costo, incluyendo la mano de obra familiar.

A pesar de la intensidad del trabajo en el taller, muchos costureros o lavanderos que de niños trabajaron en el campo aseguran que es mejor el trabajo en el pantalón, porque no es tan pesado como estar todo el día bajo el sol arando la tierra o cosechando maíz y frijol. Ninguno prefería el trabajo agrícola sobre la maquila, tanto por los ingresos recibidos como por el desgaste físico.

Sin embargo, la precariedad a la que están sujetos los mezclilleros va más allá del trabajo. La precariedad de los mezclilleros no se debe confundir con el precariado global de Standing (2014), que se refiere al surgimiento de una nueva clase de trabajadores jóvenes, principalmente en países de primer mundo, con altos niveles educativos y/o profesionalización que se encuentran en empleos sin contrato, inestables y flexibles. La precariedad de los mezclilleros es más que la inestabilidad laboral, es una forma de vida y, por ende, la forma de experimentarla es diferente a la de los jóvenes escolarizados europeos a los que se refiere Standing.

La precariedad en las zonas rurales en México y en zonas urbanas deprimidas ha sido una norma, más que una excepción. La especialización de los mezclilleros remodela la precariedad histórica de los sujetos rurales, presente desde la década de 1940 con la migración y la inestabilidad del trabajo agrícola. La producción de prendas de mezclilla, como materialización de la especialización, deja de ser una condición laboral para convertirse en una experiencia ontológica (Neilson y Rossiter, 2008). Esa experiencia resignifica las dinámicas socioculturales, las subjetividades e incluso los cuerpos mismos de los sujetos que han devenido neoliberales o sujetos propios del capitalismo tardío. La precariedad no hace a estos sujetos superfluos o desechables, del modo en que sugiere Bauman (2005), sino consustanciales del sistema capitalista regido ahora por una hegemonía selectiva (Smith, 2011). La autoexplotación es en buena medida justificada y resignificada por los propios sujetos bajo el manto del emprendimiento y el enaltecimiento del individuo como forjador de su propio destino. La flexibilidad en este escenario de la precariedad tóxica se ha vuelto disciplina.

A partir del estudio de los talleres de confección domiciliarios en Trinidad y Tobago, Prentice (2017) se pregunta si los proyectos microempresariales y el emprendurismo han legitimado la precariedad y perpetuado las condiciones adversas de trabajo o empleo de las mujeres en los talleres de confección. En San Mateo la respuesta es afirmativa para toda la población.

En contextos rurales de pobreza, como la de los sujetos del valle Puebla-Tlaxcala, la precariedad, disfrazada de emprendurismo, es muy seductora. Procurarse su propio empleo sin depender del Gobierno, obtener ingresos más altos que en el quehacer agrícola y la posibilidad de producir y consumir mercancías de bajo costo maquillan las condiciones de autoexplotación, riesgos de salud, inestabilidad y fragilidad. Las cualidades positivas del individuo emprendedor, sello inequívoco del proceso neoliberal, han sido reproducidas sin ambages por el Estado mexicano y la clase empresarial ligada a él.

La formalización de la promoción del «espíritu emprendedor» en los medios de comunicación mexicanos se consolidó durante el gobierno de Vicente Fox (2000-2006). Por un lado, el presidente promovió y defendió el autoempleo y las bondades de tener o crear un «changarro», como él solía llamarlos, de tal suerte que en 2001 creó el Programa Nacional de Financiamiento al Microempresario (Pronafim), que se proponía legalizar a los más de diez millones de changarros informales en el país y ofrecer financiamiento para aquellos que quisieran montar una pequeña o mediana empresa (Padilla, 2016).

Por otra parte, el Consejo de la Comunicación (la voz de las empresas), de la mano del Gobierno de Fox, promovió la campaña publicitaria, vigente hasta hoy en día, llamada «Pepe y Toño» (que después aumentaron a «Ana y Mary», por cuestiones de inclusión), cuyo objetivo principal es: «Fomentar una cultura emprendedora y empresaria entre la sociedad con el fin de sumar esfuerzos para acelerar el desarrollo nacional» (Consejo de la Comunicación).¹⁰ El objetivo aquí no es crear una correlación o una cadena explicativa de causa y efecto entre estas campañas de publicidad o los programas gubernamentales y la producción de mezclilla en San Mateo, sino sugerir que esas campañas crearon un discurso que legitimó y exaltó discursos, que ya estaban presentes, sobre el autoempleo

¹⁰ Esta campaña inició en 2005 y sigue vigente en su octava fase de difusión. Para más información dirigirse a <<https://www.pepeytono.com/home>>.

y el espíritu proactivo o emprendedor, y que son evidentes en las narrativas de los mezclilleros.

Esta figura retórica del emprendedor se materializa en la experiencia precaria de los sanmateanos, (re)significando la explotación, los problemas de salud y la inestabilidad como algo positivo. Los trabajadores de los talleres de maquila y los domiciliarios no han sido expulsados o desarticulados de las cadenas de producción global, sino que han sido «reintegrados a ellas de forma más precaria y más opresiva que antes» (Prentice, 2017: 216). Ese proceso no está libre de tensiones y contradicciones, la primera paradoja es que los sujetos han escogido esa opción de manera «autónoma», y es transmitida a las siguientes generaciones como algo deseable.

Para la gente de San Mateo, ser pantalonero es motivo de orgullo, porque es una actividad que no fue impuesta desde fuera o incentivada por el Gobierno, sino que fue autogestionada. Los mezclilleros sostienen constantemente lo anterior, así como las bondades de ser independientes y emprendedores. Entre todas las cualidades positivas que encuentran en su actividad especializada, destacan el trabajo a destajo, la ausencia de horarios fijos, quedarse en el taller a platicar o a jugar baraja y llevar hijos y parientes al taller, prácticas que no se pueden hacer en una fábrica. Esta última es muy apreciada por las mujeres. Incluso cuando hay poco trabajo, se congratulan de poder hacer cosas personales. También pueden ir a la clínica familiar a atender sus problemas de salud.

No obstante, sin trabajo no hay ingresos, y durante la temporada alta —octubre-enero— su tiempo es propiedad de la mezclilla y no pueden atender muchos asuntos como reuniones escolares, fiestas patronales, citas médicas, descansar, pasear o incluso sentarse a la mesa a comer.

Aunque no hay horarios fijos, las personas trabajan desde las 6 am hasta las 11 pm, a veces más en la temporada alta. Por eso junto a la noción de «libertad» también se escuchan constantemente comentarios como los siguientes: «Aquí no se duerme uno. Aquí se reposa un poquito, no hay tiempo de desaburrirse. Puro trabajar». La mezclilla «ha encerrado a la gente. Se olvidan de la convivencia con la familia, todo es trabajar [...]

la gente quiere superarse, ganar más dinero y comprarse cosas. Por eso se dedican solo a trabajar. Ya no comen juntos, no participan».

Además de la exposición crónica a sustancias tóxicas provenientes de las lavanderías y talleres de acabados, los trabajadores de los talleres de costura también se exponen a la inhalación del polvo de algodón que se ha relacionado con problemas respiratorios como bronquitis crónica y pérdida de la función pulmonar (Hinson *et al.*, 2016; Montero, 2006). Ningún costurero utilizaba un cubrebocas, pese a que comentaban que tienen molestias respiratorias, picor en la nariz y tos recurrente. Por sí solos, la exposición a esos riesgos quizá serían menores, pero en conjunto, las sustancias tóxicas de las lavanderías, el polvo de algodón, la mezcla de contaminantes en el río y los canales de riego, además de una alimentación deficiente, sobrepeso y otros factores individuales y genéticos se articulan para determinar un entorno altamente riesgoso para la salud y con efectos visibles incluso a nivel celular, tal y como lo han documentado los estudios epidemiológicos, ecotoxicológicos y genotóxicos (Montero y colaboradores, 2018, 2014, 2006; Navarro *et al.*, 2004).

Además de esto, la precariedad es doblemente individualizante. Por un lado, la retórica del emprendurismo deviene en un mandato social de ser independiente. De no conseguirlo, los resultados (falta de ingresos, trabajo, enfermedades) son juzgados como una incapacidad personal, no como el resultado de procesos históricos de desigualdad y del contexto social y económico.

Por otro lado, es individualizante porque en buena medida aliena a los sujetos de su mundo social. Millar (2014) señala que el trabajo flexible ha hecho a los pepenadores de Río de Janeiro, Brasil, radicalmente individualistas. La especialización de los mezclilleros los ubica en esa misma condición. Aunque al interior de las familias se han tejido redes de cuidado y atención, la competencia por los ingresos, por más magros que sean, han minado las relaciones entre padres e hijos, compadres y parientes.

Por ejemplo, Julio, joven de 24 años, productor de mezclilla, que vende modelos de pantalón muy innovadores en Tepito y otros mercados del centro de la Ciudad de México, comparte el taller con sus padres, aun-

que cada uno tiene su propia producción y sus nichos de venta. Su taller se encuentra en el espacio de la casa que antes servía como comedor, sala y cocina. Tiraron muros para ampliar el espacio del taller. Ahora, en lugar de sala, cocina y comedor, hay ocho máquinas de coser. Afuera, en el patio, han puesto un anafre y una mesa de madera que sirve como cocina y comedor. La madre ha dejado de lado su trabajo en el taller para hacerse cargo de la casa donde viven y se encuentra el taller. Se ayudan mutuamente en el taller cuando tienen fechas de entrega, sin embargo, la madre sospecha que el padre le sustrae dinero, insumos y pantalones a su hijo. La madre de Julio no ha sabido encarar al marido y añadió que ella sacrificó sus ganancias personales para que su marido y su hijo coman bien, porque en el trabajo del pantalón nadie tiene tiempo de alimentarse bien y la comida chatarra les trae muchas enfermedades. Ahora, el padre le insiste a la madre que retome su propia producción para que se mantenga sola.

Los efectos en la vida cotidiana, resultados de la especialización en la producción de pantalones de mezclilla, ha modificado el ritmo de los hogares, la localidad y los cuerpos. Los hogares han sido sustituidos por pisos de fábrica, sus cocinas son bodegas de hilos, retazos y bultos de pantalones sin ensamblar, las salas contienen máquinas de coser, polvo de algodón y botellas de refresco. La localidad respira al ritmo de la producción de mezclilla, por sus calles van y vienen bicicletas, carretillas, motonetas, camionetas y coches con bultos de pantalones dirigiéndose o saliendo de un taller, el martes, día de tianguis, el pueblo se queda en silencio hasta la noche, que indica el inicio de un nuevo ciclo de producción. Los cuerpos de los ayequenses están marcados por el azul, sus manos, antebrazos y su cabello dejan saber que trabajan en la mezclilla, y más a profundidad, sus células se encuentran dañadas por la presencia de tóxicos en su casa, su taller y su localidad. Incluso las formas de cortejo, socialización y los espacios privados y laborales se han reconfigurado por el trabajo de la mezclilla (Velasco y Rojas, en dictamen).

La precariedad laboral experimentada en inestabilidad de los ingresos, la carga de trabajo y la constante presión de exprimir las horas del día para obtener un poco más de dinero se articulan con la toxicidad y la exa-

cerban. La incertidumbre se extiende a la condición del cuerpo y la salud, provocando más precariedad.

Desde el 2006 organizaciones civiles y especialistas han realizado estudios sobre los contaminantes en el río Atoyac y su impacto en la salud y el entorno (Velasco, 2017a). Ante el llamado de una organización y ante la sospecha de incidencias poco comunes de casos de cáncer y problemas renales, el equipo de la Dra. Regina Montero realizó un primer estudio genotóxico en San Mateo y localidades aledañas.¹¹ De acuerdo con una entrevista realizada a la Dra. Montero, un daño genotóxico es un marcador temprano de un proceso de cáncer (Velasco, 2017a). En el estudio de 2006 encontraron daños genotóxicos en la población adulta. El daño mayor se encontró en las personas que trabajaban o residían en zonas cercanas a las industrias, las lavanderías y puntos de descarga, independientemente de su ocupación (Montero *et al.*, 2006:341). En 2014 replicaron la investigación, esta vez, enfocada a niños. Primero, se analizó la calidad del agua, que, al igual que en otros estudios (Arellano *et al.*, 2015; DOF, 2011; IMTA y Conagua, 2008), detectó que todos los parámetros de contaminantes en el río Atoyac estaban fuera de la norma. Se destacaba la presencia de níquel y cromo, que son metales pesados identificados como cancerígenos y que ponen en riesgo la salud de los organismos vivos (Montero *et al.*, 2018: 6). Los niveles de contaminantes en el aire estaban igualmente fuera de norma. Algunos, como el tolueno o etilbenceno, superaban hasta 600 veces los niveles que, según se ha observado, pueden generar problemas de inmunosupresión, desarrollo, reproductivos, respiratorios, hematológicos y cardiovasculares (López *et al.*, en prensa). Es-

¹¹ La genotoxicidad es la capacidad de que un agente químico o físico cause daño al material genético de un ser vivo. Un daño genotóxico significa que las células de los individuos estudiados fueron alteradas causando aberraciones cromosómicas y mutaciones. De hecho, en 1994, otro grupo de investigadores detectó los efectos genotóxicos de las aguas del río Atoyac y Zahuapan sobre los cromosomas de plantas y animales (Villalobos-Pietrini, 1994).

pecialmente, los niveles de benceno incrementan el riesgo de leucemia (Montero *et al.*, 2018: 7).

En ese sentido, no fue sorpresa el resultado de los estudios realizados en el municipio, que mostraron que el ambiente no es óptimo para vivir. Los niños estudiados presentaron un daño genotóxico que se relaciona con la incidencia de enfermedades crónicas como cáncer, problemas cardiovasculares y de desarrollo (Montero *et al.*, 2018: 16; Vineis y Xun, 2009). Se encontraron polimorfismos genéticos que en conjunción con un ambiente contaminado provocan que, en parte, no se repare el daño por oxidación en el ADN nuclear, es decir, los niños han perdido la capacidad de metabolizar y desechar los tóxicos adecuadamente. Esos problemas se suman a cuadros de salud, como obesidad y diabetes, que también padecen los niños, lo que los hace doblemente susceptibles a almacenar tóxicos en su cuerpo.

La púrpura trombocitopénica, cáncer de estómago y nariz, leucemia, hemorragias, diabetes, niños con retrasos mentales y malformaciones genéticas son enfermedades recurrentes en San Mateo y otras localidades cercanas, lo cual ha sido reportado en diversos estudios (CNDH, 2017; Lara *et al.*, 2004; Montero *et al.*, 2006). Durante la investigación, se documentaron dos casos de púrpura trombocitopénica, un caso de leucemia infantil, tres casos de cáncer de mama y dos enfermedades no identificadas que terminaron en la muerte de esas personas.

El capitalismo genera residuos que son o están acompañados de tóxicos que se movilizan y causan problemas en los ambientes y cuerpos humanos y no humanos. Desechos y toxicidad son componentes inmanentes del capitalismo, pero no son iguales. Los desechos son en parte cosas, objetos o materialidades que se pueden poner en un lugar u otro, su definición es inestable, ya que lo que es basura para unos, es fuente de creación, sobrevivencia o deleite para otros. Los desechos de la mezclilla, por ejemplo, los retazos, se queman y se usan como combustible, o también se venden y se trituran para hacer rellenos de colchas y asientos. En contraste, los tóxicos no necesariamente se pueden apropiar de forma creativa. Son igualmente materiales, pero su tamaño escapa al ojo humano, a

lo cotidiano. Son pequeños venenos que se introducen en los cuerpos de los vivos y causan anomalías, mutaciones y aberraciones en las células que los hacen más propensos a enfermedades como el cáncer. Los pantalones de mezclilla producidos por estos sujetos permiten que los tóxicos se escabullan entre las telas, el agua, el aire, las casas, los cuerpos de los trabajadores y la tierra y, en parte, hacen que sus cuerpos se hagan más vulnerables, más precarios.

Reflexiones finales

Los individuos y los grupos reales actúan en situaciones condicionadas por sus relaciones con otros individuos y grupos, sus empleos o acceso a la riqueza y la propiedad, el poder del estado y sus ideas (y las ideas de sus pares) acerca de tales relaciones. Ciertas acciones y ciertas consecuencias de esas acciones son posibles, en tanto otras acciones y otras consecuencias son, en su mayor parte, imposibles (Roseberry, 2014: 97).

La especialización en la producción de pantalones de mezclilla no es resultado de una decisión libre de los sujetos de San Mateo Ayecac, pero tampoco de la imposición estructural del capitalismo tardío. Como sugiere Roseberry, los individuos y los grupos actúan en situaciones condicionadas por una serie de relaciones y sus propias ideas (y las de sus pares) sobre esas relaciones. Debido al carácter desigual de esas relaciones, los escenarios sociales emergentes suelen ser contradictorios, como en el caso de San Mateo. En ese sentido, la precariedad tóxica es el resultado inesperado de esa especialización productiva y representa un éxito amargo para la población de San Mateo. Esto se puede apreciar en la dinámica de los mezclilleros de exaltar su capacidad de autoempleo y, al mismo tiempo, sufrir la inestabilidad y dura competencia por los ingresos; y de estar orgullosos de su tradición mezclillera pese a los problemas de salud asociados a los tóxicos de las lavanderías y su contribución a la contaminación del río. Graciela y Miguel tienen claro que necesitan de las lavanderías para que la producción de pantalones funcione en el pueblo. Ellos

dependen indirectamente de esa fuente de toxicidad. Denning ha resumido esta paradoja de la siguiente forma: «Bajo el capitalismo, la única cosa peor que ser explotado es no ser explotado» (2011: 77).

Retomando la idea de Miller y Woodward (2012) sobre los *jeans* como una representación de lo ordinario, los pantalones de mezclilla que producen los sujetos rurales de San Mateo son una mercancía y un fenómeno cultural que representan lo ordinario y, al mismo tiempo, la normalización de la precariedad tóxica, la autoexplotación y la seducción del discurso neoliberal.

La toxicidad es un desecho del capitalismo que afecta la salud humana y ambiental, y que se impregna en las relaciones sociales, ya que se vuelve necesaria para la reproducción de las familias en un contexto neoliberal. En la medida en que los pantaloneros sostienen una relación «tóxica» con el proceso que los somete y enferma, son copartícipes de su propia destrucción. Esta paradoja solo se puede entender en el neoliberalismo que, bajo las ideas de emprendurismo, liberalidad e individualización, impulsan y enmascaran la precariedad. Esto es, la hacen seductora.

En ese sentido, los sanmateanos son los perfectos sujetos neoliberales: se autoemplean, producen mercancías de bajo costo y consumen otras, probablemente fabricadas en condiciones de precariedad similares. El ejemplo de San Mateo es un punto dentro de un gran entramado de precariedad tóxica compartida en la que los individuos y sus comunidades están involucrados activamente en su propia explotación. El capitalismo tardío ha impuesto el ritmo y los sujetos han «decidido» bailar acorde, rompiendo en el proceso sus cuerpos y su medio ambiente.

Referencias

Arellano Aguilar, Omar, Solís Ángeles, Soledad, Serrano García, Luis, Morales Sierra, Eduardo, Méndez Serrano, Alejandra y Montero Montoya, Regina. (2015). Use of the Zebrafish Embryo Toxicity Test for Risk Assessment Purpose: Case Study. *Fisheries Sciences*, vol. 9, núm. 4, pp. 52-62.

- Barrios, Martín y Santiago, Rodrigo. (2004). *Tehuacan: del calzón de manta a los blue jeans*. Toronto: Comisión de Derechos Humanos y Laborales del Valle de Tehuacán y Red de solidaridad de la Maquila.
- Bauman, Zygmunt. (2005). *Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias*. Barcelona: Paidós.
- Bauman, Zygmunt. (2007). *Vida de Consumo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Card, Ayanna, Moore, Mary Ann y Ankeny, Mary. (2006). Garment Washed Jeans: Impact of Laundering on Physical Properties. *International Journal of Clothing Science and Technology*, vol. 18, núm. 1, pp. 43-52.
- Comisión Nacional de Derechos Humanos. (2017). *Recomendación No. 10/2017*. Ciudad de México: CNDH. Recuperado de <http://www.cndh.org.mx/sites/all/doc/Recomendaciones/2017/Rec_2017_010.pdf> (consultado el 22 de marzo de 2017).
- Constable, Heath y Joy, Hilaria. (1982). *Lucha de clases. La industria textil en Tlaxcala*. Ciudad de México: Ediciones El Caballito.
- Cotton Incorporated. (2008). The Mexican Apparel Consumer. *Supply Chain Insights*. Recuperado de <www.cottoninc.com> (consultado el 17 de mayo de 2010).
- Cotton Incorporated. (2011). Denim Jeans: State of the U.S. Market. *Supply Chain Insights*. Recuperado de <<http://www.cottoninc.com/corporate/Market-Data/SupplyChainInsights/Denim-Jeans-State-of-the-U.S.-Market-07-11/Denim-Jeans-US-Market-07-11.pdf>> (consultado el 20 de febrero de 2014).
- Cotton Incorporated. (2017). Denim is Growing. Different markets, different opportunities. Recuperado de <<https://lifestylemonitor.cottoninc.com/denim-is-growing/>> (consultado el 3 de abril de 2019).
- Cotton Incorporated. (2019). Global Lifestyle Monitor: Mexico. Recuperado de <<https://lifestylemonitor.cottoninc.com/global-lifestyle-monitor-mexico/>> (consultado el 3 de abril de 2019).
- Denning, Michael. (2011). Vida sin salario. *New Left Review*, vol. 66, pp. 77-94.

- Secretaría de Gobernación. (2011). Declaratoria de clasificación de los ríos Atoyac y Xochiac o Hueyapan, y sus afluentes. 6 de julio de 2011. *Diario Oficial de la federación*. Recuperado de <http://dof.gob.mx/nota_detalle.php?codigo=5199672&fecha=06/07/2011> (consultado el 25 de septiembre de 2012).
- Forbes. (2018). Los 5 estados con mayor crecimiento automotriz. *Forbes*. Recuperado de <<https://www.forbes.com.mx/los-5-estados-con-mayor-crecimiento-automotriz/>> (consultado el 29 de noviembre de 2019).
- González, Isabel. (1969). *Haciendas y ranchos en Tlaxcala en 1712*. Ciudad de México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Greenpeace México. (2014). *Ríos tóxicos: Lerma y Atoyac, la historia de negligencia continúa*. Recuperado de <<http://www.greenpeace.org/mexico/Global/mexico/Docs/2014/toxicos/Rios%20t%C3%B3xicos%20Lerma%20y%20Atoyac-WEB.pdf>> (consultado el 20 de enero de 2016).
- Hinson, Antoine, Lokossou, Virgil, Schlünssen, Vivi, Agodokpessi, Gildas, Sigsgaard, Torben y Fayomi, Benjamin. (2016). Cotton Dust Exposure and Respiratory Disorders among Textile Workers at a Textile Company in the Southern Part of Benin. *International Journal of Environmental Research and Public Health*, vol. 13, núm. 9, p. 895.
- Instituto Mexicano de Tecnología del Agua y Comisión Nacional del Agua. (2008). *Evaluación del Riesgo Sanitario-Ambiental de las Zonas Aledañas al Río Atoyac. Resumen ejecutivo*. Ciudad de México: IMTA, GONAGUA. Recuperado de <<http://www.cofemermir.gob.mx/mir/uploadtests/19811.66.59.2.Resumen%20Ejecutivo%20over%2007%20Estudio%20Declaratoria.pdf>> (consultado el 25 de marzo de 2017).
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía. (1990). *XI Censo Nacional de Población y Vivienda*. Aguascalientes: Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía. (2000). *XII Censo General de Población y Vivienda 2000. Indicadores sociodemográficos*. Aguascalientes: Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática.

- Instituto Nacional de Estadística y Geografía. (2010). *Censo Nacional de Población y Vivienda. Principales resultados por localidad*. Aguascalientes: Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática. Recuperado de <<https://datos.gob.mx/busca/dataset/censo-de-poblacion-y-vivienda-2010-principales-resultados-por-localidad-iter/resource/8291fo1a-2ado-4o71-91c4-fad7d1ar7926>>.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía. (2015). *Encuesta Intercensal 2015. Tabulados*. Aguascalientes: Instituto Nacional de Estadística y Geografía.
- INEGI y Cámara Nacional de la Industria del Vestido (Canaives). (2019). *Conociendo la industria del Vestido*. Colección de estudios sectoriales y regionales. Aguascalientes: INEGI.
- Lara Vázquez, Alicia, García Aguilar, Elías y Aguilar Ramírez, Alejo. (2004). Casos médicos y estudios biológicos. En Morales Sierra, Eduardo (coord.), *Ambiente y derechos humanos* (pp. 67-71). Tlaxcala: Centro Fray Julián Garcés.
- Levi Strauss & Co. (2013). The Story of Levi Strauss. Recuperado de <<https://www.levistrauss.com/2013/03/14/the-story-of-levi-strauss/>>.
- Little, David. (2007). *Denim. An American Story*. ATGLEN: Schiffer Publishing Ltd.
- Lloyd Kyi, Tanya. (2005). *The Blue Jean Book: The Story Behind the Seams*. Toronto: Annick Press.
- López-Vargas, Rocío, Méndez-Serrano, Alejandra, Albores-Medina, Arnulfo, Oropeza-Hernández, Fernando, Hernández-Cadena, Leticia, Mercado-Calderón, Francisco, Alvarado-Toledo, Esmeralda, Herrera-Morales, Selene, Arellano-Aguilar, Omar, García-Vargas, Guadalupe y Montero-Montoya, Regina. (2018). Oxidative stress index is increased in children exposed to industrial discharges and is inversely correlated with metabolite excretion of VOC. *Environmental and Molecular Mutagenesis*, vol. 59, núm. 7.
- Luna Morales, César. (1993). *Cambios en el aprovechamiento de los recursos naturales de la antigua ciénaga de Tlaxcala*. Chapingo: Universidad Autónoma Chapingo.

- Maquila Solidarity Network (MSN) y The Human and Labour Rights Commission of the Tehuacan Valley. (2003). *Tehuacán: blue jeans, blue waters and worker rights*. Toronto: Maquila Solidarity Network.
- Maquila Solidarity Network (MSN) y The Human and Labour Rights Commission of the Tehuacan Valley. (2009). *The crisis and its effect on Mexico's textile and apparel industry*. Toronto: Maquila Solidarity Network.
- Millar, Kathleen. (2014). The Precarious Present: Wageless Labor and Disrupted Life in Rio de Janeiro, Brazil. *Cultural Anthropology*, vol. 29, núm. 1, pp. 32-53.
- Miller, Daniel y Woodward, Sophie. (2007). Manifesto for a study of denim. *Social Anthropology/Anthropologie Sociale*, vol. 15, núm. 3, pp. 335-351.
- Miller, Daniel y Woodward, Sophie. (2012). *Blue Jeans. The Art of the Ordinary*. Berkeley: University of California Press.
- Montero Montoya, Regina. (2014). *Informe Técnico. Estudios de identificación de factores de riesgo para la salud en localidades ribereñas de los ríos Atoyac y Xochiac, primera parte, y Estudio de Genotoxicidad, segunda parte* (2006). Ciudad de México: Instituto de Investigaciones Biomédicas, UNAM, Dpto. de Medicina genómica y toxicología ambiental.
- Montero Montoya, Regina (2018). Informe de resultados encontrados en el estudio de biomonitorio de niños de los municipios de Tepetitla e Ixtenco en el estado de Tlaxcala. Ciudad de México: Instituto de Investigaciones Biomédicas, UNAM, Dpto. de Medicina genómica y toxicología ambiental.
- Montero Montoya, Regina, Serrano, Luis, Araujo, Antonio, Dávila, Víctor, Ponce, Jhony, Camacho, Rafael, Morales, Eduardo y Méndez, Alejandra. (2006). Increased cytogenetic damage in a zone in transition from agricultural to industrial use: comprehensive analysis of the micronucleus test in peripheral blood lymphocytes. *Mutagenesis*, vol. 21, núm. 5, pp. 335-342.
- Navarro, Inés, Flores, Erasmo y Valladares, Rita. (2004). *Evaluación ambiental y epidemiológica para identificar factores de riesgo a la salud por contaminación del río Atoyac, México*. Ponencia presentada en el XXIX

- Congreso interamericano de Ingeniería Sanitaria y Ambiental, Forjando el ambiente que compartimos..
- Neilson, Brett y Rossiter, Ned. (2008). Precarity as a Political Concept, or, Fordism as Exception. *Theory, Culture and Society*, vol. 25, núm. 7-8, pp. 51-72.
- Padilla, Alejandra. (2016). Fox impulsó mayor informalidad con la vacilada de apoyar “changarros”: analistas. *Sin embargo, periodismo digital con rigor*. Recuperado de <<https://www.sinembargo.mx/06-05-2016/1655984>> (consultado el 10 de enero de 2020).
- Prentice, Rebecca. (2017). Microenterprise development, industrial labour and the seductions of precarity. *Critique of Anthropology*, vol. 37, núm. 2, pp. 201-222.
- Red de Solidaridad de la Maquila y Santiago, Rodrigo. (2010). *La industria del vestido de Tehuacán en tiempos de crisis*. Toronto: Red de Solidaridad de la Maquila.
- Rendón, Ricardo. (2005). *Breve historia de Tlaxcala*. México: Fideicomiso Historia de las Américas, El Colegio de México, Fondo de Cultura Económica.
- Rodríguez, Lilia y Morales, Jorge. (2011). Contaminación e internalización de costos en la industria textil. *Sociotam*, vol. 21, núm. 1, pp. -169.
- Rojas, Janeth. (2018). *El gusto rural y la administración de la precariedad. Producción y consumo de ropa de mezclilla entre los jóvenes de Tepetitla de Lardizábal, Tlaxcala*. Tesis de Doctorado. Ciudad de México: UNAM.
- Roseberry, William. (2014 [1989]). *Antropología e historias: ensayos sobre cultura, historia y economía política*. Zamora: El Colegio de Michoacán.
- Rothstein, Frances. (2007). *Globalization in Rural Mexico. Three Decades of Change*. AUSTIN: University of Texas Press.
- Salazar, James. (2010). Fashioning the historical body: the political economy of denim. *Social Semiotics*, vol. 20, núm. 3, pp. 293-308.
- Sempat, Carlos. (1999). El movimiento de la producción agraria en Tlaxcala, Agricultura mexicana. En Menegus, Margarita y Tortolero, Alejandro (eds.), *Crecimiento e innovaciones* (pp. 33-65). Ciudad de México:

- co: Instituto de Investigaciones José María Luis Mora, El Colegio de México, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM.
- Smith, Gavin. (2011). Selective Hegemony and Beyond Populations with “No Productive Function”: a Framework for Enquiry. *Identities, Global Studies in Culture and Power*, vol. 18, núm. 1, pp. 2-38.
- Standing, Guy. (2011). *The Precariat: The New Dangerous Class*. Londres: Bloomsbury Academic.
- Standing, Guy. (2014). Por qué el precariado no es un “concepto espurio”. *Sociología del Trabajo, nueva época*, núm. 82, pp. 7-15.
- Sullivan, James. (2006). *A Cultural History of an American Icon*. NUEVA YORK: Gotham Books.
- Trautmann, Wolfgang. (1981). *Las transformaciones en el paisaje cultural de Tlaxcala durante la época colonial. Una contribución a la historia de México bajo especial consideración de aspectos geográficos-económicos y sociales. El Proyecto México de la Fundación Alemana para la Investigación Científica*. Tomo 1. Wiesbaden: Franz Steiner.
- Tribunal Latinoamericano del Agua. (2018). Caso: posible reincidencia del estado mexicano en la violación de los derechos humanos al agua, a la salud, a la verdad en la cuenca Atoyac-Zahuapan. Guadalajara: Tribunal Latinoamericano del Agua. Recuperado de <http://tragua.com/wp-content/uploads/2019/03/Veredicto_Atoyac_finalconfirmas.docx.pdf>.
- Tribunal Latinoamericano del Agua. (2006). Caso: contaminación industrial en los ríos Atoyac y Xochiac. Estados de Tlaxcala y Puebla. República Mexicana. Veredictos de la Audiencia Pública Regional. Ciudad de México: Tribunal Latinoamericano del Agua. Recuperado de <<http://tragua.com/wp-content/uploads/2012/04/R%C3%ADo-Atoyac-final.pdf>>.
- Velasco, Paola. (2017a). *Ríos de contradicción. Contaminación, ecología política y sujetos rurales en Nativitas, Tlaxcala*. Ciudad de México: Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México.

- Velasco, Paola. (2017b). Deshilando etnográficamente la mezclilla: materialidad y escenarios socioambientales paradójicos. *Revista Alteridades*, vol. 27, núm. 54, pp. 95-106.
- Velasco, Paola y Rojas, Janeth. (En prensa). «Manufacturando familias precarias. Implicaciones de la producción de pantalones de mezclilla en el suroeste de Tlaxcala». En *Antropología económica de los modos diversos de ganarse la vida. Enfoques antropológicos sobre la reproducción social contemporánea*. Pérez Castro, Ana Bella, Raúl H. Contreras y Jessica I. Contreras (eds.). Ciudad de México: Instituto de Investigaciones Antropológicas.
- Villalobos Pietrini, Rafael, Flores Márquez, Ana Rosa y Gómez Arroyo, Sandra. (1994). Cytogenetic effects in vicia faba of the polluted water from rivers of the Tlaxcala hydrological system, Mexico. *Revista Internacional de Contaminación Ambiental*, vol. 10, núm. 2, pp. 83-88.
- Vineis, Paolo y Xun, Wei. (2009). The emerging epidemic of environmental cancers in developing countries. *Annals of Oncology*, vol. 20, núm. 2, pp. 205-212.
- Zamora, Mara Jessica. (2016). *Evaluación de riesgo por la exposición a contaminantes atmosféricos en la cuenca alta del Río Atoyac, Puebla, México*. Tesis de licenciatura. Ciudad de México: UNAM.

El desmantelamiento de los oficios artesanos. La alfarería de Tlayacapan, Morelos

PATRICIA MOCTEZUMA YANO

Introducción

El objetivo de este artículo es describir y analizar las consecuencias laborales, productivas, comerciales, socioculturales y económicas para los alfareros de Tlayacapan, Morelos, que han tratado de mantener la vigencia de su *saber-hacer* artesanal legendario en un contexto de redefinición de las actividades locales, asociadas ahora al turismo en el contexto del Programa de Pueblos Mágicos (PPM). Se afirma que se ha dado un proceso de desmantelamiento del *saber-hacer* de enseres de barro utilitarios y de gran tamaño en Tlayacapan —loza de ahumar— hacia la elaboración de objetos cerámicos decorativos.

El Programa de Pueblos Mágicos (PPM) de la Secretaría de Turismo ha buscado orientar el turismo, mediante la revitalización de los patrimonios históricos de los pueblos, con el fin de incentivar el desarrollo económico en áreas rurales empobrecidas por las crisis agrícolas y la falta de oportunidades que han detonado el éxodo de la población rural.

Durante la administración de Vicente Fox (2000-2006) se incentivó el PPM en pueblos con patrimonios culturales que atrajeran turismo: paisaje natural, patrimonio arquitectónico, histórico, culinario, danzas, artesanías o cualquier tradición mercantilizable para atraer turistas y así fomentar nuevos servicios y empleos.

El PPM fomentaba el turismo y, a su vez, el interés de los lugareños por su historia local. De ahí que se hablara de «rescatar» el patrimonio

tangible (monumentos arquitectónicos), pero también de las expresiones del patrimonio intangible, como las tradiciones culinarias y artesanales.

Este artículo se basa en una encuesta aplicada a 36 talleres alfareros seleccionados por el tipo de cerámica que producen, la trayectoria familiar, la composición sociodemográfica de los hogares, la diversificación productiva y comercial y la especialización laboral. Después de la aplicación de la encuesta, se escogieron 25 artesanos, hombres y mujeres, de loza tradicional y de figura, con quienes realizamos entrevistas dirigidas semiestructuradas y, finalmente, llevamos a cabo historias de vida.

Tlayacapan, un Pueblo Mágico

Tlayacapan¹ es conocido por la belleza de su cordillera, que ha inspirado el imaginario desde tiempos prehispánicos y del cual subsisten mitos, rituales y leyendas que manifiestan su riqueza cosmogónica. Esas montañas son el escenario que atrae turistas interesados en escuchar leyendas y ver danzas y ritos de matices prehispánicos. Desde 2010 se han promovido deportes como el senderismo de montaña, la visita a cuevas y el escalamiento. Tlayacapan ocupa un lugar estratégico entre la Ciudad de México y Puebla, que resultó favorecido, desde 1970, por la red de carreteras. Tlayacapan puede ser visitado en un solo día.

En 2013 se le otorgó la categoría de Pueblo Mágico por contar con un importante patrimonio arquitectónico: un convento agustino y 32 capillas, algunas del siglo XVI. Al mismo tiempo, se valoró su riqueza cultural, dado su papel protagónico en apoyo al imperio azteca, a modo de lugar de intercambio comercial y centro religioso para olmecas, toltecas, xochimilcas y mexicas. Hay que decir que Tlayacapan fue parte del marquesado del Valle, es decir, fue dominio de Hernán Cortés. La cercanía de balnearios en municipios cercanos ha favorecido, desde siempre, la afluencia de turistas a la microrregión.

¹ Tlayacapan colinda al norte con el municipio de Tlalnepantla, al suroeste con Yautepec, al este con Totolapan y Atlatlahucan, y al oeste con Tepoztlán, Morelos.

En la década de 1970, el sacerdote jesuita Claude Favier contó con apoyos privados y gubernamentales que le permitieron preservar edificios, en especial, el convento y las capillas de los barrios. Favier evidenció que las capillas de la época virreinal que hoy visitan los turistas habían sido construidas sobre los adoratorios de la época prehispánica. La publicación de su investigación sobre el exconvento de San Juan estimuló la llegada de turistas, a raíz de lo cual se abrió un museo donde se exhiben reliquias y pinturas. El museo se encuentra en La Cerería, edificio vernáculo también rescatado por Favier.

En la actualidad el museo exhibe además una selección de objetos de barro antiguos que documentan la importancia de la alfarería en la historia laboral y cultural de Tlayacapan: lebrillos y tinas, enseres grandes (cazos y cazuelas), género cerámico seriamente amenazado, objetos rituales (copaleros e incensarios) y decorativos (figuras antropomorfas y zoomorfas) y piezas fondeadas de color decoradas en vivos colores, llamadas «juegos de aire».

Tlayacapan reúne varios atributos que se han convertido en atractivos turísticos. Es lugar de paso de circuitos de peregrinaje, en especial, hacia el santuario del Señor de Chalma, en el Estado de México. Eso mantiene una nutrida afluencia de feligreses de Puebla, Tlaxcala, Ciudad de México, Estado de México y Guerrero. Tlayacapan mantiene una importante relación cultural y comercial con Tepoztlán y ambos comparten el nombramiento de Pueblos Mágicos.

Tlayacapan mantiene un copioso calendario de festividades religiosas —la principal es la del día de San Juan (24 de junio)— y las cuatro capillas de los barrios más importantes: Santa Ana; Santo Santiago, del barrio de Texcalpa, de los alfareros; la Exaltación; y la Virgen del Rosario.

El turismo y los cambios en la actividad alfarera

El turismo ha incrementado la demanda de numerosos servicios —hoteles, fondas, restaurantes, baños públicos, farmacias, tiendas de abarrotes— y ha ampliado la oferta de puestos de trabajo para la población local y ha brindado nuevas oportunidades en el ámbito artesanal.

El turismo se caracteriza por el deseo de conocer y consumir expresiones culturales de la *otredad* (Oehmichen, 2013). El interés por conservar la experiencia turística ha convertido los objetos artesanales en *souvenirs*, es decir, recuerdos: brindan al turista la prueba tangible de haber estado en cierto sitio o de haber conocido costumbres y tradiciones distintas a las suyas.

El turismo como consumidor de productos autóctonos ha dinamizado la estética y el uso de los objetos artesanales, pero ha generado cambios respecto a su apariencia, usos y significados para enfocarse en un único propósito: convertirlos en productos decorativos en calidad de recuerdo.

Esto ha llevado al desmantelamiento, parcial o total, del *saber artesano* de los alfareros de Tlayacapan. El *saber artesano* es el conocimiento ligado a la tradición basado en el carácter práctico y la experiencia, en el cual el artesano se socializa desde temprana edad y responde a determinados contextos culturales (Acuña, 2013).

El turismo, se ha señalado, tiende a acentuar la autenticidad y autotonía de prácticas culturales que representan un acercamiento a la *otredad*. Para responder a las expectativas del turismo, los artesanos recomponen simbólicamente «lo suyo propio», esto es, sus costumbres, tradiciones, identidades sociales, representaciones simbólicas y estilo de vida, lo que da lugar a procesos complejos de resignificación en los que participan propios y extraños, donde se confrontan lo local y lo global (Bueno, 2003). Se trata, de acuerdo con Appadurai (1991), de resignificar las prácticas culturales para llenar las expectativas del *otro*, del turista.

Ese no es el único cambio en la actividad alfarera. El turismo ha acreado transformaciones en los espacios anteriormente dedicados a la alfarería. Se han destruido hornos y talleres para construir y rentar locales comerciales, vender diversas artesanías y ofrecer servicio de estacionamiento.

Se advierte también el abandono, parcial o total, de la actividad agrícola de subsistencia que formaba un binomio laboral indisoluble, ya que los hogares de alfareros sembraban maíz y frijol para el autoabasto. El desconocimiento de las labores agrícolas y la escasez de tierras han distan-

ciado a los descendientes de la agricultura. Al mismo tiempo, los vecinos de Tlayacapan han incrementado sus niveles educativos y han encontrado otras vías de ingresos, en especial, la migración.

En general, se puede decir que las tradiciones artesanas en México experimentan diversos y complejos procesos de cambio atribuibles, en muchos casos y en buena medida, al impacto del turismo en las localidades, como en los Pueblos Mágicos.

En algunos casos se han perdido conocimientos técnicos y organizativos ancestrales sin posibilidad de revertirlos, pero hay muchos otros caminos, uno de ellos es el seguido por Tlayacapan.

La producción alfarera

La historia agrícola de los Altos de Morelos es bien conocida por la figura de Zapata y por la Revolución, que expropió las tierras a los hacendados. Tlayacapan fue dotado con tierras comunales y ejidales, lo que permitió a los campesinos contar con parcelas para cultivos de subsistencia y, desde la década de 1940, incursionar en cultivos comerciales como el jitomate y el cacahuate.

Las familias de alfareros se dedicaban a la agricultura y además los varones hacían enseres, en especial, cazos y cazuelas de gran tamaño que eran muy demandados para preparar y servir comida en festividades importantes, en especial, bodas.

Las mujeres participaban en las faenas del campo, pero sobre todo permanecían ocupadas en el cuidado del hogar y de los hijos. Ellas hacían enseres de barro pequeños y medianos —ollas, jarros, anafres, jarras y cazuelas— de uso cotidiano que se vendían mucho porque la gente guisaba con leña y no había artículos de otros materiales.

A mediados del siglo xx hubo un proceso de recampesinización que en Tlayacapan estuvo acompañado de un gran desarrollo urbano y de la construcción de carreteras que facilitaron el acceso a la comunidad hacia el sur de la Ciudad de México y Puebla. Eso facilitó la llegada de inversionistas para desarrollar cultivos comerciales que detonaron la producción de hortalizas como tomate verde, jitomate, chayote, chile serrano, calab-

cita y pepino (Guzmán, 2017: 27), que requerían de tecnología y procesos administrativos que resultaban costosos para los artesanos. En general, los alfareros quedaron al margen del desarrollo agrícola comercial.

En el barrio de Santiago Texcalpa, donde se concentran los alfareros, disminuyó mucho la actividad agrícola y se dismanteló el antiguo binomio ocupacional alfarería-agricultura de subsistencia. Muchas tierras de comunidad de los vecinos de ese barrio fueron invadidas o vendidas, lo que complicó el acceso de los alfareros a las minas de barro.

Los alfareros de Tlayacapan han buscado adecuar sus estrategias productivas y comerciales para mantenerse en el oficio y garantizar la reproducción social y económica de sus unidades domésticas, en un contexto de falta de tierras para producir y vivir. Los talleres de alfarería requieren espacios grandes.

Tradicionalmente, la producción alfarera se sustentaba en un modelo familiar patriarcal, en el cual el varón fungía como el organizador y protagonista del trabajo alfarero y la mujer mantenía un papel aparentemente complementario en dos sentidos. Las mujeres se especializaban en la confección de piezas chicas y medianas que no pesaban mucho ni requerían mucho trabajo, lo que les permitía dedicar tiempo a las tareas del hogar y al cuidado de los hijos. Esas piezas eran para autoabasto, con las que guisaban cada día. Además, había mucha demanda de enseres de cocina de tamaño chico y mediano —ollas, jarros y cazuelas—. Así fue hasta la década de 1970, cuando no se habían popularizado las estufas ni los enseres de peltre, aluminio o plástico.

Esa era la principal división del trabajo alfarero: la producción de enseres grandes por parte de los varones y los de menor tamaño a cargo de las mujeres. Además, estaba la producción de cerámica ritual que se elabora en ciertas temporadas, como la loza negra. En ese trabajo se integraban personas de la tercera edad y niños.

Las mujeres solían elaborar las piezas de cerámica ritual que se colocaban en los altares de Día de Muertos en los hogares campesinos de Morelos, Puebla y Tlaxcala: candelabros, copaleros, cazuelas y ollas de diversos estilos y tamaños. Los hombres realizaban las dos quemas que lleva

esta cerámica: la primera para cocerla, tras lo cual la esmaltaban, y la segunda cocción servía para derretir el esmalte y que la loza adquiriera el color negro brillante y homogéneo. Esa quema requería de gran conocimiento técnico.

La loza negra se trabaja aún, pero son contadas las mujeres que la hacen. Se mantiene la costumbre de que la venta de esa loza esté a cargo de mujeres que las venden en el mercado de muertos, actividad que complementan con la oferta de cirios, flores, chayotes, nísperos y chirimoyas.

El patrón laboral complementario en el que los hombres hacían los enseres de gran tamaño para eventos festivos y las mujeres la loza de menor tamaño para uso cotidiano es cada día menos frecuente. Los jóvenes prefieren otras actividades económicas o procuran estudiar.

La producción de cazos y cazuelas grandes es una tarea masculina, debido a varios atributos genéricos (figura 1). Se supone que la confección de esas piezas requiere de mayor fuerza y de más tiempo, del que carecen las mujeres por estar ocupadas en las labores domésticas y la crianza de los hijos. De ahí que la mujer funja como una eventual ayudante, además de encargarse de barrer el área de trabajo, acomodar los moldes, alzar las herramientas y dar de comer a los alfareros. Cuando hay pedidos grandes, ellas ayudan a alisar y raspar las piezas.

En Tlayacapan la alfarería se concibe como una ocupación de tiempo completo. También se le da ese crédito porque se supone que el varón es el proveedor principal del hogar (Arias, 2009). Bajo ese esquema patriarcal, la mujer y los hijos están «obligados» a colaborar con el padre y los ingresos de la alfarería son considerados como «del hogar», es decir, que sirven para garantizar la reproducción social y económica de la unidad doméstica, no como ingresos individualizados.

El papel protagónico del varón tiene también sus obligaciones, una de las cuales es inculcarles el oficio a los hijos e involucrar a la mujer. La enseñanza y el aprendizaje del oficio son tareas de los padres, pero también de los abuelos e incluso de los padrinos.

Lo que mejor subsiste de esa tradición alfarera son los cazos y cazuelas de gran tamaño. Persisten sociedades campesinas en los estados de

Puebla, Estado de México, Tlaxcala e Hidalgo que usan cazos y cazuelas grandes para las bodas o comidas colectivas, o en grandes cantidades para demostrar bonanza y reciprocidad entre los pobladores. Los consumidores consideran que la comida queda mejor sazonada cuando se guisa con leña y los enseres de barro son mejores que los de otros materiales, como peltre y aluminio.

Figura 1

Extendimiento de bloque de barro mediante aplanado, Tlayacapan, , 2017



Fotografía de Patricia Moctezuma.

Esos atributos culturales y gastronómicos mantienen la vigencia de esos enseres de Tlayacapan, pero están inmersos en un contexto muy adverso. Las figuras decorativas de barro aumentan su demanda día con día.

El turismo: Una nueva etapa

Desde la década del 2000 se ha intensificado la afluencia de turistas a Tlayacapan. El turismo asciende anualmente a 105 518 personas, de las cuales casi la mitad (42 %) procede de la Ciudad de México, 39 % del estado de Morelos y el resto de los estados de Guerrero, México y Puebla (Gamma, 2014: 169). Se trata de un turismo de cercanías. En Milpa Alta, cerca de Tlayacapan, se lleva a cabo, desde la década de 1980, un concurso del mole, que ha ayudado a mantener el mercado para los alfareros de loza de Tlayacapan.

Tradicionalmente, se ha preferido cocinar el mole en cazos con forma de campana, esto es, con paredes largas y un fondo corto y convexo, porque de esa manera se evita la constante ebullición del mole, que se acede y que se eche a perder.

Para atender mejor al turismo, el Ayuntamiento remodeló el mercado de productos de barro, mejoró los baños públicos y atendió la demanda de fondas de comida típica. Se remodeló un área para carga y descarga de artesanías.

Los turistas acuden al pueblo a comer, visitar los edificios, disfrutar de alguna danza o procesión, visitar algún balneario y, al concluir el paseo, llegan a comprar cerámica o enseres de cocina. En la actualidad, aunque se venden como si fueran de Tlayacapan, muchos productos cerámicos provienen de estados como Puebla y Michoacán.

La afluencia de turistas ha obligado a ofrecer atractivos para el consumo. De ahí la proliferación de locales comerciales, muchos de los cuales no son de vecinos de Tlayacapan, donde se venden artesanías de todo tipo y diversa procedencia: loza de ahumar y cerámica de alta temperatura (vajillas, jarras, ceniceros, figuras de ornato y macetas) procedentes de estados como México, Puebla, Michoacán, Guerrero, Jalisco y Guanajuato.

to; muebles artesanales y objetos de latón de Jalisco y Guanajuato; y ropa artesanal, sombreros, rebozos y joyería de China, India e Indonesia.

El turista puede realizar un recorrido por Tlayacapan en trolebús, donde escuchará una grabación que destaca lo autóctono y auténtico, de origen prehispánico, del área; la riqueza arquitectónica novohispana; la fiesta del carnaval; y la figura del chinelo, personaje que representa, de manera burlona, al español del siglo XIX. La figura de ese personaje emblemático del estado de Morelos se vende como *souvenir* en múltiples formas cerámicas: adorno, base para lámpara, mango de destapador, llavero, imán para el refrigerador, etcétera.

El recorrido del trolebús concluye en un taller donde se hace loza de ahumar tradicional. Por lo regular, el dueño del taller le entrega al visitante un sope de barro y un molde para que «experimente sentirse alfarero» y confeccione una figura para llevar de recuerdo, a cambio de la cual recibe una propina.

La promoción turística de costumbres y tradiciones construye un imaginario que le permite al turista interpretar las expectativas que tiene del *otro*. El turista actual no se conforma con visitar un lugar, precisa sentir y experimentar las prácticas culturales de la *otredad*, en el caso de Tlayacapan, brindándole la oportunidad de imitar el trabajo de un artesano; así, el imaginario del turista le permite no solo imaginarse en términos simbólicos del *otro*, sino también «existirlo»:

los imaginarios del turismo están intervenidos por la transferencia tanto de impresiones subjetivas, captadas a través de experiencias de vida, como datos recogidos de otras personas. Recurren también a construcciones propias de la representación, sustentadas por la imaginación, el sueño, la fantasía individual y colectiva (Valenzuela *et al.*, 2014: 18).

Hay que decir que el turismo también ha favorecido la ampliación de espacios laborales y los alfareros han desplegado su ingenio para dar continuidad al oficio alfarero. El escenario laboral artesanal actual en Tlayacapan incluye tres opciones organizativas: la especialización en la loza

tradicional, es decir, la confección de cazos y cazuelas de gran tamaño; la especialización en la figura de barro; y la coexistencia de ambos géneros cerámicos: la tradicional y la figura.

Diversificación y especialización productiva y comercial

El turismo ha propiciado que la alfarería dé un giro productivo y comercial de la loza de ahumar a la figura decorativa —*souvenirs*—. Los alfareros de Tlayacapan han instrumentalizado estrategias laborales, organizativas, tecnológicas y comerciales para mantener la producción tradicional y, al mismo tiempo, dar cabida a la demanda turística de objetos cerámicos.

En la actualidad, los alfareros no tienen tierras ni solares para heredar a sus hijos y la producción alfarera precisa de mucho espacio. La elaboración de figuras no requiere de lugares grandes y tiene otras ventajas: el material es menos costoso; las piezas requieren de una sola cocción —ahorro de tiempo, combustible y disminución de pérdidas—; el aprendizaje y la decoración son sencillos; y la venta de piezas es rápida, lo que favorece que los alfareros perciban ingresos semanales para el sustento de hogares.

No obstante, la producción de figuras de ornato tiene un inconveniente: la calidad de las piezas es muy baja y su precio también, por lo cual el alfarero debe vender grandes cantidades a precio de mayoreo, lo cual redundará en un alto grado de autoexplotación.

Las «ventajas» de la elaboración de figuras decorativas han facilitado la incorporación al trabajo de las mujeres y jóvenes que, como se ha mostrado, no tenían una participación destacada en la producción de piezas de gran tamaño. Ahora, ellas y ellos buscan elaborar, decorar o vender figuras, ya sea como empleados en algún taller o, mejor aún, en su casa, y un día llegar a establecer un taller o local comercial propio.

Padres que han trabajado por generaciones la loza de ahumar lamentan que sus hijos prefieran hacer figuras y resienten el futuro del legado cognitivo alfarero. No obstante, entienden que los jóvenes tienen pocas oportunidades de contar con un terreno donde montar un taller y un horno, que son indispensables para confeccionar piezas de gran tamaño. Men-

cionan, además, que las uniones de los jóvenes ya no duran años, muchos optan por uniones libres y por la residencia neolocal postmarital. Esto último afecta la persistencia del oficio alfarero. La residencia patrilocal, es decir, que los hijos varones incorporaran a las esposas al solar de sus padres, favorecía la enseñanza y la cooperación alfarera.

La residencia neolocal desestimula la socialización de los hijos en el oficio alfarero. Pero, además, la educación escolarizada tiende a valorar el trabajo individualizado y a cuestionar el quehacer colectivo que caracteriza a la alfarería tradicional.

Así, las nuevas generaciones optan por la producción de objetos decorativos, en la que pueden trabajar como comerciantes de figuras y de otras artesanías, o bien, de empleados remunerados de manera regular en algún taller. En general, los hombres prefieren trabajar en la manufactura y las mujeres en el decorado. La opción predilecta es ser dueño de un taller y contratar trabajadores para la producción y venta.

Esas alternativas han sido posibles gracias a una estrategia desplegada por los artesanos ante la necesidad de redefinir la producción alfarera: la *diversificación*.

La *diversificación* es el proceso por el cual el alfarero tradicional incorpora la confección de figuras decorativas para cubrir la demanda de turistas e intermediarios. Para lograrlo, precisa conocer los recursos humanos y materiales de cada etapa del ciclo vital reproductivo de su hogar, ya que la fuerza de trabajo familiar es cambiante por género y edad. Debe considerar, además, las fluctuaciones del mercado, que se concentran en cinco períodos: carnaval, Semana Santa, vacaciones de verano, puente de Todos los Santos y vacaciones decembrinas, que son las épocas de mayor afluencia de intermediarios y turistas.

La loza de ahumar, en cambio, no registra tanta fluctuación, porque depende del ciclo anual de festividades campesinas: bodas, bautizos, quince años y graduaciones de las escuelas, que es cuando llegan los acaparadores a surtirse.

Existen dos formas de diversificar la producción. Una es la *diversificación alternada*, que consiste en producir uno y otro tipo cerámico a lo lar-

go del año. En septiembre–octubre, el taller hace cerámica negra y loza de ahumar y, en vísperas de navidad, elabora figuras alusivas a la temporada: noche buenas, esferas, ángeles y pinos. El resto del año trabaja enseres.

La otra es la *diversificación paralela*, que consiste en que en un taller se trabajen de manera simultánea la loza de ahumar y la figura. El padre se encarga de coordinar el trabajo, los espacios y las herramientas de trabajo. Un ejemplo: en un taller familiar, el padre hace cazo y cazuela grande con la ayuda de dos hijos solteros; otros dos hijos, casados y con hijos pequeños, que requieren de ingresos regulares, trabajan la figura con la ayuda de sus respectivas esposas e hijos a partir de la pubertad. Para lograr la coexistencia de ambos géneros cerámicos en una misma unidad productiva, con parejas en distintas etapas del ciclo reproductivo, la mejor opción es que el padre y los hijos casados compren el barro y la leña en conjunto, y de esa manera conseguir mejores precios.

La *diversificación productiva paralela* se encuentra sobre todo en hogares en fase de expansión, es decir, cuando los hijos casados tienen hijos y precisan independizarse del taller paterno. Para que lo logren, el padre los apoya con la compra del barro y la leña, les brinda asesoría técnica y organizativa y les consigue contactos con intermediarios. Esos actos de solidaridad entre parientes muestran la permanencia de la ética laboral colectiva, pese a la llegada de la producción individual.

La solidaridad que se expresa en la cooperación de los integrantes del hogar en la elaboración de la loza puede ser vista como una reminiscencia organizativa del *saber–hacer* loza, que sostiene que el principio laboral alfarero es de carácter colectivo, en este caso familiar, sin el cual hubiera sido imposible la diversificación productiva paralela.

La *diversificación paralela* responde a la necesidad de apoyar a los hijos casados a independizarse del taller paterno. Si los hijos se dedican a la figura, tienen tiempo para completar sus ingresos con algún trabajo fuera del ámbito doméstico, lo cual es cada vez más usual. Tal es el caso de las parejas de jóvenes que trabajan la alfarería solo unos días porque se emplean en otras actividades. Lo anterior pone en evidencia que la dedicación a la figura no aporta suficientes ingresos para mantener un hogar,

como sucedía con los productores de cazos y cazuelas, que tenían un mayor valor comercial.

El taller-tienda

Otra forma de ayudar a los hijos es que el padre les ceda un terreno o parte de la casa en el cual adecuar un área para instalar un taller-tienda. Se trata de una zona donde se organiza un espacio para manufacturar, otro para pintar y otro para vender.

Hay diversas maneras de organizar un taller-tienda, pero en la mayoría de los casos las figuras de yeso y barro se compran a revendedores que se surten en el pueblo vecino de Bartolo Cohuecán, Puebla y en talleres de la periferia de Cuernavaca, Morelos. El taller-tienda dedicado a la decoración y venta de figuras es la unidad productiva y laboral más atractiva para los jóvenes, descendientes incluso de familias alfareras de loza de ahumar.

La producción alfarera tradicional no atrae a las nuevas generaciones porque implica infraestructura de recursos humanos y materiales. El taller-tienda es la opción más viable laboralmente hablando y menos costosa. Los más beneficiados son los intermediarios de las figuras, que surten de objetos cerámicos a los talleres y les compran las figuras por mayoreo para venderlas a lo largo y ancho del país. La manufactura de figura ha fortalecido la intermediación comercial y la perspectiva individualizada de la producción artesanal, en la que el legado cognitivo artesanal ha dejado de ser sustantivamente importante.

El taller-tienda retoma características organizativas del taller familiar, pero ya no es estrictamente familiar, porque hay contratación de mano de obra extra e intrafamiliar. No obstante, un varón encabeza la producción, porque culturalmente la familia patriarcal sigue siendo el modelo cultural de la alfarería.

En ocasiones, se les dan a decorar las piezas a domicilio a mujeres a las que proveen de pinturas y pinceles y pagan a destajo; otra forma es mandar a hacer lotes de figuras de diseños, estilos y tamaños distintos. Se trata de sistemas de maquila domiciliar.

En la actualidad, resulta cada vez más difícil establecer un taller-tienda en una casa propia. Lo más común es rentar un local, e incluso hay alfareros de loza de ahumar que rentan terrenos donde montar taller y horno. La tendencia a separar el lugar de trabajo del ámbito doméstico se ha relacionado con un alto grado de explotación de la mano de obra femenina (Narotzky, 1988; Mies, 1998).

Se advierten otras repercusiones de esa separación, que dan cuenta de la tendencia hacia la individualización y la pérdida de importancia del padre como transmisor del oficio.

La elaboración de figuras de barro ha estimulado la especialización laboral. Eso significa que una persona, hombre o mujer, aprende solo cierta fase del proceso productivo, lo que genera una interdependencia de actores productivos. De las 30 mujeres encuestadas, la mayoría (80 %) eran originarias de Tlayacapan y 60 % de ellas solo conocía la fase de decorado. Eran mayores de cuarenta años y carecían de apoyo económico de algún varón, por ser viudas, separadas, solteras o madres solteras. El resto (20 %) procedían de pueblos vecinos como San Andrés, San Agustín y San José. Eran menores de 25 años, sin hijos y se desplazaban diariamente a Tlayacapan e incursionaban en diferentes talleres en busca del mejor pago a destajo.

Las decoradoras de Tlayacapan buscaban trabajo estable en un taller-tienda porque de esa manera aseguraban un ingreso semanal que, en ocasiones, se pagaba por adelantado. Una tercera parte de ellas (35 %) combinaba trabajo permanente y ocasional, porque solo tenían trabajo fijo dos o tres días a la semana. Solo en temporadas altas tenían empleo toda la semana. Algunas, para completar su ingreso como decoradoras, compraban piezas de yeso y barro, procedentes de colonias como la Joya e Independencia, cercanas a la ciudad de Cuernavaca, y las decoraban para venderlas los fines de semana.

La combinación de quehaceres —empleo en casa taller, compraventa de figuras para decorar, venta al mayoreo a intermediarios y al menudeo en el tianguis semanal— muestra que la fabricación de objetos decorativos ha ampliado las opciones laborales para mujeres, lo que resulta parti-

cularmente importante en el caso de aquellas que carecen de apoyo económico masculino.

Hay mujeres que cuentan con ayuda económica de marido o hijos, lo que les ha permitido establecer un taller-tienda, donde contratan a decoradoras a las que les pagan a bajo precio y a destajo. En ese caso, las decoradoras no tienen trabajo todos los días y la jornada laboral se estipula en horas y días a la semana de acuerdo con la oferta y demanda. Esto no les viene mal del todo a las mujeres que precisan de tiempo para atender a sus hijos y hogares.

Reflexiones finales

El taller-tienda es actualmente el crisol donde se funden los conocimientos organizativos, comerciales y técnicos del *saber-hacer* de la loza tradicional, que ha permitido la transición de la loza de ahumar a la producción y el comercio de objetos cerámicos decorativos: figuras de ornato zoomorfas (mariposas, lagartijas, tortugas), fitomorfas (flores y frutos) y artículos asociados a eventos sociales (canastitas, marcos, cruces y recuerdos de bodas, bautizos y XV años). El costo ha sido el desmantelamiento parcial del *saber-hacer* loza, al igual que las cada vez menores probabilidades de transmitirlo a las siguientes generaciones. Anteriormente, el trabajo artesanal era una actividad de tiempo completo que permitía el sustento de grupos domésticos numerosos.

Además de innovaciones técnicas y organizativas, el principal impacto de la cerámica decorativa ha sido la ampliación y diversificación de las fuentes de empleo en Tlayacapan. Pero esa expansión del empleo no ha redundado en mejores condiciones económicas y laborales para los alfareros. Los bajos salarios, el trabajo a destajo, la rotación laboral, la no estipulación de jornadas de trabajo y el manejo de sustancias químicas sin protección, dan cuenta de la precariedad laboral en la que se desenvuelven los trabajadores de la figura, en especial, las mujeres. De hecho, la producción de figura ofrece salarios individuales tan insuficientes que los y las trabajadores deben completar sus ingresos con otros quehaceres remunerados fuera del ámbito doméstico.

Las fluctuaciones en la demanda de figura han intensificado formas de explotación que existían en el taller familiar de la loza, sobre todo en lo que se refiere al trabajo de las mujeres y los jóvenes.

En la casa-taller se reproducen las asimetrías genéricas que, antes, en el taller familiar de loza tradicional, se compensaban con la seguridad socioeconómica que brindaba a todos los integrantes de un hogar.

La consecuencia más grave del cambio es que la alfarería ha dejado de fungir a modo de eje articulador de la cultura. El paulatino desmantelamiento del *saber-hacer* loza tradicional significa la pérdida de la alfarería en calidad de proceso civilizatorio. Hay que recordar que, como se ha dicho, la artesanía fue un peldaño en la civilización de la humanidad (Sennett, 2009).

Los oficios permitieron al hombre percatarse de lo que lograría si asociaba las habilidades de su cuerpo, en este caso, las manos, con el cerebro para crear objetos que ayudaban a la sobrevivencia individual y colectiva.

La alfarería, que resuelve necesidades fisiológicas, ha coadyuvado a dos procesos de la humanidad: la vida sedentaria y dimensionar el trabajo como quehacer colectivo, familiar, comunitario o a nivel de pueblo. La palabra *artesano* proviene de *demioergos*, término compuesto a partir de «público» *demios* y «productivo» *ergon*.

Otro atributo que se continuará perdiendo es el valor de uso de los productos artesanales. Eso significa que la artesanía dejará de ser un sistema de conocimientos cognitivos y corporales que, transmitidos de una generación a otra, inciden en la socialización del sujeto como miembro de su familia y de su comunidad (Vizcaino Suárez *et al.*, 2017).

Desmantelado el oficio artesano de su capacidad de autoabasto y del compromiso moral con el gremio artesanal, la producción pierde su función cultural y sus criterios normativos, basados en una división social del trabajo vinculada más a la sobrevivencia y no tanto a la explotación y mercantilización, como sucede con la figura.

La loza tradicional —cazos y cazuelas de gran tamaño— tiene, además, una importante función en la estética culinaria de diversas celebra-

ciones, sagradas y profanas, que son las que generan cohesión social, identidad cultural y sentido de pertenencia social a los usuarios.

La promoción turística de Tlayacapan fusiona ambas producciones como parte del patrimonio artesanal. En los trípticos promocionales aparecen cazos y cazuelas, que no consume el turismo, y figuras, lo que da la impresión de que figureros y productores de cazos han coexistido siempre.

A pesar de los cambios mencionados, prevalece, aún, el modelo familiar patriarcal como estructura organizativa del trabajo artesanal y la solidaridad sigue presente y contribuye a que la alfarería se mantenga como salvaguarda ocupacional y base del sustento familiar de los alfareros de Tlayacapan.

Referencias

- Acuña, Patricia. (2013). La preservación de los saber-hacer tradicionales, un reto de continuidad. En Amescua, Cristina y Topete, Hilario (coords.), *Experiencias de salvaguardia del patrimonio cultural inmaterial* (pp. 119-134). Ciudad de México: CRIM, UNAM.
- Arias, Patricia. (2009). *Del arraigo a la diáspora. Dilemas de la familia rural*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- Appadurai, Aujin. (1991). *La vida Social de las Cosas*. Ciudad de México: Editorial Grijalbo, CONACULTA.
- Bueno, Carmen y Aguilar, Encarnación (coords.). (2003). *Las expresiones locales de la globalización*. Ciudad de México: CIESAS, Universidad Iberoamericana.
- Hobsbawm, Eric y Ranger, Terence (eds.). (2002). *La invención de la tradición*. Barcelona: Crítica.
- Gama, Gerardo. (2014). Tlayacapan, pueblo mágico. Estudios y diagnóstico a tres años de su nombramiento. En Valenzuela, Alfonso, Alvarado, Concepción, Saldaña, Cristina y Gama, Gerardo (coors.), *Imaginario del paisaje y el turismo: entre tradición y distintivos oficiales* (pp. 167-186). Ciudad de México: Juan Pablos Editor, Universidad Autónoma del Estado de Morelos.

- Guzmán, Elsa y Guzmán, Nohora. (2017). *Conocimientos y adaptaciones tecnológicas en los Altos de Morelos*. Ciudad de México: UAEM.
- Mies, María. (1998). Dinámica de la división sexual del trabajo y la acumulación de capital. Las trabajadoras del encaje de Narspur, India. En Peña Saint Martín, Florencia (ed.), *Estrategias femeninas ante la pobreza, el trabajo domiciliario en la elaboración de prendas de vestir* (pp. 31-53). Ciudad de México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Narotzky, Susana. (1988). El trabajo de la mujer: actividades industriales domiciliarias. En Narotzky, Susana, *Trabajar en Familia, Mujeres, hogares y talleres* (pp. 51-87). Valencia: Alfons el Magnànim.
- Oehmichen Bazán, Cristina (ed.). (2013). *Enfoques antropológicos sobre el turismo contemporáneo*. Ciudad de México: IIA, UNAM.
- Sennett, Richard. (2009). *El artesano*. Barcelona: Anagrama.
- Valenzuela, Alfonso, Alvarado, Concepción, Saldaña, Cristina y Gama, Gerardo. (2014). *Imaginarios del paisaje y el turismo: entre tradición y distintivos sociales*. Ciudad de México: Juan Pablos Editor, Universidad Autónoma del Estado de Morelos.
- Vizcaíno Suárez, Laura, Serrano Barquín, Rocío, Cruz Jiménez, Graciela y Pastor Alfonso, María José. (2017). Turismo, alfarería y trabajo femenino en el pueblo mágico de Metepec, México. *Pasos*, vol. 15, núm. 2, pp. 391-407.

Especialización sectorial y desarrollo local: la industria mueblera en Ocotlán, Jalisco

KATIA MAGDALENA LOZANO UVARIO
LUIS HÉCTOR QUINTERO HERNÁNDEZ

Introducción

El objetivo del artículo es analizar la trayectoria de especialización del municipio de Ocotlán, Jalisco, a partir del desarrollo de la industria mueblera. Para ello se toma en cuenta la evolución de la estructura económica e institucional local que ha hecho de ese sector productivo el principal referente socioeconómico del municipio. Con base en el enfoque del desarrollo económico local, este trabajo revisa la estructura productiva y la capacidad empresarial local 1980-2018 para demostrar que la especialización mueblera de Ocotlán ha sido determinante para el desarrollo de la región Ciénega de Jalisco.

La producción de mueble se inició en la década de 1940, y en la década de 1980 se convirtió en una aglomeración económica. Surgió basada en la disponibilidad de mano de obra y en la posibilidad de emprender una actividad sin grandes inversiones de capital. La concentración de conocimientos asociados al *saber-hacer* muebles ha permitido no solo la consolidación del empresariado local sino su expansión a municipios contiguos, por ejemplo, Poncitlán y Jamay, declarados como parte de la Zona Metropolitana de la Ciénega (zmc), esto sin que la microrregión haya contado con recursos maderables endémicos.

Las empresas de muebles de Ocotlán se especializan en la fabricación de muebles de madera aglomerada y MDF. Además, desde 1970, han cre-

cido tanto en número de empresas como en generación de empleos. La concentración y especialización mueblera ha estimulado el desarrollo de capacidades empresariales y organizativas, al igual que un entorno institucional específico y adecuado. En 1996, se creó la Asociación de Fabricantes de Muebles de Ocotlán, que desde 1997 organiza la Expo Ocotlán mueblera en Guadalajara. En 2008-2009 se conformó el Clúster Mueblerero de Ocotlán que, desde 2010, participa en el Clúster de Muebles y Decoración de Jalisco. La asociación mantiene una importante vinculación con los centros tecnológicos locales y el Centro Universitario de la Ciénega de la Universidad de Guadalajara.

Las estrategias empresariales recientes han consolidado la cadena de valor local: hay empresas productoras de MDF —principal materia prima de los muebles—, por ejemplo, Industria de Tableros Emman y Taosa Paneles, y se han abierto salas de exhibición para integrar la producción y la comercialización de los muebles.

Desde 1950, las políticas públicas estatales favorecieron el desarrollo económico de la región, alentaron la concentración de la población en las cabeceras de los municipios de la ZMC, el mejoramiento de la infraestructura y la conectividad, que reforzaron la competitividad del territorio como un lugar propicio para la instalación de industrias.

Desarrollo local y especialización económica

La especialización económica se relacionó, en un primer momento, con la división técnica del trabajo, que permitió una creciente diversidad de las actividades y tareas y una mayor racionalidad del proceso productivo al interior de las empresas y en las relaciones interempresariales e intersectoriales (Méndez, 1997: 65).

En la primera mitad del siglo xx, la especialización se asoció con el modelo de producción fordista, debido a que favorecía la reducción de costos de producción y la mecanización o automatización de procesos laborales en grandes fábricas de producción masiva. Pero en la década de 1980, ese enfoque cambió cuando los nuevos modelos industriales se relacionaron con la especialización flexible, presentada como una alternativa

al modelo posfordista, basado en la manufactura de productos con especificaciones de los clientes, maquinaria con tecnología de múltiples propósitos (polivalente) y métodos de producción flexible con trabajo calificado. Se relacionó también con la formación de una comunidad industrial que permitiera la competencia, favoreciera la innovación y sobre todo el «resurgimiento de las formas artesanales de la producción que quedaron marginadas en la primera ruptura industrial»¹ (Piore y Sabel, 1990: 29).

La especialización flexible se relacionó también con una división espacial del trabajo, inducida tanto por la ampliación y apertura de los mercados como por la intensa competencia (Méndez, 1997: 66) a partir de la cual se entendía la distribución de actividades económicas en el territorio y su dinamismo a diferentes escalas (Helmsing, 1999; Méndez, 1997). No obstante, sostiene Vázquez Barquero (1988), los sistemas productivos en economías locales han jugado papeles específicos en la división del trabajo, por lo que los patrones de especialización, las relaciones de producción y los mercados de trabajo contienen particularidades y especificidades territoriales, en función de la historia e identidad económica, política, social y cultural de las comunidades.

La especialización flexible se entiende como la segmentación de actividades entre centros de trabajo ubicados en concentraciones geográficas o localizaciones múltiples, pero relacionados entre sí mediante flujos tangibles e intangibles. La base es la subcontratación entre empresas, ejemplificada por los modelos de empresas red y los *distritos industriales* (Helmsing, 1999; Méndez, 1997; Piore y Sabel, 1990).

La especialización flexible da lugar a complejos procesos de producción territorial, desintegración vertical y aglomeración espacial en la cual los actores locales forman parte de una densa red que involucra a las em-

¹ Piore y Sabel (1990:14) señalan que la primera ruptura se produjo en el siglo XIX con la aparición de tecnologías de producción en serie en Gran Bretaña y Estados Unidos, que dejaron de lado tecnologías industriales menos rígidas, basadas en sistemas artesanales, que existían en algunas áreas de Europa Occidental, con capacidad de transformación y en las cuales la innovación se basaba en la cooperación y la competencia.

presas, a las instituciones públicas y a las privadas, que actúan como soportes sinergizadores de la producción territorial. De esa manera se generan, por una parte, economías externas (externalidades) —economías de escala y alcance, reducción de riesgos y costos de transacción—; y, por otra parte, las bases de reciprocidad y confianza que dan lugar a interdependencias entre las fuerzas económicas y sociales que comparten el territorio y las redes de cooperación (Fernández, 2001; Camagni, 2005; Sforzi, 2001).

La especialización en determinada actividad económica conforma culturas industriales originales, integradas por valores, costumbres y confianza, que pautan el comportamiento de la población, las empresas y las instituciones, y permite identificar los caminos hacia el desarrollo local (Sforzi, 2007: 42).

Estructura económica y especialización en Ocotlán

El municipio de Ocotlán, que funge como cabecera regional, se localiza en el centro-este del estado de Jalisco y forma parte de la región Ciénega. Limita al norte con los municipios de Tototlán y Atotonilco el Alto; al sur con el Lago de Chapala; al este con La Barca y Jamay; y al oeste con los municipios de Poncitlán y Zapotlán del Rey.

En el siglo XIX, gracias a su ubicación geográfica, Ocotlán se desarrolló como puerto lacustre «concentrando y distribuyendo los productos de las riberas del río Zula» (Martínez González *et al.*, 1988: 38) y, desde fines del siglo XIX, con la llegada del ferrocarril, se fortaleció su función comercial, al convertirse en un espacio de tránsito entre el Bajío, los Altos de Jalisco y Guadalajara (Martínez González *et al.*, 1988).

Más tarde, el Estado apoyó el establecimiento de industrias en distintos momentos en Ocotlán. Gracias a la Ley de Protección de la Industria de 1932, se exentó de impuestos a la empresa internacional de lácteos Nestlé (1935) y a la industria química Celanese (1947) (Arias, 1983). Las empresas aprovecharon además la mano de obra barata y abundante, el bajo costo del suelo y la disponibilidad de agua del río Santiago (Venegas Herrera, 2016: 89). Nestlé detonó, de manera indirecta, la fabricación de muebles:

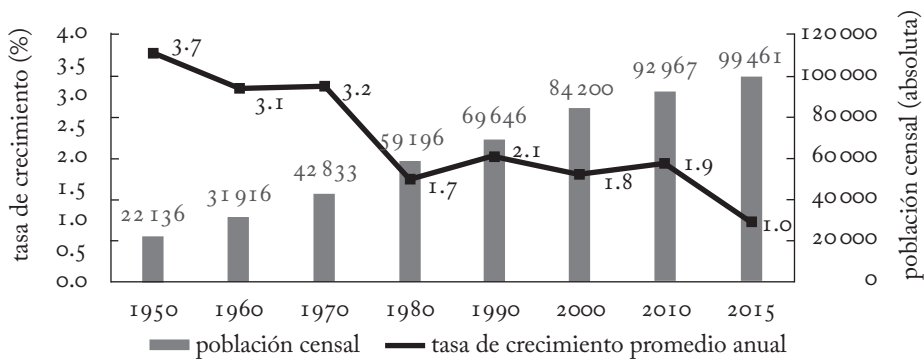
La industria mueblera en Ocotlán se remonta a 1935, cuando la familia Chavoya inicia trabajos de carpintería para Nestlé, lo que lleva a la familia establecerse en la ciudad. Una vez establecida, le empiezan a solicitar la fabricación de muebles de madera. A principios de la década de 1960, la familia comienza la elaboración de muebles de aglomerado y se convierte en la primera empresa en fabricar artículos con este material en el Occidente de México. Posteriormente, en 1970 se fundó IMOSA, en 1974 ALSA y en 1980 EMMAN (Guerro Medina, 2003: 119).

En 1958 la familia Del Toro, que comercializaba muebles de Guadalajara, inició la producción de muebles en Ocotlán, con la instalación de una fábrica que estuvo originalmente dedicada a la reparación de muebles (Mejía, 2018: 104).

Un segundo momento de desarrollo, alentado por la política económica estatal, se relacionó con la Nueva Ley de Fomento Industrial de 1959, la cual contempló la descentralización de la actividad industrial en Jalisco, identificando ciudades de pequeña y mediana talla con actividades de pequeña escala, en torno a las cuales se «organizan y dinamizan los demás quehaceres de la ciudad e incluso de la región circundante, independientemente de las fronteras políticas que separan municipios» (Arias, 2015: 151). El corredor Ocotlán-La Barca fue una de las regiones programa de esa iniciativa (Padilla, 1988) y la ciudad de Ocotlán fue contemplada como un polo industrial. Así, en «los años 70 [fue] cuando Ocotlán comenzó a despuntar [...] Concretamente desde que se creó el corredor industrial El Salto-Ocotlán-La Barca» (Arellano Ríos y Cárdenas Gómez, 2010: 92-93). Se incrementó la infraestructura de caminos, mejoraron las comunicaciones y servicios y hubo un importante crecimiento demográfico, con tasas superiores al 3 % en promedio anual (gráfica 1), lo que aumentó la oferta de mano de obra, la educación y el empleo (Venegas Herrera, 2016: 83-84).

Así, gracias a la existencia potencial de economías de escala y a los bajos costos de transporte, la industria mueblera registró un importante crecimiento a partir de la década de 1980. La tabla 1 documenta, a partir del

Gráfica 1
Población censal y tasa de crecimiento, promedio anual del municipio de Ocotlán, Jalisco. 1950-2015



Fuente: elaboración propia a partir de IIEG, 2019.

Tabla 1
Evolución de las empresas de la industria del mueble en Ocotlán, Jalisco

Período	Número de empresas	%
Anteriores a 1980	4	1.61
1980-1985	12	4.82
1986-1990	23	9.24
1991-1995	27	10.84
1996-1997	41	16.46
No contestaron	142	57.03
Total	249	100.00

Fuente: Guerrero Medina (2001: 210).

número de empresas, el proceso de aglomeración, donde se observa que el mayor incremento se dio en la década de 1990. Hay que señalar que no se cuenta con cifras precisas, sobre todo para la década de 1980, por la pobreza de la información reportada para la industria, el carácter casi clandestino de los establecimientos y su cambio frecuente de domicilio (Venegas Herrera, 2016: 99).

Los datos censales del subsector 337 (Fabricación de muebles, colchones y persianas) del período 1980-2014 permiten conocer los índices de especialización por unidad económica, población ocupada y valor agregado censal bruto para el municipio de Ocotlán (tabla 2). Estos se calcularon a partir de dos componentes: 1) la especialización absoluta, esto es, el porcentaje del subsector de fabricación de muebles en la industria manufacturera del municipio, cuyos valores pueden ser menores o iguales a 100%; y 2) se estimaron los coeficientes de localización o especialización relativa, es decir, la relación de la fabricación de muebles, colchones y persianas de Ocotlán en la industria manufacturera del municipio y su participación en el total del estado de Jalisco, a partir de tres variables: unidades económicas, personal ocupado y valor agregado censal bruto. Los resultados del índice determinan la especialización.

Los resultados evidencian la especialización de ese sector productivo en la ciudad de Ocotlán, que la ha llevado a ser conocida como «la capital del mueble» (figura 1). En cuanto a los valores de especialización absoluta, se observa que el empleo (% PO) es la variable de mayor impacto, con un porcentaje que ha oscilado entre 43.71% y 68.21% en la estructura industrial del municipio; en tanto el valor agregado censal bruto (% VACB) ha disminuido significativamente su posición absoluta: de 20.52% en 1999 a 7.81% en 2009. En cuanto a la especialización relativa, en 2014 la industria mueblera de Ocotlán alcanzó un índice de 11.77 sobre la población ocupada y de 28.41 considerando el VACB, lo que confirma la alta especialización del municipio en la manufactura de muebles en Jalisco.

La especialización en la industria mueblera presenta varias características:

Tabla 2
Índices de especialización absoluta y relativa del subsector
Fabricación de muebles, colchones y persianas (337) en Ocotlán (1989-2014)

Año	Unidades económicas (UE)	Población ocupada (PO)	Valor agregado censal bruto (VACB) (miles de pesos)	Índice de especialización absoluta del subsector 337 (porcentaje %)			Índice de especialización relativa del subsector 337		
				UE	PO	VACB	UE	PO	VACB
1989*	23	994	7495	13.29	53.7	14.45	1.89	12.98	9.67
1994	116	1765	54929	27.36	43.71	20.43	3.51	9.37	9.67
1999	237	3779	149254	39.97	68.21	20.52	4.81	13.24	10.79
2004	243	3473	240214	37.97	64.71	54.07	5.12	10.61	23.76
2009	209	2604	235318	31.76	57.91	7.81	4.06	10.36	3.91
2014	242	3521	514934	34.62	64.74	13.48	4.41	11.77	28.41

* Nota: por falta de información censal para 1989, el número de unidades económicas proviene de los datos de Guerrero Medina (2001).

Fuente: elaboración propia a partir de INEGI, 1989, 1994, 1999, 2014.

- La mayoría de las empresas (95.85%) son de tamaño micro y pequeña, y el resto (4.15%) son medianas (INEGI, 2014b).
- La producción predominante (95%) es de salas, comedores, recámaras y centros de entretenimiento, fabricados en su mayoría (70.36%) de aglomerado, tableros de fibras de densidad media (MDF), tableros de fibras de densidad alta (HDF), *flexiboard*, tablero panel (PB) y madera de pino.
- La población ocupada en el sector representa 11% del total de la población económicamente activa en el municipio. Hay que decir que el mercado de trabajo rebasa los límites municipales y se expande a La Barca y Poncitlán (Secretaría de Economía, 2006). Quintero Hernández señala (2017) que el crecimiento de la industria mueblera de la década de 1990 estuvo relacionado con el cierre de la textilera In-

Figura 1

Silla gigante en la plaza principal de Ocotlán como representación de la capital del mueble



Fotografía de Luis Héctor Quintero Hernández.

dustrias Ocotlán, a partir de lo cual mucho de su personal se decidió por la industria mueblera.

- Las mujeres también participan en la industria mueblera. Ellas son encargadas de fábrica, operadoras o secretarias (Quintero Hernández y Martínez González, 2012: 362).

A la disposición de mano de obra en el mercado laboral se suman las remuneraciones salariales. La tabla 3 presenta información de las remuneraciones para el total de las actividades del municipio de Ocotlán y las del subsector 337 para los años 1989-2014. A partir de ellos se calcularon tres cocientes: 1) las remuneraciones por unidades económicas (RT/UE); 2) las remuneraciones por persona ocupada (RT/PO), y 3) el porcentaje de las remuneraciones sobre el valor agregado censal bruto ($RT/VACB$).

Las dos primeras evidencian que para las empresas y las personas que laboran en la fabricación de muebles las remuneraciones son más elevadas en comparación con las del resto de las actividades económicas en los años 1999-2014. El tercer cociente ($RT/VACB$) muestra que, desde 1989, las remuneraciones de la industria mueblera han tenido mayor participación en el valor agregado censal bruto que las del total municipal. Lo anterior otorga una ventaja comparativa para los que laboran en ese subsector y favorecen la formación de un mercado de trabajo especializado que, a su vez, se convierte en un factor importante para la localización de empresas productoras de muebles intensivas en mano de obra.

En sus inicios, la producción fue básicamente artesanal, con escasa tecnología y diseño; sin embargo, desde la década del 2000 las empresas invirtieron en activos, con el fin de ofrecer muebles de calidad a bajo costo. El diseño rústico y robusto de los muebles mexicanos, al cual se había acostumbrado el mercado internacional, fue sustituido por una diversidad de estilos.

Esa transformación y los procesos automatizados con tecnología de punta de principio a fin permitieron una alta productividad que evitó que el sector cayera en la recesión de 2009. La gráfica 2 muestra la evolución tecnológica de las empresas a través de dos indicadores:

Tabla 3

Remuneraciones totales y cocientes de remuneraciones por unidad económica (1) personal ocupado (2) y valor agregado censal bruto (3) en el total de la actividad económica y en el subsector Fabricación de muebles colchones y persianas (337) en el municipio de Ocotlán Jalisco (1999-2014)

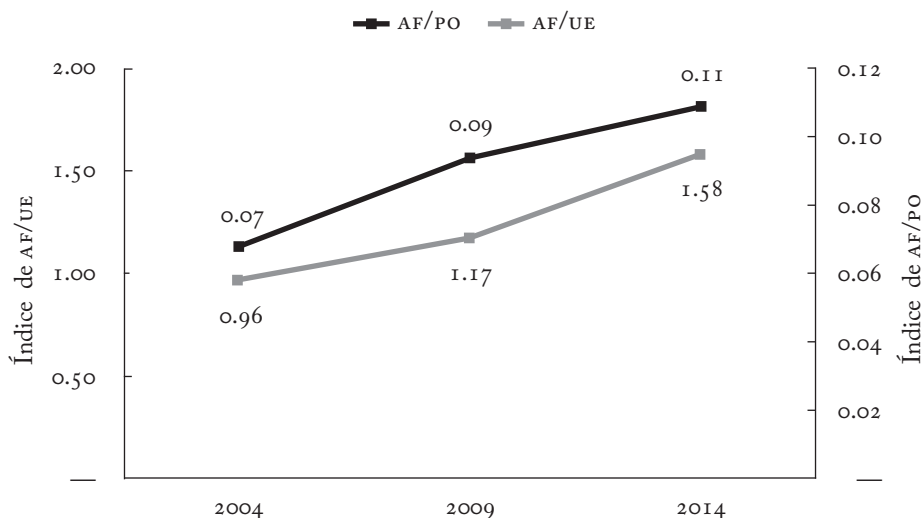
Año censal	Actividad económica	Unidades económicas (UE)	Personal ocupado (PO)	Total de remuneraciones (RT) (mdp)	Valor agregado censal bruto (VACB) (mdp)	(1) RT/UE (miles de pesos)	(2) RT/PO (miles de pesos)	(3) RT/VACB (%)
2014	Total	4999	17831	651.94	5 045.60	130.41	36.56	12.92
	337	242	3521	234.20	514.93	967.76	66.51	45.48
2009	Total	4676	18143	522.79	4011.25	111.80	28.81	13.03
	337	209	2604	111.59	235.32	533.94	42.85	47.42
2004	Total	4218	15876	423.77	1 370.57	100.47	26.69	30.92
	337	243	3473	111.38	240.21	458.34	32.07	46.37
1999	Total	3733	13870	265.98	1 240.52	71.25	19.18	21.44
	337	243	3779	74.47	150.84	306.46	19.71	49.37
1994	Total	2986	9821	108.56	353.94	36.35	11.05	30.67
	337	116	1765	18.24	54.93	157.21	10.33	33.2
1989	Total	173	1851	13.81	51.88	79.82	7.46	26.62
	337	23	994	3.60	7.49	156.68	3.63	48.08

*Nota: para 1989 los datos del total municipal solo incluyen a la industria manufacturera; en tanto el número de unidades económicas proviene de Guerrero Medina (2001) por falta de información censal. Fuente: elaboración propia a partir de INEGI 1989 1994 1999 2004 2009 y 2014.

1. El índice de densidad de capital (AF/PO) estima la inversión para crear un puesto de trabajo, relacionando la proporción del total de activos fijos per cápita en la empresa. Además, brinda un indicador de la proporción de uso de la tecnología y el trabajo en el proceso de producción que, en la medida en que se incrementa, evidencia un uso más intensivo de capital en proporción a la mano de obra. En el caso de la fabricación de muebles, el índice pasó de 0.07 en 2004 a 0.11 en 2014, lo que indica que las empresas aumentaron el uso de tecnología para la producción, es decir, aumentaron la inversión de capital y no la de mano de obra.
2. El índice de capital por unidad económica (AF/UE) muestra la inversión que se va incorporando al sistema productivo respecto al total de unidades económicas, por lo que aporta información sobre la capaci-

Gráfica 2

Índice de densidad de capital (AF/PO) e índice de capital por unidad económica (AF/UE) para el subsector 337 Fabricación de muebles, persianas y colchones en Ocotlán, Jalisco (2004-2014)



Fuente: elaboración propia a partir de INEGI, 2014.

dad tecnológica en la entidad. Los resultados obtenidos —una elevación del activo fijo por unidad económica de 0.96 en 2004 a 1.58 en 2014— son evidencia del crecimiento tecnológico en todas las empresas fabricantes de muebles de Ocotlán.

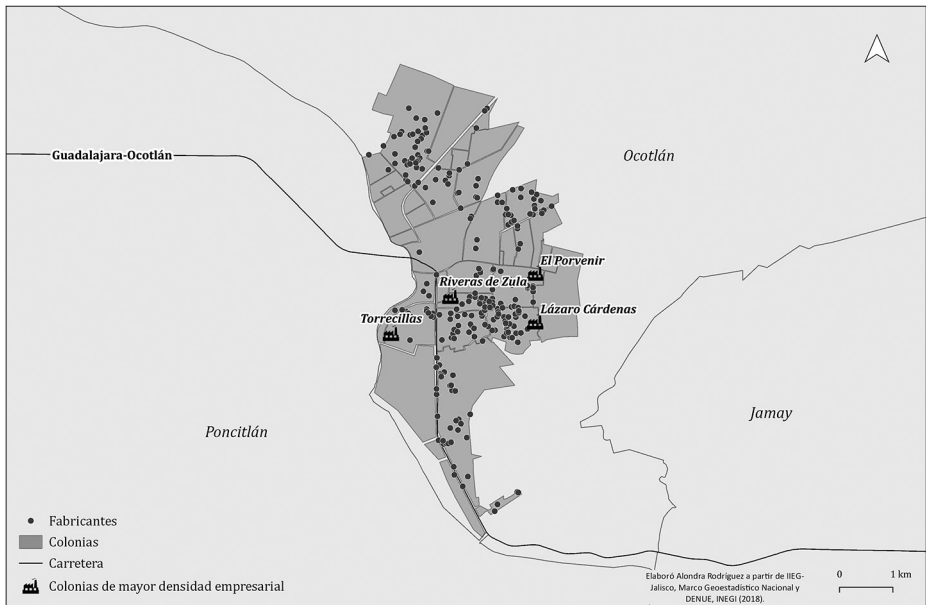
El mercado de las empresas de Ocotlán es el segmento medio bajo, en su mayoría a nivel nacional. Los clientes son grandes tiendas departamentales como Elektra, Coppel, Liverpool, Sears, Hermanos Vázquez, Famsa, Sam's, Muebles Plascencia, Muebles Dico, Muebles Troncoso, Mundihogar, Excel, Albassan, Frey, Rosend, Maple, D'Europe, Dixy, Van Beuren, Artex, Habitania y Bender, entre otras.

La industria de muebles de Ocotlán está definida por los compradores, en este caso, las tiendas departamentales que seleccionan a sus proveedores mediante una serie de criterios, en especial el precio, y ellas definen las condiciones, formas y tiempos (Secretaría de Economía, 2006). Los grandes compradores se benefician del hecho de que muy pocos productores tienen productos diferenciados o diseños exclusivos. Solo los productores que se centran en nichos poco congestionados o se especializan en un solo artículo han logrado mantener una ventaja competitiva y negociar las condiciones con los compradores.

Uno de los aspectos fundamentales para la competitividad es la capacidad de producción y capitalización de las empresas, que es lo que les permite reducir los tiempos de entrega. Los largos plazos de pago o los bajos márgenes de utilidad han incrementado la importancia de la evolución tecnológica de las empresas.

La especialización económica del municipio se refleja en el territorio. La aglomeración industrial se localiza en la cabecera con «93% de los establecimientos industriales y 78% del personal ocupado en la industria» (Venegas Herrera, 2016: 241). El suelo urbano de la ciudad de Ocotlán es compartido por los usos industrial y residencial. La figura 2 muestra la localización de las empresas en el municipio de Ocotlán (INEGI, DENU, 2014b). Los espacios con mayor densidad industrial son las colonias El Porvenir, Lázaro Cárdenas, Riveras del Zula y Torrecillas.

Figura 2
Localización de las unidades fabricantes de muebles en Ocotlán, Jalisco



Fuente: elaboró Alondra Rodríguez a partir de IIEG-Jalisco Marco Geoestadístico Nacional y DENUE, INEGI, 2017.

El bajo costo inmobiliario y las facilidades de inserción de la actividad industrial han extendido la industria mueblera al municipio vecino de Poncitlán. En el corredor industrial de la carretera Guadalajara-La Barca, kilómetros 40 al 85, se localizan empresas grandes como Chavoya, Del Toro, Induma, Las Cibeles, Lilico, Mueblera de Occidente Contemporánea, Industrias Emman, Jolmo, Loma Alta, Ocomuebles, Meximuebles, Taosa y San Fernando (Quintero Hernández, 2017; Quintero Hernández y Martínez González, 2014).

Otra expresión territorial de la especialización mueblera se suscitó desde 2017 con el incremento de salas de exhibición y venta de muebles, instaladas por los fabricantes, en el corredor industrial Guadalajara-La Barca, que utilizan el nombre industrial o algún otro para atraer consu-

midores finales y de esa manera disminuir la dependencia de las distribuidoras. Con esa estrategia de comercialización, las empresas buscan ampliar su participación en el mercado interno e incrementar su control en la cadena de valor.

Tabla 4
Localización de salas de exhibición y venta en el corredor industrial
Guadalajara-La Barca

Salas de exhibición y venta	Km*
Loma Alta	24
Muebles Finos Galery	34
Aedes	37
Emusa, Zula Hogar, Galery, Gonza, Núcleo de 5, Contemporana, Casa Vera	40
Holguin, D'Arregi, Interhome, Casa Lago	42
Fusión	43
Mueble Arte, Bazar 33, Mobilya, VICs, SSa & Lly	44
Kazini, Lirani, Home Select, Chavoya, Maxi Deco	50

*Km: Kilómetro de localización en el corredor industrial Guadalajara-La Barca.

Fuente: elaboración propia.

Fortalecimiento de la especialización: capacidades organizacionales e institucionales

El tejido empresarial de los productores de muebles está conformado por micro y pequeñas empresas, que tienen un peso muy importante en la generación de valor agregado y en el empleo. Sin embargo, el sistema productivo no es homogéneo y presenta una gran heterogeneidad en cuanto a su capacidad productiva, administrativa y tecnológica, mostrando en los últimos años problemas tales como la falta de innovación y diseño en la producción; una intensa competencia debido a la fabricación del mismo modelo por varios productores (monoespecialización); bajo nivel de capacitación y profesionalización —salvo en las empresas que cuentan

con tecnología de punta—; y carencia de liquidez para soportar grandes inventarios (con lo que además financian a las tiendas departamentales) (Quintero Hernández y Martínez González, 2012).

Aunado a ello, los fabricantes han tenido que enfrentar los cambios en las tendencias de producción y consumo a nivel mundial: calidad a bajo costo, buenos acabados, funcionalidad y estética para ganar espacios y empaquetado plano, de fácil transportación y armado. El consumo exige mejores precios, atención postventa, variedad, diseño, calidad, marcas prestigiosas, imagen y facilidades de pago.

Para hacer frente a esos cambios, el sistema productivo debe aprovechar no solo las ventajas de la cercanía geográfica, sino también las que surgen de la proximidad organizacional y cognitiva, esto es, las que se generan cuando los actores comparten relaciones, formas de interacción, coordinación y conocimiento, todo lo cual es influenciado, moldeado y limitado por el entorno institucional (Boshma, 2005: 63).

Dada la aglomeración empresarial, las empresas pueden desarrollar capacidades para promover ventajas adicionales de eficiencia dinámica o activa: cooperación tanto vertical entre empresas (proveedores y clientes) como horizontal y todas las acciones que permitan la generación de servicios empresariales colectivos, el fomento de entornos innovadores y la gobernanza de recursos, información e interacciones, con el fin de alcanzar metas específicas y ser más competitivas (Helmsing, 2002; Camagni, 2005).

En enero de 1996, los fabricantes de muebles de Ocotlán iniciaron la creación de un entorno institucional con la formación de la Asociación de Fabricantes de Muebles de Ocotlán (Afamo). La Asociación inició con 16 socios y ahora incluye a 67 industrias. Además impulsó, desde 1997, la organización de la «Expo Muebles Ocotlán, para atraer compradores especializados al polo emergente de desarrollo del mueble, en oposición con el de la ZMG» (Lozano Uvario, 2015: 165).

Como parte del entorno institucional, se han integrado múltiples actores del ámbito gubernamental estatal y el sector educativo a partir de

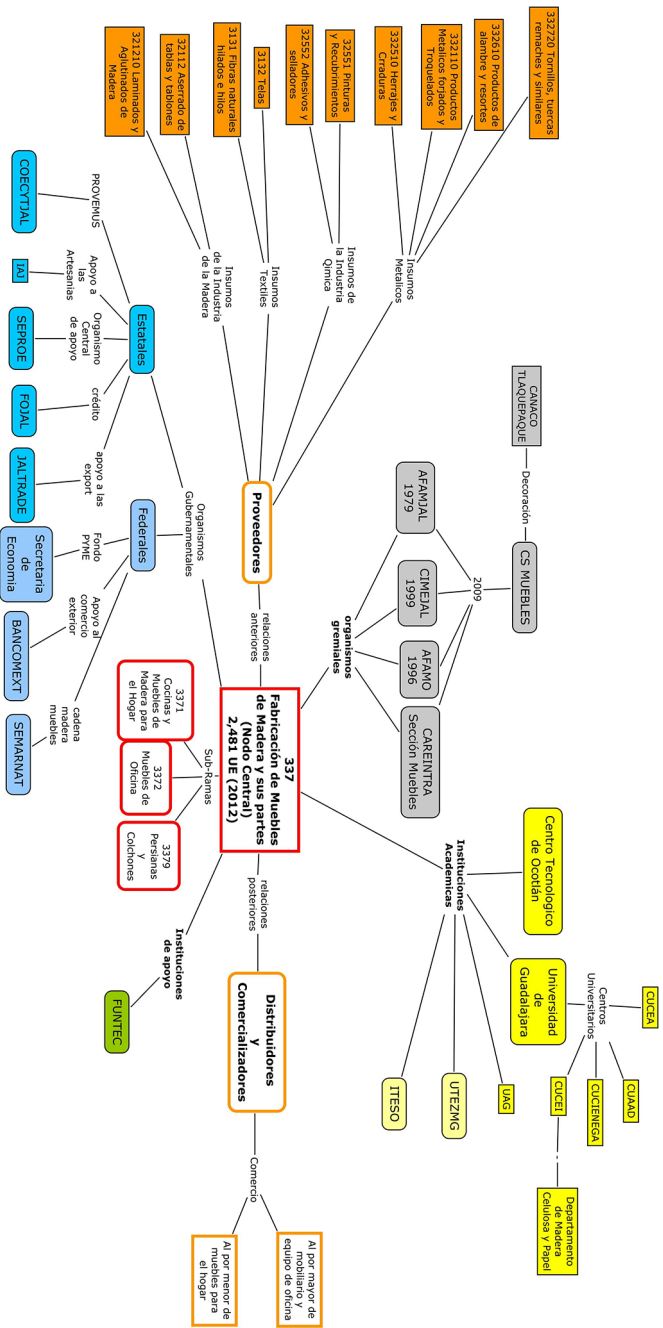
la vinculación con el Centro Universitario de la Ciénega de la Universidad de Guadalajara (CUCiénega), con sede en el municipio desde 1994.

Así, se ha dado la vinculación entre las empresas y CUCiénega para la formación de recursos humanos especializados en administración y tecnología, al igual que para brindar capacitación en diseño y fabricación de muebles (Lozano Uvario, 2010: 245). De igual forma, destaca la vinculación entre CUCiénega, el Consejo Estatal de Ciencia y Tecnología del Estado de Jalisco (Coecytjal) y la Secretaría de Desarrollo Económico (Sedeco), a partir del Programa de Vinculación Universidad-Empresa (Provemus), a través del cual las empresas han recibido asesorías y consultorías en términos de gestión empresarial, con la participación de alumnos de las licenciaturas de contaduría pública e ingeniería industrial, para mejorar la planeación estratégica, los procesos de producción, la organización administrativa y los programas de calidad total (Gerónimo Bautista, 2015).

Desde 2009 se creó el Clúster Mueblero de Ocotlán (CMO) —promovido por la Sedeco para la región Ciénega de Jalisco—, que fue ampliado con la formación de un centro articulador para la industria de muebles del estado de Jalisco —Clúster de Mueble de Jalisco, a partir de la asociación civil CS Muebles, A. C.— orientado al fortalecimiento de la cadena de valor, la gobernanza del sistema productivo y la formación de interrelaciones económico-institucionales y vinculatorias universidad-empresa que han alentado la permanencia y crecimiento de la actividad industrial en los últimos años.

La figura 3 presenta el esquema de la cadena productiva de muebles de Jalisco —extensivo a la industria mueblera de Ocotlán— y el entorno institucional colaborativo donde se reconocen los organismos gremiales, las instituciones académicas, los organismos gubernamentales federal y estatal y organizaciones de apoyo de la sociedad civil orientadas a la innovación y transferencia de tecnología a las pequeñas y medianas empresas.

Figura 3
Esquema de relaciones del sistema productivo de muebles de Jalisco



Fuente: Lozano Uvario (2015: 161).

Conclusiones

La industria mueblera de Ocotlán, Jalisco, es un excelente ejemplo de formación de una aglomeración especializada en una actividad económica, cuya organización económica y espacial evolucionó, en un primer momento, debido a la conjunción de factores emanados de las políticas públicas a nivel estatal que alentaron la desconcentración y el desarrollo industrial en las ciudades medias de Jalisco. A partir de ello, se generaron economías externas que fueron aprovechadas por los emprendedores muebleros: demanda de muebles por parte de empresas trasnacionales; un mercado de trabajo que se calificó en la medida en que aumentó el número de empresas muebleras; una adecuada infraestructura; comunicación estratégica del municipio; y disponibilidad de uso de suelo, entre otros.

El caso es demostrativo también de una evolución de la especialización que va de la mano con el desarrollo de capacidades colectivas —relacionales y organizativas— y ha llevado a acciones concretas: la Expo Ocotlán mueblera, con 21 años de existencia; las acciones de vinculación, principalmente con la Universidad de Guadalajara; su participación en el proyecto de desarrollo del clúster de muebles para el fortalecimiento de la cadena de valor, el desarrollo de espacios de diálogo, la construcción de confianza y la formación de una visión común para la resolución de problemas comunes; y esfuerzos individuales con repercusión colectiva con el establecimiento de salas de exhibición para fortalecer la integración directa entre productor y consumidor.

La industria mueblera de Ocotlán y su región ha generado procesos de desarrollo económico local que repercuten en el territorio, ya sea por la localización del sector económico que se ha expandido en los últimos 40 años, o por el empleo y el valor agregado generado por esa actividad, así como por las relaciones individuales y colectivas que se han consolidado gracias al entorno institucional.

En el corto plazo, esas interacciones pueden propiciar mejores condiciones de gobernanza económica que optimicen los enlaces de la cadena de valor, lo que puede dar mayor poder a los productores locales ante las

comercializadoras o la importación, que amenaza la prosperidad de la industria mueblera en Ocotlán.

Referencias

- Arellano Ríos, Alberto y Cárdenas Gómez, Erika Patricia. (2010). Actores e instituciones en Ocotlán, Jalisco. Un boceto socio-político del territorio. *Carta Económica Regional. Nueva época*, vol. 22, núm. 106, pp. 87-105.
- Arias, Patricia. (1983). *Fuentes para el estudio de la industrialización en Jalisco. Siglo xx*. Ciudad de México: Cuadernos de la Casa Chata.
- Arias, Patricia. (2015). Crisis metropolitana, especialización económica y nuevas relaciones espaciales en México. *Espiral Estudios sobre Estado y Sociedad*, vol. 4, núm. 10, pp. 143-166.
- Boschma, Ron. (2005). Proximity and innovation: A critical assessment. *Regional Studies*, vol. 39, núm. 1, pp. 61-74.
- Camagni, Roberto. (2005). *Economía urbana*. Barcelona: Antoni Bosch editor.
- Comisión Estatal del Agua Jalisco. (2015). *Ficha técnica hidrológica municipal Ocotlán*. Guadalajara: Gobierno del Estado de Jalisco.
- Fernández, Víctor Ramiro. (2001). Estrategia(s) de desarrollo regional bajo el nuevo escenario global-local: revisión crítica sobre su(s) potencialidad(es) y límites. *EURE*, vol. 27, núm. 82, pp. 43-63.
- Gerónimo Bautista, Evelio. (2015). La vinculación entre agentes heterogéneos para la producción de conocimiento e innovación. *Revista Iberoamericana para la Investigación y el Desarrollo Educativo*, vol. 5, núm. 10, pp. 1-25.
- Guerrero Medina, Pedro Javier. (2001). Análisis sectorial de la industria mueblera de Ocotlán. *Estudios de la Ciénega. Revista universitaria*, vol. 2, núm. 4, pp. 205-259.
- Guerrero Medina, Pedro Javier. (2003). Análisis sectorial de la industria mueblera en Ocotlán. En Macías, Luis Arturo y Guerrero Medina, Pedro Javier (editores), *La industria mueblera en Ocotlán* (pp. 115—65). Atotonilco el Alto: CUCiénega, Universidad de Guadalajara.

- Helmsing, Bert. (1999). Teorías de desarrollo industrial regional y políticas de segunda y tercera generación. *Revista Eure*, vol. 25, núm. 75, pp. 5-39.
- Helmsing, Bert. (2002). Perspectivas sobre el desarrollo económico localizado. *Eure*, vol. 28, núm. 84, pp. 1-22.
- Instituto de Información Estadística y Geográfica de Jalisco. (2019). *Marco demográfico histórico*. Recuperado de <<https://www.ieg.gob.mx/mdh/>>.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía. (1989). *Jalisco. XIII Censo Industrial. Resultados Definitivos. Censos Económicos 1989*. Guadalajara: Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía. (1994). *XIV Censo Industrial, XI Censo Comercial y XI Censo de Servicios, Censos Económicos 1994, Jalisco*. Guadalajara: Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía. (1999). *Jalisco, Censos económicos 1999*. Tomo I. Guadalajara: Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía. (2014). *Sistema Automatizado de Información Censal (SAIC), Censos Económicos 2014*. En <<http://www.beta.inegi.org.mx/app/saic/default.aspx>>.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía. (2014). *Directorio Nacional de Unidades Económicas*. DENU, *Censos Económicos 2014*. Recuperado de <<https://www.inegi.org.mx/app/mapa/denu/>>.
- Lozano Uvario, Katia Magdalena. (2015). Gobernanza del sistema productivo de muebles de Jalisco a partir de las políticas de clúster. En Rosales Ortega, Rocío y Brenner, Ludger (eds.), *Geografía de la gobernanza. Dinámicas multiescalares de los procesos económico-ambientales* (pp. 151-177). Ciudad de México: Siglo XXI editores, UAM Iztapalapa.
- Luna Zamora, Rogelio. (1988). Estado, industria y economía (1930-1940). En Luna Zamora, Rogelio, Padilla Dieste, Cristina, de León Arias, Adrián y Arroyo Alejandro, Jesús (eds.), *Jalisco desde la Revolución*. Cre-

- cimiento industrial y manufacturero, 1940-1980. XIII* (pp. 15-56). Guadalajara: Universidad de Guadalajara, Gobierno del Estado de Jalisco.
- Martínez González, Gabriel, Martínez Barragán, Hirineo, Méndez Guardado, Pedro, Moran Quiroz, Roberto, Ortiz Minique, Yvette, Valdivia Preciado, Ma. del Consuelo y Zarazúa Villaseñor, Patricia. (1988). Estudio básico para la planeación del desarrollo del municipio de Ocotlán. *Revista del Instituto de Geografía y Estadística, Universidad de Guadalajara*, número extraordinario, pp. 9-143.
- Mejía, Leticia. (2018). *Hacer muebles en Ocotlán. Saber cómo, redes e innovación*. Zamora: El Colegio de Michoacán.
- Méndez, Ricardo. (1997). *Geografía económica*. Barcelona: Editorial Ariel.
- Padilla Dieste, Cristina. (1988). La pequeña y mediana industria, 1940-1980. En Luna Zamora, Rogelio, Padilla Dieste, Cristina, de León Arias, Adrián y Arroyo Alejandro, Jesús (editores), *Jalisco desde la Revolución. Crecimiento industrial y manufacturero, 1940-1980. XIII* (pp. 57-201). Guadalajara: Universidad de Guadalajara, Gobierno del Estado de Jalisco.
- Piore, Michael y Sabel, Charles. (1990). *La segunda ruptura industrial*. Madrid: Alianza Editorial.
- Quintero Hernández, Luis Héctor. (2017). Análisis de la promoción económica local como determinante en el desarrollo de las subregiones: la región Ciénega de Jalisco. En Arellano Ríos, Alberto (editor), *Políticas públicas y territorio. Diseño e implementación de programas gubernamentales en Jalisco* (pp. 101-22). Zapopan: El Colegio de Jalisco, Prometeo Editores.
- Quintero Hernández, Luis Héctor y Martínez González, Daniel. (2012). *Experiencias de vinculación Universidad-Industria: Desarrollo del Clúster Mueblero de Jalisco*. Trabajo presentado en XVI Congreso Internacional de Ingeniería de Proyectos, pp. 356-67. Recuperado de <https://www.aepro.com/files/congresos/2012valencia/CIIP12_0356_0367.3720.pdf>.
- Quintero Hernández, Luis Héctor y Martínez González, Daniel. (2014). *Analysis of the furniture sector specialization Cienega Region of Jalisco*,

- México*. Trabajo presentado en 18th International Congress on Project Management and Engineering. Recuperado de <https://www.aeipro.com/files/congresos/2014alcaniz/CIDIP2014_0450_0457.4164.pdf>.
- Secretaría de Economía. (2006). *Intervención sobre el caso de Ocotlán, Jalisco. Contrastes con Italia y áreas de oportunidad*. Recuperado de <<http://www.economia.gob.mx/pics/p/p2757/CasoJalisco-Mueble.pdf>>.
- Sforzi, Fabio. (2001). La teoría marshalliana para explicar el Desarrollo Local. En Rodríguez Gutiérrez, Fermín (ed.), *Manual de Desarrollo Local* (pp. 13-32). Gijón: Ediciones Trea.
- Sforzi, Fabio. (2007). Del distrito industrial al desarrollo local. En Rosales Ortega, Rocío (ed.), *Desarrollo local: teoría y prácticas socioterritoriales* (pp. 27-50). Ciudad de México: UAM Azcapotzalco, Miguel Ángel Porrúa.
- Vázquez Barquero, Antonio. (1988). *Desarrollo local. Una estrategia de creación de empleo*. Madrid: Ediciones Pirámide.
- Venegas Herrera, María Amparo del Carmen. (2016). *Estructura urbana. El influjo industrial en el espacio urbano de Ocotlán, Jalisco*. Zapopan: Universidad de Guadalajara.

De la industria al comercio. La moda en Zapotlanejo, Jalisco

ROSARIO COTA YÁÑEZ

Introducción

El objetivo del presente documento es analizar las transformaciones productivas de una localidad altamente especializada en la industria del vestido, a partir de las variables de empleo y establecimientos. Zapotlanejo ha pasado de ser un lugar de actividad manufacturera a centro comercial, que atrae vendedores de varias partes del territorio nacional y ha dado lugar a lo que llamamos *especialización terciarizada*.

Las aglomeraciones productivas, es decir, las especializaciones en espacios altamente diferenciados y con un crecimiento económico superior al de lugares semejantes, han sido estudiadas desde diversos enfoques: clúster, aglomeraciones productivas, *distrito industrial* y desarrollo local (Rodríguez *et al*, 2016; Tello, 2008; Porter, 1998; Rabellotti y Pietrobelli, 2004).

Las variables consideradas han sido el territorio, las empresas, el trabajo a domicilio, la informalidad, la cooperación-competencia, la expansión de mercados de trabajo, los compradores extralocales, las desigualdades, la proliferación de microempresas y la subcontratación. La informalidad es una variable característica de las microempresas, elemento que forma parte de la cultura empresarial que prevalece en México (Arias, 1998; Cota, 2012).

Desde la década de 1980 se estudió la industria de la confección en el occidente del país como un ejemplo de aglomeración productiva (Arias, 1986, 1988, 1988a; Arias y Durand, 1996; Arias y Wilson, 1997; Cota, 2004,

2012). Los elementos que la caracterizaban eran el trabajo a domicilio, la feminización de la fuerza laboral, la flexibilidad de la jornada laboral, la producción flexible, la subcontratación, los talleres domiciliarios, el pago a destajo, el pirateo de diseños, la desconcentración productiva, la diversidad de modelos de producción, la reciente incorporación de mano de obra masculina, la dependencia tecnológica extranjera, la dependencia de insumos nacionales y extranjeros, la nula participación de instituciones bancarias en el otorgamiento de créditos, el poco apoyo gubernamental, el fortalecimiento de lazos de confianza a través de la familia, la diferenciación salarial y la competencia desleal con la introducción de mercancía extranjera.

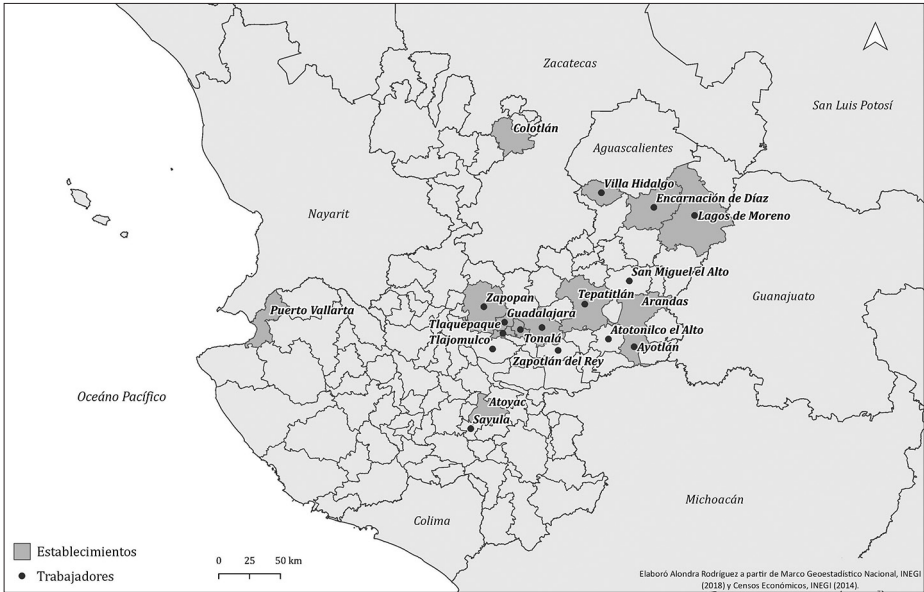
El artículo se basa en recorridos de campo y entrevistas a encargados, propietarios de negocios y vecinos del municipio de Zapotlanejo realizadas entre abril y junio de 2019. Se utilizó además la información de diversas fuentes —censos económicos y censos de población y vivienda del INEGI—, investigaciones e información periodística.

Creación y crecimiento de la industria de la confección en Zapotlanejo

La producción de prendas de vestir en Zapotlanejo se desarrolló y cambió de manera muy rápida a lo largo del siglo xx: en la década de 1940, amas de casa elaboraban prendas deshiladas que se vendían en los mercados públicos de la ciudad de Guadalajara, capital del estado de Jalisco, a una distancia de 34 kilómetros. Había también sastres que confeccionaban chamarras y pantalones de hombre «típicas». En la década de 1950, se desarrolló el bordado de prendas regionales, chales y vestidos, en máquinas de coser de pedal. En la década de 1960, tiendas departamentales de Guadalajara enviaron a maquilar la confección de prendas de vestir a familias de Zapotlanejo que, a su vez, subcontrataron a otras familias a las que les proporcionaban las máquinas de coser. En la década de 1970, personas que habían trabajado en la industria de la confección en Los Ángeles, California, retornaron y empezaron a desarrollar esa actividad en Zapotlanejo. En esos años sobresalieron la fábrica San José, Fábricas Pina, Argos

Rendón y Te Vista. Así se generalizó la especialización manufacturera en la fabricación de prendas de vestir que conformó un corredor industrial y comercial de alta especialización en los Altos de Jalisco (figura 1).

Figura 1
Principales municipios en la industria del vestido en Jalisco, de acuerdo al número de establecimientos y personal ocupado, 2014



Fuente: elaboró Alondra Rodríguez a partir de Marco Geoestadístico Nacional, INEGI (2018) y Censos Económicos INEGI (2014).

A nivel estatal, Zapotlanejo ocupa uno de los primeros lugares como centro productor de prendas de vestir. A principios de la década de 1990, seis de cada diez establecimientos se encontraban en la ciudad de Guadalajara y en Zapotlanejo; en 2014 habían disminuido, en especial en Guadalajara (tablas 1 y 2). La industria del vestido presenta un patrón de desconcentración hacia municipios y localidades dispersas en el interior de Jalisco.

Tabla 1
Principales municipios fabricantes de ropa en Jalisco, 1994 (%)

Establecimientos		Personal ocupado	
Guadalajara	51.64	Guadalajara	43.30
Zapotlanejo	9.85	Zapotlanejo	7.50
Zapopan	8.46	Zapopan	7.32
San Miguel el Alto	7.58	San Miguel el Alto	5.14
Ayotlán	5.50	Ayotlán	4.84
Subtotal	83.03	Subtotal	68.10
Resto	16.97	Resto	31.90
Total	100.00	Total	100.0

Fuente: elaboración propia con base en INEGI, Censo Económico 1994.

Tabla 2
Principales municipios fabricantes de ropa en Jalisco, 2014 (%)

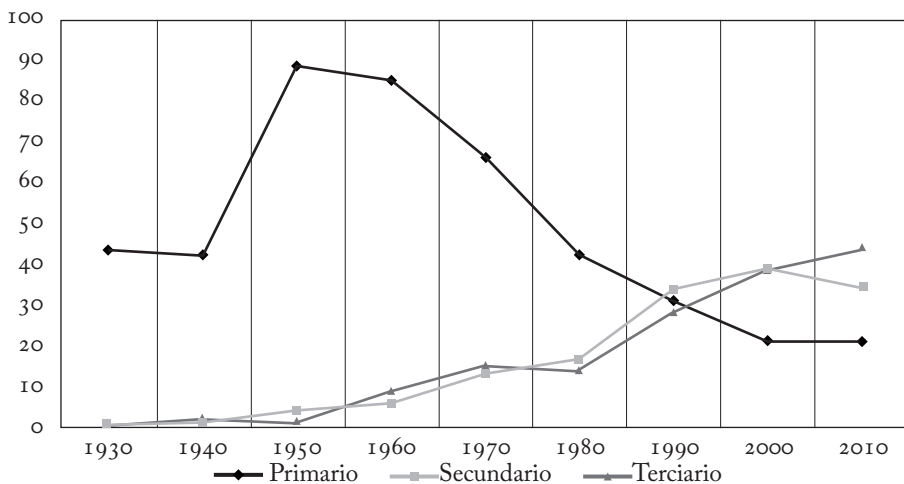
Establecimientos		Personal ocupado	
Guadalajara	22.97	Guadalajara	24.03
Zapotlanejo	13.65	Zapopan	14.23
Villa Hidalgo	7.95	Lagos de Moreno	8.73
Zapopan	6.85	Zapotlanejo	6.42
San Miguel el Alto	6.03	San Miguel el Alto	6.20
Subtotal	57.46	Subtotal	59.61
Resto	42.54	Resto	40.39
Total	100.00	Total	100.00

Fuente: elaboración propia con base en INEGI, Censo Económico 2014.

El sistema productivo de Zapotlanejo experimentó tres transformaciones en el siglo xx: entre 1930 y 1970, era una sociedad rural dedicada a actividades primarias, que ocupaban a más de la mitad de la población económicamente activa; en la década de 1980, se advirtió el impacto de la actividad industrial de fabricación de prendas de vestir en la economía local; y, desde principios de la década del 2000, se observa la transición a las actividades terciarias, en especial, el comercio (gráfica 1).

Gráfica 1

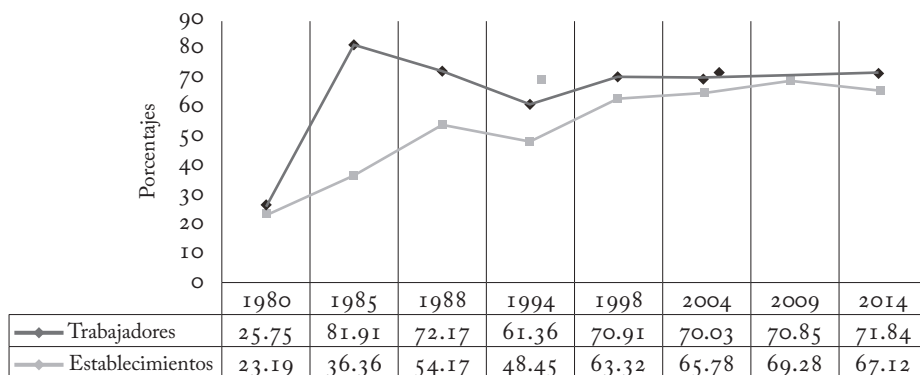
Zapotlanejo. Porcentaje de la PEA ocupada por sector de actividad, 1930-2010



Fuente: elaboración propia con base en el INEGI, Censos de Población y Vivienda.

Desde el año 2000, la fabricación de prendas de vestir comenzó a estancarse y, al mismo tiempo, empezaron a destacarse las actividades de comercialización (gráfica 2).

Gráfica 2
Zapotlanejo. Participación porcentual de la industria
del vestido en el total manufacturero



Fuente: elaboración propia con base en el INEGI, Censo Económico 1994.

De la manufactura al comercio

Aunque siempre existió una interconexión entre la fabricación y la comercialización, esta última tiene su cronología y modelos. En las décadas 1940-1960, el comercio se dirigía primordialmente a la ciudad de Guadalajara; de 1970-1980, el mercado para los productos locales se expandió a los estados del Pacífico Norte. Eran comerciantes que, en sus camionetas, les compraban prendas a los fabricantes locales para revenderlas en múltiples localidades de esa región. A fines de la década de 1980, afectado por la devaluación del dólar en la crisis de 1982, se transformó el flujo comercial. Comenzaron a llegar a surtirse a Zapotlanejo comerciantes de ropa del noroeste de México, principalmente de los estados de Sonora, Sinaloa, Baja California y Baja California Sur. Se incrementó el envío de pedidos mediante el correo y paqueterías especializadas.

En la actualidad, las empresas comerciales más exitosas son las que importan ropa tanto de China como de Estados Unidos y que manejan prendas de bajo precio y diseños de última moda. El comercio ha ampliado

su cobertura mediante el uso de las herramientas que brindan las nuevas tecnologías: ventas en línea, catálogos, redes sociales (Facebook, WhatsApp, Messenger), correo electrónico y tarjetas de crédito y débito (figura 2).

Figura 2
Nuevas formas de comercialización.
Venta en línea y cobro con tarjeta de crédito



Fotografía de Rosario Cota.

De manera adicional, se han instalado establecimientos comerciales complementarios a la industria de la moda: zapaterías cuyas matrices están en León, Guanajuato, y tiendas de bisutería, bolsas, perfumes, productos de belleza y todo tipo de accesorios de la Zona Metropolitana de Guadalajara y de la Ciudad de México.

Han llegado *boutiques* internacionales y nacionales. En Zapotlanejo se comercializan marcas como Mayoral, especializada en ropa para bebés y

niños; GAP; Gymboree; Carters para niños y jóvenes; Vianney, que comercializa blancos; y Chavita, que vende ropa interior para toda la familia. Existe un enorme contraste entre los establecimientos foráneos y locales.

Los establecimientos comerciales foráneos han generado una nueva oferta de empleo: la contratación de mujeres jóvenes, de buena presentación, con disponibilidad de horario, experiencia en ventas y trato con clientes. Se contrata a jóvenes para modelar las prendas en los establecimientos, cuyo trabajo consiste en posar como maniquíes humanos para atraer compradores (figura 3). El género y la edad se han vuelto fundamentales para el empleo en las actividades comerciales. Al preferir mujeres jóvenes, se han dejado de lado variables como educación, residencia y, aunque no se especifica, también el estado civil, ya que se prefiere a las solteras. Esa demanda laboral es abastecida por un flujo continuo de jóvenes de la Zona Metropolitana de Guadalajara, localidades de los Altos de Jalisco y el propio municipio. La mayor oferta laboral es generada por las distribuidoras comerciales de capitales foráneos que cuentan con infraestructuras que contrastan con las de los establecimientos locales.

Figura 3

Nuevas estrategias de comercialización. Utilización de modelos



Fotografía de Rosario Cota.

Zapotlanejo ha visto llegar también a un gran número de vendedores ambulantes foráneos de productos relacionados con la industria del vestir, algo que antes no existía (figuras 4). En Zapotlanejo se ha consolidado una especialización comercial postmanufactura.

Figura 4
Comercio informal complementario a la industria del vestir



Fotografía de Rosario Cota.

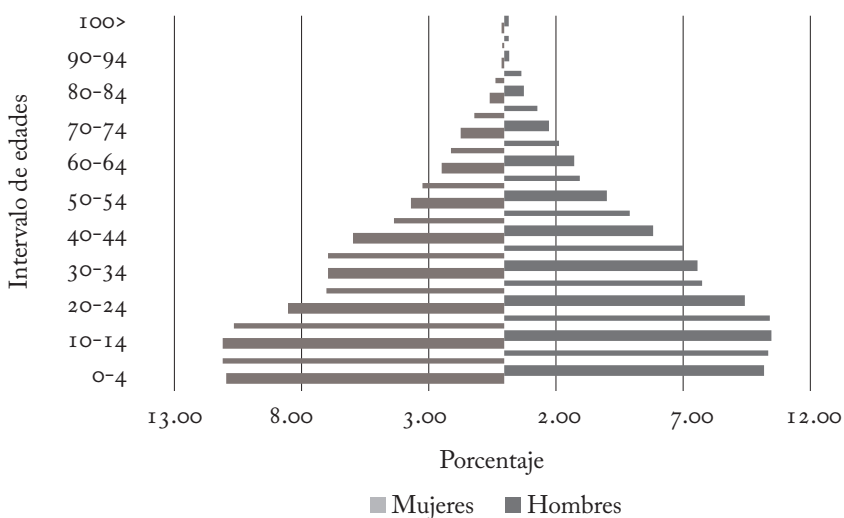
En Zapotlanejo existe una fuerza de trabajo con las características requeridas por el mercado laboral comercial. La población local es joven, la mitad de la población, hombres y mujeres, tiene hasta 24 años (tabla 3). La menor proporción de hombres de 25 a 35 años se explica, en parte, por la migración laboral a la Zona Metropolitana de Guadalajara, donde existen oportunidades de empleo para profesiones que no tienen demanda en el municipio (gráfica 3).

Tabla 3
Edad mediana¹ en Jalisco y Zapotlanejo, por sexo (2010)

Entidad	Total	Hombres	Mujeres
Total nacional	26	25	26
Jalisco	25	25	26
Zapotlanejo	24	23	24

Fuente: elaboración propia a partir de INEGI. Censo de Población y Vivienda 2010. Tabulados del cuestionario básico.

Gráfica 3
Pirámide poblacional de Zapotlanejo, Jalisco 2010



Fuente: elaboración propia a partir de INEGI. Censo de Población y Vivienda 2010. Tabulados del cuestionario básico.

¹ La mediana indica que 50% de la población está por arriba o por abajo del dato reflejado.

La expansión del comercio ligado a la importación de productos ha restringido la producción y el empleo locales manufactureros. Anteriormente, existía un gran número de puestos de trabajo manufacturero en la industria del vestido que requería de personal para hacer bastillas, pegar botones, planchar, despuntar, pegar chaquira, hacer ojales, deshebrar, etiquetar, lavar las prendas de mezclilla, empacar y doblar. En la actualidad, se contrata personal eventual para desempacar cuando llegan los cargamentos de ropa y las prendas están listas para ser exhibidas y ponerse a la venta. Se ha incrementado la demanda de trabajadores en el sector terciario y ha disminuido la demanda laboral en la manufactura (tabla 4).

Tabla 4
Zapotlanejo. Población económicamente activa ocupada
por sector de actividad (%)

Sector	2000	2010
Agricultura	21.26 %	20.90 %
Industria manufacturera	38.15 %	34.22 %
Comercio y servicios	38.92 %	44.61 %
Total absoluto	19 752	27 268

Fuente: elaboración propia con base en INEGI. Censos de Población y Vivienda 2000 y 2010. Tabulados del cuestionario ampliado.

En ese nuevo escenario, los talleres han limitado los días de trabajo, contratan personal dos o tres días a la semana, sin prestaciones, con pago a destajo y han disminuido la oferta de trabajo a domicilio. Las fábricas también han reducido su tamaño y han optado por que sus empleados se lleven las máquinas a sus casas para de esa manera mantener la producción, pero reducir costos. Las fábricas han vuelto a los esquemas de producción de la década de 1990.

Las fábricas y talleres que tienen convenios de producción con grandes almacenes departamentales —Coppel, C&A, LOB y otras— no son afectadas por esos cambios, ya que tienen la comercialización asegurada.

Transformación empresarial

La especialización comercial ha acarreado ventajas y desventajas para Zapotlanejo. Por un lado, la concentración de empresas en el municipio ha generado economías de aglomeración que facilitan la disponibilidad de los insumos en la localidad. Por otro lado, ha atraído a industrias relacionadas de otros lugares que, en muchos casos, compiten con las empresas locales.

En 2014, existían alrededor de 1 000 establecimientos comerciales dedicados a la venta de ropa al menudeo y 19 al mayoreo (Censos Económicos, 2014). En los últimos años, se han creado alrededor de 150 locales comerciales en el centro de Zapotlanejo, en un esquema de redensificación verticalizada. Desde 2010, los espacios comerciales son edificaciones atractivas y modernas (figuras 5 y 6). A pesar de lo anterior, el centro de la ciudad sigue presentando fuertes contrastes (figura 7).

Figura 5
Crecimiento vertical en el centro
de Zapotlanejo



Figura 6
Infraestructura comercial moderna
y atractiva



Fotografías de Rosario Cota.

Figura 7
Desigualdad en la zona central



Fotografía de Rosario Cota.

A pesar de la creación de plazas comerciales en la periferia de la ciudad, los compradores siempre acuden al centro. La demanda comercial ha incrementado el precio del suelo y ha comenzado el reemplazo del poblamiento tradicional: casas que cumplían la doble función de comercio y taller han sido desplazadas a zonas alejadas, de menor plusvalía.

Por su parte, los fabricantes locales han buscado consolidar su posición empresarial. En 2004, los fabricantes que formaban el «grupo de los cien» crearon la Macroplaza para la exhibición de sus productos. La Macroplaza cuenta con 114 locales, que venden sobre todo ropa de dama (60%), niños (20%) y, en menor proporción, zapatos y artículos de bisutería.

Se formó también la Asociación de Industriales Textileros de Zapotlanejo, que, en 2015, organizó la primera Punto Expo Zapotlanejo con expositores y compradores de toda la República mexicana. Hasta 2019 habían llevado a cabo tres Punto Expo Zapotlanejo, todas en el mes de julio. El requisito de participación es que sean productores nacionales. La Asociación, surgida por iniciativa de la administración pública, busca, de esa manera, enfrentar la competencia de otros productores y comercializado-

ras. De cualquier modo, la competencia ha hecho disminuir las ventas y se advierte un cambio de giro o la combinación de productos en los establecimientos (figura 8).

Una estrategia de los industriales afectados por la competencia comercial ha sido comprar en localidades especializadas en la fabricación de prendas de vestir de menor precio, como Villa Hidalgo, Jalisco y Morelón, Guanajuato.

Figura 8
Cambios o combinación de giros



Fotografía de Rosario Cota.

Un gran cambio en el municipio ha sido el desarrollo de un mercado inmobiliario de gran magnitud que ha dado lugar a importantes transformaciones urbanas: han surgido cotos residenciales, construcciones de varios pisos y fraccionamientos campestres que han modificado la forma de habitar en Zapotlanejo. La expansión residencial ha llegado hasta espacios anteriormente agrícolas y el valor del suelo se ha incrementado. En 2019, el precio por metro cuadrado era de 5300 pesos, superior al de urbanizaciones residenciales del municipio de Zapopan, el más caro de la ZMG.

Conclusiones

La especialización industrial de Zapotlanejo en la confección de prendas de vestir se convirtió, desde la década del 2000, en un factor de atracción para fábricas y, sobre todo, comercializadoras de ropa y artículos relacionados con la industria de la moda, nacionales y extranjeras. Ese proceso ha dado lugar a un modelo de especialización comercial post manufacturera que supone la tercerización de la economía local.

La comercialización de mercancía extranjera, principalmente china, por parte de las comercializadoras, resulta muy atractiva para los consumidores, de mayoreo y menudeo, que acuden a Zapotlanejo, por la variedad de prendas, diseños y precios basados en estrategias de mercadotecnia modernas y novedosas. Los fabricantes locales han sido muy afectados por la competencia, que ha hecho decrecer sus ventas. La desigualdad entre productores locales y comercializadores foráneos se advierte en la envergadura, organización y dinámica de los negocios, los beneficios de las empresas, el mercado de trabajo, los usos del espacio urbano y la dinámica residencial

El capital comercial foráneo ha dado lugar a fenómenos que han modificado la dinámica de la especialización manufacturera: reducción del empleo manufacturero e incremento del empleo en el comercio y los servicios; nuevas segmentaciones del mercado de trabajo, donde cobran relevancia el género y la edad; reducción de las ganancias para los empresarios locales; e intensificación de la competencia entre los establecimientos comerciales locales y foráneos. Además de la competencia por el mercado, se trata de la disputa por el espacio, los usos del espacio central de la ciudad y, de manera más reciente, por el espacio residencial y las maneras de habitar en el municipio.

En Zapotlanejo, la especialización comercial, es decir, terciarizada, ha generado desigualdades e incertidumbre para los productores locales que fueron los que dieron lugar a una especialización manufacturera, situación que hoy en día acentúa la brecha entre los negocios locales y los no locales.

Referencias

- Arias, Patricia. (1986). Maquila, pequeña industria y trabajo a domicilio en los Altos de Jalisco. *Revista Relaciones*, vol. 7, núm. 28, pp. 33-60.
- Arias, Patricia y Wilson, Patricia. (1997). *La aguja y el surco. Cambio regional, consumo y relaciones de género en la industria de la ropa de México*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara, Centre for Development Research.
- Arias, Patricia. (1988). La pequeña empresa en el occidente rural. *Estudios Sociológicos*, vol. 6, núm. 17, pp. 405-436.
- Arias, Patricia. (1988a). El empleo a domicilio en el medio rural: la nueva manufactura. *Estudios Sociológicos*, vol. 6, núm. 18, pp. 535-552.
- Arias, Patricia. (1998). El trabajo femenino a domicilio, ayer y hoy. *Sociológica*, vol. 13, núm. 37, pp. 77-98.
- Arias, Patricia y Durand, Jorge. (1996). Dos modelos de industrialización rural durante el Porfiriato. *Espiral Estudios sobre Estado y Sociedad*, vol. 2, núm. 6, pp. 141-160.
- Cota, Rosario. (2012). *Reestructuración y redes productivas en la industria de la ropa en Zapotlanejo, Jalisco. 1994-2003*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- Cota, Rosario. (2004). Estructura organizacional de las empresas de la confección en Zapotlanejo, Jalisco. *Problemas del Desarrollo Revista Latinoamericana de Economía*, vol. 35, núm. 138, pp. 155-176.
- INEGI. (2000). *Censos de Población y Vivienda. Resultados Definitivos*. Aguascalientes: INEGI.
- INEGI. (2010). *Censos de Población y Vivienda. Resultados Definitivos*. Aguascalientes: INEGI.
- INEGI. (2014). *Censos Económicos*. Aguascalientes: INEGI.
- INEGI. (2015). *Directorio Estadístico Nacional de Unidades Económicas*. DENUE. Aguascalientes: INEGI.
- Porter, Michael. (1998). Cluster and the New Economics of Competition. *Harvard Business Review*, vol. 76, núm. 6, pp. 77-90.

- Rabellotti, Roberta y Pietrobelli, Carlo. (2004). *Upgrading in Clusters and Value Chains in Latin America: The Role of Policies*. Washington: Interamerican Development Bank.
- Rodríguez, Jorge, Bernal, Manuel, Cota, Rosario y Ortíz, Pablo. (2016). *Aglomeraciones Productivas en espacios locales: el caso de Jalisco*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- Tello, Mario. (2008). *Desarrollo económico local, descentralización y clúster: Teoría, evidencia y aplicaciones*. Lima: Editorial Pontificia Universidad Católica del Perú.

Trabajo y producción especializada. Los tacos de canasta de San Vicente Xiloxochitla, Tlaxcala¹

HERNÁN SALAS QUINTANAL
HÉCTOR DANIEL HERNÁNDEZ FLORES

Introducción

San Vicente Xiloxochitla es un típico poblado rural del centro de México: urbanización desordenada, viviendas autoconstruidas en terrenos colindantes con los de cultivo, actividades de traspatio y servicios precarios, pequeños comercios, papelerías, café internet, tiendas de regalo, abarrotes, panaderías, estéticas, talleres de bicicletas, estudios de fotografía, molino y combis o minivans que sostienen la locomoción colectiva, todo en torno a la iglesia, la escuela primaria, el comisariado ejidal y la presidencia de la comunidad. Una particularidad, sin embargo, lo distingue de otros poblados rurales: el inconfundible y cautivador aroma a tacos de canasta.

El objetivo de este trabajo es analizar las transformaciones experimentadas en una localidad rural que ha dejado de lado la agricultura y cuyos habitantes se han dedicado a otras actividades productivas y comerciales. A partir de un estudio etnográfico, nos proponemos describir y analizar un fenómeno de especialización productiva y comercial no agrícola

¹ Este artículo es resultado de la investigación titulada *Estudio etnográfico de pueblos rurales del sur de Tlaxcala especializados en actividades productivas no agrícolas*, financiada por PAPIIT UNAM (clave IN 303419).

en San Vicente Xiloxochitla, municipio de Nativitas, Tlaxcala, que se dedica a la fabricación y venta de tacos de canasta.

El estudio de las comunidades rurales del sur de Tlaxcala permite observar transformaciones que definen las formas actuales de la sociedad rural en la diversidad y discontinuidad de lo que podría denominarse sociedad *ex-campesina*, donde era común la articulación industria-agricultura y ahora, en cambio, se fortalecen las relaciones agricultura-servicios, ruralidad-urbanidad, producción-consumo. El estudio de lo rural se enmarca en contextos mayores de pluralidad que lo vinculan con lo industrial, lo urbano, lo moderno y lo global.

La investigación se sitúa en una localidad del municipio de Nativitas, ubicado al sur de Tlaxcala. Las reflexiones son resultado de una investigación que ha contribuido a entender la relación local-global desde la perspectiva de las transformaciones sociales a partir de la experiencia de las poblaciones. Se desarrolla bajo una metodología característica de la antropología y las ciencias sociales que combina técnicas de trabajo de campo, información etnográfica y estudios de caso. Para realizar el estudio, establecimos vínculos estrechos con familias cuyos miembros residen en varias comunidades pertenecientes al municipio de Nativitas, y en cuyas casas pasamos las temporadas de campo.

Con un enfoque etnográfico y una metodología de trabajo de campo, realizamos entrevistas entre los años 2015 y 2018. Entrevistamos a jefes de hogares que se dedican a la elaboración de tacos de canasta; a mujeres, especialmente jóvenes, que participan en la producción; y a los varones que se encargan de la distribución y venta. Entrevistamos a los fabricantes de tortillas y al presidente de la comunidad para obtener una visión más amplia de las transformaciones que ha experimentado el pueblo desde que iniciaron las taquerías. Las preguntas que guiaron el trabajo de campo fueron: ¿Cómo han sido trastocados los modos de vida, las cotidianidades y las formas de organización familiar de las poblaciones en estos pueblos? ¿Cómo se organiza la producción y venta de tacos de canasta a manera de actividad económica principal en San Vicente Xiloxochitla?

Este trabajo es parte de una investigación antropológica más amplia, cuyo objetivo es repensar las ruralidades a partir de las transformaciones locales, tomando en cuenta la reorganización socioespacial para el uso del territorio, los recursos naturales, el acceso al trabajo, las respuestas económicas y la recomposición de la familia rural. Se busca explicar los procesos que caracterizan la reproducción material y simbólica de esas sociedades. La hipótesis parte del supuesto de que la pérdida de centralidad del trabajo agrícola como articulador de la vida económica y social de las familias rurales no es suficiente para explicar la especialización en la producción de bienes y servicios de las poblaciones rurales, porque esta responde a una etapa diferente de articulación de lo local con lo global en el marco del sistema capitalista contemporáneo.

La sucesión y superposición de actividades agropecuarias y asalariadas han sido alternativas para los nativitenses y sanvicentinos a lo largo del tiempo. El ejido cubre una parte de las necesidades de la familia y abastece de alimentos al mercado regional. Al mismo tiempo, los pueblos que conforman el municipio se consolidaron como núcleos urbanos que demandaban servicios y productos manufacturados. La transformación de la composición del ingreso familiar, con la incorporación de ingresos monetarios, generó una diversificación de la oferta de servicios y un crecimiento del sector terciario que ha desplazado al agrícola. La pluriactividad surge no solo como una opción frente a la contracción de las actividades agropecuarias, sino como una necesidad de la propia población.

Durante décadas, el corredor industrial Puebla-Tlaxcala generó *empleos clásicos*² para la población rural (de la Garza, 2010). Posteriormente,

² Estudios sobre el concepto de *trabajo* concluyen que:

Dos concepciones teóricas, relacionadas con el avance del trabajo asalariado en las sociedades modernas, llevaron a la visión restringida del concepto de trabajo, una fue la neoclásica para la cual no hay otro trabajo a considerar sino el asalariado, el que se compra y se vende por un salario [...] La otra fue la marxista clásica, para la cual el concepto de trabajo no quedaba restringido al salario, se reconocía como trabajo a toda actividad relacionada con la riqueza material de la sociedad, no sólo con la ge-

la flexibilidad laboral, las migraciones, el uso desmesurado de los recursos naturales y la explotación de la mano de obra pusieron en evidencia los límites de ese efímero proceso de desarrollo.

A partir de la década de 1990, y como resultado de ajustes estructurales en la economía, la globalización y la fragilidad de los proyectos de desarrollo nacional, la región experimentó grandes cambios. La industria automotriz comenzó un proceso de fragmentación industrial que desmontó y trasladó el proceso productivo a pequeñas y medianas fábricas en un nuevo corredor industrial que va desde San Martín Texmelucan hasta las ciudades de Puebla y Tlaxcala. Se crearon pequeños talleres domiciliarios para la fabricación de partes vehiculares y otras manufacturas como juguetes, zapatos, artesanías y, principalmente, prendas de vestir.

Esa modalidad de fabricación en empresas y microempresas ha desarticulado el empleo en las grandes industrias y la flexibilidad ha tendido a diversificar la participación laboral de las familias en los servicios, en los trabajos precarios, en los informales y en los temporales, en un contexto marcado por «la importancia de los trabajos no clásicos [que se han] incrementado» (de la Garza, 2010: 16). A la par, se han diversificado, mas no aumentado, los ingresos, las formas de contratación y la temporalidad de los empleos.

Desde la década de 1990 se planteaba que las estructuras de reproducción material del capitalismo global eran resultado de la transición del Estado-Nación al Estado transnacional, integrado a los capitales globales, en calidad de instrumento de regulación de los intereses del capital financiero transnacional, en la reformulación política de las instituciones estatales

neración de valores de cambio. Sin embargo, el fenómeno socioeconómico de avance del trabajo asalariado capitalista en el siglo XIX que sirvió de terreno empírico a los neoclásicos para pensar el concepto restringido de trabajo, implicó para el marxismo no la exclusividad pero sí el privilegio del trabajo asalariado capitalista, que es una de las formas del trabajo asalariado, el que implica, además de la compra-venta de fuerza de trabajo, el que el trabajo genere valores de uso dedicados al intercambio en el mercado (de la Garza, 2010: 15-16).

y en la reorganización de las estructuras sociales con la internacionalización de las economías domésticas (Myhre, 1994), como se constata en localidades rurales que se especializan en la fabricación de mercancías para diferentes círculos comerciales.

Harvey (2004) argumentaba que en la globalización el desarrollo capitalista requiere de ajustes espacio-temporales. La expansión geográfica y el desplazamiento temporal del capital globalizado crean un paisaje físico a su imagen y semejanza, por lo que Harvey propone concebir el cambio en la economía política del capitalismo tardío en «los signos de cambios radicales en los procesos laborales, los hábitos del consumidor y las configuraciones geográficas y políticas» (Harvey, 2012:143), al igual que en las formas de apropiación del territorio, de explotación de los recursos naturales, de identificación social, de convivencia y de desigualdad.

La desagrarización, cuya contraparte ha sido la pluriactividad laboral, no significa necesariamente el desarraigo cultural a un modo de vida. Si reducimos la vida rural a la actividad económica, entonces tendríamos que aceptar la idea de una desruralización, pero la vida social es compleja y observamos dinámicas socioculturales, productivas y organizaciones domésticas y familiares que no solamente perduran, sino que se han fortalecido como mecanismos de sobrevivencia. La especialización en la fabricación de tacos de canasta en talleres familiares en San Vicente Xiloxochitla es un ejemplo de las formas actuales de ruralidad. Ante transformaciones estructurales en el ámbito mundial —fragmentación o desindustrialización, incremento de empleos en servicios y comercio, expansión y cambios en el consumo— las localidades rurales han experimentado la desarticulación de sus formas de producción agrícola, la relocalización de la producción y los mercados, una generalizada flexibilización y los consecuentes flujos de la fuerza laboral.

En la actualidad, los productos de actividades agropecuarias representan una parte, y no siempre la más importante, de los ingresos familiares, y ponen de manifiesto las diferencias con el pasado, cuando las regiones rurales se organizaban productivamente a través de la agricultura, cuyos actores centrales eran los campesinos, sujetos que accedían a la tierra don-

de cultivaban sus alimentos y bienes para el intercambio, ocupaban fuerza de trabajo del núcleo familiar y concentraban a la población en unidades domésticas de producción, consumo y reproducción.

A pesar de la precariedad laboral y económica, el deterioro social y ambiental, el pluriempleo y la inserción en mercados laborales amplios y diversos, las poblaciones no se han desruralizado. Lo anterior es una paradoja de los pueblos rurales que «son claramente urbanizados y modernizados, pero al mismo tiempo mantienen maneras de vivir y entender la vida muy distintas a lo que esperamos desde un contexto urbano» (Magazine y Martínez, 2010: 14).

San Vicente Xiloxochitla, un pueblo del valle Puebla-Tlaxcala

El municipio de Nativitas se ubica en el suroeste del estado de Tlaxcala. Sus tierras agrícolas son atravesadas por la autopista que une las ciudades de México y Puebla. Las viviendas y el núcleo urbano de la cabecera municipal se organizan en torno al camino que, de oeste a este, va de San Martín Texmelucan, Puebla, un importante centro de comercio regional, hasta la ciudad de Tlaxcala. Junto a las viviendas se extienden los campos de cultivo, colonias, iglesias y capillas, en las que se cultiva la fe y se estructura el poder comunitario.

San Vicente Xiloxochitla contaba, en 2010, con una población de 2 418 habitantes. La población económicamente activa estaba formada por 887 personas: 660 hombres y 227 mujeres. El promedio de escolaridad de la población era de 8.2 (segundo de secundaria). La población de 12 a 60 años estaba formada por 1 569 personas, de las cuales 721 eran hombres y 748 mujeres (INEGI, 2010).

Nativitas es uno de los municipios más antiguos de Tlaxcala que durante la colonia se fundó con población española asociada a la construcción del convento franciscano.³

³ Los restos del convento franciscano se ubican en la actual cabecera municipal del municipio, Santa María Nativitas, y fue fundado entre los años 1569 y 1570.

El reparto agrario y la creación de ejidos en el municipio de Nativitas llevaron varias décadas, después de 1910; sin embargo, el ejido ha conducido la vida productiva, la distribución y el acceso a los recursos naturales —agua y tierra—, así como la organización social, territorial y política del municipio hasta iniciado el siglo XXI. De las 4 234 hectáreas sembradas, 3 920.59 (92.58 % de la superficie cultivable del municipio) están ocupadas por los ejidos y pequeñas propiedades (INEGI, 2007).⁴ Los ejidos forman patrones residenciales y pueblos, algunos de los cuales preceden a la conformación de los ejidos.

A mediados del siglo XX, los Gobiernos federal y estatal establecieron un corredor industrial en el valle Puebla-Tlaxcala, el cual permitía aprovechar la fuerza de trabajo de bajo costo y la infraestructura vial y de comunicaciones, que facilitaban el acceso a los mercados urbanos, lo que generó una particular articulación entre las actividades agropecuarias e industriales (Pérez y Valdivieso, 1990; Terrazas, 2005; Salas y Rivermar, 2011).

En la década de 1960, se instalaron la Siderúrgica Hojalata y Lámina S.A. (Hylsa, hoy Ternium), la Petroquímica Industrial Texmelucan, la planta de vehículos Volkswagen y se construyó la autopista México-Puebla que conectó la capital del país con las ciudades de Puebla, Tlaxcala y el puerto de Veracruz (Flores, 1993: 143-45).

Los vecinos de los pueblos no dejaron de ser ejidatarios ni campesinos, su producción de subsistencia les permitió convertirse en proveedores de fuerza de trabajo y alimentos para la creciente clase trabajadora urbana-industrial. Los sanvicentinos de Nativitas recuerdan que las empresas contrataban vecinos de las localidades con cierto grado de escolaridad.

⁴ En la entidad existen 4 130 unidades productivas, de las cuales 1 336 son de pequeña propiedad y 2 583 ejidales. La unidad de producción se refiere al conjunto formado por los terrenos, con o sin actividad agropecuaria o forestal en el área rural, o con actividad agropecuaria en el área urbana, siempre y cuando se trabajen bajo una misma administración y se haga uso de los mismos recursos, maquinaria, instrumentos de labranza y mano de obra (INEGI, 2007).

Con el tiempo, la combinación agrícola-industrial se complicó por la presión sobre la tierra, su baja rentabilidad y el crecimiento de las familias.

En la década de 1960, se inició la migración laboral de jóvenes a las ciudades de Tlaxcala, Puebla y México. Las grandes urbes atraían a la población rural por su oferta laboral, su acceso a servicios y sus oportunidades para ahorrar y comprar tierra en sus lugares de origen y así mejorar el nivel de vida. Estaban los que acudían diariamente a las industrias del corredor industrial poblano-tlaxcalteca y San Martín Texmelucan y los que se instalaban en la Ciudad de México, donde trabajaban en el comercio informal, el servicio doméstico, la construcción, los talleres mecánicos y las fábricas.

Los ingresos monetarios permitieron comprar derechos parcelarios, hacerse de ganado, maquinaria agrícola y la construcción de corrales, la instalación de pequeñas tiendas y la compra de un local o un vehículo de trabajo.

En otros casos, el ingreso monetario se destinó al mantenimiento cotidiano: manutención de hijos o padres, requerimientos escolares, urgencias de salud y compromisos para las fiestas y otras obligaciones comunitarias. Ese proceso comenzó a desarrollar destrezas para combinar diferentes actividades laborales, fuentes de ingreso y recursos en los ámbitos rural y urbano.

En la actualidad existe una producción importante de forrajes y cultivos de maíz y amaranto, pero no pertenecen a las familias sanvicentinas, que ya no trabajan en la agricultura y las han vendido, rentado o entregado en mediería a vecinos de Santa Apolonia Teacalco y Santiago Michac.

San Vicente Xiloxochitla y la historia de los tacos de canasta

Los habitantes de San Vicente Xiloxochitla coinciden en que la preparación de tacos de canasta se inició en la década de 1950. Las personas de mayor edad señalan que se desarrolló cuando se redujeron los apoyos gubernamentales, se debilitaron las condiciones para la producción agrícola, se limitó el empleo en las fábricas de la región y cayeron los salarios.

Desde mucho antes la agricultura no cubría la subsistencia de las familias. Esa labor se combinaba con la recolección de tule o junco, que crecían en las zanjas y canales, con los que tejían petates,⁵ canastas y otros; se aprovechaba también el ixtle⁶ de las pencas de maguey que utilizaban los productores de pulque. Esos productos, que se comerciaban en los mercados cercanos de Zacatelco y Nopalucan, comenzaron a ser desplazados por el uso de colchones, cobijas, alfombras y otros objetos fabricados con nuevas fibras.⁷

Algunas familias probaron suerte, sin demasiado éxito, en la preparación de garapiñados para su venta fuera del pueblo. Debido a las crecientes necesidades de ingresos, los habitantes de San Vicente Xiloxochitla y la colonia vecina, San Francisco Tenexyecac, encontraron en la fabricación de tacos de canasta y su andariega distribución y venta en bicicleta, una forma de sobrevivir en y desde el medio rural.

Existen diversas conjeturas sobre el origen de los tacos de canasta, también conocidos como «tacos sudados». Estudios de sociolingüística han permitido indagar sobre el origen de los tacos. Se supone que la palabra náhuatl *ihதாகatl* o *itacate*, que significa «lo que se lleva», fue identificado, a partir de su sonido, con la palabra *taco*, que para los españoles significa «cáñamo o cilindro de trapo usado para apretar escopetas», o «taco de las

⁵ Petate (del náhuatl *petlatl*) es un tipo de alfombra o estera que se utiliza para dormir, tejida con una fibra natural llamada tule (junco), nombre que refiere a diversas plantas de tallos largos y fibrosos que crecen a orillas de lagos y ríos. La elaboración de objetos con ese material recuerda el ecosistema de la región, rodeada de lagunas y arroyos provenientes del deshielo de los volcanes, que se modificó paulatinamente hasta la década de 1960, bajo la política de desecación de humedales para ampliar la frontera agrícola. Para las poblaciones locales, significó la pérdida de recursos naturales como la mencionada fibra.

⁶ El ixtle es una fibra vegetal de gran resistencia derivada de la planta del agave, elaborada con las hojas del maguey que se emplea en México para fabricar tejidos, cuerdas y redes conocidas como ayate.

⁷ Información de Larissa Elizalde, cronista del municipio, en: <<http://nativitas.gob.mx/web/Contenido.php?seccion=11&lat=46>> (consultada el 28 de febrero de 2019).

botas». Se utilizaba coloquialmente para tragos de vino o bebidas: «Echemos quatro tragos», pero terminó siendo relacionado fonéticamente con cualquier bocado o alimento ligero: «tomar un taco», «vamos a echarnos un taco» (Dakin, 2009: 351-354). En cualquier caso, tanto la palabra *itacate*, de origen náhuatl, como *taco*, del español popular mexicano, se atribuyen a una práctica de alimentación usada por las poblaciones indígenas. Estas palabras se modificaron y derivaron al uso coloquial para designar la comida que durante la colonia se generalizó a toda la población.

En las descripciones del *itacate* se menciona que se trata de un paquete o canasto donde se mandaban tortillas dobladas rellenas de guisados a los hombres que trabajaban en el campo. Lavín (2012) menciona que ese almuerzo era colocado al centro, en una pequeña canasta de mimbre donde, en varias servilletas, se habían envuelto los tacos doblados a la mitad, colocándolos de dos en dos y formando un círculo. Antes de guardarlos dentro del cesto, los tacos se barnizaban con manteca caliente y eran ligeramente adobados con una salsa de chiles criollos secos para que se mantuvieran tibios a la hora de consumirse. Esas características fueron referidas en las acepciones de los primeros diccionarios regionales, que especifican que por «tacos de maíz» se entiende aquella comida ligera e improvisada, alimento del pueblo, preparada por lo común en una «tortilla enrollada». Esto, a su vez, alude a la etimología del español castellano de *tortilla* (diminutivo de *torta*), no por su forma, sino por la función de un bocado que se toma fuera de la comida (Santamaria citado en Dakin, 2009: 355).

Para el caso específico de los tacos de canasta, la hipótesis más cercana ha sido atribuirlos a la preparación utilizada para alimentar a los mineros en regiones de Zacatecas, Guanajuato y Pachuca. Hasta el interior de la mina les bajaban el almuerzo en canastas y los guisos iban envueltos en tortillas y trapos para mantener la temperatura. Los «tacos sudados» o el *itacate* se popularizaron como alimentación de las clases obreras y populares (Pilcher, 2008: 28).

Ser taquero en San Vicente Xiloxochitla

En la década de 1950, hubo jóvenes que fueron a la Ciudad de México a vender garapiñados de cacahuates. Allí, cerca de la Villa de Guadalupe, conocieron a una señora que los empleó como ayudantes para la preparación de tacos que vendía en la plaza a visitantes y peregrinos. Una vez que aprendieron, buscaron la manera de expandir el negocio y decidieron fabricar tacos para venderlos en San Vicente y en los pueblos de la región. Otras versiones mencionan a otra precursora, una mujer de Guadalajara.

Como quiera que haya sido, a las tres familias iniciales se sumaron más de diez y así los habitantes del pueblo se fueron especializando en esa actividad que requería bajos costos de producción, al mismo tiempo que aumentaba la demanda en diversas ciudades del centro de México. Con el paso del tiempo, la venta de los tacos de canasta se ha expandido a localidades y ciudades de los estados de Tlaxcala, Puebla, Ciudad de México, Veracruz, Querétaro, Aguascalientes, San Luis Potosí, Guanajuato, Guerrero e incluso a Estados Unidos.

María, vecina de San Vicente de 74 años, es viuda y vive con una hija soltera que es comerciante y dos hijos que venden tacos.

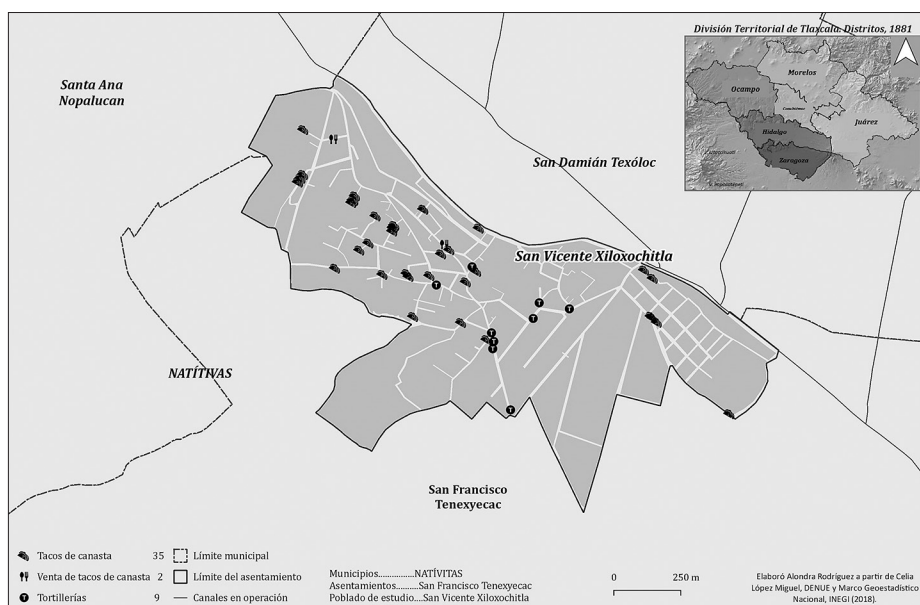
Mi marido era campesino, pero también muchos años trabajó vendiendo tacos de canasta [...] no yo no, bueno le ayudaba, pero el que vendía era él [...] tres de mis hijos también le aprendieron a mi marido lo del oficio y les gustó, gracias a Dios [...] uno de ellos se fue a vender ahí al otro lado, sí, ahí tiene su trabajo, le va bien, gracias a Dios [...] los otros dos, uno es de aquí, el otro está en México también.

Los tacos de canasta son parte de la identidad de San Vicente Xiloxochitla y Tlaxcala, reconocida en todo México. Desde 2005 se realiza la Feria del Taco de Canasta de San Vicente Xiloxochitla. La feria se lleva a cabo el primer domingo de diciembre, que coincide con la celebración de san Vicente, santo patrón del pueblo.

En la feria del taco se combinan las actividades de las tradicionales fiestas del santo patrón — misas, procesiones, cuetes, juegos mecánicos, dan-

zas, recepción de peregrinaciones de localidades cercanas, fuegos artificiales y coronación de reinas— con aquellas donde los taqueros regalan tacos de canasta a todos los visitantes. En el 2018, las autoridades de San Vicente Xiloxochitla declararon que habían sido regalados más de 100 000 tacos, entre los más de 10 000 visitantes a la feria y las fiestas (figura 1).⁸

Figura 1
Ubicación de puestos de tacos y tortillerías en San Vicente Xiloxochitla



Fuente: elaboró Alondra Rodríguez a partir de Celia López Miguel, DENUE y Marco Geoestadístico Nacional, INEGI (2018).

⁸ Declaraciones a la prensa del presidente municipal de Nativitas (Castañón, 2017; Martínez, 2018).

La rutina taquera

En San Vicente, todas las mañanas, a partir de las seis horas se ve transitar y salir del pueblo a decenas de taqueros en bicicletas, motocicletas y carros con sus canastos cubiertos con un hule azul o verde, y en el costado dos frascos de salsas (verde y roja), que se dirigen a diversos puntos del centro de México. La historia de Gerardo es ilustrativa.

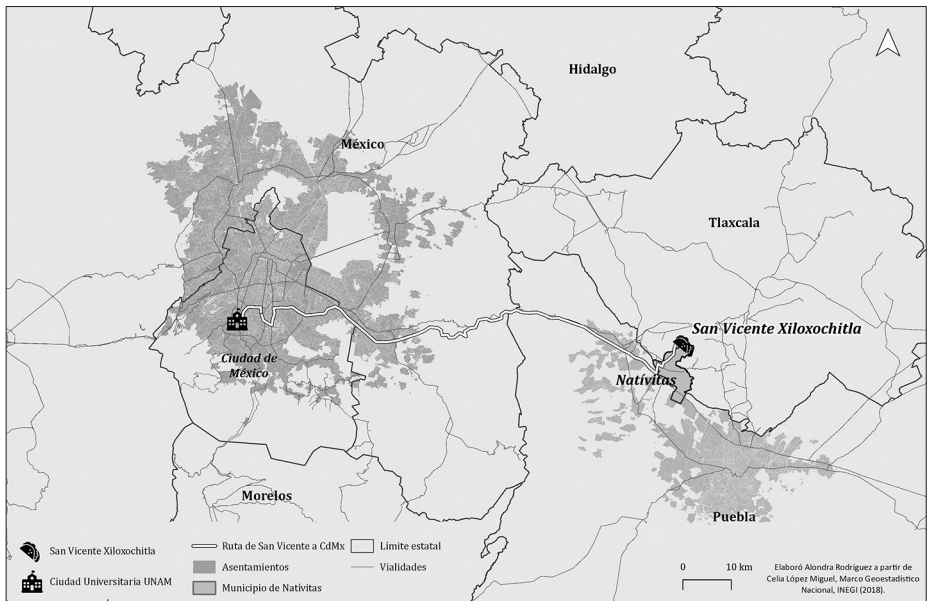
Gerardo y su familia se levantan muy temprano a preparar todo lo necesario para elaborar los tacos. Es el último día de la semana y él quiere regresar lo más pronto posible de vender, de manera que antes de que su familia termine de recalentar, preparar las salsas y picar lo que hace falta, él ya ha preparado una canasta de mimbre de aproximadamente 80 centímetros de diámetro, ha regresado de comprar tortillas, en una de las tortillerías de San Vicente Xiloxochitla, que trabajan de lunes a viernes desde las cinco de la mañana, y ha envuelto las paredes interiores de la canasta con plástico, tela y papel. Los tacos que venden son de guisados sencillos de frijol, papa, chicharrón o pipián, hechos por su madre y padre la noche anterior. Ellos se encargan también del proceso final de los tacos, que consiste en rellenar las tortillas que remojan ligeramente en una preparación de manteca y chile guajillo, así como en distribuirlos, intercalados con cebollas rebanadas dentro de las canastas.

Mientras tanto, Gerardo y otro de sus hermanos de 17 años, recortan papeles, envuelven platos de plástico con bolsas y rellenan frascos con salsa de tomate verde. El proceso finaliza al vaciar una cantidad importante de aceite caliente sobre el contenido de las canastas de aproximadamente 15 a 20 kilogramos, las cuales se envuelven inmediatamente con tela y plástico. Casi a las 7 am, Gerardo y su hermano salen a vender.

Su hermano va en bicicleta a localidades de Tlaxcala y Puebla, mientras que Gerardo, en motocicleta, se dirige a la Ciudad de México en un recorrido de más de 240 km, en los que atraviesa el municipio de Nativitas y continúa por la autopista México-Puebla hasta la capital, donde recorre algunas avenidas hasta llegar a la calzada de Tlalpan y las cercanías de la Ciudad Universitaria de la UNAM (figura 2). Gerardo no tiene un lugar fijo de venta, sino que ha trazado una ruta a lo largo de este último

tramo, donde realiza paradas de 20 a 40 minutos en lugares que ha ido seleccionando desde hace dos años: escuelas, oficinas, fábricas, paraderos de autobuses, estaciones del metro y, dependiendo del día de la semana, mercados y tianguis. En cada lugar espera a que se acerque la gente, ya que ha ido formando una clientela, pero con la cual no establece una mayor interacción que la venta de tacos.

Figura 2
Rutas de comercialización de tacos de canasta desde San Vicente hasta el sur de la Ciudad de México



Fuente: elaboró Alondra Rodríguez a partir de Celia López Miguel, DENUE y Marco Geoestadístico Nacional, INEGI (2018).

Gerardo señala que debido a que es un trabajo informal tiene que estar en constante movimiento, pues no cuenta con permisos de salubridad y manejo de alimentos. En más de una ocasión lo han detenido y quitado el dinero y su carga con el argumento de llevarlo con alguna «autoridad»

de la ciudad. Debido a eso, pocas veces se queda en la ciudad más allá del tiempo que ocupa en la venta o compra ocasional de alguna mercancía, casi siempre una torta o alguna comida en la calle, aunque prefiere evitar el tráfico de regreso y comer hasta llegar a su casa. Antes de las 2 pm y después de recorrer unos 15 lugares, Gerardo vende todos los tacos. La venta no siempre es exitosa, en un mal día puede regresar con 300 pesos y en buen día la venta podría ser de 1200 pesos. Gerardo descuenta los gastos de elaboración, la gasolina, refacciones y sueldos de la familia para calcular su pago, que fluctúa entre 800 y 1200 pesos a la semana, por diez o doce horas de trabajo diario.

Germán tiene 44 años, tiene trunca una carrera de ingeniería civil. Está casado desde los 30 años, tiene dos hijos y posee una carnicería, después de diez años como vendedor de tacos de canasta. Comenzó a trabajar a los 20 años como vendedor de tacos de canasta en el negocio familiar, además de estudiar y participar en la parcela ejidal. Su carrera quedó inconclusa cuando comenzó a vender tacos un par de días a la semana y luego todos los días:

Mi familia siempre se ha dedicado a eso, pero yo quería ir por otro lado [...] igual cuando eres chavo aquí es muy fácil entrarle [a la venta de tacos] y es una feria [dinero] segura. Yo como estudiaba solo ayudaba ahí en el terreno de mi papá [...] Cuando empezaron los gastos fuertes de la universidad me puse también a vender un rato [...] Pues como que ya se me hizo difícil seguir estudiando, mejor me dediqué a lo de la venta [...], trabajé desde los 20 y ya cuando me casé comencé con lo de la carnicería [...], pues la carnicería está desde el 2003-2004, creo, ¡ah chinga!, ya ni me acuerdo [...], pues se gana lo que trabajes, los tacos siempre dejan, pero yo como les vendo a los que venden, pues también me va bien, gracias a Dios [...], no, no es por lo de la bicicleta, pues quieras o no si estás sano, al contrario, la bicicleta, pues es ejercicio, ¿no?, yo ya quería tener familia y preferí invertir en algo que dejara más [...], a un tío le aprendí lo de la carnicería, vi que el negocio estaba bueno, por lo que te digo de que aquí pues la mayoría de los negocios son para

lo mismo de los tacos, como ves, hay muchas verdulerías, tortillerías, canasteros, así que, gracias a Dios, nos va bien a todos.

Yuset tiene 22 años y solo concluyó la educación primaria, porque desde los 12 años comenzó a trabajar en la venta de tacos. Es el mayor de dos hermanos y, aunque su familia cuenta con una parcela ejidal, todos se dedican a la elaboración y venta de tacos de canasta. La parcela la rentan a familiares del municipio colindante de Santa Ana Nopalucan. Yuset dice:

pues siempre he estado en esto de los tacos de canasta, es de familia [...], ya desde antes ayudaba ahí en la casa, así que pues, ya después trabajé en esto [...], pues la escuela ni sirve, muchos estudian y no hacen nada [...], terminé la primaria y pues ya, me puse a trabajar como todos [...], antes ayudaba, ya después, cuando aprendí bien a andar en bici, comencé a repartir [¿Qué edad tenías?], trece creo. Hay mucho trabajo y eso es bueno, ¿no? [...], a donde sea, aquí y allá, estamos en todos lados, donde veas una bicicleta ahí estamos. [¿Es conveniente?] Depende, pero pues un rato unas cuatro o cinco horas, algo no mucho, que serán, unos 1500 pesos a la semana, si cargas mucho vendes mucho, si cargas poco pues eso ganas, [aquí] somos afortunados de que tengamos trabajo y que seamos los que inventaron los tacos de canasta, así nos va bien a todos.

El éxito, dicen los taqueros, reside en varios factores: se trata de una actividad simple, que no requiere demasiadas horas dedicadas a la preparación ni a su venta; es comida rápida y barata, de consumo masivo y popular en el país, que no requiere publicidad. El oficio de taquero se aprende en el hogar y se transmite entre amigos y vecinos.

Alejandro tiene 18 años y es el menor de dos hermanos. Sus padres son comerciantes de materias primas para los tacos de canasta (abarrotes, verduras, chiles, suministros de papel, plástico, etcétera). Ellos no son ejidatarios ni han desarrollado actividades agropecuarias. Alejandro estudió hasta el primer semestre de bachillerato en el Cecyte de Nopalucan y comenzó a trabajar a los 14 años. Cuenta Alejandro:

empecé a trabajar con un familiar, él me llevó a trabajar de ayudante de albañil [...] la verdad no era muy bueno [para estudiar], y como desde chico he sido algo rebelde, mis padres me pusieron a trabajar, pero estuvo bien, me gusta [...], estuve como dos años [de albañil], pero no me gustó, pues, no tanto, pero no me gustaba porque tenía que ir a lugares y quedarme, luego íbamos a hacer algo a México, o por ahí, y en la obra nos teníamos que quedar una semana o más, hasta que acabábamos [...], después estuve con otro familiar que tiene una tortillería, ahí estuve un año también, creo, ya después mi familia me jaló para acá [tienda], y tiene como un año que empecé con lo de los tacos [...], la chamba es de un vecino, aquí hay mucho trabajo de eso y sí, está bien [...], es algo fácil, vas aquí y allá, unas horas y ya regresas [...], me gusta porque me muevo todo el tiempo, bueno, solo trabajo por días, pero pues está bien, me gusta también salir de aquí, ver el camino y así, cosas que pasan cuando vas en la bici [...], pues unos días aquí cerca, a Nopalucan o Texoloc, pero hay veces que, si se necesita, me mandan más lejos [...], pues unas horas, eh, salgo a las ocho o nueve [mañana] y regreso a las tres o cuatro [tarde], luego la verdad me hago bien wey, porque si no aquí me ponen a trabajar [se refiere a la tienda familiar], si estoy muy temprano, depende, a mí siempre me pagan casi lo mismo, 500 pesos por un par de días, está bien, algo es algo.

Alejandro percibe la actividad taquera como exitosa:

siento que la gente de aquí se cree mucho, como que hacen de menos a los demás pueblos, [porque] pues la neta lo de los tacos deja bastante, a mi familia le va bien, no nos quejamos, y a muchas familias igual, entonces como saben que hay [dinero], la gente se aprovecha y todos hacen lo mismo, basta con que ganen un poco para que se sientan más que los demás y eso no me gusta.

No existen grandes diferencias en cuanto a la elaboración, ingredientes, tamaño o color de los tacos. Puede variar el sabor, lo cual es motivo de conversaciones cotidianas entre vecinos y parientes. El sabor de las salsas forma parte del prestigio de algunos taqueros, pero el éxito final,

que es la venta, depende de las capacidades y de los deseos de cada familia para generar sus propios ingresos. Mauricio refleja el cambio de mentalidad detrás del cambio laboral, que es dejar de ser campesino, tener dinero y ser independiente:

Hay muchos que han preferido dedicarse a lo de los tacos, pues, desde hace mucho, ya no se gana nada con el campo. En mi familia, incluso, mejor vendieron, pues ya no les dejaba nada, así los jóvenes de por acá prefieren, si no en los tacos, otros trabajos que les dejen más, eso ha permitido que muchos salgan, y sí cambia mucho como piensan, si bien sigue siendo en muchas formas un pueblo, pues ya hay más apertura de repente [...], pues yo fui el primero de por acá, no solo en poner una estética, sino en aceptar que sí, que era gay, pues para mí creo que fue fácil, porque en mi familia nunca me limitaron o me decían algo, creo que más bien era yo que no me aceptaba [...], pues saben que trabajo, a mí no me gusta pedirle a nadie y el trabajo me ha dado esa posibilidad, además, como mucha gente viene a cortarse el pelo, pues te van conociendo y pues ya no se les hace raro, incluso muchos de aquí son mis amigos, y pues ya te enteras de que cada vez hay más que se destapan como algo normal, ¿no?

Respecto de la importancia de la independencia, Sofía, de 22 años, señala:

Pues antes mi «esposo» y yo salíamos a otros lados, pues aquí no hay mucho, sobre todo si eres joven, debes de ir a otro lado a divertirte [...], pues luego por la niña, pero luego también aquí la gente tiene ideas, así muy viejas, creen que si uno sale [trabajo], anda buscando algo [infidelidad] [...] Yo antes trabajaba, pero me junté y ya ahorita es difícil, la familia de él [Raúl], le molesta que lo haga, y pues él ya no quiere, antes sí [...], pues gana bien [Raúl], pero también quiero ayudar, soy joven y puedo trabajar.

Una de las ideas más extendidas sobre la educación es que la mayor escolarización y el acceso a diferentes fuentes de trabajo han empodera-

do a las mujeres jóvenes de San Vicente. Sin embargo, como muestra el caso de Sofía, persisten estructuras familiares y sociales que no permiten proyectos de vida diferentes. Esas estructuras no son consecuencia directa de una transformación del espacio rural, sino de la continuación y reproducción de roles tradicionales. Continúa Sofía:

Pues luego a las mujeres no nos permiten ser por aquí, sí dejan que hagamos cosas, pero a la hora de la hora, ya no [...] Pues así somos por aquí, mis hermanos tienen también profesión, mis cuñadas igual, pero, si eres mujer, pues no es lo mismo, ellos también, no quieren que sus esposas trabajen o hagan algo, y pues bueno, hay algunas que les gusta, o no sé [...] Mi familia, pues, piensa igual, al contrario, cuando les he dicho que no me gusta, me dicen que no entiendo, que debo cuidar de él [Raúl], que es mi trabajo estar en casa, que respete a la familia, y así, el hacer o ser joven por aquí depende de la familia.

La actividad taquera se reconoce como una labor común que produce relaciones estables en la comunidad. Las fricciones se relacionan con intereses personales, envidias, celos, problemas familiares y deudas.

El comportamiento espacio-temporal de la población ha cambiado con la actividad taquera. Gerardo comenta:

Al principio llegaba solo a Santa Anita o a Panotla, pero luego te vas moviendo, después a San Martín y así, te vas buscando ahí la venta, o te van diciendo por dónde y así [...] Pues algunos les gusta nomás ir aquí a Texoloc o Michac, o más lejos, pero entre más lejos vas, puedes vender más, yo puedo ir y venir sin problema [...], la chamba es así y uno se acostumbra, además vas por algo seguro y generalmente antes de mediodía terminas todo [...], pues se vende bien y vale la pena, rara vez te regresas con todo, a mí solo me pasó una vez y los rematé en San Martín, te digo es algo seguro [*sic*].

De esta manera, la comunidad es el lugar de residencia de unidades domésticas que permite bajar los costos de producción. La residencia en San Vicente facilita la preparación de guisados, salsas y tortillas, al igual

que la conservación, empaque y disposición de los tacos en las canastas, tareas en las que participa todo el grupo familiar.

Consideraciones finales

Como ha sido documentado ampliamente por diversas investigaciones, el trabajo rural se ha modificado profundamente, y nuestra región de estudio no es diferente. El empleo rural ha dejado de ser predominantemente agrícola para concentrarse en otros sectores, en este caso, la manufactura y venta de tacos de canasta.

Una de las razones principales ha sido el incremento de la pluriactividad en los hogares, a causa del desarrollo de estrategias familiares de sobrevivencia que contrarrestan los efectos de las reiteradas crisis agrícolas. Han aumentado también los hogares ubicados en comunidades rurales que no trabajan en la agricultura, pero se mantienen en el campo desarrollando actividades no agrícolas. Lo anterior es resultado del crecimiento demográfico y de la disminución del empleo e ingresos en actividades agrícolas, es decir, es consecuencia de una descampesinización que no ha incluido plenamente a los pobladores rurales en mercados de trabajo formales, sino que los ha orillado al trabajo informal y flexible, a la movilidad cada vez más frecuente y, como en el caso de San Vicente, a la especialización productiva.

Los jóvenes de San Vicente se incorporan al mercado de trabajo desde edad temprana y trazan trayectorias laborales caracterizadas por un alto grado de flexibilidad, incertidumbre e improvisación. Gerardo ha elaborado su definición de trabajo:

Trabajo para mí, para comprarme cosas que me gustan [...] En la casa todos trabajan, y de ahí se reparte. Mis jefes, pues ellos para sus cosas, y nosotros para las nuestras [...], por eso me gustan y aquí todos trabajamos en eso, gracias a Dios, porque cada quien trabaja lo suyo y cada quien se compra sus cosas sin que haya envidia, bueno, en otros pueblos nos tienen envidia, pues los chavos de ahí no tienen para buenas cosas, buena ropa, buenas motos, buena lana, buenas pantallas, tú sabes, lo bueno, gracias a Dios, acá sí [*sic*].

Referencias

- Castañón, Alonso. (2017). Cumple 13va edición, la feria del taco de Canasta en Nativitas. Recuperado de <<https://385grados.com.mx/2018/11/repartiran-mas-de-100-mil-tacos-de-canasta-en-xiloxochitla-el-domingo-dos-de-diciembre/>> (consultado el 28 de febrero de 2019).
- Dakin, Karen. (2009). Del yutoazteca al *-hta- del náhuatl -y al itacate y el taco del español popular: una contribución en homenaje a tres intereses lingüísticos de Yolanda Lastra. En Islas, Martha Ruth (ed.), *Entre las lenguas indígenas, la sociolingüística y el español. Estudios en homenaje a Yolanda Lastra* (pp. 342-365). Múnich: Limcom.
- De La Garza, Enrique. (2010). *Hacia un concepto ampliado de trabajo. Del concepto clásico al no clásico*. Ciudad de México: Anthropos, Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa.
- Flores, Sergio. (1993). *Estructura territorial en la zona metropolitana de la ciudad de Puebla*. Ciudad de México: Sociedad Mexicana de Planificación, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Harvey, David. (2012). *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio Cultural*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Harvey, David. (2004). *El nuevo imperialismo*. Madrid: Akal.
- Instituto Nacional de Estadística Geografía e Informática. (2007). *Síntesis Metodológica del Censo Agrícola-Ganadero*. Aguascalientes: Instituto Nacional de Estadística y Geografía Aguascalientes.
- Instituto Nacional de Estadística Geografía e Informática. (2010). *Censo de Población y Vivienda 2010. Principales resultados por localidad (ITER)*. Ciudad de México: Instituto Nacional de Estadística Geografía e Informática. Recuperado de <<http://www3.inegi.org.mx/sistemas/iter/default.aspx?ev=5>> (consultado el 21 de enero de 2019).
- Instituto Nacional de Estadística Geografía e Informática. (2018). *Archivo histórico de localidades geoestadísticas*. Ciudad de México: Instituto Nacional de Estadística Geografía e Informática. Recuperado de <<http://www.beta.inegi.org.mx/app/geo2/ahl/>> (consultado el 20 de enero de 2019).

- Lavín, Carlos. (2012). Del itacate tlahuica a los tacos de canasta o sudados. *Periódico Digital Desde La Torre*, año XII, núm. 4113, pp. 25-27. Recuperado de <<https://es.calameo.com/read/0014019553bd81f8dd8e6>> (consultado el 5 de febrero de 2019).
- Magazine, Roger y Martínez, Tomás (coords.). (2010). *Texcoco en el nuevo milenio. Cambio y continuidad en una región periurbana del Valle de México*. Ciudad de México: Universidad Iberoamericana.
- Martínez, Gabriela. (2018). Repartirán más de 100 mil tacos de canasta en Xiloxochitla el domingo dos de diciembre. Recuperado de <<https://www.385grados.com.mx/2018/11/repartiran-mas-de-100-mil-tacos-de-canasta-en-xiloxochitla-el-domingo-dos-de-diciembre/>> (consultado el 28 de febrero de 2019).
- Myhre, David. (1994). The politics of globalization in rural México: campesino iniciativas to restructure the agricultural credit system. En McMichael, Phil (comp.), *The Global Restructuring of Agro-Food Systems* (pp. 145-170). Nueva York: Cornell University Press, Ithaca.
- Pérez, César y Valdivieso, René. (1990). *La industrialización en Tlaxcala 1970-1985: El caso de la cuenca Atoyac-Zahuapan, Tlaxcala*. Tesis de licenciatura. Ciudad de México: Universidad Iberoamericana.
- Pilcher, Jeffrey. (2008). Was the Taco Invented in Southern California? *Gastronómica*, vol. 8, núm. 1, pp. 26-39.
- Salas, Hernán y Rivermar, Ma. Leticia. (2011). Nuevas ruralidades en el sur de Tlaxcala. En Salas, Hernán, Rivermar, Ma. Leticia y Velasco, Paola (eds.), *Nuevas ruralidades, expresiones de la transformación social en México* (pp. 139-163). Ciudad de México: Juan Pablos Editor, Instituto de Investigaciones Antropológicas.
- Terrazas, Oscar. (2005). *La ciudad de los caminos: el caso del corredor Puebla-Tlaxcala*. Tlaxcala de Xicohténcatl: Gobierno del Estado de Tlaxcala, Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, Universidad Autónoma Metropolitana Azcapotzalco.

II

La especialización pecuaria

La producción de queso en los Altos de Jalisco y sur de Zacatecas. Una especialización dispersa

MARTHA MUÑOZ DURÁN

Figura 1
Doña Mary sacando la cuajada

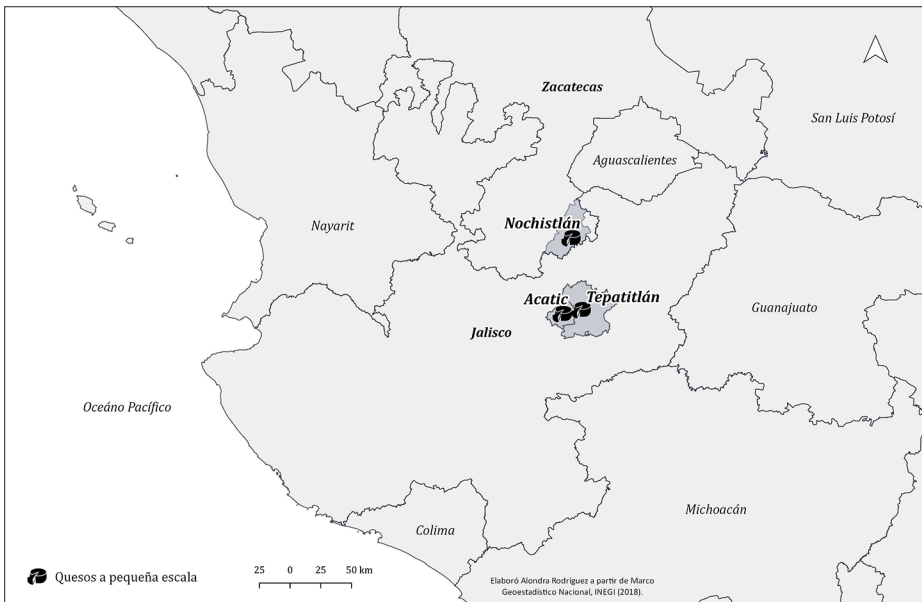


Fotografía de Martha Muñoz.

En la región Altos de Jalisco y sur de Zacatecas (a la que en lo sucesivo llamaré JalZac) se ha configurado una especialización dispersa de transformación artesanal de la leche en productos como queso, requesón, panela, jocoque, crema, dulces de leche y cajeta, en la que cada productor desarrolla sus estrategias de financiamiento, producción y distribución, con escasa cooperación con otros productores y sin apoyos gubernamentales.

Los lugares de investigación fueron los municipios de Acatic y Tepatitlán, Jalisco, y Nochistlán, Zacatecas, que, en términos económicos y culturales, forma parte de los Altos de Jalisco (figura 2).

Figura 2
Fabricación de queso a pequeña escala en los Altos de Jalisco
y sur de Zacatecas



Fuente: elaboró Alondra Rodríguez a partir de Marco Geoestadístico Nacional, INEGI (2018.)

Metodología y materiales

El trabajo se basa en estudios de caso de cuatro personas dedicadas a la producción de queso artesanal: dos en Nochistlán, Zacatecas, y dos en Jalisco —Acatic y Tepatitlán—; y de dos distribuidoras: la propietaria de una tienda de abarrotes y una revendedora, ambas en la ciudad de Tepatitlán. La información se recolectó mediante entrevistas presenciales y telefónicas y en recorridos de área. Algunas entrevistas se realizaron en

2014 y se actualizaron en febrero de 2019, otras se llevaron a cabo en enero y febrero de 2019.

Dos de las microproductoras, doña Mary y doña Elida, procesan entre 20 y 120 litros de leche al día en temporada regular. Doña Chuyita es una pequeña productora que transforma entre 1500 y 3000 litros diarios; don Alejandro Hernández Cedillo es un productor mediano que procesa entre 4000 y 5000 litros de leche al día.

La clasificación en micro, pequeños y medianos productores es propia, pero se basa, como la de Villegas de Gante *et al.* (2014), en el volumen de materia prima transformada. Esos autores identifican tres categorías de productores: los pequeños, que procesan 2000 litros o menos, los medianos, entre 2000 y 20000 litros, y los grandes, que industrializan más de 20000 litros. Sin embargo, esa clasificación invisibiliza a muchos microproductores, y en este caso, a las productoras de las que trata este artículo. La categorización que hemos seguido nos ha permitido tomar en cuenta la enorme diversidad de las empresas productoras de quesos y otros productos lácteos.

Por especialización dispersa nos referimos a un patrón de fabricación de productos lácteos donde no existe una concentración de productores en un lugar —ciudad o localidad— determinado, sino que los establecimientos están diseminados en un amplio territorio, en este caso, JalZac, donde lo común es la abundancia, la producción lechera a muy diferentes niveles. Eso ha permitido a productores de muy distinto nivel desplegar estrategias desconcentradas de abasto y sobre todo de comercialización y ventas de productos que van desde microespacios rurales hasta grandes ciudades e incluso Estados Unidos. En prácticamente todos los municipios de JalZac existen pequeñas productoras que despliegan una gran variedad de formas de abasto, producción y comercialización de sus quesos.

Los lácteos en JalZac

Los Altos de Jalisco es reconocida como la segunda cuenca lechera del país, después de la Comarca Lagunera (Villegas de Gante *et al.*, 2014; Vázquez-Valencia y Aguilar Benítez, 2010). Desde la época colonial se sabe

que se elaboraban subproductos para prolongar la vida del excedente de leche de los bovinos, lo que dio lugar a una amplia variedad de recetas, plattillos y sabores que forman parte de la tradición culinaria regional: queso, panela, requesón, crema, mantequilla, jocoque, cajeta y una gran variedad de dulces (Rodríguez Gómez, 1996; Sánchez Almanza, 1994).

La producción lechera en los Altos de Jalisco se ha incrementado. Esto a pesar de que se ha señalado que la región no es apta para la producción de leche: los suelos y las condiciones climáticas no son adecuados; los sistemas de producción se consideran ineficientes debido al gran número de unidades productivas familiares no tecnificadas; y nunca se ha dejado de importar leche (Cervantes, 2001; Olmos Colmenero *et al.*, 2017).

La producción de leche en la región se incrementó y modificó desde la década de 1940 con la apertura de la empresa Nestlé en Lagos de Moreno, en los Altos de Jalisco, a la que siguió la instalación de otras plantas procesadoras: La Pureza, 19 Hermanos, Lechera Guadalajara, Lala y Alpura. Los productores tuvieron acceso a financiamiento formal, lo que permitió mejorar las razas de ganado y los sistemas de alimentación, la tecnificación de las ordeñas, contar con asistencia técnica sanitaria para mejorar la salud de los hatos y la asesoría para formar cooperativas (Villegas de Gante *et al.*, 2014; Vázquez-Valencia y Aguilar Benítez, 2010; Sánchez Almanza, 1994; Icazuriaga, 1977, 2002).

En la década de 1990, debido a la apertura comercial originada por el TLC, que abrió la puerta a la importación de lácteos, hubo una crisis en la industria lechera (Espinoza Ortega *et al.*, 2005; Olmos Colmenero *et al.*, 2017). En la actualidad, persiste una gran diversidad de procesadoras de leche en el espacio JalZac. Aunque existen productores altamente tecnificados, con recursos financieros y organizacionales, predominan las explotaciones familiares semitecnificadas que cuentan con terrenos muy pequeños y se basan en el trabajo de los miembros de los grupos domésticos que han tecnificado alguna parte del proceso, por lo regular, la ordeña. En general, en las explotaciones familiares existe un abanico de combinaciones y subcategorías (Olmos Colmenero *et al.*, 2017; Wattiaux *et al.*, 2012).

La especialización productiva

La especialización productiva se ha entendido como la concentración de alguna determinada actividad económica, por lo regular manufacturera, en un territorio específico. Desde la perspectiva de los *distritos industriales*, se ha señalado que la especialización depende del involucramiento de la sociedad, las instituciones y las autoridades locales; del uso y desarrollo de tecnología; del intercambio de conocimientos; y de la revalorización de la cultura regional. Un ejemplo de especialización cercano al de JalZac es el de la región de Parma en Italia, con el queso parmesano. En su mejoramiento y difusión concurrieron los productores, incluyendo los de pequeña escala, y los Gobiernos locales, que facilitaron la interrelación entre el sector agrícola y la agroindustria quesera, y hubo una revalorización y ampliación del consumo de ese tipo de queso, que dio por resultado el posicionamiento internacional de ese lugar de producción (Ligabue *et al.*, 2007; Fanfani, 1994).

En México, un caso de producción identificada con una región es el del queso Cotija, cuyos productores han luchado por el registro de la denominación de origen «queso Cotija». En ese esfuerzo han concurrido la asociación de productores, académicos y autoridades municipales con la finalidad de reactivar la producción y reivindicar una herencia cultural y patrimonial que pertenece a los rancheros de la sierra de JalMich (Jalisco y Michoacán). De ese queso se han resaltado sus componentes tradicionales, el anclaje en la cultura local y su importancia para la subsistencia de las familias que se dedican a producirlo, así como el rescate de una forma de elaborar el producto. Hasta la fecha, se ha logrado el registro de la Marca Colectiva Cotija, Región de Origen y se sigue buscando la denominación de origen (Barragán López y Huitzilihuitl Ovando, 2015; Barragán López, 1990, 2015).

Existen varias similitudes entre los quesos parmesano y Cotija: son quesos maduros o añejos, granulosos, elaborados con 100% de leche de vaca sin pasteurizar; de hecho, al Cotija se le ha llamado el parmesano mexicano. Ambos cuentan con un fuerte arraigo en sus tradiciones culinarias respectivas, se identifican con una región geográfica bien delimi-

tada y han sido revalorizados por sus atributos culturales y económicos. También hay diferencias. El queso parmesano es un producto central de la actividad lechera que se elabora en un marco regional con una amplia tradición de empresas interrelacionadas (*distrito industrial*), donde los pequeños y medianos productores son parte integral de las cadenas productivas y de comercialización, y cuenta con denominación de origen. El queso Cotija, en cambio, es un producto residual de la cría de becerros. Los pequeños y microproductores tienen dificultades para organizarse, integrar la producción y obtener financiamiento, y no han logrado el reconocimiento de la denominación de origen. En ese sentido, el queso que se fabrica en JalZac comparte similitudes con el Cotija.

La especialización en la producción de queso en JalZac no cumple con varios de los elementos de la perspectiva de la especialización productiva, en especial, en lo concerniente al involucramiento de actores sociales privados y públicos, tecnificación, cooperación y socialización del conocimiento. A pesar de lo anterior, se trata de una forma particular de especialización: muchas familias, antes y ahora, se han dedicado a la producción de queso y es una tradición que forma parte de un *saber-hacer* muy arraigado y compartido. En la actualidad, es un trabajo femenino que le permite a las mujeres contar con ingresos propios, aunque por lo regular los destinan a la sobrevivencia de sus hogares. Ante los buenos resultados económicos de la actividad quesera de las mujeres, los hombres han empezado a incursionar en ella.

Los quesos en JalZac, un asunto de mujeres

Desde que se tiene memoria, el queso ranchero de JalZac ha sido fabricado por mujeres, a diferencia del queso Cotija, que originalmente era elaborado por hombres. Esto tuvo que ver, quizá, con la ubicación de la engorda de vacas y becerros. En JalZac las ordeñas no estaban separadas de los hogares. En JalZac, los agostaderos eran pequeños y formaban parte del espacio dedicado a la siembra, donde estaban también las casas de los rancheros y sus familias. La ordeña se realizaba en los corrales, la le-

che se llevaba a la casa y, allí, eran las mujeres las que se encargaban de la elaboración de quesos.

El principal queso que siempre se ha elaborado es el ranchero, hecho con leche entera y cruda que va del establo al cuajado. El molido de la cuajada es un proceso distintivo y, por lo regular, son quesos frescos, también conocidos como quesos de aro por el molde que les da forma (Villegas de Gante *et al.*, 2016; Cervantes *et al.*, 2006). También se produce queso adobera. Las productoras se han negado a introducir la pasteurización por razones económicas, pero, sobre todo, porque sus quesos son apreciados justamente por sus sabores diferenciados. La gente de la región conoce y mantiene sus preferencias respecto a los quesos que consumen en sus hogares.

A pesar de la tendencia a la homogenización en las formas de producir y consumir, también ha crecido y se ha consolidado un mercado para mercaderías tradicionales y originales de ciertas regiones, el llamado «mercado de la nostalgia» (Domínguez-López *et al.*, 2011; Cervantes *et al.*, 2006; Bueno y Aguilar, 2003).

Los quesos son de los productos más demandados por el mercado de la nostalgia entre los migrantes en Estados Unidos y la Zona Metropolitana de Guadalajara (ZMG). La demanda local de quesos aumenta cuando visitan sus comunidades de origen, pero ha surgido una modalidad de transportistas que se encargan de llevar quesos, entre otros muchos productos, a los paisanos en Estados Unidos. Los transportistas llevan personas, encargos de todo tipo y quesos, que entregan en negocios y hogares. En Nochistlán, Zacatecas, hay tres transportistas que viajan cada semana en sus camionetas, durante 18 horas, a Forword, Texas, donde existe una gran comunidad de paisanos. Ellos hacen paradas y entregas en ciudades y pueblos del trayecto, principalmente, en El Paso y San Antonio. Los destinatarios acuden a recibirlos a los lugares de paso de los vehículos o en el punto de llegada del conductor. Las entregas a domicilio tienen un cargo extra.

Aunque el principal negocio de los transportistas es el traslado de pasajeros, llevar y traer «encargos» es cada vez más frecuente. Lo que más se

lleva son quesos, en menor medida, pan, elotes, birria congelada, sillas de montar, alhajas, ajares de bautizo, tocados y velos de novia hechos a mano, botas vaqueras y trajes de charro y un largo etcétera. De regreso, las camionetas trasladan los encargos y regalos a los familiares de Nochistlán, en especial, electrodomésticos, máquinas y herramientas: computadoras, tabletas, televisiones, licuadoras, batidoras, ventiladores, aires acondicionados, lámparas, podadoras de pasto y taladros. Los encargos son pagados por los que los envían, que asumen el riesgo de que sean decomisados en la frontera o robados en el trayecto.

Por su parte, las tiendas de abarrotes de la ZMG son abastecidas, de manera cotidiana, de quesos provenientes de infinidad de pequeñas fabricantes de JalZac, ya sea por sus propietarios o por comerciantes dedicados a eso.

Doña Mary. La experiencia de tres generaciones

Doña Mary, ahora de 75 años, hizo y vendió queso durante casi toda su vida. Ella aprendió el oficio de su madre y esta de la suya. Doña Mary, a su vez, les transmitió el conocimiento a dos de sus hijas. Doña Mary procesaba el excedente de leche de las vacas que se ordeñaban en los corrales de su pequeño rancho: entre 20 y 60 litros diarios. Lo que doña Mary ha mantenido desde el tiempo de su abuela es el método de fabricación: hacer la cuajada, orearla y mezclarlas una vez a la semana y así producir un queso no tan fresco, de 200 o 600 gramos la pieza, con un grado mínimo de maduración: «un tipo de queso ranchero que hace muy buena hebra para las quesadillas», dice.

La venta de quesos la hacían los hombres: el abuelo, el padre y el marido de doña Mary, que iban cada domingo a Nochistlán, Zacatecas, a venderlos y comprar los avíos del hogar. El padre y el esposo de doña Mary «tenían entrego en los puestos del mercado».

En 1996, el esposo de doña Mary dejó de llevar quesos a vender porque no era fácil colocarlos:

Se soltó una competencia muy grande porque empezaron a traer queso barato de otro lado y también había más vendedores de queso porque una enfriadora de la Nestlé había dejado de comprar leche por nuestro rumbo, entonces mi esposo dijo que ya había que dejarnos de eso, pero yo le dije: ¿cómo? si de ahí comemos.

La fecha coincide con el aumento de las importaciones de leche propiciadas por el TLCAN (Espinoza Ortega *et al.*, 2005; Olmos Colmenero *et al.*, 2017). Doña Mary entonces se hizo cargo de la venta, con lo cual pudo disponer más libremente de sus ingresos y comprar lo que ella consideraba necesario: «Una se acostumbra a no pedir dinero», dice. A su marido le entregaba el 50 % de las ventas para la compra del forraje de las vacas.

Doña Mary entregaba los quesos directamente en tiendas de abarrotes, fruterías y, sobre todo, oficinas: presidencia municipal, telégrafos y agua potable. Y dejó de hacerlo a domicilio. Se dio cuenta de que las mujeres ya no estaban en sus casas porque trabajaban, de manera que adaptó los días y horarios de venta a los de las oficinas, lo que le generó una gran clientela femenina.

Ella nunca recurrió a algún financiamiento formal o informal, ni para la fabricación de queso ni para la cría de ganado multipropósito —carne y leche—, su negocio se sustentó en su trabajo y el ahorro familiar. En alguna ocasión aprovecharon una oferta de becerros de registro a bajo precio que ofreció el Gobierno y también el programa Procampo. Debido a sus achaques, Doña Mary ya solo elabora quesos para autoconsumo, para mandar de regalo a sus parientes y amigos en Estados Unidos y para sus hijas.

Doña Chuyita. Una productora urbana

Doña Chuyita, de 55 años, radica en Nochistlán, Zacatecas, y descende de una estirpe de queseras: su bisabuela, su abuela, su madre y sus tías lo hacían, pero en el rancho, con la leche de vacas que se alimentaban en potreros en tiempos de lluvia o rastrojo y maíz en las secas. Ella, en cambio, es quesera urbana. Comenzó a producirlos en 1986, cuando tenía 22 años.

Al principio eran para autoconsumo, con leche comprada, pero como vecinos y parientes le pedían que les vendiera, compró una vaca y después otras, hasta que su actividad resultó tan exitosa que su marido dejó de migrar a Estados Unidos para incorporarse al negocio.

Su esposo se dedicó a la producción de leche en potreros propios y rentados, pero evaluaron que era mejor comprar la leche. Desde 2005 producen queso con leche comprada a productores de ranchos de Jalisco y Zacatecas. Doña Chuyita procesa entre 1500 y 3000 litros diarios. La variación depende de las temporadas. Su temporada alta es cuando los migrantes radicados en Estados Unidos y los migrantes internos regresan: vacaciones escolares de primavera, verano e invierno; octubre, cuando se celebran las fiestas patronales; y enero, cuando se festeja a san Sebastián. La temporada baja son los meses de febrero, parte de marzo, mayo, junio y principios de julio. Pero ella produce quesos todo el tiempo. Cuenta con cuatro grandes refrigeradores donde almacena quesos para atender los pedidos de la temporada alta.

El principal producto que elabora doña Chuyita es queso ranchero y, en menor cantidad, panela y requesón. Ha incorporado tecnología como un molino eléctrico de gran tamaño, refrigeradores y cuajo embotellado. Pero los quesos son elaborados como los hacía su bisabuela: leche sin pasteurizar ni conservadores. De acuerdo con lo anterior, ella considera que su producto es tradicional. Reconoce que trabajar con leche pasteurizada le abriría las puertas de establecimientos comerciales reconocidos, pero no está dispuesta a hacerlo, porque perdería la gran clientela que ha generado con sus quesos artesanales. Desde 2017 cuenta con un local de venta enfrente de su hogar.

Los mejores clientes de doña Chuyita son los migrantes, tanto los que radican en Estados Unidos como los que viven en ciudades como Zacatecas, Aguascalientes, Guadalajara, Ciudad de México y Querétaro. Cuenta con varios sistemas de mercadeo: los migrantes que adquieren grandes cantidades de queso antes de partir a sus destinos; paisanos comerciantes que llevan quesos para revenderlos en sus tiendas de abarrotes en las ciudades donde viven; y los migrantes internacionales, en especial los que

viven en Texas, que son abastecidos vía combis, que cada semana los proveen de diversas mercancías del terruño. Doña Chuyita también tiene entregas regulares en cremerías y tiendas de abarrotes de Nochistlán.

Doña Chuyita se inició con muy poco capital, recurrió a sus ahorros de modista para comprar su primera vaca e invirtió parte de las remesas que enviaba su marido desde Estados Unidos. Nunca ha recurrido a créditos familiares o de instituciones financieras ni a apoyos gubernamentales. En la actualidad, en esa pequeña empresa trabajan ella, su esposo, dos hijas, un hijo y otros miembros de la familia. El negocio del queso ha sido la única fuente de sustento de su familia desde 1997, es decir, hace más de 20 años. De ahí salieron gastos e inversiones importantes: la carrera de arquitectura del hijo mayor, seguida de la construcción de una casa y su despacho, los estudios de chef de repostería de su hija, a la que dotaron de una pastelería-cafetería muy bien equipada y espacio para venta de café, la compra del terreno, la construcción de la fábrica y el local de venta de quesos.

Figura 2
Doña Chuyita haciendo quesos



Fotografía de Martha Muñoz.

Salubridad Municipal les ha advertido que si no pasteurizan la leche les pueden cancelar el negocio, situación que hasta la fecha han solucionado con pagos de multas y mordidas. Doña Chuyita y su esposo podrían acceder a un crédito para proyectos productivos y comprar la máquina pasteurizadora, pero han decidido no hacerlo. La clientela busca el queso que le gusta, con el sabor y textura que da la leche sin procesar. Seguirán así, dice, hasta que les cierren el negocio, lo cual por supuesto esperan que no ocurra.

Doña Elida. La herencia de la abuela

Doña Elida tiene 62 años y vive en Acatic, Jalisco. Aprendió a hacer quesos desde niña porque le ayudaba a su abuelita. Su madre no lo hacía porque su marido, el padre de doña Elida, no se dedicaba a la ganadería, porque trabajaba en granjas avícolas y porcícolas. «Mi madre trabajó también en granjas avícolas en la recolección de huevo, pero no mucho porque tenía que atender el hogar y cuidar a los hijos», dijo.

Doña Elida se casó en 1983 y desde entonces hizo quesos, requesón, jocoque y panela para autoconsumo, pero durante siete años (2012-2019) los fabricó para la venta. Ella se abastecía de leche del establo familiar, ya que su marido se dedicaba a la cría de ganado lechero y la ordeña. Ella procesaba 120 litros diarios, que eran la tercera parte de la producción del establo de su esposo, el resto lo entregaban a un fabricante de quesos de Acatic, al que actualmente entregan la totalidad de la producción.

El queso que hacía era totalmente artesanal, sin conservadores, la leche llegaba directamente del establo y la molienda la hacía a metate, igual que su abuela. A diferencia de doña Mary, que mezclaba cuajadas de diferentes grados de oreado y molía una vez por semana, doña Elida elaboraba un queso totalmente fresco, con la cuajada del mismo día. Así fabricaba dos tipos de queso, uno de 350 gr y otro de 175 gr, para atender distintos mercados:

el más pequeño lo compraban familias chicas, ajustaba para el almuerzo de dos personas, para unas quesadillas o para ponerle a los frijoles, en una comida se acababa; en cambio, el más grande lo compraban familias con más integrantes, porque el chiste de este queso es consumirlo recién hecho.

Tenía dos modalidades de venta: la principal eran las entregas directas a tiendas de abarrotes, fruterías, cremerías, carnicerías y, en menor medida, había personas que pasaban a comprarle a su domicilio.

El negocio de doña Elida era totalmente familiar: la ordeña, la elaboración de quesos y la venta eran realizados por integrantes de la familia. Finalmente, en 2019, lo dejó en parte, debido a cambios en la situación doméstica. Se sentía cansada y su hija dejó de ayudarla cuando empezó a trabajar como enfermera. No quiso contratar empleados porque asegura que el queso no tiene buen sabor cuando intervienen manos que no son aptas para elaborarlo:

Hay personas que no pueden hacer queso y no es cuestión de aprender, es que no tienen la mano para hacerlo, porque lo calientan demasiado y se cuece, así ya no sirve, la gente no lo compra, por eso dejé de hacer queso, no quise contratar a alguien que no lo iba a hacer bien, igual ya no iba a tener el mismo sabor y la gente iba dejar de comprar.

La explicación y retirada de doña Elida no son inusuales: las fabricantes ancianas no están acostumbradas a contratar personal y, ante situaciones que modifiquen la organización familiar tradicional, prefieren abandonarla.

Don Alejandro Hernández. Retomando tradiciones y saberes femeninos

Don Alejandro Hernández, de 40 años, dirige la Quesería Hernández, en la ciudad de Tepatitlán, Jalisco. Es hijo del fundador, don José Guadalupe Hernández, originario del rancho El Agrillo, del municipio de Arandas,

Jalisco, donde cultivaba la tierra y criaba ganado bovino, pero no hacía quesos. Su esposa los hacía para autoconsumo y venta.

En 1945, la familia migró a Tepatitlán. Don José buscó trabajo, pero finalmente se autoempleó como fabricante de quesos. La industria de lácteos en Santa María del Valle, una localidad cerca de allí, era un ejemplo a seguir en ese sentido, por lo que decidió intentarlo en Tepatitlán. Compraba leche en un establo, con la que elaboraba veinte quesos y solo volvía a comprar cuando los vendía: los ofrecía a domicilio, a los transeúntes y en el tianguis dominical que se instalaba en la plaza de Tepatitlán.

El negocio despegó cuando consiguió un cliente que vendía quesos en Guadalajara que le encargó 100 piezas. Desde entonces la fabricación de quesos se convirtió en el empleo y la fuente de ingresos para don José Guadalupe y su numerosa familia. En la quesería Hernández trabajan cuatro hermanos, seis sobrinos y dos primos de don Alejandro. Desde la muerte de don José Guadalupe, la dueña de la quesería es su viuda. Don Alejandro y sus hermanos le entregan a ella las cuentas y las utilidades que quedan después de pagar insumos, sueldos e impuestos.

La leche se consigue de tres maneras: uno, mediante pequeños productores que les entregan la leche en la quesería; dos, un *rutero*¹ recolecta leche de pequeños productores y la lleva a la quesería; y tres, la menos frecuente, personal de la quesería va a establos a comprar leche, lo que sucede solo cuando hay mucha demanda de quesos. No existen contratos, todos los convenios son de palabra. La empresa procesa entre 4500 y 5000 litros diarios y, cuando las ventas se elevan, compra 1000 litros adicionales.

Durante años, la mejor temporada de ventas era la cuaresma y todo el mes de abril. Actualmente, se han incrementado las ventas durante las vacaciones de verano e invierno, cuando llegan de visita los migrantes des-

¹ Persona que recolecta la leche de los pequeños productores. Es un trabajo que empieza muy temprano y el rutero recorre brechas y carreteras donde recolecta la leche de distintos productores en cántaras de aluminio de 40 litros que, al final de la ruta, se entrega en las queserías o enfriadoras. Un rutero gana entre 40 y 60 centavos por litro y suele recolectar entre 1000 y 10000 litros. Él paga a los productores cuando a él le pagan.

perdigados por Estados Unidos y todo el país. Dice don Alejandro: «a la Quesería Hernández han llegado migrantes con su maleta para llenarla de quesos».

El queso de los Hernández se elabora con leche sin pasteurizar que pasa directamente del establo a las tinas de cuajado. Como medida de inocuidad pide a los lecheros proveedores que presenten certificados de las pruebas de brucelosis y tuberculosis que se aplican a las vacas.

Don Alejandro, como Doña Chuyita, recibe frecuentes vistas de Salubridad, que le recomiendan pasteurizar la leche, pero no lo ha hecho. Él sabe que su franja de mercado prefiere los quesos tradicionales, hechos de manera artesanal, sin conservadores y con leche bronca. En la quesería Hernández se produce queso fresco, adobera, requesón y crema de suero (subproducto del queso que reprocesa para elaborar crema). Para hacer la crema, cuentan con una centrifugadora, pero el requesón se elabora poniendo al fuego el suero.

Los quesos se distribuyen y venden de diferentes maneras, la principal es la distribución en tiendas de abarrotes. La quesería cuenta con más de cien clientes de ese tipo en Tepatitlán y dos municipios de la región: Yahualica y Jalostotitlán. A las tiendas de Tepatitlán las surten por medio de repartidores en motocicleta; pero los clientes de Yahualica y Jalostotitlán recogen los productos en el expendio de la quesería. También venden de mayoreo a distribuidores independientes. Los quesos se venden en cremerías y fruterías. Una vez por semana, uno de los hermanos Hernández entrega productos en cremerías, abarroteras y cremerías ambulantes de Guadalajara. La fábrica tiene venta directa al público.

La Quesería Hernández no se ha beneficiado de ningún programa de gobierno ni ha contratado créditos bancarios. La cooperación con otros productores solo ocurre en forma de traspaso de leche sin procesar entre empresas queseras del mismo nivel cuando bajan las ventas, por lo regular en los meses de mayo y junio. El que traspasa leche absorbe la diferencia de precio. Es una forma de reciprocidad sin contratos. Los productores están dispuestos a absorber la materia prima de otros por solidaridad y

por la certeza de que algún día ellos se pueden encontrar en circunstancias similares y requerir ayuda para seguir en el negocio.

Varios utensilios —una revolvedora y un molino eléctrico— han sido diseñados por ellos mismos. Las tinas de cuajado son de acero inoxidable y las ha fabricado un tornero local, de acuerdo a las especificaciones que ellos le han hecho.

Aunque existen fábricas de quesos grandes y bien organizadas, el futuro de las medianas queseras tradicionales se ve prometedor porque el consumidor mantiene una clara preferencia por quesos que se elaboran con leche sin pasteurizar y sin conservadores, de acuerdo con costumbres ancestrales, a pesar de que las normas oficiales no reconocen la riqueza gastronómica y cultural de estos productos.

La distribución de los quesos

Las tiendas de abarrotes son, en todas partes, los principales centros de distribución de los quesos artesanales. La tienda de abarrotes es la más próxima a los hogares en pueblos, barrios, colonias y fraccionamientos. Por lo general, existe una tiendita en cada esquina, a mitad de las manzanas o en las cocheras de las casas. A ellas se acude a comprar lo que se olvidó, se acabó o no se tuvo en cuenta al hacer el mercado semanal o quincenal. Es el lugar donde se abastecen las familias que no cuentan con un salario regular, sino con un jornal que un día llega y otro no, donde es posible comprar lo que sea en cantidades mínimas. Una cualidad que puede distinguir a una abarrotera es, precisamente, la calidad y variedad de quesos artesanales que maneja.

Doña Sarita, de 56 años, es propietaria, desde 2007, de una miscelánea en la ciudad de Tepatitlán. Ella compra quesos a tres proveedores artesanales y dos industriales. Dos pequeñas fabricantes la abastecen de quesos artesanales; el otro se lo entrega el repartidor de una quesería de Tepatitlán. Uno de los quesos industrializados es el de la marca Navarro, muy conocida, que es elaborado con leche pasteurizada; el otro es un queso procesado con grasa vegetal. Cada tipo de queso tiene una franja de mercado bien definido: los quesos artesanales, en especial la adobera y el

queso fresco o ranchero, son los más demandados por todos los clientes, tanto que, en ocasiones, cuando se agotan, no se puede conseguir más; la panela y el requesón se venden menos y sus niveles de ventas son similares a las de los quesos pasteurizados.

El queso industrializado de leche pura es comprado por gente de mayor poder adquisitivo. El queso industrializado con grasa vegetal se vende en dos presentaciones: blanco y amarillo para fundir. Lo adquieren personas de escasos recursos para los lonches escolares de niños. La crema natural tiene mucha demanda, la que doña Sarita vende se elabora con leche sin pasteurizar y llega a vender 20 litros semanales. Además, suele tener entre tres y cinco vasitos de marcas comerciales.

Doña Pachita, de 53 años, es originaria de Tepatitlán. Desde el año 2000 compra quesos sin pasteurizar en queserías tradicionales y luego los vende casa por casa. Inicialmente, solo vendía en fraccionamientos alejados del centro de la ciudad de Tepatitlán, pero ha ampliado su espacio de negocio: ahora abastece a clientas en oficinas y locales comerciales del centro, en fraccionamientos y colonias de reciente creación, donde todavía escasean las tiendas y dos días a la semana sale a vender al municipio vecino de Jalostotitlán. Hasta 2013 hizo sus recorridos a pie, pero en ese año su esposo se sumó a la venta de quesos y desde entonces se trasladan en su vehículo. Con los ingresos que perciben cubren todos los gastos familiares.

En general, señalan los abarroteros, se venden veinte quesos artesanales por uno industrializado. Los más demandados son los quesos chicos o el adobera en rebanadas por tres razones: los hogares son cada vez más pequeños; la situación económica de muchos es precaria; y porque los médicos han recomendado a la población reducir el consumo de lácteos por su alto contenido de grasa.

Una actividad generalizada que representa una excelente venta de lácteos en las tiendas de abarrotes es la elaboración de lonches y sándwiches, sobre todo en los establecimientos que están cerca de escuelas, centros de trabajo, hospitales y cruces de caminos. Esos lonches de quesos y crema artesanales son muy apreciados en las tiendas de abarrotes de Guadala-

jara, Tepatitlán y Nochistlán, tanto que en muchos casos han llegado a convertirse en la principal fuente de ingresos de las misceláneas (Arias, Sánchez y Muñoz, 2015).

Conclusiones

Los lácteos a la manera alteña

A diferencia de los quesos parmesano y Cotija, en torno a los cuales se han asociado productores, académicos y Gobiernos locales, entre los productores de queso artesanal de la región JalZac no existe algo similar (Barragán López y Huitzilihuitl Ovando, 2015; Barragán López, 2015; Ligabue *et al.*, 2007; Fanfani, 1994). Entre los alteños la asociación y cooperación no son frecuentes.

Otra diferencia con el queso Cotija es que este último era elaborado por hombres, en tanto que el queso ranchero de la región JalZac, desde que se tienen noticias, lo han hecho las mujeres. Los rancheros de la parte colindante entre Jalisco y Michoacán (JalMich) se vieron en la necesidad de buscar la manera de preservar la leche que sus vacas producían en temporada de lluvias, porque pastaban sus rebaños en agostaderos de temporal, lejos de sus hogares. Por tal motivo, ellos mismos fabricaban el queso y lo almacenaban en cuevas desde que iniciaba el pastoreo, en los primeros meses de lluvia, hasta que terminaba la temporada, por lo general, entre los meses de julio a octubre (Barragán López, 1990).

En cambio, en JalZac los agostaderos, también de temporal, eran de extensiones pequeñas, junto a las tierras de siembra y las habitaciones de los rancheros y sus familias, por lo que la ordeña se realizaba en los corrales anexos. La leche se llevaba a la casa y eran las mujeres las que se encargaban de la elaboración de quesos. En JalZac los hombres incursionaron en la fabricación o la comercialización de quesos cuando se dieron cuenta de que se podía vivir de esa actividad, es decir, que podía convertirse en la base del sustento de sus hogares. Como se muestra en este artículo, la actividad quesera permitió que los hombres dejaran de ser agricultores y de migrar a Estados Unidos, les permitió insertarse en una actividad por

cuenta propia cuando migraron de los ranchos a las ciudades de la región. De esa manera, ellos se apropiaron de los saberes y redes femeninas asociados a la elaboración de quesos.

En el negocio de los lácteos en JalZac existen desde consorcios transnacionales, nacionales y regionales hasta asociaciones de productores que operan con procesos altamente tecnificados, tienen acceso a financiamientos y han desarrollado cadenas de distribución perfectamente estructuradas. Pero persisten fabricantes, en especial mujeres, que se mantienen como pequeñas fabricantes: son micro y pequeñas productoras que procesan una enorme cantidad de insumos dispersos y elaboran una gran variedad de productos lácteos, en especial, quesos, que, a través de redes de distribución combinadas, llegan a lugares cercanos y lejanos.

Aunque, las redes de distribución son creadas de manera individual y son muy diversas, al final, resultan bastante similares. Entre los productores de queso artesanal de JalZac no encontramos iniciativas ni proyectos colectivos, tampoco que recurran a programas o préstamos gubernamentales para sus negocios lecheros. Lo que se advierte es el ahorro, la capitalización paulatina, la reinversión de utilidades y el trabajo personal y familiar arduo que no se retribuye de manera directa, pero se convierte en un apoyo crucial para los negocios o educación de los hijos e hijas.

Un problema común de los productores de quesos artesanales es la pasteurización. La Norma Oficial Mexicana NOM-243-SSAI-2010 exige que todo el queso que se produzca en territorio nacional se elabore con leche pasteurizada. En la realidad la norma no se ha cumplido. En lugar de reconocer la tradición, riqueza cultural y gastronómica de los quesos artesanales y buscar la manera de mejorar la calidad y eliminar los factores de riesgo sanitario, la prohibición se plasma en amenazas y multas a los productores.

Por contraste, en los últimos años, el crecimiento del mercado de la nostalgia y el interés por la producción artesanal asociada a territorios específicos con atributos particulares han redimensionado y valorizado los quesos y productos lácteos de JalZac, región de antigua tradición leche-

ra (Domínguez-López *et al.*, 2011; Cervantes *et al.*, 2006; Bueno y Aguilar, 2003).

En la actualidad, el más dinámico es el mercado de la nostalgia, cuya función es abastecer a migrantes, internos e internacionales, con productos con fuertes reminiscencias de un pasado idealizado de sus lugares de origen, es decir, de productos que además de sabores, colores y texturas anclados en la memoria, tienen una carga cultural, emocional y simbólica (Romero Vivar y Monterde Valenzuela, 2014; CEPAL, 2003). Gracias al cambio de patrón migratorio entre México y Estados Unidos, es decir, el establecimiento a largo plazo de los migrantes en los lugares de destino (Durand y Massey, 2003), los migrantes que no van a regresar a vivir a sus localidades, como sucedía antes, se han convertido en una gran oportunidad de negocios. Uno de los productos más valorados en el mercado de la nostalgia en Estados Unidos es el de los quesos mexicanos (González Córdova *et al.*, 2016), pero también entre los migrantes internos, los alteños y sus descendientes, que viven en diferentes ciudades y localidades de todo el país y añoran los quesos de sus terruños. Los migrantes, como se ha visto, se han convertido en grandes consumidores de quesos cuando visitan sus lugares de origen.

Así, el mercado de la nostalgia se ha convertido en una oportunidad de negocios que ha dado lugar al surgimiento de un sector de comerciantes dedicados a atenderlo. Se trata de comerciantes que, en sus camionetas, viajan hasta Estados Unidos llevando y trayendo productos, y que se trasladan a las zonas metropolitanas a abastecer a las tiendas de abarrotes que se instalan siguiendo los desplazamientos de la población hacia nuevos asentamientos y lugares de trabajo. En sus visitas a sus lugares de origen, los migrantes que son dueños de tiendas de abarrotes reciben los pedidos de quesos, lácteos y otros productos que llevan a vender a sus establecimientos en las ciudades.

Aunque las tiendas de abarrotes son la principal vía de venta de los quesos, se ha dinamizado su venta en cremerías, tortillerías, carnicerías y fruterías, donde la clientela acude de manera cotidiana en busca no solo de productos, sino de alimentos semipreparados o fáciles de procesar. Es

cada vez más frecuente que las carnicerías, además de carne, vendan tortillas, frijoles, salsas y nopales preparados, arroz y quesos, que ayudan a armar rápidos menús domésticos. Muchos establecimientos comerciales reciben quesos artesanales y lácteos de tal o cual rancho, localidad o pueblo, por lo cual llegan a ser muy reconocidos. Para la clientela representa comodidad, ahorro de tiempo y buenos precios. La demanda, expansión y variedad de sistemas de comercialización y ventas garantizan la persistencia de la producción de quesos artesanales en JalZac.

Sin embargo, hay que dar cuenta de algunos cambios. Se ha modificado la articulación entre la producción de leche y la fabricación de lácteos en los ranchos que predominó en JalZac hasta la década de 1970. La leche se producía en los ranchos donde se criaba ganado de doble propósito — carne y leche—, y la fabricación de quesos era la manera de aprovechar los excedentes de leche de las ordeñas domésticas, tanto para consumo de los hogares como, en menor medida, para la venta. En la actualidad, las y los que han incursionado en la producción de queso artesanal viven en las ciudades, ya no dependen del abasto familiar de leche y se han concentrado en la fabricación de quesos. Cuando una pequeña empresa empieza a prosperar, tiende a abandonar la ordeña doméstica y comprar la materia prima a otros productores. Esto tiene que ver, conforme se ha señalado, con que el éxito de una fabricante de quesos suele llevar a que se integren al negocio el marido y otros familiares, y este se convierta en la base del sustento económico de varios hogares.

Como se ha mostrado, en JalZac hubo un proceso de reincorporación de mujeres a la producción de quesos. Si bien esta forma parte de una muy antigua tradición laboral femenina, hubo una generación de mujeres que dejó de hacerlos. Al parecer, tuvo que ver con el surgimiento de otras opciones de empleo en la región: granjas avícolas y porcícolas e industria de la confección (Arias, Sánchez y Muñoz, 2015, 2019). Pero la revalorización de los productos artesanales y el creciente mercado de la nostalgia hicieron que las mujeres que conocían el oficio retomaran la producción de quesos.

No obstante, la permanencia de ellas en el negocio se ve afectada por la edad, salud y modificaciones en sus condiciones domésticas. Las productoras ancianas, aunque les vaya bien, son reacias a modificar sus maneras tradicionales de trabajar y, ante cualquier cambio en sus hogares o vicisitud en el negocio, prefieren abandonar la producción. Las jóvenes, por su parte, se muestran poco interesadas en continuar con el oficio y negocio de sus madres queseras. Para las jóvenes, la quesería no es valorada en términos sociales y existen otras actividades y empleos que les resultan más atractivos, aunque no sean tan rentables.

Referencias

- Arias, Patricia, Sánchez, Imelda y Muñoz, Martha. (2019). Debajo del radar. Los trabajos femeninos en los Altos de Jalisco. *Carta Económica Regional*, vol. 123, núm. 31, pp. 5-34.
- Arias, Patricia, Sánchez, Imelda y Muñoz, Martha. (2015). *Quehaceres y obras. El trabajo femenino en los Altos de Jalisco*. Guadalajara: Arquitónica.
- Barragán López, Esteban. (1990). *Más allá de los caminos. Los rancheros del Potrero de Herrera*. Zamora: El Colegio de Michoacán.
- Barragán López, Esteban. (2015). Las denominaciones de origen en México. El queso Cotija: entre confiscación y valorización patrimoniales. *Carta Económica Regional*, vol. 27, núm. 115, pp. 114-135.
- Barragán López, Esteban y Huitzilihuitl Ovando, Pedro. (2015). *Gestión cultural de un producto artesanal. Queso Cotija región de origen*. Ponencia presentada en el 2.º Encuentro Nacional de Gestión Cultural, en Tlaquepaque, Jalisco, México.
- Bueno, Carmen y Aguilar, Encarnación (coords.). (2003). *Las expresiones locales de la globalización: México y España*. Ciudad de México: Universidad Iberoamericana, Miguel Ángel Porrúa.
- Cervantes Escoto, Fernando. (2001). *Modernización de la ganadería lechera familiar en los Altos de Jalisco. Problemática y perspectivas*. Tesis de Doctorado. Chapingo: Universidad Autónoma Chapingo. Recuperación.

- da de <<http://ciestaam.edu.mx/tesis/modernizacion-la-ganaderia-lechera-familiar-en-los-altos-jalisco-problematica-perspectivas>>.
- Cervantes, Fernando, Villegas de Gante, Abraham, Cesín, Alfredo y Espinoza, Angélica. (2006). *Los quesos mexicanos genuinos: un saber hacer que se debe rescatar y preservar*. Trabajo presentado en III Congreso Internacional de la Red *SIAL* “Alimentación y Territorios”, en Baeza, Jaen, España. Recuperado de <http://lactodata.info/docs/lib/escoto_cervantes_los_quesos_mexicanos_2006.pdf>.
- Comisión Económica Para América Latina y el Caribe. (2003). *Pequeñas empresas, productos étnicos y de nostalgia: oportunidades en el mercado internacional los casos de el salvador y México*. Ciudad de México: Naciones Unidas. Recuperado de <https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/4931/so43182_es.pdf?sequence=1&isallowed=y>.
- Domínguez-López, Aurelio, Villanueva-Carvajal, Adriana, Arriaga-Jordán, Carlos y Espinoza-Ortega, Angélica. (2011). Alimentos artesanales y tradicionales: el queso Oaxaca como un caso de estudio del Centro de México. *Estudios Sociales. Revista de alimentación contemporánea y desarrollo regional*, vol. 19, núm. 38, pp. 166-193.
- Durand, Jorge y S. Massey, Douglas. (2009). *Clandestinos*. Zacatecas: Universidad Autónoma de Zacatecas, Miguel Ángel Porrúa.
- Espinoza-Ortega, Angélica, Álvarez-Macías, Adolfo, del Valle, María del Carmen y Chauvete, Michelle. (2005). La economía de los sistemas campesinos de producción de leche en el Estado de México. *Técnica Pecuaria en México*, vol. 43, núm. 1, pp. 39-56.
- Fanfani, Roberto. (1994). Agricultural change and agro-food Districts in Italy. En Symes, David y Jansen, Anton J. (eds.), *Agricultural restructuring and rural change in Europe* (pp. 87-99). Wageningen: Agricultural University.
- Icazuriaga Montes, Carmen. (1977). La ciudad de Tepatitlán: su origen y desarrollo como centro urbano. *Controversia*, vol. 1, núm. 3, pp. 22-46.
- Icazuriaga Montes, Carmen. (2002). *La ciudad y el campo en Tepatitlán*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.

- Ligabue, Loredana, Vetturini, Bárbara y Venacio, Leandro. (2007). El desarrollo de los distritos industriales en la Región Emilia-Romagna (Italia): Políticas de apoyo que explican el desarrollo de la pequeña y mediana empresa. Lecciones de un proyecto nacido “desde abajo”. *Revista OIDLES*, vol. 1, núm. 1. Recuperado de <<http://www.eumed.net/rev/oidles/01/Ligabue.htm>>.
- Secretaría de Gobernación. (2010). Norma Oficial Mexicana NOM-243-SSA1-2010, Productos y servicios. Leche, formula láctea, producto lácteo combinado y derivados lácteos. Disposición y especificaciones sanitarias. Métodos de Prueba. *Diario Oficial de la Federación*. Recuperada de <http://dof.gob.mx/nota_detalle.php?codigo=5160755&fecha=27/09/2010>.
- Olmos Colmeneros, José de Jesús, Ramírez Vega, Humberto, Heredia Nava, Darwin y Gómez Rodríguez, Víctor Manuel. (2017). Retos y oportunidades para los sistemas de producción de leche de la región Altos de Jalisco. En Leal Moya, Irma Leticia (coord.), *Diagnóstico de la Región Altos Sur de Jalisco* (pp. 337-346). Guadalajara: Centro Universitario de los Altos.
- Rodríguez Gómez, Guadalupe. (1996). Sólo es cuestión de calidad: Leche y globalización en los Altos de las últimas décadas. En González, Cándido (coord.), *Los Altos de Jalisco al fin de siglo* (pp. 127-136). Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- Romero Vivar, Natalia Guadalupe y Monteverde Valenzuela, María de los Ángeles. (2014). El mercado de la nostalgia: una oportunidad de exportación para las empresas familiares del municipio de Hermosillo, Sonora México. *Global Conference on Business and Finance Proceeding*, vol. 9, núm. 2, pp. 737-747.
- Sánchez Almanza, Adolfo. (1994). *El Centro Occidente de México, desarrollo regional, economía y política*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Vázquez Valencia, Roberto y Aguilar Benítez, Ismael. (2010). Organizaciones lecheras en los Altos Sur de Jalisco: un análisis de las interacciones productivas. *Región y sociedad*, vol. 22, núm. 48, pp. 113-144.

- Villegas de Gante, Abraham, Cervantes Escoto, Fernando, Cesín Vargas, Alfredo, Espinoza Ortega, Angélica, Hernández Montes, Arturo, Santos Moreno, Armando y Martínez Campos, Ángel. (2014). *Atlas de los quesos mexicanos genuinos*. Texcoco: Biblioteca Básica de Agricultura.
- Villegas de Gante, Abraham, Santos Moreno, Armando y Cervantes Escoto, Fernando. (2016). *Los quesos mexicanos tradicionales*. Chapingo: Universidad Autónoma Chapingo, Centro de Investigaciones Económicas Sociales, Tecnológicas de la Agroindustria y La Agricultura Mundial, Departamento de Ingeniería Agroindustrial, Instituto de Alimentos, Juan Pablos Editor.
- Wattiaux, Michel, Blazek, Jennifer y Olmos Colmenero, José de Jesús. (2012). *Bird's eye view of the mexican Dairy Industry and on the ground assessment of production systems in the Highlands (Los Altos) of Jalisco, Mexico*. Madison: The Babcock Institute.

La producción porcina en La Piedad, Michoacán y los Altos de Jalisco. Especialización y espacialización¹

IMELDA SÁNCHEZ GARCÍA

El objetivo de esta investigación es dar a conocer la dinámica de la producción porcícola en la microrregión de La Piedad, Michoacán, y los Altos de Jalisco como ejemplos de especialización que se ha desplazado a través del tiempo. En el occidente del país La Piedad, Michoacán, fue el primer espacio regional donde se desarrolló la especialización porcícola a nivel industrial; después, fue los Altos de Jalisco.

En 2018 los Altos, con 267 048.05 toneladas de ganado en pie, ocupó el primer lugar en producción agropecuaria del estado de Jalisco, con un valor de 7 641 575.85 millones de pesos. En 2019, con 369 093 establecimientos, representó 21.1 % de la producción nacional, en tanto, ha decrecido su participación: con 229 212 empresas, representó 2.87 % (SIAP, 2018, 2019).

La información es resultado de un trabajo de campo y revisión de literatura llevados a cabo durante los años 2018 y 2019. La información se obtuvo a través de entrevistas y pláticas informales con porcicultores durante una serie de eventos porcícolas: AMVECAJ (Asociación de Médicos Veterinarios Especialistas en Cerdos de Los Altos de Jalisco), AMVEC (Aso-

¹ Expreso mi agradecimiento al mvz Vicente Casillas Rodríguez, quien fungió como presidente de la Asociación de Porcicultores de Tepatitlán y AMVEC 2019; al mvz Evaristo Ramos Segura, presidente AMVEC La Piedad; y al Lic. Fernando Puga Rosales por todas sus atenciones para la realización de este trabajo.

ciación Mexicana de Veterinarios Especialistas en Cerdos A.C.) 2019 y AMVECO (Asociación de Médicos Veterinarios Especialistas en Cerdos de Occidente), entre otros. Las fotografías cuentan con el consentimiento del autor para su difusión. Los datos estadísticos provienen de los censos agropecuarios INEGI, SIAP, CONEVAL.

Introducción

La producción porcina comparte varias características: a nivel mundial desempeña un papel clave dentro de las cadenas productivas agrícolas al generar una gran demanda de materias primas (maíz amarillo, sorgo y soya) como insumos para la elaboración de alimentos balanceados (Iglesias Reyes *et al.*, 2018); y necesita mucha mano de obra, por lo cual es una importante generadora de empleos (Zavala Cortés, 2016; Rivera *et al.*, 2007; Riethmuller, 2003). En 2019, a nivel nacional, generó 245 000 empleos directos, 1.2 millones indirectos y se calculaba que había más de dos millones de familias que dependían de esa actividad (OPORPA, 2019).

Pero además tiene características que la hacen muy peculiar. Es una actividad que se practica a muy distintos niveles, desde grandes empresas y consorcios agroalimentarios hasta pequeñas explotaciones domésticas; se puede llevar a cabo en espacios reducidos; la alimentación de los animales es muy versátil y se ha dicho que puede llegar a generar casi la mitad (40-50 %) de los ingresos en hogares rurales (Phengsavanh *et al.*, 2010; Enríquez Lorenzo y Martínez Castañeda, 2009). La ganadería familiar es al mismo tiempo una fuente de ocupación y de alimento (Riethmuller, 2003). Finalmente, es una actividad que ha prosperado en espacios rurales específicos, es decir, está fuertemente asociada a desarrollos regionales. En la medida en que prospera en regiones determinadas, el empleo y la ocupación que genera tienen un importante impacto regional.

El desarrollo regional se basa en la noción de que el capitalismo es un sistema dinámico que se transforma de manera constante, inestable y discontinua, lo que significa que no evoluciona de manera lineal y homogénea. Hay regiones, zonas o localidades que, en determinados períodos y debido a ciertas particularidades, se desarrollan más que otras (Rea Be-

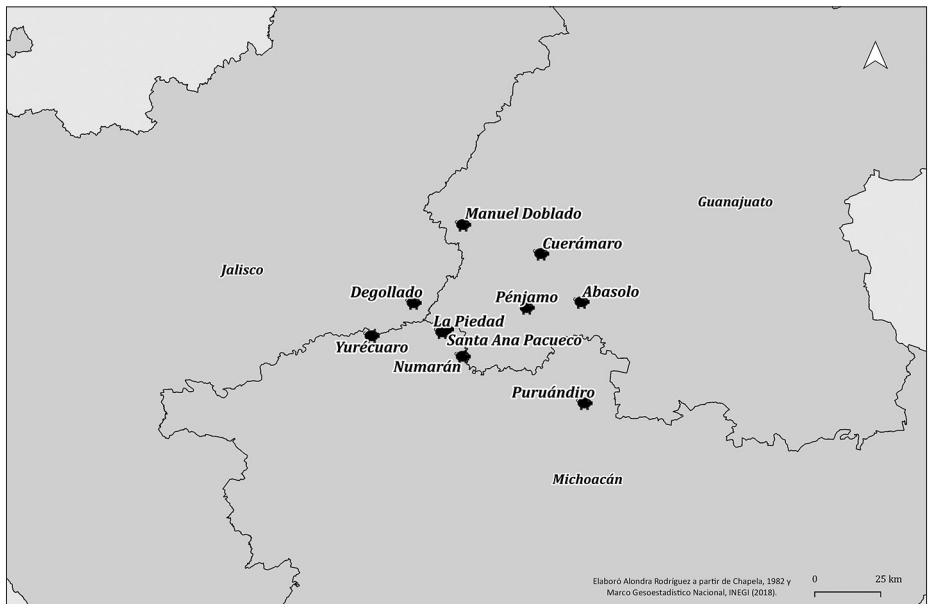
cerca, 2017). La perspectiva de los polos de crecimiento de Perroux (1955, en Correa, 2000) sugiere que un conjunto de empresas dinámicas puede convertir la región donde opera en un polo de desarrollo, debido a la homogeneidad de sus recursos y potencialidades, que facilitan la transformación de insumos locales, la capacidad para atender las demandas de los mercados regionales y externos, la creación de empleos, la reinversión y la creación de empresas complementarias. De manera muy similar, la perspectiva del desarrollo endógeno plantea que los recursos naturales, sociales y culturales de las sociedades y la cooperación o asociación de los actores locales pueden promover desarrollos específicos en determinadas regiones (Pietak, 2011). La perspectiva de la economía del desarrollo (ED) plantea que «para desarrollarse se tiene que crecer» y una de las vías puede ser la industrialización y la especialización, conectada con el capital humano, el conocimiento y la innovación que incluyen los elementos culturales e institucionales (Rea Becerra, 2017: 14).

Por otra parte, hay que señalar que la tecnología y la innovación son factores críticos para la competitividad de las empresas (Zavala Cortés, 2014). La competitividad es definida como la capacidad de ampliar y mantener la participación de las empresas en mercados locales e internacionales a través de la actividad lucrativa. La competitividad se presenta en países, regiones, sectores, cadenas productivas industrias y empresas, y puede estar ligada a un territorio con recursos naturales y formas de producción, consumo e intercambio de bienes y servicios particulares que son regidas por instituciones y actores que forman parte de un tejido social con usos y costumbres característicos (Gómez Tenorio *et al.*, 2012; Suñol, 2006).

La Piedad, Michoacán, y los Altos de Jalisco son espacios rurales de antiguos y arraigados saberes agropecuarios que, en diferentes momentos, fueron capitalizados por actores locales que se convirtieron en empresarios y que dieron lugar a dos importantes regiones agroindustriales porcícolas. En torno a La Piedad se desarrolló un corredor de poco más de tres mil kilómetros cuadrados (3 229.76 km²) formado por nueve municipios: La Piedad, Puruándiro, Yurécuaro y Numarán, en Michoacán; Degollado, en Jalisco; Manuel Doblado, Cuerámaro, Abasolo y Pénjamo

en Guanajuato y la delegación de Santa Ana Pacueco (que corresponde a Pénjamo), donde se localiza una antigua e importante hacienda agro ganadera colonial que marca la frontera entre Michoacán y Guanajuato (Checa Artasú y Gaytán Gómez, 2011) (figura 1). La Piedad se extiende sobre la margen izquierda del río Lerma, que a su paso irriga las tierras bajas de Guanajuato, que fue lo que las convirtió en el «granero de México».

Figura 1
Región porcícola de La Piedad, Michoacán

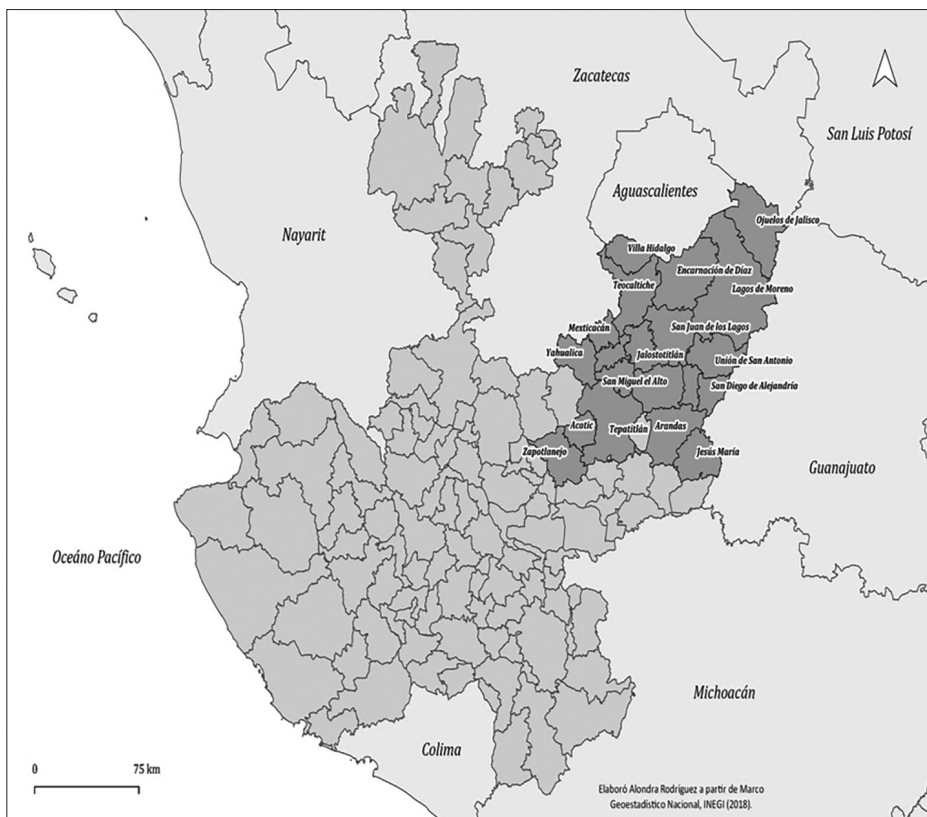


Fuente: elaboró Alondra Rodríguez a partir de Chapela, 1982, y Marco Geoestadístico Nacional, INEGI (2018).

El corredor porcícola de Jalisco es mucho más extenso (14 542.40 km²) e incluye veinte municipios: Acatic, Arandas, Encarnación de Díaz, Jalostotitlán, Jesús María, Lagos de Moreno, Mexxicacán, Ojuelos, San Diego de Alejandría, San Juan de los Lagos, San Julián, San Miguel El Alto, Teocaltiche, Tepatitlán, Unión de San Antonio, Valle de Guadalupe, Villa Hidalgo, Cañadas de Obregón, Yahualica y Zapotlanejo. Los más desta-

cados son San Juan de los Lagos, Arandas, Tepatitlán, Lagos de Moreno y Acatic (SIAP, 2019). Los municipios más importantes en cuanto a valor de la producción, establecimientos y empresas son San Juan de los Lagos, Tepatitlán y Arandas (figura 2).

Figura 2
Región porcícola de los Altos de Jalisco



Fuente: elaboró Alondra Rodríguez a partir de Marco Geoestadístico Nacional, INEGI (2018.)

Desarrollo, auge y nuevos escenarios

Hasta la década de 1940, la cría y engorda de puercos se realizaba en instalaciones rústicas y en los potreros, los animales se alimentaban con desperdicios de las cocinas y subproductos de las cosechas. Un puerco «se lograba», es decir, estaba listo para la matanza, en doce meses. Un producto muy valorado de los puercos era la manteca que formaba parte fundamental de la nutrición humana.

Un primer momento de mejoras tecnológicas en los sistemas de producción porcícolas dio lugar a una serie de cambios, entre ellos, la conversión alimenticia. En 1950, se requerían 5.5 kg. promedio de alimento para producir un kilogramo de carne, en 1960, bajó a 4.5 y en 1985 a 3.5 kg. (Sedano Alvarado y Sánchez García, 2017). Cambió también la orientación de la producción de la manteca a la carne de puerco en una relación que llegó a ser de 20%-80% (Iglesias Reyes *et al.*, 2018). La migración rural-urbana que convirtió a los campesinos en trabajadores incrementó la demanda de alimentos y productos alimenticios preparados en las ciudades, entre ellos, la carne. Un ejemplo: los taqueros, muchos de ellos originarios de una pequeña localidad de los Altos de Jalisco que habían migrado a la ciudad de México, requerían cada día de muchos kilos de carne de puerco para abastecer los puestos de tacos que abrían y atendían en diferentes puntos de la capital en plena etapa de crecimiento demográfico y expansión territorial (Sánchez García y Muñoz Durán, 2017).

A principios de la década de 1960, la porcicultura se había convertido en una de las actividades más dinámicas del sector agroindustrial nacional; en 1970, existían casi 10 millones de cabezas de puercos, que en 1985 llegaron a 18.6 millones. Las principales regiones porcícolas eran tres estados del occidente del país, Jalisco, Michoacán y Guanajuato (33%); cuatro del centro —Estado de México, Querétaro, Puebla e Hidalgo— (19%) y dos del norte —Sonora y Sinaloa— (14%).

En la década de 1980, el Gobierno federal apoyó la producción porcícola con un programa de mejoramiento genético que alcanzó incluso a la producción de traspatio. Sin embargo, la falta de asistencia técnica e infraestructura adecuada acarrearón problemas genéticos que afectaron de

manera especial a los productores de traspatio (Zavala Cortés, 2014; Bobadilla *et al.*, 2010). En esos años los productores de La Piedad, Michoacán, modificaron la forma de producción basada en la engorda, para lo cual dependían de acopiadores, a un sistema de producción integrado, es decir, granjas de cría y engorda. Sin embargo, ambos sistemas persistieron: la cría y engorda en pequeñas explotaciones y los sistemas integrados en las granjas modernizadas de La Piedad.

En 1990, se estimaba que poco menos de una quinta parte (17%) de la piara nacional se explotaba en forma intensiva o tecnificada y generaba alrededor del 35% de la producción de carne. Por su parte, la producción de traspatio explotaba poco más de la mitad (53%) del hato nacional y contribuía con menos de una tercera parte (30%) de la producción de carne (Zavala Cortés, 2016, Bobadilla *et al.*, 2010). Las explotaciones tecnificadas se encontraban sobre todo en los estados de Sonora, Querétaro, Jalisco, Guanajuato y Yucatán. Michoacán ya no apareció entre los principales estados productores.

Sin embargo, desde mediados de la década de 1980, la porcicultura empezó a experimentar situaciones que hicieron disminuir de manera incesante el inventario porcícola y la producción de carne. La inflación de esos años disminuyó el poder adquisitivo de la población y la capacidad de pago del sector porcícola; la pérdida de poder adquisitivo de los consumidores y cambios en las preferencias de la alimentación desplazaron el consumo de carne de origen animal por los de origen vegetal y se incrementó el consumo de carne de pollo; el retiro de subsidios al sorgo aumentó los costos de producción; y se incrementó el precio de la soya, otra materia prima básica de la alimentación porcina.

La firma del TLCAN (1992, y su entrada en vigor en 1994) aumentó las desventajas de los productores mexicanos. Con el TLCAN llegaron establecimientos con sistemas de producción con altos niveles de bioseguridad y cerdos libres de enfermedades; se permitió la importación de carne y derivados porcícolas que, por su escaso valor en Estados Unidos, representaron una fuerte competencia para los productos nacionales; y fue posible importar granos forrajeros y semillas oleaginosas para la preparación

de alimentos en las granjas. Finalmente, la sucesión de brotes epidémicos afectó no solo a los hatos, sino también el consumo de carne de puerco, que se redujo de manera significativa (Iglesias Reyes *et al.*, 2018; Rebollar Rebollar *et al.*, 2015; Zavala Cortés, 2014; Gómez Tenorio *et al.*, 2011; Bobadilla *et al.*, 2010; Mejía Reyes *et al.*, 2007). En lo que va del siglo XXI, la producción de carne de cerdo nacional ha disminuido alrededor de 90 %.

La porcicultura en La Piedad

El Bajío es, gracias al río Lerma, una extensa región de gran fertilidad del suelo, con precipitación pluvial media y agua para riego, que se encuentra además cerca y con fácil accesibilidad a las concentraciones urbanas del país que son las principales consumidoras de carne.

En la confluencia entre los estados de Jalisco, Guanajuato y Michoacán y en el paso del río Lerma se encuentran el municipio y la ciudad de La Piedad, que habían prosperado gracias, justamente, a esa privilegiada posición geográfica entre tres entidades. Hasta la década de 1940, La Piedad era una localidad pequeña dedicada principalmente al comercio, pero se destacaba también por la curtiduría, la producción de rebozos, la engorda de cerdos a pequeña escala y la producción de huevo para plato.

Sin embargo, la crisis de la avicultura (década de 1950) y la revolución verde (que se intensificó en la década de 1960) obligaron a los piedadenses a modificar sus actividades y encontraron en la porcicultura una vía para lograrlo. Los paquetes tecnológicos promovidos por la revolución verde lograron que las tierras, en especial, las del bajío, fueran más productivas, es decir, se produjeran más toneladas de sorgo, maíz y soya por hectárea sembrada. La existencia de abundantes insumos en el bajío favoreció la producción de cerdos en La Piedad.

De hecho, fue el momento de la llegada de las empresas transnacionales que implementaron paquetes tecnológicos que demandaban grandes cantidades de materias primas —sorgo y soya—, fertilizantes, semillas mejoradas, plaguicidas e insumos en general. Desde 1945, se establecieron Ralston Purina y Anderson Clayton, empresas dedicadas a la venta

de alimentos balanceados para el ganado, lo que impulsó la producción avícola y porcícola en La Piedad y su entorno (Leyva y Ascencio, 1991).

El cambio hacia la especialización porcícola fue liderado por actores locales que capitalizaron al máximo una serie de recursos y oportunidades, privados y públicos, y se convirtieron en medianos y grandes empresarios. Contaban con el agua del río Lerma, los granos del bajío y subsidios gubernamentales para la compra de materias primas. Las inversiones que anteriormente se dirigían a la curtiduría, la fabricación de rebozos y la avicultura empezaron a canalizarse hacia la porcicultura. La migración a Estados Unidos favoreció la producción porcina en Michoacán, por una parte, mediante las remesas que los hogares de los migrantes destinaron a la porcicultura; por otra parte, hubo migrantes que, al constatar las posibilidades de la porcicultura invirtieron ahí los ahorros de su trabajo en Estados Unidos y regresaron a sus comunidades de origen a hacerse cargo de sus hatos (Fernández Guzmán y del Carpio Ovando, 2013; Leyva y Ascencio, 1991). Los engordadores comenzaron a construir zahurdas de cemento, alambre o madera fuera de la ciudad y a rentar casas para dedicarlas exclusivamente a la engorda de puercos (Leyva y Ascencio, 1991).

La sustitución del maíz por el sorgo se generalizó en el bajío (Dolores Bautista y Crespo Stupková, 2019), se concluyó la carretera Zamora-La Piedad y los porcicultores obtuvieron fuertes subsidios estatales. La actividad porcícola prosperó en el espacio michoacano en torno a La Piedad. La Piedad se convirtió en el gran centro productor de cerdos de engorda y reorganizó su entorno para adecuarlo a sus necesidades; en Puruándiro estaban los medianos productores de ciclo completo y la cría de lechones de destete; y los de Numarán eran recolectores que hacían de intermediarios entre los criadores domésticos y los grandes engordadores de La Piedad. Todos mantenían estrechas relaciones con los agricultores del estado vecino de Guanajuato para el abasto de sorgo y soya (Leyva y Ascencio, 1991).

Un recolector llegaba a vender 60-70 lechones diarios, es decir, alrededor de dos mil lechones al mes. Muchos recolectores tenían trato directo con engordadores que requerían animales de determinada calidad. El

principal destino de los lechones era La Piedad. Muchos hogares de los municipios de la región porcícola tenían una o dos marranas para contar con lechones, con cuya venta ganaban 50 % más que si vendían el maíz (Iglesias Reyes *et al.*, 2018; Leyva y Ascencio, 1991). Los recolectores eran necesarios para todos: ayudaban a los granjeros a vender sus cerdos, simplificaban la red de acopio y mantenían bajos los costos de viaje, flete, crianza, tiempo y alimentación de los animales (Iglesias Reyes *et al.*, 2018; Leyva y Ascencio, 1991).

El grupo empresarial porcícola, con sede en La Piedad y Santa Ana, estaba conformado por varios grupos familiares: Casto Saldaña (Grupo Kasto, FOLAPSA), García Árciga (grupo Nu-3), Villaseñor, López Aguirre (RLA), Bribiesca (Delta, Concentra) y Aceves Torres (Impulsora Agrícola Aceves Torres), que llegaron a concentrar casi la mitad (45 %) de la producción porcícola de Michoacán (Dolores Bautista y Crespo Stupková, 2019).

En La Piedad se desarrolló una porcicultura moderna, integrada y especializada: se importaban puercos de razas puras; los chiqueros se ubicaban fuera de la ciudad; los puercos eran atendidos por trabajadores asalariados; los sistemas de producción se basaban en paquetes tecnológicos; y se utilizaban alimentos balanceados y fármacos. Surgieron empresas especializadas como LAPISA, que fabricaba productos farmacéuticos y de nutrición animal y el grupo empresarial Aceves Torres, que se especializó en la mejora genética de cerdos. Se abrieron plantas de alimentos balanceados, rastros, almacenes de granos, empacadoras y fábricas de embutidos, empresas de transporte y sistemas de comercialización (Dolores Bautista y Crespo Stupková, 2019). Los grandes empresarios mejoraron sus granjas de pie de cría y contaban con laboratorios de mejoras genéticas, fábricas de alimentos, rastros, obradores y empacadoras (Iglesias Reyes *et al.*, 2018; Leyva y Ascencio, 1991).

Sin embargo, la porcicultura michoacana mantuvo una peculiaridad que se convirtió en una gran limitación: la separación de los eslabones de la cadena de producción, es decir, que los animales pasaban por muchas manos e instalaciones. Unos tenían a las cerdas que eran las madres;

otros las montaban y se quedaban con ellas hasta que parían; y al destete vendían los lechones al acopiador, que podía conservarlos hasta el término de la fase de transición para luego venderlos a las granjas de engorda de La Piedad. Si el acopiador carecía de instalaciones, los pasaba a otro criador que, una vez cumplidas las semanas de engorda, los pasaba a las granjas de La Piedad.

Ese sistema de producción disperso tenía, como se mencionó, algunas ventajas, pero resultaba ineficiente en cuanto a manejo, costos de producción y, en especial, sanidad animal. La cantidad de animales que circulaban entre las localidades y diversos tipos de establecimientos favoreció la aparición y sucesión de brotes epidémicos en toda la región porcícola. Los puercos padecen enfermedades muy específicas. Un brote epidémico, es decir, la aparición repentina de una infección en un lugar, puede matar de manera repentina a los animales en cualquier etapa de la producción, es decir, provocar abortos en las cerdas gestantes, infertilidad en cerdas de pie de cría o enfermedades respiratorias y diarreas severas en lechones. Los cerdos, al pasar por muchos lugares, adquirirían enfermedades que luego trasladaban a granjas de animales sanos que se enfermaban, no ganaban peso y tenían que venderse «baratos» o terminaban muertos y eran pérdida total para los dueños de las piaras. Las explotaciones porcícolas de pequeña escala eran las que estaban más expuestas a ese círculo vicioso de infecciones y muertes que podía arruinar para siempre a los poricultores.

Lo anterior y la sucesión de crisis de las décadas 1980-1990 que afectaron la actividad porcícola hicieron mella en la región de La Piedad, que tuvo dos grandes consecuencias: muchos de los criadores de lechones de pequeña escala se retiraron del negocio, malbarataron lechones y marrañas, rentaron sus parcelas, reiniciaron o prolongaron sus periodos de migración en Estados Unidos y se emplearon como trabajadores en las grandes empresas (Dolores Bautista y Crespo Stupková, 2019). En la década de 1990 disminuyó la rentabilidad y la competitividad de la porcicultura michoacana. En 2005, la producción porcícola de Michoacán descendió al séptimo lugar nacional.

Ante el escenario incierto para la porcicultura, los grandes poricultores de La Piedad diversificaron sus negocios hacia otros sectores, en especial, hacia el sector inmobiliario (fraccionamientos y plazas comerciales), gasolineras, servicios financieros, comercialización de productos lácteos, agroquímicos y semillas (Dolores Bautista y Crespo Stupková, 2019). Además, una nueva especialización agrícola se abrió paso. La perforación de pozos y la ampliación del dren de un cauce del río Lerma impulsaron el cultivo de hortalizas y *berries* de exportación que demostraron ser un excelente negocio.

Como se recordará, La Piedad fue, durante mucho tiempo, sinónimo de insalubridad animal y deterioro ambiental, y la porcicultura fue ampliamente criticada. Relacionado con la revolución verde, el uso excesivo de herbicidas y pesticidas tóxicos provocó resistencias a las plagas y enfermedades, y se reflejó en la contaminación de la tierra, el agua y el aire y en la pérdida de fertilidad de las tierras. La agricultura protegida para la producción de *berries* a través de invernaderos ha roto los ciclos de plagas y enfermedades del sorgo, maíz y soya. En la actualidad, el estado de Michoacán es altamente productivo en ese tipo de cultivos.

La especialización porcícola de la región de La Piedad dio paso a una diversificación de actividades y negocios fuera del ámbito pecuario, pero también dentro de la actividad agrícola. Por supuesto que sigue existiendo la porcicultura, pero no es el eje de la economía regional que fue en décadas anteriores.

La porcicultura en los Altos de Jalisco

En 2018, la actividad porcícola en Jalisco ocupó el primer lugar, con 18% de total de la producción nacional; en 2019, la participación se incrementó a 21.25% (SIAP, 2018, 2019). La porcicultura jalisciense, como la michoacana, se ha visto favorecida por dos factores: la cercanía y fácil acceso a la Ciudad de México y a Guadalajara para la comercialización de los productos y la vecindad con las tierras del bajío guanajuatense para la provisión de insumos básicos para la elaboración de alimentos (Sedano Alvarado y Sánchez García, 2017). Además, la actividad porcícola jalisciense se

desarrolla en un extenso y complejo corredor agropecuario industrial donde los empresarios suelen integrar la producción de tequila, leche, huevo para carne y para plato y carne de cerdo.

Hasta la década de 1960, la actividad porcícola de Jalisco era muy rudimentaria: los animales, de raza criolla, eran alimentados con base en el pastoreo, desperdicios caseros, maíz y garbanzo. En 1962 surgió la Asociación Local de Porcicultores de Tepatitlán, fundada por Rodolfo Camarena Báez, Salvador de Anda Delgadillo, José Luis Martín, Miguel Muñoz, Enrique Gutiérrez, Francisco Alcalá Barba, Eduardo Martín y Ramón de Anda, todos porcicultores de la región. En una entrevista por la conmemoración de los 50 años de la asociación, Salvador de Anda, uno de los fundadores y primeros productores, comentó:

Éramos todos hermanos, todas las decisiones las tomábamos entre todos, de acuerdo como mejor convenía, en Tepa el medio económico eran los puercos [...] Para ese año Tepatitlán contaba con muy pocos habitantes y la crianza de cerdo se hacía en sus casas, en todas partes había traspatios, pequeños productores, toda la gente tenía uno, dos, tres, puerquitos. Era porcicultura de corral, no comercial. Antes del progreso en Tepa por lo menos se mataban cien puercos diarios, los grandes productores tenían como máximo cien hembras y estaban alrededor, entonces si había muchos porcicultores, pero de los que quisieron formar realmente la industria fuimos pocos. Conforme fue creciendo el hato se fue desplazando la actividad y haciéndolo en las zonas rurales. Había mucha pobreza pero no se veía, conforme el progreso se fue dando poco a poco la gente lo notó y se fue entusiasmando... con el afán de combatir la pobreza, ofrecer productos de mayor calidad e impulsar la industria se fueron realizando varias acciones... se usaban los obradores para la matanza de los animales, en búsqueda de un plus se intentó tener un rastro, pero se tuvieron muchos problemas con el aujesky, la fiebre porcina africana... se iba a Estados Unidos por pie de cría, no había vacunas, no había enfermedades... la necesidad de hacer alianzas llevó a lo que hoy día es una asociación consolidada la cual trata de apoyar a sus agremiados gestionando recursos para mejoras tecnológicas, servicios de farmacia, alimentos balan-

ceados, calidad genética, entre otros (Asociación de Porcicultores de Tepatlán, 50 Aniversario).

Los recursos originales de los empresarios provenían de actividades agrícolas, ganaderas, de producción de leche y comerciales de pequeña escala, a partir de las cuales desarrollaron un modelo de negocios basado en la diversificación pecuaria: establos para la producción de leche, granjas avícolas y porcícolas e incursiones en la industria tequilera.

Las innovaciones tecnológicas en los sistemas de producción agro-ganaderos jugaron un papel central en la transformación de la porcicultura en la región: adopción de biotecnologías, mejoramiento genético, agroecología, nanotecnología, mitigación del impacto ambiental, producción de alimentos con calidad e inocuidad para los consumidores y las economías regionales donde se desarrolla la porcicultura. De esa manera, se mejoraron los sistemas de producción, aumentó el tamaño de las granjas, se introdujeron alimentos balanceados y se estableció una industria empa-cadora de embutidos que consolidó la cadena productiva de carne de cerdo. Los empresarios desarrollaron sistemas de producción integrales que manejaban el ciclo productivo desde la gestación hasta la engorda, lo que les permitió un mayor control, eficiencia y competitividad. En los sistemas integrales, si un elemento de la cadena falla, es fácil detectarlo y resolverlo. Lo anterior resulta clave en una actividad como la porcicultura, donde un brote epidémico, es decir, la aparición repentina de una enfermedad infecciosa, puede aparecer y ser letal en cualquier fase del proceso.

Las nuevas tecnologías dejaron en desventaja a los pequeños productores de traspatio (Zavala Cortés, 2016; Bobadilla *et al.*, 2010; Mejía Reyes *et al.*, 2007). En la práctica, salieron del mercado las empresas menos consolidadas y se inició un proceso de concentración de la actividad porcícola en grandes empresas, muy tecnificadas y capitalizadas que aumentaron su productividad, redujeron costos y de esa manera han podido permanecer y prosperar en las nuevas condiciones del mercado (Sedano Alvarado y Sánchez García, 2017).

Los empresarios alteños aprovecharon, además, los apoyos y subsidios gubernamentales e invirtieron en mejoras que eran fundamentales para los negocios, entre ellas, el agua. Los empresarios participaron en la perforación de pozos profundos, lo que garantizó el abasto de agua para el desarrollo de los sectores agrícola y pecuario (Casillas Báez, 2013). Las actividades pecuarias son grandes demandadoras de agua. Para producir un kilogramo de carne de cerdo se requieren 5 988 litros de agua; un litro de leche 1 020; un kilogramo de carne de pollo 4 325 litros; un kilogramo de carne de res 15 415 litros; y un kilo de huevo 3 265 litros (Rendon *et al.*, 2017).

En 1983, el agua se encontraba a 300-500 metros del subsuelo, por lo que resultaba muy costoso extraerla. Para solucionar ese problema se conformó un patronato «Pro-perforación de pozos» en el que estuvieron involucrados los representantes de los avicultores, ganaderos y porcicultores del municipio. Además, los ganaderos, porcicultores y avicultores, apoyados por el Gobierno federal, construyeron bordos en granjas y ranchos. El Gobierno federal proporcionó maquinaria a los que demostraron que requerían agua para sus granjas (Casillas Báez, 2013).

Conclusiones

La medición de parámetros de rentabilidad y viabilidad de los SPP (Sistemas de Producción Porcina) permite compararlos, en este caso, en tres estados productores: Jalisco, Sonora y Guanajuato. La integración de la cadena de producción de Jalisco es similar a la de Sonora, cuenta con un alto nivel tecnológico y heterogeneidad en los sistemas de producción, por lo que su productividad se califica de regular a buena (Zavala Pineda *et al.*, 2012; Nava Navarrete *et al.*, 2009). En Jalisco hay una mayor inversión en vientres en producción y el capital neto real de los SPP de ciclo completo es mayor que en Sonora y Michoacán. La tecnificación que eso supone garantiza un mejor desempeño económico y alta rentabilidad, es decir, precios mayores a los de las empresas de otros estados y saldos positivos que permiten hacer frente a las depreciaciones.

Los negocios agropecuarios son muy sensibles a alteraciones tanto en los mercados para sus productos como en situaciones en los establecimientos donde nacen, se crían, crecen, engordan y procesan los productos y animales. En ese sentido, la porcicultura, si bien es una industria rentable, su eficiencia y competitividad depende de requerimientos e innovaciones tecnológicos ligados a la sustentabilidad, la alimentación y la sanidad de los animales: genética, nutrición y enfermedades (Zavala Cortés, 2014).

Una peculiaridad de los empresarios alteños ha sido la tendencia a la diversificación, es decir, a mantener negocios e inversiones en las diversas actividades agroindustriales de la región: porcicultura, pero también avicultura, ganadería, producción de leche y tequileras. De esa manera, las crisis y epidemias que afectan de manera periódica a alguna de esas actividades pueden ser contrarrestadas con la estabilidad y buena salud de las otras actividades.

Otra peculiaridad de los negocios agroindustriales es la tendencia a descentralizar la localización de los establecimientos en todo el territorio alteño. Si bien son negocios son de ciclo completo, las granjas de cada etapa de los animales se encuentran separadas y dispersas en el territorio alteño. Las enfermedades y epidemias que han afectado a los animales — pollos y gallinas, puercos y vacas— les han enseñado a espacializar y especializar las granjas de manera que sea factible aislar y controlar los brotes infecciosos. De esa manera, quien recorra los Altos de Jalisco se encontrará con un paisaje donde se destacan granjas dispersas de todo tipo en todos los municipios de la región, que han dado lugar a nuevos desplazamientos y escenarios laborales para la población.

Referencias

Asociación de porcicultores de Tepatitlán, 50 Aniversario.

Bobadilla Soto, Encarnación Ernesto, Espinoza Ortega, Angélica, Martínez Castañeda, Francisco Ernesto. (2010). Dinámica de la producción porcina en México de 1980- 2008. *Revista Mexicana de Ciencias Pecuarias*, vol. 1, no. 3.

- Casillas Báez, Miguel A. (2013). La tercera revolución del agua. Urbanización, gestión y contaminación del agua: el caso de Tepatitlán de Morelos, Jalisco, México, durante el siglo xx. *Agua y Territorio*, núm. 1, pp. 121-134.
- Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social. (2018). *Medición de la pobreza 2008-2018. Pobreza en México. Resultados de pobreza en México a nivel nacional y por entidades federativas*. Ciudad de México: CONEVAL.
- Correa, Eugenia. (2000). La teoría general de Francois Perroux. *Revista Comercio Exterior*, vol. 50, núm. 12, pp. 1090-1098.
- Checa Artasú, Martín Manuel y Gaytán Gómez, Oriana Zaret. (2011). Elementos para la creación de un clúster cárnico porcicultor en la Región del Bajío Occidental del Lerma. *Revista INCEPTUM*, vol. VI, no. 11, pp. 283-314.
- Dolores Bautista, Jorge y Crespo Stupková Lucie. (2019). Miradas hacia el desarrollo de dos localidades rurales mexicanas. Procesos socioeconómicos diferenciados ante las políticas neoliberales. *Revista Política y Cultura*, núm. 52, pp. 143-170.
- Enríquez Lorenzo, Celestino y Martínez Castañeda, Francisco Ernesto. (2009). Producción porcina en pequeña escala y su aportación a la economía familiar. En Cavallotti Vázquez, Beatriz, Marcof Álvarez, Carlos y Ramírez Valverde, Benito (coords.), *Ganadería y seguridad alimentaria en tiempo de crisis* (pp. 247-254). Chihuahua: UACH.
- Fernández Guzmán, Eduardo y del Carpio Ovando, Perla Shiomara. (2013). Regresar a casa, a Huandacareo, Michoacán: Remesas, retorno inversor y cambio social. *Ra Ximhai*, vol. 9, núm. 1, pp. 121-134.
- Gómez Tenorio, Germán, Rebollar Rebollar, Samuel, Hernández Martínez, Juvencio y Guzmán Soria, Eugenio. (2012). Competitividad de la producción porcina de México y Estados Unidos. *Comercio Exterior*. Recuperado de <http://revistas.bancomext.gob.mx/rce/magazines/139/7/RCE_MZO-ABR_2012_Competitividad.pdf>.
- Gómez Tenorio, Germán, Rebollar, Samuel, Hernández Martínez, Juvencio y Guzmán Soria, Eugenio. (2011). Effect of the tariffs in the

- competitiveness of the Mexican pork industry. *Tropical and Subtropical Agroecosystems*, vol. 14, núm. 2, pp. 537-542.
- Iglesias Reyes, Adrián Emmanuel, Ortiz Muñiz, Alda Rocío, Juárez Mosqueda, María de Lourdes, Guevara González, Jesús Alberto y Córdova Izquierdo, Alejandro. (2018). *Comportamiento de la porcicultura mexicana de los años 1970 a 2017. Una revisión documental sobre su desempeño*. Ciudad de México: UAM, Unidad Xochimilco.
- Instituto de Información Estadística y Geográfica. (2017). *Boletín Económico Tepatitlán de Morelos, diciembre*. Guadalajara: INEGI.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía. (2017). *Tabuladores por municipio*. Guadalajara: INEGI.
- Leyva, Xochitl y Ascencio, Gabriel. (1991). La crisis de los empresarios porcícolas del centro-norte de Michoacán (1940-1989). *Nueva Antropología*, vol. XI, núm. 40, pp. 87-112.
- Mejía Reyes, Pablo, Díaz Carreño, Miguel A. y del Moral Barrera, Laura E. (2007). Importaciones totales y de carne de cerdo en México en el contexto del TLCAN: un enfoque de corrección de error. *Ciencia Ergo Sum*, vol. 14, núm. 3, pp. 263-271.
- Muñoz Durán, Martha e Imelda Sánchez, García. (2017). La evidencia del éxito. Residencias y mausoleos en Santiaguito, Arandas, Jalisco. En Arias, Patricia (coord.), *Migrantes Exitosos. La franquicia social como modelo de negocios* (pp. 99-147). Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- Nava Navarrete, Juan de Jesús, Trueta Santiago, Rafael, Finck Vite, Bernardo, Barranco Villagrán, Bárbara, Osorio Herrea, Edith y Lecumberri López, Jorge. (2009). Impactos del nivel tecnológico en la eficiencia productiva y variables económicas en las granjas porcinas de Guanajuato, Jalisco, Sonora y Yucatán. *Técnicas Pecuarias Mexicanas*, vol. 47, núm. 2, pp. 157-172.
- Oporpa (Organización de Porcicultores del País, México. A.C.). (2019). *La Organización de Porcicultores del País*. Disponible en <<http://oporpa.org/>>

- Phengsavanh, Phonepaseuth, Ogle, Brian, Stür, Werner, Frankow-Lindberg, Bodil y Lindberg, Jan Erik. (2010). Feeding and performance of pigs in smallholder production systems in Northern Lao PDR. *Tropical Animal Health and Production*, vol. 42, núm. 8, pp. 1627-1633.
- Pietak, Lukask. (2011). Los polos de crecimiento-característica. *Revista de Administracao e Negócios da Amozonia*, vol. 3, núm. 1.
- Rea Becerra, Rutilio Tomás. (2017). *Innovación y cambio tecnológico en la producción de huevo en Tepatitlán de Morelos, Jalisco ¿Impulsor del desarrollo regional?* Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- Rebollar Rebollar, Alfredo, Gómez Tenorio, Germán, Rebollar Rebollar, Samuel, Hernández Martínez, Juvencio, González Razo, F. Jesús. (2015). Dinámica regional de la producción porcina en México, 1994-2012. *Agrociencia* vol. 49, núm. 4, pp. 455-473.
- Rendon Huerta, Juan Antonio, Álvarez Fuentes, Gregorio y García López, Juan Carlos. (2017). La huella hídrica de la producción de leche. *Universitarios Potosinos*, núm. 218.
- Riethmuller, Paul. (2003). The Social Impact of Livestock: A developing country perspective. *Animal Science Journal*, vol. 74, núm. 4 pp. 245-253.
- Rivera, Juan, Losada, Hermenegildo, Cortés, José, Vieyera, Jorge, Castillo, A. y González, O. (2007). Cerdos de traspatio como estrategia para aliviar pobreza en dos municipios conurbados al oriente de la Ciudad de México. *Livestock Research for Rural Development*, vol. 19, núm. 7, pp. 1-9.
- Sedano Alvarado, Armando y Sánchez García, Imelda. (2017). La porcicultura en los Altos de Jalisco, piedra angular en la producción pecuaria en México. En Leal Moya, Leticia (coord.), *Diagnóstico de la Región Altos Sur de Jalisco* (pp. 307-336). Tepatitlán de Morelos: Centro Universitario de Los Altos.
- Servicio de Información Agroalimentaria y Pesquera. (2018). *El empleo en el sector primario*. Ciudad de México: Secretaría de Agricultura y Desarrollo Rural. Recuperado de <<https://www.gob.mx/siap>>.
- Servicio de Información Agroalimentaria y Pesquera. (2019). *Anuario Estadístico de la Producción Ganadera*. Ciudad de México: Secretaría de

Agricultura y Desarrollo Rural. Recuperado de <<https://www.gob.mx/siap>>.

- Suñol, Sandra. (2006). Aspectos teóricos de la competitividad. *Ciencia y Sociedad*, vol. xxxi, núm. 2, pp. 179-198.
- Zavala Cortes, Aidé. (2014). *Propuesta de Innovación Tecnológica para la Industria Porcina en el Estado de Jalisco*. Tesis de Maestría en Ciencias. Ciudad de México: Instituto Politécnico Nacional.
- Zavala Cortes, Aidé. (2016). *Estudio Transdisciplinario de la Innovación en la porcicultura en países de América Latina*. Ciudad de México: Centro de Investigación y Estudios Avanzados del Instituto Politécnico Nacional, Unidad Zacatenco.
- Zavala Pineda, M. Jesica, Salas González, J. María, Leos Rodríguez, J. Antonio y Sagarnaga Villegas, L. Myriam. (2012). Construcción de unidades representativas de producción porcina y análisis de su variabilidad económica en el periodo 2009-2018. *Revista Agrociencia* vol. 46, núm. 7.

La avicultura en Tepatitlán, México. Un ejemplo de especialización flexible

CÁNDIDO GONZÁLEZ PÉREZ
SALVADOR MARTÍN BARBA

El objetivo de este trabajo es mostrar cómo los productores de huevo de plato (para comer) del Municipio de Tepatitlán, Jalisco, adoptaron y transformaron tecnologías externas que han convertido a la región en la más importante en la producción de ese segmento avícola en México. La información que presentamos es el resultado de entrevistas realizadas durante los años de 2018 y 2019 a una decena de informantes clave. Priorizamos la obtención de información directa con base en tres tipos de entrevistados: los pioneros, que a mediados del siglo xx criaban unas cuantas gallinas en los corrales de sus casas; los hijos de los pioneros, que se formaron en universidades y tienen una visión diferente de los negocios; y empleados clave, que están o estuvieron al frente de empresas importantes. Con esas tres diferentes ópticas pudimos contar con un conocimiento amplio del desarrollo de la producción avícola en Tepatitlán. Además, se hicieron visitas a grandes empresas para conocer *in situ* los pormenores de la producción.

En la década de 1960, se desarrollaron diversas perspectivas para estudiar el desarrollo regional, una de ellas es la teoría de la especialización flexible, que establece la confluencia de tres factores cruciales: personas, recursos económicos y capacidades laborales, que resultan fundamentales para detonar un proceso de especialización exitoso en un espacio geográfico. La teoría de la especialización flexible plantea que los avances

tecnológicos pueden servir para diversos propósitos, a diferencia del fordismo, que buscaba la estandarización y globalización de la producción (Helmsing, 1999).

La especialización flexible en firmas pequeñas y medianas surgió de forma concentrada geográficamente. Las economías internas de escala, que habían sido la base de la producción a gran escala en una firma, fueron reemplazadas por economías externas que surgen de la división de trabajo entre muchas firmas. En esta concentración de firmas, conocidas como agrupamientos, también surgen economías de alcance, ya que aumenta la variedad de tipos de firmas, algo que facilitará nuevas combinaciones de recursos de producción (Helmsing, 1999: 9).

Este sería el caso de la avicultura en Tepatitlán.

La avicultura tradicional, que existía desde la década de 1950, fue la base para la avicultura moderna. En primer lugar, los empresarios eran productores que se dedicaban a actividades agropecuarias —ganaderos, campesinos— y comerciantes. Ellos se iniciaron con parvadas de 200, 300 o 500 aves que criaban en los traspatios de sus casas y eran atendidas con mano de obra familiar. En segundo lugar están los recursos económicos. La inversión en la avicultura provino de ahorros de la venta de leche y carne, del comercio en la Ciudad de México y de herencias familiares. En tercer lugar, están los conocimientos. Los empresarios se apropiaron y adecuaron los avances tecnológicos externos para el desarrollo de la actividad avícola en su región.

Las áreas de especialización

Las áreas donde hemos identificado que se combinan la participación de los productores, sus capitales y conocimientos han sido: laboratorios, casetas, producción de forrajes, rastro de aves y producción de cartón. Todos esos cambios comenzaron con la introducción de cambios tecnológicos externos que se «tropicalizaron» en Tepatitlán.

El laboratorio

La aparición de enfermedades se originó por las prácticas poco cuidadosas con las aves. Los avicultores no tenían antecedentes ni conocimientos en la materia. Hasta la década de 1950, la producción avícola tenía como objetivo cubrir la demanda de la producción de pan en Tepatitlán. Las parvadas eran de alrededor de 300 gallinas que convivían con otros animales en los traspacios de las casas. Fue un gran cambio la construcción de gallineros a la orilla del pueblo: se edificaron naves de adobe y teja para unos cientos de gallinas. Se sacaba a las gallinas al patio y, al oscurecer, se les recluía en pequeños espacios donde había perchas para que durmieran asidas a la madera.

Don Cristóbal González comenta que en aquella época él contaba con una parvada de 3 000 gallinas, le tocó un «tiempo de huevo malo» (así se decía cuando se enfrentaban calamidades), apareció el Newcastle y en el transcurso de cinco días se murieron y le quedó «solamente un animalito».

Con la enfermedad murió el 90% de la parvada. Muchos productores dejaron la actividad. Los que persistieron se organizaron y constituyeron el primer laboratorio para aves en la región. Los recursos para instalar el laboratorio fueron locales y los conocimientos provenientes del exterior. Actualmente los laboratorios de los avicultores cubren necesidades de otras ramas, como la ganadera, y sus ventas alcanzan niveles internacionales. Se trata, sin duda, del área de especialización más exitosa de la avicultura regional.

El primer negocio que funcionó exclusivamente como laboratorio fue Avilab (1989), que se ha consolidado como una empresa de la más alta calidad en México. En un principio trabajó en dos aspectos: la salud, con apoyo de médicos veterinarios, y lo bromatológico, haciendo análisis de alimentos. Más tarde, se creó Lipepsa (Laboratorio de Investigación Pecuaria y Patológica), que se fusionó a Avilab en 1997. Desde entonces, Avilab mezcla insumos para comercializar y produce vacunas (figura 2). En 2001 la empresa obtuvo la certificación ISO 9001:2000 y, en 2009, la norma que la sustituyó (ISO 9001:2008).

La empresa fue constituida con capital de los avicultores de Tepatitlán y su principal objetivo era dar servicio al mercado doméstico, pero pronto fue rebasado por la demanda exterior.

Las casetas

La construcción de casetas metálicas fue el segundo elemento que transformó la producción avícola de Tepatitlán y los Altos de Jalisco. Anteriormente, se usaban tejabanos de adobe, madera y teja.

Las propuestas de construir naves de corte industrial a base de acero y enjaular a las aves vinieron del exterior. La producción de casetas corrió a cargo de tepatitlenses, no necesariamente avicultores. Los recursos económicos fueron locales y los modelos fueron reproducciones de patentes extranjeras que se han convertido en empresas exportadoras.

Las casetas sustituyeron a las granjas de adobe. Hasta ese momento, las partes metálicas eran solo el alambrado y los ponederos que fabricaba Ramón de Anda en su empresa Avitepa. Eran diez cuadros en dos niveles donde cabía una gallina en cada uno, con una cortina de mezclilla para que las aves pusieran los huevos en soledad, como les gusta. Pancho Franco, familiar de Ramón, fue el primer constructor de naves de metal.

Se trabajó a prueba y error. El principal problema era el bebedero, que era un canal de metal que debía estar nivelado para evitar derrames de agua; además, era necesario atender la limpieza, porque acumulaban lama y eran un foco de infección. De hecho, algunos estaban en contra de la utilización de madera, que era el material que se utilizaba, porque decían que el Cerro Gordo, principal abastecedor regional, iba a quedar pelón, de modo que el cambio a los comederos y bebederos de plástico y metal fue sencillo y aceptable. Después, fue preciso que las granjas se instalaran o trasladaran fuera de los centros de población por razones de salubridad y de manejo. En muchas ocasiones fue necesario transportar las estructuras de metal a cerros.

Una vez cubierta la demanda local, Ramón de Anda hizo trabajos en Sonora y Sinaloa, luego incursionó en Centroamérica. Y no solo hacía granjas avícolas, sino también porcícolas. De Anda mandaba camiones a

mil, dos mil, tres mil o cinco mil kilómetros. Después de las casetas, «proliferaron vendedores de una gran cantidad de implementos avícolas de Estados Unidos e inclusive de Europa».

Producción de forrajes

En 1960, diez empresarios, no todos avicultores, se asociaron para atender la demanda creciente de forrajes. En 1966, se incorporaron otros diez socios y aumentó considerablemente el capital social de la empresa. Al principio, la actividad principal era el acopio de granos, no la transformación. Había dos fuentes principales: las cosechas de Tamaulipas y las del Bajío y La Ciénega (Ocotlán y La Barca). Las cosechas se compraban por adelantado y el grano llegaba a las bodegas de Pasturas y Forrajes Industrializados (Pafoin). Los empresarios eran de la región y sus capitales provenían de la avicultura, en ocasiones, combinados con herencias o comercio. Ellos contrataron a profesionales extranjeros.

La producción de Tamaulipas llegaba por tren a la estación que estaba en las cercanías de Lagos de Moreno, en furgones de cerca de 50 toneladas cada uno y de ahí se pasaba a los camiones Torton con capacidad de entre ocho y diez toneladas. Era necesario contratar a una buena cantidad de choferes, el traspaleo (pasarlos del furgón a los Torton) era manual.

En la actualidad, los principales insumos son maíz, sorgo y harinas (llamadas «pastas») de soya, de maíz deshidratado o de canola, que son los macroalimentos; luego están los microalimentos, que son las vitaminas los aminoácidos y los minerales.

La preparación de los alimentos más apropiados para las diferentes etapas de desarrollo de las aves se ha instaurado en cada empresa avícola. Existe, desde 1993, una empresa procesadora de soja, creada en asociación, que a los pocos años transformaba más de 8 000 toneladas. Utiliza el sistema de extrusión, que consiste en frotar el grano, que es muy duro, por medio de rodillos y elevando la temperatura hasta 120 grados centígrados, con ese proceso se obtiene aceite que se mezcla con los otros alimentos. Anteriormente, se compraba harina de pescado para agregar los nutrientes que requieren las aves. La innovación consistió en incorporar

ese proceso, que ya se utilizaba en otras áreas de la industria alimenticia, a la alimentación avícola. La soja se compra en Sinaloa, pero como es insuficiente, se importa de Estados Unidos, Brasil y China.

En la actualidad, los granos provienen del extranjero y cada avicultor los procesa en sus propias plantas, que pueden transformar hasta 65 toneladas por hora.

Los rastros

Los pioneros en la creación de rastros fueron la empresa Paté y Manuel Romo, de San Juan de los Lagos, Jalisco. Al parecer, iniciaron un rastro juntos, pero luego se separaron y, aunque permaneció Paté, se formó otro rastro con un grupo de aproximadamente diez socios. Manuel Romo es el productor individual más importante de la región de los Altos de Jalisco.

El rastro surgió por la necesidad de controlar el precio del huevo. Cuando el precio estaba bajo, se sacrificaban aves para disminuir la oferta. El rastro se construyó con base en prototipos europeos con capitales locales y es un caso típico de *tropicalización*. En la región Altos Sur, se localizan dos rastros para aves. La matanza es de 9 000 aves cada 60 minutos, lo que significa que diariamente se procesan 100 000 animales en jornadas de trabajo entre 10 y 14 horas.

El equipo de los rastros es importado de Holanda y consta de dos partes: la carnización y la «sucía». Hay supervisión de todo el proceso: un trabajador y un observador de la SAGARPA vigilan el estado de los intestinos y cuando se detecta a un animal enfermo, se separa la charola. Los trabajadores portan uniforme y botas y el equipo es de acero inoxidable.

El momento de envío de las gallinas al rastro depende del precio de mercado del huevo. Si está alto, se prolonga hasta 95% la vida útil de las gallinas viejas, pero si el mercado es desfavorable, se mandan desde que están a tres cuartas partes de su vida útil. El papel de los intermediarios y acaparadores también es importante. Los productores toman en cuenta todos esos factores para decidir el momento adecuado para sacrificar sus aves. Las contingencias ambientales de la Ciudad de México, que li-

mitan el ingreso de camiones de carga a determinadas horas de la noche, han afectado la comercialización del huevo para plato.

Una ventaja de los grandes productores asociados del rastro es que ellos mandan aves cuando quieren de acuerdo a sus condiciones de venta, en tanto los pequeños tienen que «hacer cola» porque deben pedir permiso para mandar sus gallinas. Las empresas de Manuel Romo con Empaques Guadalupe y las de Benjamín Pérez con Huevo San Juan son las principales beneficiarias de los rastros.

Las cartoneras

Las empresas cartoneras surgieron debido a la necesidad de los empresarios de sustituir las compras de ese rubro, que durante medio siglo habían sido cubiertas por proveedores externos. Los avicultores encontraron un área de oportunidad al adquirir maquinaria que ya había entrado en desuso en la industria de la impresión en México. Los equipos que los impresores estaban por desechar fueron adquiridos por los avicultores a muy bajo precio y están dando un nuevo servicio, por el que pagaban la totalidad. La empresa Empaques Modernos de Guadalajara es el puntal en el ramo.

El conocimiento del equipo tuvo sus altas y bajas, sin embargo, una vez puesto a funcionar, ha abatido costos en la producción avícola. Existe muy poco desperdicio y la materia prima es papel de reciclaje. La caja de huevo lleva tres cartones: uno encerado, que es donde le ponen los letreros; el siguiente, conocido como «flauta», es ondulado; y el último es el «armador». Los cartones se pegan con engrudo de harina de maíz, se calientan y al enfriar quedan pegados. Salen las cajas directo a la impresión: 10 000 cajas para fulano, ponen las bobinas para imprimir con su sello; luego 10 000 para sutano. En la actualidad, la producción resulta insuficiente.

Manuel Romo no tiene fábrica de papel. Benjamín Pérez y sus socios tienen fábrica para hacer los conos, papelera para imprimir y cartonera para cubrir todo el proceso.

Un cambio cultural

Desde principios de la década de 1990, proliferó la circulación de camionetas y autobuses con el logotipo de las diferentes empresas avícolas. El hecho es relevante porque dio cuenta de un gran cambio: el abandono residencial de los espacios rurales, en especial, los ranchos, por parte de los campesinos. Los estudios han dado cuenta de procesos inversos, es decir, que los campesinos abandonaban sus lugares de origen y emigraban a las ciudades, donde se concentraba la oferta de empleos. En los Altos, en la década de 1990, la mayoría de la población vivía en pueblos y ciudades, y era necesario llevarlos a los centros de trabajo diseminados en los ranchos. Muy temprano por la mañana, los trabajadores son llevados a las granjas avícolas —o porcícolas, rastros y plantas de alimentos— y por la tarde-noche son llevados de regreso a sus pueblos y ciudades. Otro cambio que se advierte en la forma de remuneración es que, anteriormente, cada sábado a mediodía los trabajadores se aglomeraban en las oficinas pagadoras; ahora reciben su salario por medio de depósitos bancarios a tarjetas de débito, lo que les permite realizar sus retiros cuando ellos lo desean, en días festivos o fuera de sus horarios de trabajo.

Reflexiones finales

Si algo han aprendido los avicultores es que deben incursionar en varias actividades en forma simultánea. «Cuando una cosa no da, otra lo presta», dicen. Los avicultores son ganaderos, agricultores, porcicultores, industriales, transportistas e inclusive banqueros. La producción agrícola es ensilada para consumirla cuando los precios están altos; el gas que genera el excremento de los bovinos sirve a las «criadoras» de pollas, un porcicultor requiere de 220 toneladas por hora de alimento para los cerdos y así sucesivamente. Así operan la mayor parte de los empresarios regionales. Desde la perspectiva de la especialización flexible es posible explicar el desarrollo de la avicultura en Tepatitlán. La aparición, proliferación y el retiro de un centenar de productores dan cuenta de los altibajos del negocio. Los pioneros fueron personas de bajos recursos ligadas y conocedoras de las labores asociadas a la agricultura y la ganadería. El éxito de

la avicultura se debe también a la autoexplotación de los empresarios, así como a la intensificación del trabajo familiar.

Los productores que se han mantenido y desarrollado han comenzado a dejar en manos de sus descendientes la responsabilidad, lo que evidencia la relevancia de las personas, ahora mucho mejor preparadas, para mantener y acrecentar los negocios en la región.

La segunda condición es que los recursos económicos fueron generados por la agricultura, la ganadería o el comercio. Se conserva la estrategia de mantener, de manera simultánea, la producción de ganado, cerdos, agricultura y, en algunos casos, tequila, porque conservan la divisa de que cuando una cosa no da, hay otra que presta. El tercer factor son las capacidades laborales, que marcan la diferencia. En un primer momento, los empresarios utilizaron las capacidades locales, pero al mismo tiempo, se apropiaron y transformaron los recursos tecnológicos de otras regiones y países, los *tropicalizaron*, de tal manera que pudieron convertir su actividad doméstica en una exitosa producción globalizada.

La creación de un laboratorio de alto nivel y la construcción de casetas de metal fueron las transformaciones que mejor potenciaron la especialización de la avicultura.

Referencias

- Friedmann, John y Douglass, Mike. (1978). Agropolitan development: towards a new strategy for regional development in Asia. En Lo, Fu-Chen y Salih, Kamal (eds.), *Growth pole strategy and regional planning development policy* (pp. 163-192). Oxford: Pergamon.
- Helmsing, Bert. (1999). Teorías de desarrollo industrial regional y políticas de segunda y tercera generación. *EURE*, vol. 25, núm. 75, pp. 1-35.

III

La especialización manufacturera en la investigación social. Una revisión bibliográfica

ALONDRA RODRÍGUEZ LÓPEZ

Introducción

En los últimos años, diversas investigaciones han documentado la heterogeneidad de quehaceres que llevan a cabo las familias rurales porque, como se ha señalado, sus medios de subsistencia ya no se definen ni organizan solo a partir de las actividades agropecuarias (Arias, 2009: 172).

El mundo rural mexicano ha cambiado desde mediados del siglo pasado (Grammont, 2009: 274). La «mirada agrícola», por mucho tiempo el enfoque predominante en la investigación social, resultó cada vez más insuficiente para explicar los cambios económicos, sociales y culturales que habían trastocado la organización económica de amplios sectores de la población, que se vio obligada a diversificar sus estrategias de sobrevivencia frente a la persistente crisis agraria y la insuficiencia del ingreso campesino. En este contexto, hoy en día se advierte un renovado interés por explicar qué ha pasado con las familias que permanecieron en sus comunidades pese al profundo deterioro de las condiciones de vida rurales.

La investigación sobre los procesos de diversificación económica y especialización productiva tiene una larga tradición, sobre todo en la antropología. Fueron estudiantes de la licenciatura en Antropología Social de la Universidad Iberoamericana y de la Universidad Autónoma Metropolitana los primeros en identificar la existencia de procesos económicos que habían surgido en las comunidades rurales en momentos y por

circunstancias muy diversas, pero con el propósito de mitigar los problemas de la sociedad rural. El presente capítulo revisa algunos de los estudios que, desde la perspectiva antropológica y en una época temprana, han contribuido al conocimiento y el debate sobre las actividades y los mercados de trabajo que encontraron en la vía manufacturera una oportunidad para que la gente del campo enfrentara la crisis en múltiples localidades del país.

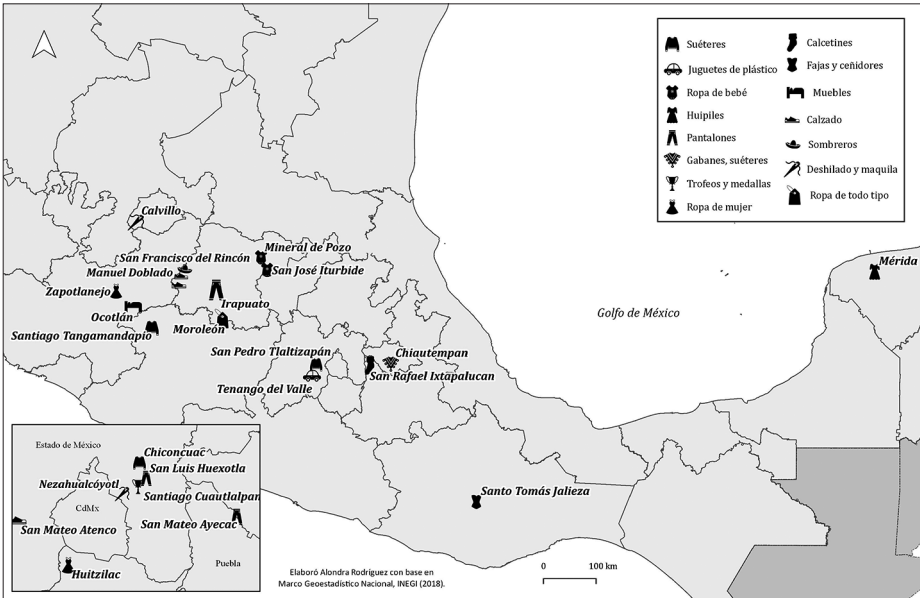
El fenómeno manufacturero fue detectado por primera vez a mediados de los años setenta en dos comunidades del centro de México (Arias, 1988). Los estudios pioneros de Leñero (1983) y Creel (1977) sobre Santa Ana Chiautempan, Tlaxcala y Chiconcuac, Estado de México, respectivamente, no solo dieron cuenta de la diversificación de las economías campesinas, sino que también detectaron profundos cambios en las formas de organizar el trabajo, las relaciones sociales de producción y, sobre todo, la incorporación de nuevos actores y sectores que tenían otra forma de «concebir y relacionarse con el medio rural» (Arias, 1988: 537).

Y aunque desde aquellos años el medio académico ya trataba de discernir las condiciones y el destino que el mundo campesino habría de seguir y se reconocía la configuración de una sociedad rural cada vez más polarizada, no fue sino hasta mediados de los ochenta que varias investigaciones mostraron que la especialización en alguna actividad económica era uno de los elementos más importantes que habían contenido la pauperización de los espacios rurales (Arias, 1991; Grammont, 2009).

Las investigaciones constataron que la especialización productiva se había desarrollado sobre todo en comunidades de la región centro-occidente de México, o al menos es lo que dejan ver los textos que se escribieron sobre los estados de México, Puebla, Tlaxcala, Aguascalientes, Jalisco, Michoacán y Guanajuato (figura 1). Si bien es cierto que las especializaciones son diversas, sobresale la confección de prendas de vestir, giro en el que localidades como Calvillo, Aguascalientes; Villa Hidalgo y Zapotlanejo, Jalisco; Moroleón y el noreste guanajuatense habían desarrollado sus propias especializaciones a nivel microrregional (Arias, 1988). Esos ejemplos mostraron cómo la práctica de un quehacer económico, aún si

no provenía de añejas tradiciones artesanales, era capaz de articular un sistema de pequeñas ciudades y comunidades rurales.

Figura 1
La manufactura rural en México



Elaboró Alondra Rodríguez con base en Marco Geoestadístico Nacional, INEGI (2018.)

En las décadas 1980-1990 la especialización manufacturera se había expandido y consolidado (Arias, 1992). En Mérida, Yucatán, y en los Valles Centrales de Oaxaca, las poblaciones comenzaron a redefinir sus medios de subsistencia orientando parte de su vestimenta tradicional, como el huipil o los ceñidores, al mercado turístico. En el centro del país la industria de la confección y la manufactura de tejidos se reafirmaba como una de las labores más importantes en localidades del Estado de México y el sur de Tlaxcala; en otros lugares la fabricación de muebles, sombreros, zapatos, juguetes de plástico, trofeos y medallas reflejaba lo versátil que podía ser la producción de objetos a pequeña escala en talleres familiares.

Aunque la geografía manufacturera de las décadas 1980-1990 fue resultado de circunstancias diversas y especificidades locales, es claro que el desarrollo y el éxito de las actividades productivas dependieron de una localización estratégica respecto a los centros de provisión de insumos y el acceso a sistemas carreteros altamente desarrollados que conectaran con los mercados más importantes del país. Eso ha jugado un papel clave en la proliferación de especializaciones productivas en el centro-occidente de México, y desde luego, en la difusión de actividades que con el paso del tiempo y a través de continuas adaptaciones e innovaciones lograron posicionar los productos de las comunidades en mercados competitivos.

Hay que señalar que la antropología documentó, en esos años, los esfuerzos por estimular la descentralización de empresas al medio rural en el marco de una política nacional que les proveía de una serie de facilidades para su instalación: donación de terrenos, dotación de obras de infraestructura e incentivos fiscales. Se consideraba que la industria contribuiría a mitigar la precariedad y el desempleo de los habitantes rurales. Sin embargo, pronto quedó demostrado que el empleo fabril constituía una alternativa más de sobrevivencia, pero no la única fuente de trabajo para los campesinos. Nuevamente se constataba que «la combinación de quehaceres e ingresos se había convertido en una de las principales características de la economía de las familias rurales en México» (Arias, 2009: 174). Todo ello no hacía más que evidenciar la necesidad de plantear un paradigma que contemplara las múltiples heterogeneidades y complementariedades que alimentan y conforman la vida en el campo.

Hay que señalar que la literatura sobre el tema es extensa y diversa, por lo que las especializaciones aquí documentadas solo constituyen una aproximación general, aunque sugerente, a un debate que inició en la década de 1970 y que desde entonces ha tenido como centros de atención la familia, la participación femenina en el trabajo, los modos de organizar la producción, la división del trabajo por sexos y las nuevas formas de explotación del empleo rural.

La especialización manufacturera

«La maquila industrial domiciliaria en la metrópoli mexicana» (Alonso, 1988)

El objetivo del artículo fue reconocer la importancia de la maquila a domicilio en el desarrollo de la manufactura mexicana. Para ello, analizó el caso de la industria del vestido en el municipio de Nezahualcóyotl, Estado de México, una actividad que claramente se había feminizado. En 1977, dice el autor, por cada cinco mujeres ocupadas en empleos formales, existía por lo menos una trabajadora a domicilio que desempeñaba las labores más pesadas y peor remuneradas.

El estudio planteó que la inserción de la mujer en la actividad industrial no había redefinido los papeles tradicionalmente femeninos en el hogar, por lo que, lejos de ser una vía para el alcance de mejores condiciones y niveles de vida, se constituía en una forma de sobreexplotación que cientos de talleres de maquila utilizaban para beneficiar a los empresarios y a los grandes comerciantes del vestido. El autor se preocupó por describir y denunciar la «cultura y forma de vida» de las costureras de Nezahualcóyotl, para concluir que el trabajo en la maquila les ofrecía pocas oportunidades de emancipación y las vinculaba aún más a las tareas domésticas.

«Género, familia y división del trabajo en Santo Tomás Jalieza» (Aranda, 1990)

Santo Tomás Jalieza es una comunidad zapoteca de los Valles Centrales de Oaxaca, donde persistía una antigua tradición artesana de tejido de fajas de lana y ceñidores. Pero, en la época del estudio, la producción textil de Jalieza no conservaba el «toque tradicional», porque desde la década de 1960 se había roto la división del trabajo por sexo para incorporar a los hombres en la elaboración de tejidos. De acuerdo con los datos de la autora, en todas las unidades familiares de Santo Tomás existía al menos una persona dedicada a la confección de fajas y una media de tres tejedores por unidad doméstica.

Los productos textiles se habían incorporado a un mercado no tradicional, cuya creciente demanda ocasionó cambios importantes en cómo y quiénes los producían, pero sobre todo en la organización del trabajo. Si bien las mujeres seguían participando activamente en el proceso, ellas habían perdido el control y liderazgo. La producción de artesanías se había convertido en una actividad familiar y la división del trabajo al interior del hogar perpetuaba una ideología basada en la desigualdad genérica.

«La pequeña empresa en el occidente rural» (Arias, 1988)

El artículo evidenció la necesidad de transitar de una visión que homogeneiza y piensa el medio rural solo desde los quehaceres agrícolas y agropecuarios a una que reconociera las heterogeneidades y especializaciones productivas que caracterizan y organizan la vida en el campo. La autora estableció que en numerosas comunidades rurales y pequeñas ciudades de México subyacía una gran variedad de actividades manufactureras que, en muchos casos, habían dado lugar a procesos endógenos de diversificación económica que aprovecharon los recursos y habilidades tradicionales para convertirse en verdaderas alternativas de empleo a nivel local. Dicho fenómeno estaba muy expandido en localidades de cinco estados del occidente del país: Aguascalientes, Zacatecas, Jalisco, Michoacán y Guanajuato.

La proletarización del medio rural, tema tan debatido en la década de 1970, había llegado, pero con especificidades y diferencias respecto a las previsiones de aquel tiempo. Los habitantes del campo se proletarizaron, pero no en la agricultura, sino en múltiples talleres y en el trabajo a domicilio, dentro de sus propias comunidades, y las mujeres fueron las principales protagonistas y beneficiarias de esos nuevos quehaceres y trabajos.

Nueva rusticidad mexicana (Arias, 1992)

San Francisco del Rincón, Manuel Doblado y Purísima del Rincón, Guanajuato, son comunidades del Bajío occidental que, de acuerdo con la investigación allí realizada, daban cuenta de «una nueva forma de ser rural, de vivir y de trabajar en el campo». A la luz de los conceptos de diversificación y especialización de las economías rurales se describen los principales

cambios económicos y sociales experimentados por un mundo campesino en el que la agricultura juega un papel cada vez más complementario en la organización económica de la vida familiar y social.

El tejido de sombrero de palma, una actividad ancestral de los pueblos del Rincón y, desde la década de 1960, la producción de calzado eran ejemplos de la emergencia de un modelo de desarrollo rural no agrícola, tan antiguo y complejo que, gracias a las capacidades de la población para reconocer y adaptarse a las cambiantes circunstancias del mercado, les permitió expandir y consolidar una tradición manufacturera e industrial en una microrregión que se reafirmó y retroalimentó desde diversas modalidades de sobrevivencia.

La aguja y el surco. Cambio regional, consumo y relaciones de género en la industria de la ropa en México (Arias y Wilson, 1997).

Situada en el Bajío, la zona de mayor dinamismo económico del estado de Guanajuato, la ciudad de Irapuato, no solo ha destacado por sus suelos aptos para los quehaceres agrícolas, su microhistoria del trabajo se muestra mucho más diversificada y compleja de lo que siempre reflejó la persistente, aunque hoy muy reducida, producción de fresas. Junto a ella, la ciudad tempranamente acuñó una tradición productiva manufacturera centrada en la confección de prendas de vestir y el empaqueo de frutos de exportación, actividades donde la participación femenina siempre jugó un papel crucial. Así, las autoras rastrean la trayectoria económica y laboral de esa pequeña microrregión del Bajío en la que la llegada del ferrocarril en tiempos porfirianos, la migración masculina a Estados Unidos y la configuración de un perfil de empresario desligado de las actividades agropecuarias mucho tuvieron que ver con el desarrollo de la industria de la ropa a nivel local y sobre todo en la especialización productiva de pantalones y el uniforme industrial.

A no más de dos horas de distancia, el estado de Aguascalientes también daba cuenta de un pasado textil que desde la época de la colonia tuvo como protagonistas a cientos de mujeres que con su trabajo a domicilio y desde múltiples comunidades contribuyeron a la expansión de la manu-

factura rural y con ello al nacimiento de una región marcada por la dinámica industrial. Ellas se habían especializado en los procesos de bordado, adorno y acabado de las prendas, actividades que, aunque mal remuneradas, permitieron una y otra vez hacerle frente a la crisis de la gran industria y al empobrecimiento de las familias trabajadoras. Se sabe que el alcance y la importancia de la manufactura femenina fue poco reconocida, porque sobre ella pesaba el estigma del «ingreso subsidiario».

«En los suburbios de Toluca. San Mateo Atenco: una historia consistente de un pueblo en movimiento» (Bazán, 2007)

La producción de zapatos en San Mateo Atenco, Estado de México, es un quehacer que se remonta a la década de 1920 y que inicialmente solo buscaba satisfacer las necesidades de calzado a nivel familiar. Sin embargo, la desecación del ecosistema cienegoso en que se encuentra San Mateo, para desviar aguas del río Lerma a la Ciudad de México, redefinió los medios de vida de la mayor parte de su población, haciendo que para los años de 1970 y 1980 la fabricación de calzado sustituyera a la agricultura como el principal actor dentro de la estructura económica local.

Es así que en medio de una severa crisis agrícola la «cultura laboral» de los pobladores, dice la autora, supo aprovechar los conocimientos y maximizar los beneficios de sus antiguas actividades productivas, a saber, el comercio y la curtiduría de pieles. En San Mateo Atenco la pérdida de uno de sus recursos naturales más importantes (el agua) trajo consigo la especialización productiva en el calzado y la reactivación de la economía, pero no solo eso, sus habitantes también fueron capaces de conservar el carácter nuclear e independiente de sus talleres y empresas, atraer a pequeños y grandes compradores a su comunidad y transformar la fisonomía urbana de un pueblo en constante crecimiento.

Trabajo femenino, microempresas textiles y nueva ruralidad, estudios de caso, San Rafael Ixtapalucan, Puebla (Castellanos, 2002)

La tesis ofreció una mirada a la diversidad de ocupaciones que los pobladores de San Rafael Ixtapalucan desempeñan para la reproducción de sus

grupos familiares. Se trata de una comunidad agrícola que, con la ganadería de traspatio, el trabajo asalariado y la actividad fabril configuraron un esquema de pluriactividad económica que además de complementar los ingresos familiares modificó la organización del trabajo femenino en la microempresa textil y alteró la condición y posición de la mujer al interior del grupo doméstico.

La investigación documentó la existencia de 101 microempresas especializadas en el tejido de punto de calcetines, de las cuales solo dos estaban dirigidas por mujeres, el resto eran manejadas por hombres. La mayoría de las microempresas se localizaba en el espacio doméstico y la mano de obra no transcendía el ámbito del hogar. La producción abastecía mercados regionales y locales, en especial, en el Estado de México y el tianguis de San Martín Texmelucan, Puebla.

Se señalaba que en la manufactura del calcetín las mujeres desempeñaban funciones poco valoradas, relacionadas con la fase de acabado del producto, en tanto los hombres se ocupaban de las actividades de mayor reconocimiento social. Así, en los talleres de Ixtapalucan, «la organización del trabajo [...] coloca a mujeres [...] en una posición subordinada» (2002: 114), patrón que se reproducía en el grupo doméstico e incrementaba la carga laboral de la mujer, lo que afectaba sus condiciones de vida.

Nosotros somos puro trabajo: capitalismo, trabajo y cambio sociocultural en Chiconcuac de Juárez, Estado de México (Castillo, 2013)

En Chiconcuac la artesanía del tejido de lana forma parte del patrimonio económico-cultural de la comunidad, es una actividad practicada desde antes de la llegada de los españoles que no solo ha redefinido los medios de trabajo de la población, sino también la cultura de sus habitantes. La tesis analizó cómo los procesos de monetarización y acumulación capitalista habían trastocado diferentes aspectos de la vida cotidiana entre los que destacaban los cambios en el desarrollo de actividades comunitarias, la forma de concebir el territorio, las prácticas religiosas, la alimentación, la percepción del tiempo libre, entre otros.

Si bien es cierto que en Chiconcuac la agricultura nunca fue una vía exclusiva para la subsistencia familiar, puesto que la extensión de tierras ejidales siempre fue mínima, la herencia del antiguo modelo de producción hacendario estableció un incipiente sistema de estratificación social que serviría de base para el desarrollo del comercio y la producción de ropa. Ese modelo inicial de organización social con el tiempo se diversificó ante la llegada de nuevos paradigmas económicos como el keynesianismo y el capitalismo, es así que para asumir dichos cambios sus pobladores debieron intensificar el trabajo en el telar para convertirse en lo que ellos mismos denominan: «puro trabajo».

Reestructuración productiva y las redes en la industria de la confección: el caso de Zapotlanejo, Jalisco (Cota Yáñez, 2012)

El estudio analizó el surgimiento, avance e influencia de las redes sociales de producción en la industria del vestido en Zapotlanejo, para lo cual reconstruye el desarrollo socioeconómico de la ciudad y su microrregión. Ese ejercicio le permitió a la autora documentar cómo la fabricación de ropa se convirtió en el eje articulador de todas las dinámicas sociales y culturales de la comunidad. Zapotlanejo da cuenta de una exitosa iniciativa de desarrollo económico local donde las redes familiares y de amistad jugaron un papel destacado en la consolidación de un clúster especializado en la confección de prendas de vestir para dama, y también un incipiente pero importante centro de comercialización, intercambio tecnológico y prestación de servicios técnicos a nivel regional.

La especialización de Zapotlanejo, que se perfilaba desde la década de 1970, descansaba en una flexibilización productiva que dio origen a dos modelos de organización nunca antes documentados en la literatura: un *modelo complementario* que implicaba la desconcentración de las fases más intensivas de la manufactura y el comercio de productos importados a los que se les asignaba la marca local; y un *modelo emergente* en el que grandes y medianos fabricantes dejaron de ser productores para comprar la producción de «talleres maquileros» donde anteriormente canalizaban una parte de su proceso de trabajo para posteriormente comercializar con ella.

Chiconcuac: Pueblo de artesanos y capitalistas (Creel Galindo, 1977)

Analizar el proceso de cambio en la organización de la producción textil y las transformaciones en las relaciones sociales fue el objetivo de esa investigación realizada a finales de la década 1970 en una localidad del noroeste del Estado de México. Para ello, se reconstruye la vida de Chiconcuac, una pequeña comunidad de artesanos dedicados, desde inicios del siglo xx, a la confección de prendas de tejidos de lana, cuya tradición aún se reconoce textil, aunque ya no todos son artesanos.

De acuerdo con la autora, el modo de producción capitalista en Chiconcuac surgió en el seno de familias productoras, que ya habían roto con la tradición artesana, y habían reconfigurado por completo la trama económica y la estructura social local. La lógica de la producción familiar orientada a la subsistencia había sido relegada por empresas capitalistas que perseguían objetivos distintos. Los cambios más significativos entre ambos modos de producir se gestaron en las relaciones sociales al interior de la comunidad, las formas de organizar la producción y el acceso diferenciado a los recursos productivos y a los mercados de consumo.

«Clase y género en los procesos de cambio en una década de austeridad. Hogares rurales del municipio de Calvillo, Aguascalientes» (Crummett, 1998)

El trabajo planteó que la crisis económica experimentada por México en la década de 1980 y los ajustes estructurales vinculados a la apertura comercial ocasionaron una profunda transformación en la estructura de clases sociales en el Calvillo rural, donde la familia fungía como el eje en la lucha cotidiana por la supervivencia.

Frente a ese cambio, las familias de Calvillo habían tenido que diversificar sus fuentes de ingresos e intensificar, cada vez más, el trabajo femenino. Las principales estrategias de sobrevivencia giraban alrededor de la producción de guayaba, la emigración masculina a Estados Unidos y la industria domiciliaria especializada en la confección de bordados artesanales. Dichas actividades siempre habían estado presentes como opciones de trabajo para los habitantes del municipio, pero en la década de

1980 resultaron esenciales para la reproducción de las unidades familiares de todos los estratos sociales.

Crummett clasificó a las clases sociales de Calvillo según el acceso a los medios de producción, el valor de la producción agrícola y los niveles de ingreso familiar, ejercicio que le permitió identificar que, a principios de 1990, todas habían experimentado un gran deterioro en sus niveles de vida, en especial los hogares de subsistencia y los que no disponían de tierra. Algunos se incorporaron al trabajo asalariado, otros incrementaron su participación en el mercado laboral y redujeron sus patrones de consumo, muchos intensificaron la migración internacional. En todos los casos, la figura femenina se perfilaba como la responsable directa del bienestar social y económico de sus familias a través de su trabajo en la maquila.

El papel de la mujer en la producción maquilera y su importancia en la reproducción de la fuerza de trabajo de la unidad familiar (Cuéllar Sánchez, 1983)

El objetivo de la tesis fue demostrar la importancia de la mujer en la reproducción económica de la unidad familiar y su papel en la producción maquilera de San Pedro Tlaltizapán, Estado de México. San Pedro era un pueblo cuyos medios tradicionales de subsistencia provenían de una laguna localizada a orillas de la comunidad, de donde extraían el tule con el que manufacturaban petates, sombreros, canastas y muñecos que comercializaban en Santiago Tianguistenco, Estado de México. En 1945, con el comienzo de las obras para dotar de agua a la Ciudad de México, comenzó la desecación del vaso lacustre que frenó la elaboración de artículos artesanales.

Como parte de la búsqueda de opciones de trabajo surgió la actividad maquilera que incorporaba sobre todo mano de obra femenina. En ella, las mujeres podían incorporarse al trabajo productivo bajo tres modalidades: asistiendo a los talleres oficiales de maquila en el pueblo; laborando desde el hogar con alguna máquina de coser propia o prestada; o bien, desarrollando trabajo de costura en las fábricas de Santiago Tianguistenco, una ciudad situada a no más de 5 kilómetros de distancia. La autora

calculó que una tercera parte de las familias de la localidad vivía exclusivamente de los ingresos que les proporcionaba la maquila y que existía una evidente segmentación del mercado de trabajo en función de la edad y el estado civil de las trabajadoras.

Santiago Cuautlalpan. Una comunidad rural en proceso de cambio
(Elizalde y Peláez Casablanca, 1986)

La investigación documentó el cambio en la estructura social de Santiago Cuautlalpan, Estado de México, a raíz de la introducción de diversas industrias en la localidad. Los autores buscaron conocer los mecanismos que habían utilizado la comunidad y las unidades familiares para insertarse en las nuevas formas de producción y empleo. Los autores identificaron varias actividades económicas que en algún momento habían provisto de trabajo e ingresos para la economía familiar de los hogares de Cuautlalpan.

Una de ellas era la elaboración de comales de barro, actividad practicada por numerosas familias en la década de 1950. Sin embargo, en la década de 1980, la producción de trofeos era la que mostraba mayor expansión. El primer taller de trofeos había sido inaugurado en 1962 y otro hacia 1970, y los desencuentros entre los propietarios fundadores propiciaron el surgimiento de otras unidades productivas. Así, en la economía de Santiago Cuautlalpan existía un sector productivo moderno, ligado a la industrialización de la periferia rural del poblado, y otro tradicional donde el quehacer agrícola se combinaba con la producción de trofeos. No obstante, decían los autores, la ocupación de la población en tan variadas labores no había terminado con la unidad doméstica campesina.

«Nuevo orden rural: trabajo manufacturero y consumo» (Estrada Iguíniz, 2002)

En Huitzilac, Morelos, el trabajo manufacturero transformó los modos de vida de su población. La instalación de una fábrica de confección de ropa en 1963 y la subsecuente contratación de fuerza de trabajo femenina significaron profundos cambios en la organización doméstica de los hogares y

en diversos ámbitos de la vida del pueblo. El aprendizaje del trabajo fabril, la garantía de un ingreso seguro y una mayor libertad para salir de sus casas, permitió que las mujeres rompieran con el orden social que las confiaba al hogar. Poco a poco realizaron una serie de cambios en sus prácticas cotidianas que, aunque pequeños, resultaron bastante significativos en el ámbito familiar. Así, el abandono de la siembra de hortalizas, la avicultura de traspatio, la preparación de tortillas y, por otro lado, el surgimiento de pequeñas tienditas de abarrotes daban cuenta de un proceso de diversificación laboral que impactó la vida en Huitzilac. Cuando la principal fuente de empleo textil cerró, a finales de 1970, muchas mujeres buscaron trabajo de maquila en ciudades cercanas, mientras que otras decidieron emprender pequeños talleres y producir ropa de manera independiente.

El Huso y el sexo. La mujer obrera en dos industrias de Tlaxcala (Leñero Franco, 1983)

La tesis analizó las características de la fuerza de trabajo femenina en el mercado laboral y los procesos productivos al interior de una industria textil y una de confección de pantalones ubicadas en Santa Ana Chiautempan, Tlaxcala, una comunidad de tradición textil desde principios del siglo xx dedicada a la producción artesanal de cobijas, suéteres, gabanes, hilos y tejido de lana en talleres familiares y/o domiciliarios, una tradición que, dice la autora, se había mantenido a lo largo del tiempo y era la actividad económica más importante de la región sur de Tlaxcala, donde predominaban numerosos talleres de tipo artesanal, pero sobre todo pequeñas y medianas industrias.

El estudio mostró la heterogeneidad de condiciones de trabajo en el empleo fabril, donde la mujer era ocupada en actividades que reafirmaban su condición femenina y su «función doméstica». Ellas se encontraban subordinadas por la figura masculina y la multiplicidad de actividades que realizaban no se traducían en beneficios para ellas. El sexo aparecía como un factor central para definir el lugar de la mujer en la producción y el tipo de relaciones interpersonales en los espacios de trabajo.

Desarrollo local a partir de los sistemas productivos locales: el caso de la industria mueblera en Jalisco (Lozano Uvario, 2010)

La tesis mostró que Jalisco era uno de los estados de mayor tradición en la industria mexicana del mueble, altamente especializado en la manufactura de muebles de madera para el hogar. Ocupaba el cuarto lugar como centro productor y el primer lugar en cuanto a personal ocupado. La autora sostuvo que el sistema productivo de muebles de Jalisco se había configurado a partir del desarrollo industrial experimentado por el estado, cuyos empresarios habían sido favorecidos por un entramado de relaciones institucionales que potencializaron los procesos de aprendizaje e innovación que dotaron de mayor valor agregado a sus productos.

Los municipios metropolitanos de Guadalajara, Zapopan, Tlaquepaque y Tonalá eran los principales productores; sin embargo, advertía la tendencia a la desconcentración productiva hacia municipios como Ocotlán, Puerto Vallarta, Zacoalco de Torres, Arandas y Autlán de Navarro.

Huexotla, un pueblo en transición. Estudio sobre la industria de la confección (Montoya Castro, 1981)

San Luis Huexotla, «pueblo de sastres, ejidatarios y trabajadores de muy variada ocupación» (1981: 40), es una pequeña localidad del municipio de Texcoco, Estado de México, cuya vida económica estaba ligada a la industria de la confección especializada en la fabricación de sacos y pantalones para hombre. La confección de esas prendas se inició en la década de 1920, con la prestación de servicios de costura al interior de la unidad doméstica para los familiares más cercanos.

Una encuesta levantada por el autor en San Luis Huexotla contabilizó la existencia de 60 talleres que ocupaban 33 % de la población económicamente activa. La confección de sacos, y sobre todo de pantalones, se realizaba en 44 talleres familiares, en los que participaban todos los miembros del hogar, que trabajaban con máquinas de pedal, algunas eléctricas de baja frecuencia y planchas de carbón. La fabricación de los sacos y el trabajo de acabado fino se realizaban en talleres semiindustriales, tecnificados y con mejor organización laboral. Allí se concentraba la mayor par-

te de la producción y era donde laboraban los trabajadores que se habían desligado de las actividades agropecuarias. Las grandes tiendas de ropa del Distrito Federal eran las principales compradoras de esos productos.

El trabajo mostró que la complementariedad entre los talleres familiares y los semiindustriales había consolidado una manufactura que alimentaba y diversificaba la vida económica local.

«Bordando en la ciudad. Mujeres mayas en el sector informal de la industria del vestido en Yucatán» (Peña Saint Martin, 1998)

La investigación demostró la manera en que la construcción de la identidad femenina de mujeres mayas que habitaban un espacio suburbano del sur de la ciudad de Mérida, Yucatán, se articulaba con los modos de vida urbanos para crear un sector específico de fuerza de trabajo que era absorbida por la industria del vestido. La autora se cuestionó acerca de cómo, pese a las malas condiciones del trabajo domiciliario, ellas lo realizaban con gusto y entusiasmo.

Con base en lo expuesto por otros autores y su propia experiencia, la autora encontró que para las trabajadoras mayas era motivo de orgullo organizar la vida doméstica con eficiencia y desempeñar sus destrezas manuales a partir del bordado de huipiles y guayaberas, eso las reafirmaba como «parte del ser mujeres» y les otorgaba prestigio y poder al interior de sus núcleos familiares y en sus comunidades de origen.

A diferencia de otras culturas, entre las mujeres mayas el trabajo doméstico y remunerado no era invisible, sino altamente reconocido y valorado como parte esencial para el logro de la reproducción de la familia. Aun cuando el bordado a domicilio se había intensificado, ellas no se identificaban como obreras de la industria del vestido, ellas se sentían madres y esposas cuyos ingresos les permitían contribuir al bienestar de sus familias, lo que demostraba su alta eficiencia como mujeres.

El trabajo a domicilio: una forma específica de proletarización de la mujer obrera (Treviño Siller, 1986)

Las comunidades de San Pedro de los Pozos y San José de Iturbide, Guanajuato, se caracterizaban por su especialización en el tejido de punto de ropa infantil bajo la modalidad de trabajo domiciliario. El estudio trató acerca de las estrategias de subsistencia que implementaban los núcleos familiares de la comunidad de Pozos y la ciudad de San José Iturbide, en un entorno rural que había dejado de absorber fuerza laboral para convertirse en una zona eminentemente expulsora de mano de obra. Las alternativas de trabajo se habían desdibujado debido a la improductividad de las tierras agrícolas y el abandono de la explotación minera, la cual fue por mucho tiempo la principal actividad económica de la región.

Ante la ausencia del cónyuge que había migrado y los siempre insuficientes ingresos familiares, las mujeres del noreste guanajuatense se habían quedado al frente de la reproducción de la unidad doméstica al proletarizar su fuerza de trabajo a través del tejido a domicilio, lo que suponía la ruptura del patrón de trabajo en los hogares. En la nueva situación, la mujer no solo cuidaba del hogar y de los hijos, también laboraba desde la casa; de manera aislada, pasaba largas horas frente a la máquina de coser, tejiendo prendas que le remuneraban por pieza, sin prestaciones ni pagos por seguridad social.

Las mujeres de Pozos y San José aprendían a tejer desde pequeñas y los conocimientos se transmitían entre parientes y amigas. Desde la década de 1970, el tejido de punto se había popularizado entre los hogares del noroeste de Guanajuato, lo que había dado lugar a un nuevo tipo de hogar, encabezado por mujeres jóvenes que eran las principales responsables económicas de sus núcleos domésticos.

«Moroleón: la pequeña ciudad de la gran industria» y Collective efficiency or efficient individuals? Assessment of a Theory for Local Industrial Development and the Case of Regional Industrial Clusters in México (Vangstrup, 1995, 1999)

Las investigaciones de Vangstrup sobre los beneficios de la integración industrial en el desarrollo del sector textil en Moroleón, Guanajuato, revelaron la trayectoria de una pequeña ciudad cuyo crecimiento económico se basaba en una cultura artesanal e industrial emprendedora que se remontaba a principios de la década de 1950, con la fabricación de suéteres, rebozos y otras prendas de vestir. La familia y la división genérica del trabajo estaban en la base de la organización productiva.

En 1993, de acuerdo con estimaciones del autor, existían entre 200 y 250 empresas, con diversos grados de mecanización y volumen de producción, que empleaban a un número considerable de habitantes de Moroleón y de las rancherías cercanas. Para el autor, el ejemplo de Moroleón ponía en entredicho la teoría de que la industria moderna solo podía ser localizada en las grandes ciudades y que la tecnología de punta era un privilegio al que solo las más grandes empresas podían aspirar. Moroleón era una comunidad que concentraba importantes avances tecnológicos y una diversidad de servicios; además, sus constantes innovaciones tecnológicas y diseño de productos la posicionaban como un centro industrial y distributivo muy competitivo a nivel nacional.

La fábrica se va al campo: "Donde antes se daban maizales, ahora producimos cigüeñales" (Vázquez Mellado Castellanos, 1986)

La autora se interesó por el proceso de transculturación de la fuerza de trabajo campesina contratada por una fábrica de cigüeñales en el sur del Valle de Toluca. La empresa se ubicaba a un kilómetro de Tenango de Arista, mejor conocida como Tenango del Valle, una zona rural donde las actividades agrícolas y la cría de animales domésticos se combinaban con la producción de sillas de madera y de palma, y la producción de juguetes de plástico en pequeños talleres familiares.

Los talleres de juguetes y de sillas y numerosos establecimientos comerciales dotaban de empleo a los que no podían incorporarse a la fábrica de cigüeñales. En Tenango, como en otras comunidades del Valle, la diversidad ocupacional era la clave para la subsistencia y la reproducción de las unidades familiares. Los valores de trabajo de los obreros de la fábrica de cigüeñales (54 % de ellos vecinos de Tenango) eran propios de las tradiciones campesina y comercial, que durante años les habían proporcionado sus medios de vida y no habían desaparecido ante los nuevos esquemas de organización laboral y los intentos empresariales de introducir una cultura industrial. De manera que, concluyó la autora, «la presencia de estos enclaves industriales en el Valle de Toluca no está dando origen a una clase obrera en el seno de una población campesina» (1986: 224).

«Deshilando etnográficamente la mezclilla: materialidad y entramados socioambientales paradójicos» (Velasco Santos, 2017)

El objetivo del artículo fue «mostrar el papel de la mezclilla en la reconfiguración social, económica y ambiental» en San Mateo Ayecac, Tlaxcala, un pueblo pequeño donde la producción de pantalones no solo organizaba la vida económica de la comunidad, sino también la dinámica cotidiana de sus habitantes (2017: 96). No obstante, dice la autora, estos habían tenido que pagar un precio muy alto en su búsqueda de mejores ingresos y niveles de vida: la contaminación de su río y múltiples afecciones a la salud. De acuerdo con una etnoencuesta levantada por la autora, en San Mateo Ayecac la especialización en la producción de prendas de mezclilla comenzó en la década de 1970, pero cobró relevancia en la década de 1990, y en 2014-2016 alrededor del 80 % de la población se ocupaba en algún proceso relativo a la fabricación de pantalones.

Velasco se interesó por demostrar cómo el desarrollo de una actividad productiva a baja escala, y que parecería no tener que ver con las redes globales de producción, en realidad forma parte de un entramado de relaciones desiguales de poder, tejidas a partir de un entorno capitalista, que habían modificado «el espacio, el tiempo, el futuro y la materialidad de la vida misma en el pueblo» (2017: 105).

De la casa al taller. Mujeres, trabajo y clase social en la industria textil y del vestido, Santiago Tangamandapio (Wilson, 1990)

La investigación fue un análisis longitudinal de tres generaciones de mujeres trabajadoras de la industria del tejido de punto en Santiago Tangamandapio, Michoacán, una pequeña localidad del Bajío zamorano en el que proliferaban los talleres especializados en la elaboración de suéteres y playeras. La autora dató el surgimiento de la manufactura de ropa en la década de 1960 y atribuyó su expansión a los vínculos de parentesco y vecindad en la comunidad. Pese a la corta historia de la industria en Santiago, la autora sugiere que esta ya había transitado por cambios importantes en la forma de emprender los talleres y los procesos de productivos. Para la autora, las relaciones de clase y de género eran fundamentales para interpretar los principales cambios socioeconómicos que dicha actividad ha traído a la comunidad.

Es así que a partir del examen de las relaciones familiares y las relaciones dentro y fuera de los talleres, la autora descubrió que los valores culturales en torno al género habían configurado el ambiente de trabajo al interior de los talleres, que se expresaba en una producción segregada por sexos, el tipo de relaciones laborales y las diferencias en las escalas salariales, así como en las distintas formas de lucha en la búsqueda femenina por el acceso a mejores condiciones.

Conclusiones

Los trabajos presentados cuestionan la visión reduccionista que durante largo tiempo insistió en reflexionar sobre el campo mexicano solo desde lo agrícola. Desde la década de 1970, se advierte cómo la gente del campo buscó diversificar sus estrategias de subsistencia y redefinir sus modos de vida ante la crisis agropecuaria que avanzaba en todo el campo mexicano.

Desde entonces, en la sociedad rural ya no solo había campesinos; con ellos coexistían comerciantes, artesanos y empresarios de muy diversa escala. El trabajo femenino se había intensificado y aun cuando en muchos de los casos las mujeres se habían convertido en las principales proveedoras de la reproducción familiar, estaban lejos de adquirir reconocimien-

to social y condiciones de vida más equitativas, se encontraban expuestas a nuevas formas de sobreexplotación como la maquila o a esquemas de subordinación que las confinaban a desempeñar los puestos de trabajo peor remunerados y vinculados con el añejo y persistente estereotipo de su «función doméstica» y su carácter «complementario». Los niños y jóvenes también habían jugado un papel destacado mediante el aprendizaje, la incorporación temprana al negocio familiar y, desde luego, su contribución al gasto de los hogares.

La especialización manufacturera contribuyó a hacer evidente que se trataba de un mundo rural heterogéneo y cambiante. Fueron las personas, en y desde sus comunidades de origen, quienes diversificaron sus mercados de trabajo, utilizaron sus habilidades artesanas y aprovecharon cualquier coyuntura para emprender algún negocio familiar o emplearse en alguna red local de trabajo. Los ejemplos expuestos, aunque muy diversos, dan cuenta una y otra vez de que son los quehaceres hasta hace poco considerados «complementarios» los que adquirieron un papel central en la subsistencia familiar de la familia rural.

Como se vio, ese cambio fue más evidente en las décadas 1980-1990. De las veintitrés investigaciones aquí documentadas, más de la mitad (65%) corresponde a dicho período. Sin embargo, hay que mencionar que desde principios de la década del 2000 se advierte un notable incremento de trabajos que dan cuenta de la multiplicidad de quehaceres que existen en el mundo rural. La manufactura de ropa y sus actividades relacionadas, como la maquila, el bordado y el comercio, son las principales actividades que se han detectado, pero los ejemplos dan cuenta de que las comunidades rurales han emprendido la fabricación de artículos tan variados como trofeos, juguetes de plástico, muebles, sombreros, zapatos, medallas, etcétera. Un caso que ha sido ampliamente dado a conocer por la prensa, pero que al parecer no ha sido estudiado, es el de la fabricación de muñecos de peluche en Xonacatlán, en el Estado de México, donde, se dice, 400 familias se dedican a esa actividad que comenzó a mediados de la década de 1980 (González, 2018). Así pues, la manufactura en el campo, además de ser una constante e importante fuente de empleo rural, se ha constitui-

do en un modo de vida que invita a repensar sobre la naturaleza actual de «ser rural» y los nuevos desafíos que enfrentarán sus grupos domésticos.

Referencias

- Alonso, José Antonio. (1988). La maquila industrial domiciliaria en la metrópoli mexicana. *Estudios Sociológicos*, vol. 6, núm. 18, pp. 517-533.
- Aranda, Josefina. (1990). Género, familia y división del trabajo en Santo Tomás Jalieza. *Estudios Sociológicos*, vol. 68, núm. 22, pp. 3-22.
- Arias, Patricia. (2009). La pluriactividad rural a debate. En Carton de Grammont, Hubert y Martínez Valle, Luciano (comps.), *La pluriactividad en el campo latinoamericano* (pp. 171-205). Quito: Flacso.
- Arias, Patricia y Wilson, Fiona. (1997). *La aguja y el surco. Cambio regional, consumo y relaciones de género en la industria de la ropa en México*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara, Centre for Development Research.
- Arias, Patricia. (1988). El empleo a domicilio en el medio rural: la nueva manufactura. *Estudios Sociológicos*, vol. 6, núm. 18, pp. 535-552.
- Arias, Patricia. (1988). La pequeña empresa en el occidente rural. *Estudios Sociológicos*, vol. 6, núm. 17, pp. 405-436.
- Arias, Patricia. (1992). *Nueva rusticidad mexicana*. Ciudad de México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Bazán, Lucía. (2007). En los suburbios de Toluca. San Mateo Atenco: una historia consistente de un pueblo en movimiento. En Arias, Patricia y Woo Morales, Ofelia (coords.), *¿Campo o ciudad? Nuevos espacios y formas de vida* (pp. 229-254). Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- Carton de Grammont, Hubert. (2009). La nueva estructura ocupacional en los hogares rurales mexicanos. En Carton de Grammont, Hubert y Martínez Valle, Luciano (comps.), *La pluriactividad en el campo latinoamericano* (pp. 273-307). Quito: Flacso.
- Lázaro Castellanos, Rosa. (2002). *Trabajo femenino, microempresas textiles y nueva ruralidad, estudios de caso, San Rafael Ixtapalucan, Puebla*. Tesis de licenciatura en Economía. Puebla de Zaragoza: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

- Castillo, Amaranta. (2013). *Nosotros somos puro trabajo: capitalismo, trabajo y cambio sociocultural en Chiconcuac de Juárez, Estado de México*. Tesis de Doctorado en Antropología. Ciudad de México: UNAM.
- Cota Yáñez, Rosario. (2012). Reestructuración productiva y las redes en la industria de la confección: el caso de Zapotlanejo, Jalisco. Guadalajara: Universidad de Guadalajara, CUCSH.
- Creel Galindo, Martha. (1977). *Chiconcuac: Pueblo de artesanos y capitalistas*. Tesis de licenciatura en Antropología Social. Ciudad de México: Universidad Iberoamericana.
- Crummett, María de los Ángeles. (1998). Clase y género en los procesos de cambio en una década de austeridad. Hogares rurales del municipio de Calvillo, Aguascalientes. En Peña Saint Martin, Florencia y Alonso Herrero, José Antonio (eds.), *Estrategias femeninas ante la pobreza. El trabajo domiciliario en la elaboración de prendas de vestir* (pp. 153-172). Ciudad de México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Cuéllar Sánchez, Claudia. (1983). *El papel de la mujer en la producción maquilera y su importancia en la reproducción de la fuerza de trabajo de la unidad familiar*. Tesis de licenciatura en Antropología Social. Ciudad de México: Universidad Autónoma Metropolitana.
- Elizalde, Ángeles Gloria y Peláez Casablanca, Manuel. (1986). *Santiago Cuautlalpan. Una comunidad rural en proceso de cambio*. Tesis de licenciatura en Antropología Social. Ciudad de México: Universidad Iberoamericana.
- Estrada Iguíniz, Margarita. (2002). Nuevo orden rural: trabajo manufacturero y consumo. *Ciudades*, núm. 54, pp. 29-34.
- González, Claudia. (2018). Xonacatlán, “la tierra del peluche”. *El Universal*. Recuperado de <<https://www.eluniversal.com.mx/metropoli/edomex/xonacatlan-la-tierra-del-peluche-mexiquense>>.
- Leñero Franco, María Estela. (1983). *El Huso y el Sexo. La mujer obrera en dos industrias de Tlaxcala*. Tesis de licenciatura en Antropología Social. Ciudad de México: Universidad Autónoma Metropolitana.
- Lozano Uvario, Katia Magdalena. (2010). *Desarrollo local a partir de los sistemas productivos locales: el caso de la industria mueblera en Jalisco*. Te-

- sis de doctorado en Economía. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Montoya Castro, Jacobo. (1981). *Huexotla, Un pueblo en transición. Estudio sobre la industria de la confección*. Chapingo: Universidad Autónoma Chapingo.
- Peña Saint Martin, Florencia. (1998). Bordando en la ciudad. Mujeres mayas en el sector informal de la industria del vestido en Yucatán. En Peña Saint Martin, Florencia y Alonso Herrero, José Antonio (eds.), *Estrategias femeninas ante la pobreza. El trabajo domiciliario en la elaboración de prendas de vestir* (pp. 173-188). Ciudad de México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Treviño Siller, Sandra. (1986). *El trabajo a domicilio: Una forma específica de proletarización de la mujer obrera*. Tesis de licenciatura en Antropología Social. Ciudad de México: Universidad Autónoma Metropolitana.
- Vangstrup, Ulrik. (1995). Moroleón: la pequeña ciudad de la gran industria. *Espiral. Estudios sobre Estado y Sociedad*, vol. 2, núm. 4, pp. 101-134.
- Vangstrup, Ulrik. (1999). *Collective efficiency or efficient individuals? Assessment of a Theory for Local Industrial Development and the Case of Regional Industrial Clusters in México*. Tesis de Doctorado en Estudios Internacionales del Desarrollo. Roskilde: Universidad de Roskilde.
- Vázquez Mellado Castellanos, Rosa María. (1986). *La fábrica se va al campo: "Donde antes se daban maizales, ahora producimos cigüeñales"*. Tesis de licenciatura en Antropología Social. Ciudad de México: Universidad Iberoamericana.
- Velasco Santos, Paola. (2017). Deshilando etnográficamente la mezclilla: materialidad y entramados socioambientales paradójicos. *Alteridades*, vol. 27, núm. 54, pp. 95-106.
- Wilson, Fiona. (1990). *De la casa al taller. Mujeres, trabajo y clase social en la industria textil y del vestido, Santiago Tangamandapio*. Zamora: El Colegio de Michoacán.

Sobre los autores

PATRICIA ARIAS. Es doctora en Geografía y Ordenamiento Territorial por la Universidad de Toulouse-Le Mirail, Francia. Es investigadora en la Universidad de Guadalajara. Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores nivel III. Entre sus libros recientes se encuentran *La mirada de Gerónimo de León. Imágenes del campo jalisciense en el porfiriato* (2014) (con Jorge Durand); *Quehaceres y obras. El trabajo femenino en Los Altos de Jalisco* (2015) (con Imelda Sánchez y Martha Muñoz); *Migrantes exitosos. La franquicia social como modelo de negocios* (2017) (coord.); y *Religiosidades trasplantadas. Recomposiciones religiosas en nuevos escenarios transnacionales* (con Renée de la Torre, coords. México: El Colegio de la Frontera Norte, Juan Pablos Editor). Sus artículos recientes son «Del rebozo a la pañoleta. La reinención de la vestimenta indígena» (2019) en *Encartes*, vol. 2, núm.4; «Los ejidos en 1935. Diversidad espacial, recursos naturales y organización social» (2019) en *Sociedad y Ambiente*, año 7, núm. 20; «Debajo del radar. Los trabajos femeninos en los Altos de Jalisco» (con Imelda Sánchez García y Martha Muñoz Durán) (2019) en *Carta Económica Regional*, núm. 123, año 31; y «Una historia de migrantes empresarios en México. 1940-1960» en *Relaciones*, vol. 39, núm. 155, vol. XXXIX. Correo electrónico: mparias1983@gmail.com

ROSARIO COTA YÁÑEZ. Es doctora en Ciencias Sociales por la Universidad de Guadalajara. Es profesora investigadora de tiempo completo en la misma Universidad y miembro del Sistema Nacional de Inves-

tigadores, nivel I. Sus artículos más recientes son «Políticas públicas y género» (2018) (con Mayra Rivera) en Raquel Partida y Guadalupe Moreno (coords.), *Cien años de feminismo en Jalisco*, México: Ítaca, Universidad de Guadalajara; «Análisis del concepto de empleo informal en México» (2016) (con Alberto Navarro) en *Análisis Económico*, XXXI, México; y «Análisis del mercado laboral y el empleo informal mexicano» (2015) (con Alberto Navarro) en *Papeles de población*, vol. 21, núm. 85. Correo electrónico: macotaya@gmail.com

CÁNDIDO GONZÁLEZ PÉREZ. Es economista, sociólogo, doctor en Ciencias de la Educación y miembro del Sistema Nacional de Investigadores, nivel I. Entre sus últimas publicaciones se encuentran «Temacavista de fuera» (2018), editorial Seminario Permanente de Estudios de la Gran Chichimeca; «The Imperfections of the Professional Labour Market. A Case of Graduates of the Bachelor's Degree Nutrition» (2018), Editorial ECORFAN-Journal; y «Dinámica urbana, reestructuración económica y cambio cultural en Tepatitlán de Morelos, Jalisco. ¿Gobernanza metropolitana ruralizada?» (2018), El Colegio de Jalisco A C. Correo electrónico: cgonzalez@cualtos.udg.mx

HÉCTOR DANIEL HERNÁNDEZ FLORES. Es doctorando del Programa de Posgrado en Antropología de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y en Equidad e Innovación en Educación de la Universidad de Cantabria (UC), maestro en Antropología por la UNAM y licenciado en Ciencias Sociales por la Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM). Su principal línea de investigación es sobre trayectorias laborales, educativas y de consumo de jóvenes de localidades rurales del centro de México. Es docente a nivel licenciatura en la UNAM y en la UACM. Sus publicaciones más recientes son «¿Y los que ya no se van? Cambio e imposibilidad de trayectorias migratorias de jóvenes rurales en el centro de México» (2019), en *Jóvenes y Migraciones* (Norma Baca, Andrea Bautista y Ariel Mojica, coords.), Editorial Gedisa; «Del arado al celular. Apuntes sobre juventud y consumo en espacios rurales» (2019) en *Revista Euroamericana de Antropología*, núm. 7, pp. 71-94; «Jóvenes rurales y empleo en Tlaxcala, México: tra-

yectorias inciertas» (2018) (con Hernán Salas e Iñigo González de la Fuente) en *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 80, pp. 549-575; y «Jóvenes Rurales. Dinámicas de trabajo y consumo en el Centro de México» (2017), en *Revista San Gregorio*, núm. 18, pp. 56-67. Correo electrónico: daniher@comunidad.unam.mx

KATIA MAGDALENA LOZANO UVARIO. Es doctora en Economía por la UNAM. Es profesora Investigadora de tiempo completo en el Departamento de Geografía y Ordenación Territorial de la Universidad de Guadalajara y miembro del Sistema Nacional de Investigadores, nivel candidato. Sus líneas de investigación se centran en el desarrollo local, los sistemas productivos locales y la geografía económica. Dos artículos recientemente publicados son «Políticas públicas y economía naranja en la región Valles de Jalisco, México» (2018) (con Pedro Méndez Guardado y Rosalba Castañeda Castro) en *Córima, Revista de Investigación en Gestión Cultural*, vol. 4, núm. 3 y «La economía naranja en el espacio rural: análisis desde el desarrollo local en la región de las vías verdes de los Valles, Jalisco» (2018) (con Pedro Méndez Guardado y Lucía González Torrerros) en *RIVAR*, vol. 5, núm. 14. Libros compilados recientes son *Transformaciones y resistencias hacia nuevas perspectivas de desarrollo rural* (2015) (con Héctor Fletes Ocón), Asociación Mexicana de Estudios Rurales (AMER), y *Análisis espacial, territorio y desarrollo local*, Universidad de Guadalajara (2013) (con Abel Hugo Ruiz Velasco Castañeda). Correo electrónico: klozano@csh.udg.mx; katia.lozano@academicos.udg.mx

SALVADOR MARTÍN BARBA. Es maestro en Administración de Negocios. Es profesor de asignatura en el Centro Universitario de los Altos de la Universidad de Guadalajara. Correo electrónico: smartin@cualtos.udg.mx

PATRICIA MOCTEZUMA YANO. Es doctora en Etnología por el Institut für Völkerkunde der Freiburg Universität, maestra en Antropología Social por el Colegio de Michoacán y licenciada en Antropología Social por la Universidad de las Américas, Puebla. Es profesora investigadora en el Centro de Investigación Interdisciplinar (CIIHU) de

la Universidad Autónoma del Estado de Morelos y miembro del Sistema Nacional de Investigadores nivel I. Entre sus libros recientes se encuentra *Artesanos y Artesanías frente a la globalización: Zipiajo, Patamban, y Tonalá* (2002, México: Fonca, El Colegio de Michoacán, El Colegio de San Luis). Sus artículos recientes son «Ingenio artesanal y desviación comercial de las artesanías en el estado de Morelos» (2018) en *Alteridades*, núm. 56; «Mujer, arte popular y cosmogonía» (2015) en *Mujeres, Feminismo y Arte Popular*, UAM, pp. 59-75; y «Las tejedoras de Hueyapan, Morelos: urdimbre de una identidad ocupacional» en *Arte Popular, y Saberes Tradicionales*, El Colegio de Michoacán. Correo electrónico: moctezumapaty@hotmail.com

MARTHA MUÑOZ DURÁN. Es doctora en Geografía y Ordenación Territorial; licenciada en Contaduría Pública; y maestra en Impuestos, los tres por la Universidad de Guadalajara. Entre sus publicaciones recientes se encuentran «Debajo del radar. Los trabajos femeninos en los Altos de Jalisco» (2019) (con Patricia Arias e Imelda Sánchez) en *Carta Económica Regional*, no. 123, pp. 113-143; «La evidencia del éxito. Residencias y mausoleos en Santiaguito, Arandas, Jalisco» (2017) (con Imelda Sánchez) en *Migrantes exitosos. La franquicia social como modelo de negocios*, Universidad De Guadalajara, pp. 99-148; y *Quehaceres y Obras. El trabajo femenino en los Altos de Jalisco* (2015) (con Patricia Arias e Imelda Sánchez), Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de Jalisco. Correo electrónico: mmduran5370@gmail.com

LUIS HÉCTOR QUINTERO HERNÁNDEZ. Es doctor en Negocios y Estudios Económicos por la Universidad de Guadalajara. Es profesor de tiempo completo en el CUCEA de la Universidad de Guadalajara. Sus artículos más recientes son «Desarrollo industrial y problemas ambientales en el corredor industrial Ocotlán-El Salto» (2018) (con Walter Ramírez Meda) en *Desarrollo, Ciencia e Investigación en Jalisco*, Academia Jalisciense de Ciencias, pp. 137-156; y «Análisis de la promoción económica local como determinante en el desarrollo de las subregiones: La región Ciénega de Jalisco» (2017) en *Políticas Públicas y Territorio, Diseño e implementación de programas gubernamentales en Jalisco*,

El Colegio de Jalisco, Instituto de Investigación en Políticas Públicas y Gobierno, pp. 101-122. Sus líneas de investigación son el estudio comparado y las determinantes del desempeño de las Pymes y gestión del conocimiento y formación de ventajas competitivas e internacionalización de las Pymes. Correo electrónico: hectorquintero@yahoo.com

JORGE ALBERTO RODRÍGUEZ HERRERA. Es licenciado en Desarrollo Regional por la Universidad de Guanajuato, maestro en Desarrollo Local y Territorio por la Universidad de Guadalajara y doctor en Ciencias Sociales por el Colegio de Michoacán. Es candidato a investigador nacional del Sistema Nacional de Investigadores. Actualmente posdoctorante Conacyt en el Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad de Guadalajara. Es autor del libro *Resultados locales de los polos de desarrollo rural en dos microrregiones del estado de Guanajuato: 1992-2009* (2014), Universidad de Guadalajara. Sus artículos más recientes son «Nueva multiactividad y diversidad de trabajos de las mujeres en la microrregión rural de Las Cruces en el sur del Bajío guanajuatense, México, 1985-2015» (2018) en *Estudios Rurales* vol. 8, núm. 14; y «Cambios y continuidades en las relaciones entre hombres y mujeres vinculadas a la organización de los trabajos en el sur del Bajío guanajuatense en México, 1985-2015» (2018) en *Revista Latinoamericana de Estudios Rurales* vol. 3, núm. 5, pp. 114-138. Correo electrónico: anjor2002@gmail.com

ALONDRA RODRÍGUEZ LÓPEZ. Es licenciada en Geografía por la Universidad de Guadalajara. Actualmente se desempeña como asistente de investigación en el Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades (CUCSH-UDG), donde ha colaborado en proyectos sobre migración, ejidos y trabajo femenino. Sus intereses de investigación abordan las desigualdades urbanas, la segregación socioespacial y el aislamiento social de los pobres urbanos. Correo electrónico: alondrarodriguezlopez1995@gmail.com

HERNÁN JAVIER SALAS QUINTANAL. Es doctor en Antropología. Es investigador titular en el Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM, miembro del Sistema Nacional de Investigadores nivel II,

de la Academia Mexicana de Ciencias, de la Asociación Mexicana de Estudios Rurales, del Colegio de Etnólogos y Antropólogos Sociales y actual presidente de la Asociación Latinoamericana de Sociología Rural (Alasru). Es profesor del posgrado en Antropología de la UNAM y de las licenciaturas en Desarrollo y Gestión Interculturales de la FFYL y de Antropología de la FCPYS de la UNAM, en las cuales ha dirigido 45 tesis. Actualmente es coordinador del posgrado en Antropología de la UNAM. Ha publicado quince libros, más de sesenta artículos en revistas especializadas y capítulos de libro. Entre sus libros destacan: *Nuevas ruralidades: expresiones de la transformación social en México* (2011); *El río Nazas, la historia de un patrimonio lagunero* (2011); *Identidad y patrimonio cultural en América Latina* (2013); *Nativitas, Tlaxcala, la construcción en el tiempo de un territorio rural* (2014); *Las transformaciones rurales en la globalización* (2016); y *El patrimonio: diálogo cultural entre México y Francia* (2018). Correo electrónico: hsalas@unam.mx

IMELDA SÁNCHEZ GARCÍA. Es ingeniera en Sistemas Pecuarios y egresada de la maestría en Producción Animal Sustentable (2019). Actualmente se desempeña como técnico académico en el Centro Universitario de los Altos (CuAltos). Es coautora del libro *Quehaceres y obras. El trabajo femenino en los Altos de Jalisco* (2015) (con Patricia Arias y Martha Muñoz Durán), Guadalajara, Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de Jalisco. También participó como coautora del libro *Migrantes Exitosos. La franquicia social como modelo de negocios* (con Martha Muñoz Durán) con el artículo «La evidencia del éxito. Residencias y mausoleos en Santiaguito, Arandas, Jalisco», publicado por el Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades, Universidad de Guadalajara (2017). Entre sus artículos más recientes se encuentra «Debajo del radar. Los trabajos femeninos en los Altos de Jalisco» (2019) en *Carta Económica Regional* vol. 131, núm. 123. Correo electrónico: isanchez@cualtos.udg.mx

PAOLA VELASCO SANTOS. Es doctora en Antropología por la UNAM, maestra en Estudios Regionales por el Instituto Mora y licenciada en Antropología con especialidad en Antropología Cultural por UDLA,

Puebla. Es Investigadora de tiempo completo en el Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM y miembro del Sistema Nacional de Investigadores nivel I. Imparte cursos en el posgrado de antropología y en la licenciatura en antropología de la FCPYS, en la UNAM. Es autora del libro ganador del premio Fray Bernardino de Sahagún a la mejor investigación en antropología social «Ríos de contradicción. Contaminación, ecología política y sujetos rurales en Nativitas, Tlaxcala» (2017-IIA). Es autora de otros artículos y capítulos de libro bajo sus líneas de investigación centrales que son la ecología política, la antropología socioambiental, los estudios rurales y la antropología económica. Entre sus publicaciones más recientes están «Deshilando etnográficamente la mezclilla: materialidad y escenarios socioambientales paradójicos» (2017) en la revista *Alteridades* vol. 27, núm. 54, pp. 95-106; «Mezclilla, consumo y la configuración de los sujetos rurales neoliberales en Tlaxcala, México» (2017) en *Revista San Gregorio*, 18 (número especial), pp. 34-45. Correo electrónico: p.velasco@unam.mx

De la agricultura a la especialización.
Debates y estudios de caso en México
se terminó de editar en febrero de 2021 en
Editorial Página Seis, S.A. de C.V.
Teotihuacán 345, Ciudad del Sol Zapopan,
Jalisco, México
La edición consta de 1 ejemplar.

Diagramación y corrección: Felipe Ponce

El objetivo de este libro colectivo ha sido describir y analizar —mediante nueve estudios de caso— un fenómeno socio espacial que ha sido detectado en diversas localidades rurales y ciudades medias y pequeñas de distintas geografías: la especialización económica, que entendemos como el predominio de alguna actividad que define, organiza o tiene un papel significativo en las dinámicas socioeconómica, laboral, ambiental, organizativa y espacial de las localidades.

En la primera parte, los estudios de caso tratan sobre la especialización manufacturera, que es la más antigua, documentada y estudiada en México; los ejemplos incluyen nuevas, pero también viejas especializaciones, que se han adaptado a los cambios económicos, sociales y culturales que se han acelerado desde la puesta en marcha del TLCAN. En la segunda parte se presentan investigaciones sobre la especialización pecuaria, que se ha potenciado y también transformado en espacios rurales históricamente dedicados a quehaceres ganaderos. El artículo final es una revisión bibliográfica sobre el tema en México.

En síntesis, este libro ofrece información etnográfica reciente y entabla discusiones acerca de especializaciones económicas locales —unas conocidas y otras novedosas— documentando sus transiciones, lo que nos permite explicar las razones, anteriores y actuales, de las permanencias así como de las fuerzas que impulsan y modelan las especializaciones de hoy.

